This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07597029 7

EL BANDOLERISMO

TOMO IX

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR

EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

ex-Diputado á Córtes, ex-Director de Propiedades y Derechos del Estado y ex-Gobernador de Córdoba.

PARTE SEGUNDA

NARRACIONES

TOMO III

SEGUNDA EDICION

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1879

EL BANDOLERISMO.

EL BANDOLERISMO

TOMO IX

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR

EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

ex-Diputado á Córtes, ex-Director de Propiedades y Derechos del Estado y ex-Gobernador de Córdoba.

PARTE SEGUNDA

NARRACIONES

TOMO III

SEGUNDA EDICION

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1879

Esta obra es propiedad del autor, y nadie la podrá traducir ni reimprimirla sin su permiso.

CAPÍTULO XVI.

QUE TRATA DE LAS ODIOSAS LECCIONES QUE DABA UN PADRE Á SUS HIJOS.

En las primeras horas de la noche siguiente, hallábase el *Tio Martin* en la alameda inmediata á la huerta, en compañía de tres hombres de muy mala catadura, uno de éllos viejo y canoso, y los otros dos de bastante ménos edad.

Aquellos eran tres de los enmascarados, que se apoderaron del niño Antonio.

A la sazon sostenian el diálogo siguiente:

—Pues veo que teneis el negocio muy atrasado; decia el *Tio Martin* en voz muy baja, pero con el aire sentencioso que le caracterizaba.

—No se ha perdido nada en no hablarle, porque si el padre del chico asistió á la cita de Montilla, nosotros sabíamos muy bien que no llevaba el dinero; respondió el del pelo cano.

—Sí, pero hablando, se entiende la gente.

—¿Y para qué nos habíamos de acercar? ¿Para oir lamentos? Además, que la Guardia civil se hallaba en la estacion, y era muy fácil que nos comprometiéramos sin provecho ninguno.

—Está bien; pero siempre conviene aligerar, y lo que se puede hacer en un dia, no se debe hacer en dos.

—Crea usted que no se ha perdido nada, porque lo cierto es que esa familia necesita algun tiempo para juntar el *loben*, y por de pronto los hemos metido en un puño con la carta, que se les escribió, y ya no se atreven á resollar en el pueblo.

—Sin embargo, terció uno de los otros dos, que hasta entónces habia guardado silencio; dice bien el *Tio Martin*, no conviene que se pierdan dias, por más que yo crea tambien que esa familia necesita tiempo para buscar los intereses, pues yo sé lo medrosos que son, y habiéndoles dicho que callen el pico, les costará más trabajo reunir recursos, toda vez que no pueden decir «para ésto los queremos.»

—Por fortuna, añadió el tercero de los secuestradores, nosotros sabemos todos los pasos que da la familia, y no asistirémos á ninguna cita, sino cuando lleve el dinero, porque lo demás, no trae cuenta ninguna.

—Pues nada, si tan enterados estais de lo que hace y puede hacer, no perdais la pista; pero tampoco debeis echaros á dormir, porque cuanto más pronto le demos largas al chico, será mejor para todos, y gracias que ya se ha amansado; pero estuvo dos dias sin querer comer.

—Ya no berraqueará como la noche que lo trajimos, dijo el canoso.

—Con la invencion del loco, se acabó el lloriquéo como con mano de santo.

—¡Más vale así!

—A éso le debe el no haber *merado.*

—Pues bien, ya sabemos que el chico vive, y usted sabe tambien lo que ha pasado.

—Lo que yo deseo saber pronto, es que habeis tomado el dinero y que me quiteis de aquí ese embeleco.

—A éso estamos, *Tio Martin*; pero no se puede siempre todo lo que se quiere.

—Pues andad con Dios, y en vuestras manos queda el pandero.

Despidiéronse los bandidos, y el viejo Martin encaminóse á la choza que habia en la huerta, y que habitaba su hijo Juan, que por estar casi ciego, llevaba siempre gafas.

—¿Y tu hermano José, ha venido? preguntó el *Tio Martin.*

—Sí, señor; pero se fué á ver á Francisco, que está con Antonio, en la choza del olivar.

—¿Estarán solos?

—Yo creo que sí.

—Pues hasta luégo.

—Vaya usted con Dios.

Y el *Tio Martin* dirigióse á la referida choza del olivar, que habitaba su hijo Antonio, y en brevísimo espacio recorrió la distancia de algo más de cien metros, que la separaba de la choza enclavada en la huerta.

En efecto, hallábanse departiendo juntos los tres hermanos, Antonio, Francisco y José, el cual acababa de llegar del pueblo de Martin de la Jara, cuando presentóse el padre en la choza.

Antonio era cojo de la pierna derecha, vivia allí con su mujer y sus hijos, le ayudaba á su padre en los trabajos de la huerta y en todo cuanto su cojera le permitia.

Despues que hubo permanecido allí un rato, el *Tio Martin* salió de la choza y encaminóse á la casa acompañado de sus hijos Francisco y José, el cual le dió cuenta detallada de todo cuanto habia ocurrido en el pueblo de Martin de la Jara, sin omitir las importantes y reservadas indicaciones que le habia hecho á última hora Carrascoso, relativamente á los secuestros que intentaban hacer en el pueblo del Arahal.

—Ya me ha hablado de éso Carrascoso, respondió el *Tio Martin*.

—Sí, señor; me dijo que usted ya lo sabía.

—Bueno es que ámbos tomeis parte activa en ese negocio, porque se trata de gente que tiene mucho dinero, dijo el *Tio Martin* á sus dos hijos.

—Vamos á ver si quiere Dios que alguna vez salgamos de pobres, dijo Francisco.

—Carrascoso me ha dicho que los dos pájaros, á quienes les está poniendo *los espartos*, pueden dar mucho jugo, porque lo mismo don Manuel Zayas que su primo don Manuel de Reina, son muy ricos, respondió el *Tio Martin*.

—Eso es lo que dice Carrascoso, que por cierto me habló muy desazonado del asunto de don Agapito, manifestándome que Alberto y los otros son unos anda-rios, que se contentan con cualquier cosa, y que en este negocio del Arahal es necesario darles esquinazo, replicó José.

—Pues tiene mucha razon, añadió Francisco, porque con estos secuestros de tres al cuarto, no se hace más que perder tiempo y no ganar un duro.

—Y además comprometerse para cuatro cuartos, lo mismo que si se tratase de salir de capa de rajas; añadió sentenciosamente el viejo Martin.

—Vea usted qué ganancia nos ofrece ese don Agapito, que despues de tantas idas y venidas, sólo ha soltado su familia setenta duros, y eso para que lo cuidemos, replicó José con aire desdeñoso.

—Pues todavía, dijo Francisco, no creas tú que los mil duros estarán tan mollares, y entre tantos, ya veis qué viaje habrémos echado.

—Y eso que el listo de Alberto pensaba que en ocho dias íbamos á coger ocho mil duros, insistió José.

—Pero lo peor no es éso, dijo el *Tio Martin*, sino que además de esas cuentas galanas que nunca salen, sucede que cuando se recoge algun dinero, hay que hacer muchas partes y no hay proporcion entre lo que éllos se llevan y lo que nosotros tomamos, siendo los que más nos comprometémos.

—¡Esa es la verdad! exclamaron á una voz los dos hijos.

—Pues en ésto hay que poner remedio desde hoy en adelante, porque ya tengo cerca de cuatro duros de años, y todavía no he podido dar un golpe de órdago, que me saque de hortelano, despues de andar medio siglo metido en estas faenas, conociendo gentes nuevas todos los dias, y escapando por milagro. ¡Si yo ahora tuviera junto lo que por mi caletre han afanado unos y otros, ya tendria yo bastante para vivir descansado y á mis anchas, y para que vosotros tambien gastárais coche!

—Buen tonto ha sido usted en no ordeñar bien la vaca, siempre que ha tenido ocasion para éllo; dijo Francisco.

—Pues si yo cantara, más de cuatro habian de soltar la pringue ó les apretarian el pasa-pan; pero todavía no me he muerto; respondió el *Tio Martin.*

—El mal está, repuso José, en que usted ampara aquí á muchos pelgares, que piensan que cinco duros es un caudal, y anda usted siempre al volateo, nada más que para jamar y haber comprado estos terrones, sin conocer que es mejor matar un jabalí que cien jilgueros.

—Dices bien, hijo; pero tampoco se debe olvidar que en ciertos fregados no hay enemigo chico, y que el último de los pelgares puede algunas veces darnos una desazon de primera; de modo que es menester saber hilar la estopa y conllevar las cosas con mucho *pesquis*, porque lo que es bueno para el bazo, es malo para la higadilla.

—Usted lo ha dicho, respondió José; conviene

saber nadar y guardar la ropa, y por éso ahora debemos pensar en salir á la orilla, dejándose de pequeñeces y emprendiendo negocios gordos.

—¡Esa es la fija! exclamó Francisco.

—Todo se andará, si la caña no se rompe, respondió el *Tio Martin;* y por lo mismo, conviene que os apeguéis á Carrascoso, que tiene pecho ancho y vuelo alto y no se satisface con el ochaveo de los otros, sino que busca *jaras* y talegas, y que además tiene á sus espaldas gente de alto copete y de cascabel gordo, que busca *loben* en grande, y que si cae en un barranco, lo saben sacar avante, aunque sea por los cabellos. Conque así, mucha reserva, hijos mios; ojo al Cristo, y á Carrascoso muy buena cara; con los otros babiecas *mutis*; á encontrar pronto nuestro avío, y Dios y la Santísima Vírgen os conserve sano y bueno á vuestro padre para que os guie, mejor que la Magdalena, por los laberintos de esta tierra de tunantes.

—Ahora sí que es usted una boca de verdades; dijo entusiasmado Francisco; y como siga usted por esa vereda, pronto llegaremos á puerto de salvacion.

—Ese es el camino, añadió José, y así nos quitaremos de tratar con perdularios y familias hambrías, que parecen y no son, como le sucede á la gente de don Agapito, que todo se vuelve lamentos y súplicas, sin que nunca se resuelvan á largar el precio del rescate.

—No me hables de esa familia, respondió muy enojado el *Tio Martin*; porque cada vez que pienso

en el petardo que nos han dado esos gansos de Alberto, *Cagarrache* y sus compañeros, les daria garrote por mi mano.

Acaso el lector recuerde que en otra ocasion, el perverso *Tio Martin*, hablando con su mujer, se deshacia en elogios de Alberto y sus compañeros, cuando éstos le llevaron á don Agapito, y aquél se imaginaba que el negocio era muy llano, y que en muy breve plazo, habia de producir algunos miles de duros; pero ahora, en vista de su cruel desengaño, el malvado viejo los estimaba tan en poco, que no estaba muy distante de convertirse en su más implacable enemigo.

Tal es la condicion humana, así entre la gente de aquel jaez, como entre personas de otra estofa, es decir, que tanto se alaban y encomian los hombres, cuanto se espera de ellos, y por el contrario, tanto se deprimen y vituperan, cuanto ménos se aguarda que puedan favorecer las esperanzas y aspiraciones de los que ántes se proclamaban sus más fervorosos y entusiastas amigos y parciales.

—Verdaderamente, respondió José, que esa familia nos ha largado un *camelo* de *mistó*.

—Pues gracias á mis pulgares, ese tio Camándulas no ha tomado soleta; replicó el *Tio Martin* con los ojos chispeantes de furor al recuerdo de la tentativa de don Agapito, que él calificaba en su mente de proyecto de evasion frustrada.

—Pero con la traba de hierro, le hubiera sido imposible *najarse*; dijo Francisco.

—De todas maneras, la intencion ya está conocida. ¡Tunante! exclamó el viejo crispando los puños de ira, con las disposiciones más hostiles hácia el infeliz secuestrado.

En esto el padre y los hijos llegaron á la casa de la huerta.

Los hijos se despidieron, encaminándose á Casariche, miéntras que el desalmado viejo, con aire ceñudo y como absorto en sus reflexiones, fué á buscar uno de esos cestos de mimbre, altos y de forma cilíndrica, que sirven para trasportar las uvas en tiempo de la vendimia.

El *Tio Martin* volvió con el cesto, colocándolo en medio de la cocina y fijando en él miradas de indescribible y feroz complacencia.

—¿Á qué has traido aquí ese armatoste? preguntó la tia María con aire displicente.

—Yo me entiendo, mujer, y bailo solo.

Y el viejo prorumpió en una estrepitosa carcajada.

—Quita de ahí ese embeleco, gritó la vieja, enojada y rostrituerta.

—Ahora mismo lo quitaré, respondió el *Tio Martin* con grandísima pachorra.

Y sacando su navaja, practicó en el hondon del cesto una abertura circular, como de una cuarta de diámetro.

—¡Vaya una ocurrencia! exclamó colérica María. ¿Por qué echas á perder el cesto de esa manera, para que no pueda servir?

—Al contrario, Mariquita; como yo lo he dejado, es como puede prestar muy buen servicio.

—¿Y qué mil demonios intentas hacer con éso?

—Despues de los *guantes*, se necesita un vestido apropósito.

Y sin hablar más palabra, el *Tio Martin* encendió su farolillo, colocó en un cenacho pan y otras provisiones, y, cargando con el cesto, encaminóse á la cueva en que yacia el infeliz don Agapito.

CAPÍTULO XVII.

TALES GUANTES, TAL VESTIDO.

Aun cuando el *Tio Martin*, desde luégo habia reconocido la absoluta imposibilidad de que la familia de don Agapito pudiese aprontar los doce mil duros, con que al principio soñaban los secuestradores, todavía no creyó que éstos fuesen tan inexpertos, ó estuviesen tan mal informados, que al rebajar su exigencia hasta ocho mil duros, no se encontrase la mencionada familia en condiciones de reunir y entregar, poco más ó ménos, esta última suma.

Pero al saber las súplicas de doña María Gallardo, y de su hijo Frasquito, así como tambien las gestiones de Melero, y que en resumidas cuentas, todas las esperanzas de aquel desgraciado negocio, que al principio juzgó tan lucrativo, habian quedado reducidas á mil duros, habiendo tantos cómplices, despues de tantos dias, y suponiendo que áun esta última cantidad se reuniese y entregase pronto, es lo cierto, que tan exíguo resultado ponia fuera de sí al infame viejo, que entre otras

causas, atribuia la falta de cumplimiento de la familia, á que el camandulero é hipócrita de don Agapito, le ocultaba á su esposa y á sus hijos, el escondite del *gato*, como él decia, esto es, el sitio en que el secuestrado tenía su dinero.

Bajo esta impresion, toda la inmensa cólera del *Tio Martin* venía á refluir y caer sobre el desdichado cautivo, que léjos de tener dinero alguno guardado, sufria en su corazon las angustias, penas y aflicciones, que sin duda experimentaría su desolada familia, al ser víctima y blanco de exigencias de todo punto inasequibles á los medios de su modesta fortuna.

En este órden de dolorosas ideas se hallaba constantemente engolfado el pensamiento del triste cautivo, que entre causar la ruina irreparable de su adorada familia, ó conseguir la libertad de morirse de hambre con su mujer y sus hijos, preferia desde luégo ser sacrificado de una vez á la bárbara crueldad de sus secuestradores.

Por otra parte, el desconsolado prisionero sabía muy bien la imposibilidad de que su familia allegase la suma, exorbitante para ella, de ocho mil duros; y despues de haber escrito su carta, ignoraba completamente las demás comunicaciones, manejos y rebajas, que habian mediado en un asunto para él tan interesante, como que se trataba de su vida ó de su muerte.

El tiempo, en ciertas situaciones del espíritu, cambia, por decirlo así, de medida y duracion, en

tales términos, que su trascurso no puede apreciarse con la regularidad ordinaria en las condiciones normales de la existencia.

Los dias que el cautivo llevaba de permanencia en aquel subterráneo, aparecian en su conciencia como una noche interminable y sin equivalencia fija en la nocion que del tiempo suelen tener los que habitan en la superficie de la tierra.

El triste secuestrado se imaginaba llevar largos meses apartado del mundo de los vivos, y todas sus ideas y sentimientos, diríase que participaban de la oscuridad y lobreguez de su inmunda cueva, como si la luz brillante del astro esplendoroso del dia fuese tambien necesaria para infundir lucidez y fijeza en los pensamientos del espíritu del hombre.

Así, pues, merced á las condiciones, tan directamente contrarias á la naturaleza en que el infeliz don Agapito vivia, experimentaba una confusion caótica en su mente, de la cual participaban su actividad pensante, sus recuerdos y cuantos objetos se ofrecian á su consideracion, perturbada por el horroroso artificio de su encierro, á causa de su alimentacion y á consecuencia del trato brutal de que era víctima; en una palabra, el pobre prisionero, en el descoyuntamiento de su sér, en la tenebrosa trasformacion de su conciencia, y en la mudanza indescribible de las facultades de su espíritu, pensaba en su esposa querida y en sus hijos idolatrados, de una manera semejante ó análoga á la actividad confusa con que deben pensar los di-

funtos, en los primeros instantes de su trasfiguracion en este planeta que abandonan, dejando en su seno á los séres que durante largo tiempo les han inspirado las afecciones más íntimas, tiernas, profundas y sublimes.

Don Agapito Delgado tenía momentos en que todos los puntos luminosos de su conciencia, aparecian como extinguidos en la oscuridad inerte del no ser; otras veces su personalidad confusa se le presentaba á sí propio, como en la horrible fantasmagoría de un vano ensueño, como en el limbo indeciso de la sombra de la vida, como en un crepúsculo nebuloso, como en una especie de pesada penumbra de la existencia.

Ya he dicho en otra ocasion, que las personas de edad madura, que son víctimas de estos espantosos y prolongados secuestros, nunca vuelven á recobrar su primera alegría, su antigua comunicatividad y aquella expansion jubilosa, en muchos de éllos ántes característica, franca, sociable, y que por decirlo así, los incorporaba á la comunion de los vivos; pero que despues de tales y tan espantosos sufrimientos, permanecen reservados, taciturnos, sombríos, recelosos y como si fuesen desertores del sepulcro.

Tal vez se crea que hay exageracion en mis precedentes asertos; pero en prueba de su exactitud incontestable, yo apelaria con toda confianza y seguridad, al exámen y observacion de todos aquéllos que han tenido la desventura de hallarse en

tales situaciones, y áun podría citar con sus nombres propios á ciertas personas, que presentan un ejemplo tan decisivo como incontestable, de esta horrorosa trasformacion ó de este cambio tan enojoso para éllos, como aflictivo y desconsolador para sus familias, parientes y amigos.

No se han estudiado bastante los efectos depresivos, angustiadores y profundamente morbosos, bajo el doble aspecto físico y moral, que pueden producir ciertos secuestros, en que la crueldad se extrema y las leyes de la naturaleza se violan hasta un punto indecible, sobre todo, en las personas ya entradas en años, si por su desdicha están además dotadas de un carácter tímido y de un temperamento hipocondriáco; pues en tales sujetos especialmente, aquellos crueles tratamientos producen un efecto más visible, más desastroso y más duradero.

Cuanto sobre este punto se diga, será siempre harto inferior á la realidad. El hombre, en fin, privado por largo tiempo de la salutífera luz del dia, de la comunicacion social, de una alimentacion sana, y que además está sintiendo siempre, en no interrumpida oscuridad, el puñal oculto de sus enemigos, que sin cesar le abruman con las más aterradoras amenazas; que no goza de las delicias y beneficios de un sueño reparador, y cuyo trabajado y débil organismo se encuentra siempre en una tension nerviosa y excepcional, fuera de las leyes y condiciones biológicas que la naturaleza

prescribe, no puede ménos de convertirse en una especie de fantasma viviente, considerando todos los objetos del mundo exterior como una sombra vana, y todos los pensamientos de su conciencia como una ilusion fugaz y engañadora.

En una palabra, por los medios feroces, violentos y martirizadores que usaba el *Tio Martin*, se puede llegar en un subterráneo á la falsificacion de un alma, ó al desquiciamiento de una conciencia.

En tal situacion se hallaba don Agapito, cuando el malvado viejo se presentó en la cueva.

—Toma y come, le dijo, presentándole su acostumbrada racion de pan y habas verdes.

El triste prisionero comprendió, por el tono breve y áspero de su guardian, que éste se hallaba de muy mal humor; pero guardando silencio, alargó la mano para coger á tientas la esportilla en que el *Tio Martin* le presentaba las provisiones, de las cuales comenzó á comer con más apetito que de ordinario.

—Parece que ya tienes las manos bien curadas, dijo el *Tio Martin*, observando que el prisionero se valia de ellas con más agilidad y soltura.

—Sí, señor; ya las tengo algo mejores.

—Pero, cuando te se curen del todo, no pensarás en volver á gatear, ¿no es verdad?

—No me hable usted de eso, respondió el cautivo dejando de comer.

—No te asustes, y no pierdas por eso el apetito.

El secuestrado siguió comiendo, porque en efec-

to, experimentaba imperiosa necesidad de reparar sus fuerzas, pues que en los dias anteriores, sólo habia tomado, á causa de su desfallecimiento, algunos tragos de leche, mediante el auxilio del *Tio Martin*, supuesto que aquél no podia valerse de las manos.

—Si tú fueras otro, añadió el viejo despues de algunos instantes, no pasarias aquí tantos trabajos como pasas, y los que te esperan, si no te vienes á razones.

—No comprendo lo que usted quiere decirme.

—Yo te lo explicaré así que acabes, repuso el *Tio Martin*, esforzándose por dulcificar su acento.

Don Agapito, ya por la razon indicada, ó acaso tambien espoleado por la curiosidad, no tardó en consumir las provisiones, y terminada su frugal comida, exclamó:

—¡Agua!

El *Tio Martin* le aproximó la cantarilla, y conociendo que el cautivo le ayudaba á sostenerla, dijo:

—Veo que ya las manitas te sirven de algo. No hay mejor remedio que la salmuera; pero estoy escamado contigo.

—¿Por qué?

—Porque me temo que cuando estés bueno del todo, volverás á hacer de las tuyas.

—Yo le prometo á usted que no he de moverme de aquí; pero ¿hasta cuándo estaré yo viviendo de esta manera?

—Cabalmente lo que tenía que decirte, se refiere á eso mismo.

—Pues dígame usted lo que quiera.

—Que de tí depende el salir de aquí muy pronto.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Es una cosa muy sencilla.

—Diga usted.

—Tú eres un perro viejo, muy socarron y muy avariento, y es menester darte golpes en el codo para que abras la mano. Yo he conocido tus marrullerías, y á mí no me engañas con tus camándulas.

—Yo no trato de engañar á nadie, respondió el pobre cautivo muy confuso y aturdido con aquel preámbulo.

—Pues bien, dijo el *Tio Martin* con voz insinuante; es menester que me digas en dónde tienes oculto el dinero para que tu familia pague en seguida tu rescate.

—¿Qué ha contestado mi familia? se apresuró á preguntar el cautivo.

—Que te aguantes aquí, porque no sabe dónde tienes guardados los cuartos; respondió el viejo, diciendo mentira por sacar verdad.

—¡Hijos de mi corazon! ¡Pobre esposa mia! ¿Qué dinero habeis de dar, si no lo teneis?

—Eso dicen; pero no te desentiendas de mi pregunta con tus lamentos. ¿En dónde tienes el escondite?

—En ninguna parte, respondió sencillamente el secuestrado.

El iracundo *Tio Martin*, al oir estas palabras, lanzó un rugido de cólera y sacudió al infeliz prisionero una terrible bofetada.

El desdichado cautivo exhaló un profundo gemido y comenzó á llorar como un niño, porque en su postracion y debilidad, sólo ya era capaz de sentir las angustias del dolor, pero no los arrebatos de la cólera.

—¿Por qué me trata usted así? preguntó despues de algunos momentos con voz doliente el prisionero.

—Porque lo mereces, infame, replicó el desalmado viejo.

—¡Yo! exclamó asombrado el cautivo. ¿Por qué merezco que se propase usted de esa manera conmigo?

—Porque te has empeñado en ocultarme en dónde tienes las *peluconas*, y yo me he empeñado en que me lo descubras, y vamos á ver quién gana.

—Pero si yo no tengo...

—No me vengas á mí con andróminas ni marrullerías; mira que lo mejor que puedes hacer es cantarme claro, y así nos quitaremos todos de ruidos, porque si te empeñas en callar, te juro que te desollaré vivo, como desollaron á San Bartolomé.

El infeliz don Agapito, ante aquellas furibundas amenazas, comenzó á temblar como un azogado.

—No tiembles así, que todos esos meneos no

son más que aspavientos y pinturas para no entregar la carta.

—Pero... ¿quiere usted que mienta?... ¿Quiere usted que le diga que tengo dinero escondido, no siendo verdad?

—No quiero que mientas, sino que cantes.

—¿Y cree usted que yo soy capaz de tener dinero escondido y dejar que mi familia padezca lo que estará padeciendo, y consentir además lo que yo aquí sufro?

—Todo éso es pura palabrería, y á mí no me la *diñas* tú por boca de títere.

—Crea usted que le digo la verdad, hombre.

—Canta, *indino;* mira que no te engaño, que hoy vas á sudar sangre. ¿Serás tú más testarudo que yo?

Y así diciendo, ciego de ira el *Tio Martin* descargó otro golpe con el puño cerrado en la cabeza del atribulado prisionero, que con lastimoso acento exclamó:

—¡Dios mio!...¿Por qué consientes tanta injusticia?

La entonacion con que don Agapito pronunció estas palabras, pareció impresionar al pronto al feroz viejo, que despues de permanecer algunos instantes ceñudo y silencioso, como hablando consigo mismo, al fin murmuró:

—¡Hipocriton! Este quiere más que á Dios las cruces de su dinero.

Y formulado este razonamiento y juzgando por su corazon el ajeno, añadió en voz alta:

—No te andes ahora con beaterías, que todos conocemos, y que no te han de librar de mis uñas.

El cautivo entónces sacudió la cabeza con un movimiento nervioso, y como un hombre resuelto á poner término á sus penalidades, aunque fuese con la muerte; y más animado y con voz entera, respondió:

—He dicho y repito que no tengo dinero ninguno escondido. ¿Para qué lo querria yo si lo tuviera, sino para salir cuanto ántes de aquí?

—No seas atestado, mira que vas á morir.

—Pues moriré; pero lo cierto es que no lo tengo, y que áun cuando le dijera á usted lo contrario, sólo serviria para afligir más y más á mi pobre familia, y para que al fin y á la postre se descubra la mentira. ¿Qué me importa morir ahora ó luégo?

—¡Maldito de cocer! exclamó furioso el *Tio Martin*, abofeteando de nuevo á su desdichada víctima, que entre sollozos dijo:

—¡Tenga usted compasion de mí!

—¡Perro, tunante, socarron, testarudo, bribonazo! Si tú no tienes compasion de tí mismo, ¿cómo quieres que yo la tenga?

Y el *Tio Martin*, harto ya de pegarle al secuestrado y habiendo perdido además la esperanza de que éste le descubriese el escondite, que sólo existía en su imaginacion; pero muy convencido de que el triste don Agapito mentia como un bellaco, tomó el cesto consabido, puso en pié al pobre secuestrado, y se lo embanastó por la cabeza, deján-

dole con ella de fuera y con los brazos extendidos y pegados al cuerpo, sin que pudiese hacer con éllos ni el más pequeño movimiento, ni más ni ménos, que si le hubiesen puesto una camisa de fuerza.

Es imposible describir la impresion repulsiva y el dolor punzante, que experimentó el infeliz cautivo, al ponerlea quella diabólica vestimenta de mimbres, que le desgarró á la vez sus ropas y sus carnes, á consecuencia de los violentísimos tirones, que aquel viejo brutal le daba para colocarle á su gusto aquella especie de traje de madera.

El malaventurado prisionero, entre ayes y lamentos y con voz desfallecida, preguntó:

—¿Qué quiere usted hacer conmigo?

—Nada, hijo; no quiero hacer nada, sino impedirte que te vuelvan á dar tentaciones de gatear, como la otra vez, porque ya tienes las manitas buenas, y es menester contigo estar en todo.

El *Tio Martin* prorumpió en una burlona carcajada, miéntras se complacia ferozmente en mirar á su víctima de la suerte que la habia dejado y le apretaba y ponia bien los pañuelos que le cubrian los ojos y que se le habian descompuesto algun tanto, al ponerle por la cabeza, á guisa de dalmática, el endiablado cesto.

—¿Qué tal? preguntó el *Tio Martin* con una sonrisa de demonio. ¿Te encuentras á tu gusto? ¡Qué zagalejo tan cuco y de tanta dura! ¡Pareces así un galápago manco!

—Pero si me deja usted así, no podré acostarme

ni moverme, repuso con voz dolorida el cautivo.

—Justamente éso es lo que yo quiero, ó por mejor decir, *tú lo quisiste, fraile mosten, tú lo quisiste, tú te lo ten*; respondió el maligno viejo canturreando con socarronería los dos citados versos de esta sabida y antigua cancion.

—¿Es posible que crea usted que yo quiero verme de esta manera?

—Sí, lo creo, porque si tú no lo quisieras, tú cantarias.

—¡Qué obcecacion! murmuró don Agapito.

—Pero lo bueno que tiene, insistió el *Tio Martin*, es que si no cantas hoy, ya cantarás mañana, porque te advierto y te repito que de esta hecha vas á perder hasta el modo de andar, si no me descubres en dónde tienes los dineros.

El infeliz secuestrado, en vista de aquella tenacidad, nada respondió, limitándose á exhalar un prolongado y profundo suspiro.

Y en seguida el *Tio Martin* se alejó de la cueva, dejando á su cautivo inmóvil, lleno de terror y doblemente sepultado en la lóbrega caverna, que le parecia una fosa, y en el angosto cesto, que se le figuraba un ataud.

CAPÍTULO XVIII.

CONDUCTA INEXPLICABLE DE LOS SECUESTRADORES.

Volviendo ahora al buen Melero, debo decir que regresó al pueblo de la Alameda con la carta de los secuestradores.

Entre tanto, fácilmente puede comprender el lector la indecible ansiedad, en que se hallaba la desolada familia del infortunado y triste don Agapito.

Doña María y sus hijos aguardaban con la más viva impaciencia la llegada de Melero, que se presentó en el momento en que la angustiada señora se hallaba departiendo acerca de su desdicha con su hija, su yerno y su hijo mayor Francisco.

Al ver penetrar en la estancia á su deudo y mensajero, todas las miradas se clavaron en él como para rastrear por la expresion de su semblante, el resultado de su viaje y de sus gestiones.

Melero, interrogado por doña María, refirió todo cuanto le habia sucedido, y al terminar su relato, le entregó al hijo mayor la carta que para él le habian dado los secuestradores, y cuyo tenor era el siguiente:

«Sr. D. Francisco Delgado.

»Muy señor mio y especial amigo: con la suya á la vista y las razones del portador, veo en la desgracia que todos nos encontramos; pero, amigo mio, yo no puedo ménos que es hablar con los compañeros y quedar disgustados todos con la tardanza del dinero, porque como usted conoce, su padre está haciendo falta en su casa y nosotros comprometidos, porque era diferente tomar los dineros en ocho dias á echar diez y seis.

»Respecto á lo que usted me dice que su padre escriba unos renglones, amigo mio, no puede ser, á consecuencia de estar distante de aquí, porque siempre la cita se pone léjos del cautivo; pero faltaríamos á los deberes de tener humanidad, si á su padre le faltase nada de cuanto apeteciera en el mundo; es hombre de poco comer, pero aunque comiera mucho, ese cuidado sería nuestro para que no le faltase.

»A ruegos del dador y mios, hemos convenido en que para el dia 5 del próximo Abril, nos mande usted la suma de 1.000 duros sin faltar un céntimo; éstos los traerá el referido José Melero *el Moreno*, que sólo él hubiera alcanzado una rebaja tan grande como la que se ha hecho.

»Cita para el dia 5: saldrá de La Alameda el dia 5 á las once de la noche por el camino natural á Benamejí, y estará en la posada hasta la una del dia 6; á la una saldrá para Lucena, hará noche en Lucena; y á la otra noche, dia 7, estará en Benamejí, y el dia 8

se volverá á La Alameda, si no salimos por eldinero.

»Sin otra cosa más, que procure usted no caer en falta, pues ya á nosotros mismos nos da lástima de tenerlo cautivo tantos dias.

»P. D. Recibí del referido Melero la suma de 1.400 reales vellon.»

Tal es el texto auténtico de la carta, que en voz alta leyó el hijo mayor de don Agapito.

Los circunstantes á la vez se alegraron y se afligieron de su contenido. Alegráronse, por saber del cautivo, así como tambien por la rebaja conseguida, y se afligieron, por la premura del plazo en que debian buscar á réditos los mil duros.

Sin embargo, despues de las primeras impresiones, la tierna esposa manifestó desconfianza de que su esposo aún viviese.

En vano los hijos y áun el mismo portador de la carta procuraron disuadirla de sus temores, intentando desvanecer sus dudas y sospechas.

—Mucho me temo que haya sucedido una desgracia, dijo suspirando la esposa.

—¿Y en qué se funda usted para esos recelos? preguntó Francisco.

—Me parece que no hay motivos para esos temores, dijo el yerno Zambrana.

—¡Quién sabe! exclamó la hija, que tambien participaba de los recelos de su madre.

—¿No os habeis fijado en éso que dice la carta, de que no ha podido escribir por estar léjos? preguntó doña María.

Esta observacion dejó perplejos y contristados á los hijos; mas el buen Melero, que estaba muy convencido de que su tio vivia, se esforzó cuanto pudo por trasmitir á los demás su opinion, bien que sin conseguirlo, porque la esposa y la hija se aferraron cada vez con más ahinco á sus referidas sospechas.

En este sentido fueron inútiles para convencerlas cuantas razones alegaron los hijos, Melero y el yerno; pues que si la madre invocaba la circunstancia de que su esposo no hubiese escrito, la hija invocaba á su turno, la autoridad de un ensueño que habia tenido la noche precedente, y durante el cual habia visto á su padre asesinado por los secuestradores.

En resolucion, diré que como de ordinario acontece en el hogar doméstico, prevaleció la opinion femenina, comunicándose aquellas alarmas á todos los hijos del prisionero.

No por ésto dejaron de hacer cuantas diligencias estuvieron á su alcance, para reunir en tan breve plazo la suma convenida; pero es lo cierto, que quizás y sin quizás, la mencionada sospecha influyó poderosamente en no consagrar tan vivas diligencias, como hubieran debido hacer, para buscar y reunir la cantidad exigida.

Melero sobre todo, se disgustó mucho por aquella preocupacion y descuido, tanto porque comprendia lo funesto que podria ser á la familia, cuanto porque él era quien debia dar la cara en aquel triste negocio.

El resultado fué que llegó el dia convenido, sin que se hubiesen encontrado los mil duros; pero de todas maneras, la familia resolvió que Melero acudiese á la cita con la doble intencion de pedir nuevo plazo y averiguar por todos los medios imaginables la verdadera suerte del cautivo.

Así, pues, el buen Melero siguió al pié de la letra el itinerario marcado por los bandidos, deteniéndose en Lucena y Benamejí el tiempo que se le prevenia, y regresando el dia 8 á la Alameda.

Presentóse Melero á doña María Gallardo y á toda su familia, que se hallaba en su compañía esperándole, y desde luégo llamó la atencion de todos la expresion de contrariedad y desabrimiento, que se advertia en el rostro del mensajero.

—¿Qué noticias traes? preguntó con impaciencia la infeliz señora.

—Si he de decir la verdad... En fin, no traigo noticias ningunas.

—Vamos, José, no digas éso, que no estamos para chanzas; repuso doña María con acento de cariñosa y dolorida reconvencion.

—Pues tampoco traigo yo gana de bromas; pero la verdad es... la que he dicho.

—¿No te han dado carta ninguna? preguntó Francisco.

—No, señor.

—Pero algun recado traerás, terció Dolores.

—Tampoco traigo ningun recado.

—Cuenta, hombre, lo que haya sucedido, dijo el yerno.

—El caso es... ¡Qué cosa más extraña!...

Y Melero se detuvo como absorto en sus pensamientos.

Los circunstantes se miraban unos á otros, llenos de la más cruel ansiedad y deseando y temiendo á la vez que Melero hablase.

Entónces la infeliz señora, así como tambien su angustiada hija, prorumpieron en amargo llanto y desesperados lamentos, porque al ver el semblante y conducta de su pariente, se confirmaron más y más en su creencia de que el achacoso don Agapito habia sucumbido á los malos tratamientos de los secuestradores, ó que éstos en su furor lo habian asesinado.

Los hijos y el yerno lloraban tambien silenciosamente, harto impresionados por el doloroso espectáculo que les ofrecian la madre y la hija, no ménos que por el silencio y ambigüedades del buen Melero, el cual parecia participar igualmente de la general afliccion de la familia.

—¡Acabemos de una vez, Pepe! gritó resueltamente Francisco. ¿Vive mi pobrecito padre?

—¡Sí, sí, responde de una vez! exclamaron todos en coro.

Melero paseó en torno suyo una mirada vagarosa y sombría, contemplando alternativamente á los circunstantes, como un hombre en extremo atónito, afligido y azorado.

—¿No respondes? insistió Francisco.

—¡Amado esposo mio! exclamó la desolada doña María.

—¿Vive mi padre? preguntó con indescribible angustia la sensible Dolores, llorando con grandísimo desconsuelo.

—¡Vaya usted á saber!... exclamó al fin Melero. ¿Quién es capaz de responder á esa pregunta?... La otra vez, cuando decian ustedes que no habia escrito, creia yo que estaba vivo y sano y que sus recelos no eran más que aprensiones; pero ahora...

—¡Ahora!... ¿Qué ha sucedido? preguntaron todos á la vez.

—Ahora, digo que... quizás tengan ustedes razon...

—¿En qué? interrumpieron todos.

—En llorarlo por muerto.

Las precedentes palabras cayeron sobre aquella desolada familia, como una losa sepulcral.

Durante algunos instantes no se oyó en la estancia más que tristes lamentos de las dos mujeres y comprimidos sollozos de los varones.

Trascurridos algunos minutos, los cuatro hijos y el yerno levantáronse de pronto, pasando del extremo del abatimiento del dolor, al último paroxismo de la cólera, y con los puños crispados, lanzando fuego por los ojos, rodearon á Melero, diciéndole:

—¡Cuenta sin rodeos todo cuanto sepas!

—¡Pues éso es lo peor! exclamó el buen Melero. El caso es que no tengo nada que contar.

—Pues entónces... ¿Qué te ha sucedido en el viaje? preguntó Francisco.

—Dílo todo, añadió Zambrana, y si no quieres que éstas te oigan, vente conmigo y cuentámelo todo.

—No es menester, replicó Melero, porque lo que ha sucedido aunque es muy extraño, y yo ni me lo esperaba, ni acierto á explicármelo, puedo contarlo aquí delante de todos.

—¡Habla por Dios! exclamaron todos á la vez.

—Pues, señor, yo salí de aquí, siguiendo hora por hora el camino y los sitios que esa gente habia mandado, llegué á Benamejí y estuve en la posada hasta la una del dia, y viendo que nadie se me presentaba, salí á la una en punto para Lucena, en donde hice noche el dia 6, y luego volví á salir para estar otra vez la noche del dia 7 en Benamejí; pero tampoco se me presentó allí alma viviente, y yo dije para mi capote: «quizá esta gente aguarde á verme en el camino de La Alameda.» Y entónces, no queriendo caer en falta, y deseando cumplir al pié de la letra todo lo que éllos habian mandado, me decidí á volverme esta mañana, y aquí donde me ven ustedes, tampoco nadie me ha salido al encuentro. ¿No es ésto muy extraño? Pues ya lo saben ustedes todo.

Excusado parece decir que el precedente y verídico relato de Melero, fué oido por la familia con tan profundo silencio como viva atencion, produciendo en todos los circunstantes la más extraordinaria é indescriptible sorpresa.

—¿Y qué opinas tú de que los secuestradores no hayan asistido á la cita? preguntó Francisco.

—Yo no sé qué pensar, ni cómo entender, ni cómo explicar lo que ha sucedido.

—¡Qué desgraciada soy! exclamó la triste esposa. La explicacion es bien sencilla, mi Agapito ha muerto, y por éso no han acudido á la cita, ni ya volveremos más á saber de esos malvados... ¡Esposo de mi alma!

—¡Padre de mi corazon! exclamaron á la vez todos los hijos, convencidos por la explicacion de su afligida madre.

—Yo creo que todavía no debemos perder la esperanza, dijo Zambrana, procurando consolar á la llorosa y acongojada familia.

Pero todos sus esfuerzos fueron completamente inútiles para que prestasen oidos á sus reflexiones.

—Pues éllo es necesario hacer algo para apurar este negocio, y saber á qué atenerse, insistió el yerno.

Y como asaltado por una idea súbita, levantóse rápidamente y dirigiéndose á Melero, hízole seña de que le siguiese fuera de la estancia.

El buen Melero recogió la seña y salió inmediatamente detrás de Zambrana, que lo condujo con mucho misterio á un apartado aposento.

CAPÍTULO XIX.

DONDE APARECE OTRA VEZ EL CABALLERO MISTERIOSO.

Miéntras que el caballero misterioso y su acompañante caminaban desde el pueblo de Martin de la Jara al de Campillos, entablaron el diálogo siguiente:

—Crea usted que siento no dejar ultimado este negocio, dijo Carrascoso.

—¿Y qué te importa? replicó el caballero. Además, que despues de hacer en el Arahal lo que hemos convenido, puedes volverte.

—Sí; pero yo tengo que estar en Benamejí el dia 6 y no sé si podré conseguirlo, porque ya sabe usted lo que pasa; pues unas cosas se enredan con otras y los amigos le traen á uno mil compromisos, y cuando ménos se piensa, tiene uno que detenerse por su causa, y en fin, me parece que no voy á poder dar la vuelta tan pronto como yo quisiera.

—En último caso, lo que conviene es atender á lo que más importa.

—En éso tiene usted razon.

—Pues á Roma por todo, y si puedes volver ese dia vuelves, y si no, que te aguarden.

Carrascoso, al oir estas palabras, prorumpió en una estrepitosa carcajada, y despues dijo:

—Hombre, me gusta usted, porque tiene el pecho más ancho que la mar, y no se apura usted por nada.

—Pues claro está; en este mundo, Pepillo, no hay que apurarse más que por tener mucho dinero, y todo lo demás es tontería. Por éso algunas veces me das que sentir, porque ya sabes que yo te quiero de verdad, y me incomoda el verte que te metes en cualquier negocio, y te vas detrás de cualquiera para ganar cuatro cuartos.

—¿Y qué quiere usted que haga? Muchas veces tiene un hombre que agarrarse aunque sea á un clavo ardiendo para mantener las obligaciones.

—Pero los hombres como tú de pelo en pecho y que ya están comprometidos, es menester que piensen en dar golpes de gracia y salir de pobres.

—Eso es verdad, porque tan perdido está uno por mil como por mil quinientos; pero no siempre se presentan los negocios á gusto.

—Porque no pensais en buscarlos, ni tampoco sabeis manejaros como conviene. Si yó me encontrara en tu pellejo y no me contuvieran los respetos de mi familia, ya verias tú qué pronto afanaba yo una gran fortuna para gastar y triunfar, salir de apuros para siempre y reirme de las persecuciones de la justicia, pues con nada se le tapa mejor la boca y se les ataja la pluma á los curiales, que con onzas de oro.

—Habla usted lo mismo que un gran maestro.

—Ya sabes tú que siempre he sido amigo y compañero de la gente del bronce, que con élla me he gastado el *loben* en francachelas y bromazos, y que si no fuera por las mozas y el juego, no andaria yo tan atrancado y antecogido por la curia; pero poco hemos de vivir, ó saldrémos de tantos apuros.

—¡Dios ó el diablo lo quiera! exclamó Carrascoso.

—Quien lo ha de querêr de veras somos nosotros, que tenemos á la puerta de nuestra casa, como quien dice, los que nos pueden sacar de todos los barrancos.

—Hombre, yo no he querido nunca meterme con la gente del Arahal, porque se han portado bien conmigo, porque me quieren y me dejan el paso libre, y yo en éso me parezco á los gitanos, que dicen: «Donde duermas, no hagas daño.»

—No creas que se portan así porque te quieren, sino porque te tienen miedo. Por lo demás, lo que necesitamos los amigos es aviarnos, y ya verás luégo cómo todo el mundo te alaba y quita el sombrero.

Así el caballero misterioso, como un espíritu satánico infundia en Carrascoso los sentimientos más perversos, ó lo confirmaba más y más en las horrorosas máximas que le habian lanzado por la senda del crímen. Aquellos dos hombres, caminando en medio de las tinieblas de una ventosa

noche y departiendo de aquella manera, ofrecian un espectáculo terrible y á la vez doloroso para el pensador.

En efecto; un hombre de buena educacion y perteneciente á una clase distinguida era el seductor que trataba de corromper hasta la médula de los huesos á otro hombre tosco, sin educacion y que pertenecia á la clase del pueblo.

¡Cuántas tremendas reflexiones no surgen de éste y otros análogos hechos!

Ante Dios y ante los hombres, ¿cuál de aquellos dos individuos era el más culpable?

El caballero misterioso continuó:

—Esos escrúpulos que tú tienes te empequeñecen y perjudican. Enhorabuena que en cada pueblo tengas una persona que tú respetes para que te sirva en lo que allí te ocurra; pero con las demás, no debes tener miramientos ningunos, porque todos son unos tunantes, y cuanto más ricos más malos, pues para llegar á serlo han hecho, aunque con más picardía, lo mismo que necesitamos hacer nosotros, si no queremos vivir rabiando y arrastrados como las culebras y morir en un hospital.

—Le digo á usted que me gusta que hablemos, porque con estar á su vera se aprende mucho, respondió Carrascoso perfectamente convencido por las razones del caballero.

—Es menester estudiar lo que pasa en el mundo, Pepillo.

—Si yo tuviera el talento que usted tiene y mis

padres me hubieran dado la enseñanza que á usted le dieron los suyos, ya veria usted cómo yo hacía milagros en la faena, volviendo patas arriba este pícaro mundo, y entónces yo le juro que no se comerian los gordos á los flacos, sin más razon que porque sí.

—¡Así me gusta! exclamó el caballero misterioso, sacando de su chaqueton el frasco de aguardiente, del cual habia echado ya varios tragos, y alargándoselo al bandido, añadió:

—Toma, hombre, y bebe como yo, que hace una ventisca del mismo demonio.

—Venga un traguito, ya que usted se empeña, porque la verdad es que el aire que corre, corta los huesos, dijo Carrascoso tomando el frasco y echándose un trago.

—Si tú hubieras venido tragueando como yo, no tendrias frio, respondió el caballero, cuya voz aguardentosa revelaba sus aficiones.

—Tenga usted su cacharrito, que el mataratas que lleva, deja á uno sin campanilla.

—Esto es la mejor defensa para estas noches; pero volviendo á la cuestion que nos importa, debo decirte, que tú no sabes sacar partido de la nombradía que vas adquiriendo y de las simpatías que tienes entre la gente de estos contornos, pues si tú fueras otro, serías el amo.

—¿De qué habia yo de ser el amo? preguntó con cierto interés el bandido.

—De toda esta tierra.

—¿Y qué es menester que yo haga para éso?

—Encargarte de la ejecucion de todos los planes que otros te darian, pues ya sabes que nuestra asociacion es numerosa, que hay muchos que discurran y pocos que tengan las cualidades que tú para ejecutar, por cuyo motivo en los negocios que traemos entre manos, debes ahora echar el resto, para que todos vean que tú eres el hombre de más accion de la compañía, miéntras que por mi parte, yo te ayudaré más de lo que tú piensas. ¿Te conviene, Pepillo?

—Trato hecho, y ya verá usted si á mí se me pone ninguno por delante.

—Pues como tú sigas ese camino, yo te prometo que no te ha de faltar qué hacer, porque en el Arahal tenemos una gran mina; y no tengas miramientos con la gente de ese pueblo, que ya verás que cuanto más hagas, más te han de respetar; y si te ocurre algun percance, los asociados te sacaremos en palmas.

—No hay ningun inconveniente, y despues de coger á esos pájaros que usted sabe, seguirémos explotando la mina.

—Eso es lo que yo quiero, Pepillo, que todo lo que se haga pase por tu mano.

En estas y otras, llegaron al pueblo de Campillos, y ámbos se detuvieron ante la puerta de una casa de buen aspecto.

Allí el caballero misterioso tosió fuertemente y en seguida se abrió la puerta.

Los dos jinetes penetraron en dicha casa, y pocos momentos despues se hallaban en un abrigado aposento, en donde prosiguieron bebiendo y hablando muy á su sabor de sus malvados planes.

Allí pasó Carrascoso todo el dia, hasta que llegada la noche, se despidió del caballero, diciéndole:

—Descuide usted, que todo se hará como convenga.

—Bueno será que desde aquí te lleves para allá revistada toda la gente.

—Esa es mi intencion, y no dejaré de ir á los cortijos que usted sabe.

—Me parece bien. Hasta la vista.

—A la paz de Dios.

Carrascoso metió espuelas á su caballo, emprendiendo su marcha con direccion á el Arahal; pero deteniéndose con harta frecuencia en cortijos y caseríos, en donde era muy bien recibido y tratado por las gentes del campo, á quienes dirigia sus preguntas y daba sus instrucciones, que todos escuchaban con respeto y prometian cumplir al pié de la letra.

Cuando llegó á el Arahal, despues de haber visto á su mujer y á su hijo que allí vivian, recorrió las tabernas y muy pronto encontró á los amigos y cómplices que buscaba, los cuales le dieron minuciosa cuenta de todo lo que habian hecho y del estado en que se hallaban sus proyectos.

Pero á la vez que se ocupaba incesantemente, ya dentro, ya fuera de la poblacion, en preparar los

golpes concertados, y á causa de las entrevistas con los amigos, acudian tambien amigas y se armaban jolgorios y jaranas, que él aprovechaba para sus fines, pasando dias y noches en una constante borrasca de francachelas, comilonas y borracheras.

Mas no obstante el indecible atractivo que para él tenía el alegre trato de sus amigotes y comadres, tuvo resolucion suficiente para abandonarlos y encaminarse al lugar donde le esperaban los secuestradores de don Agapito, con el fin de concurrir despues á la cita con Melero.

Reunióse, en efecto, con éllos y se dirigieron á Benamejí, en donde ántes siempre campaban por sus respetos y tenian muchos amigos y se habian propuesto ver á Melero, quien, como ya el lector sabe, llevaba prefijado el tiempo que habia de permanecer en la posada.

Pero Carrascoso y sus cómplices estaban muy léjos de sospechar el estado de indecible alarma en que se hallaban sus paniaguados y compinches, que todos eran lobos de la misma camada.

Dirigiéronse á casa del famoso *Niño*, el cual ni siquiera quiso recibirlos, limitándose á enviarles un recado con una persona de confianza, previniéndoles que de ninguna manera se metiesen en ningun fregado en el pueblo y sus contornos, porque la Guardia civil bebia los vientos; que habian ocurrido grandes cosas; que habia en la poblacion y en el campo más policías que piedras y matas; que el Gobernador de la provincia no dejaba respirar ni á

las moscas; y que se tuviesen por irremisiblemente perdidos, si caian en sus garras.

El emisario del *Niño* los condujo á su casa, donde los tuvo escondidos hasta que llegára la noche, haciéndoles la más viva pintura de los peligros que todos corrian, á consecuencia de las disposiciones del Gobernador de Córdoba, que habia tomado muy á pechos la persecucion de los secuestradores y que hasta el mismo *Niño*, que habia podido ser siempre su amparador y padrino, además de señor y rey de la comarca, se hallaba muy abatido y temeroso de que le sobreviniese algun desavío.

Y con este motivo el emisario les refirió tambien las terribles amenazas que el Gobernador le habia dirigido al *Niño*, á quien habia llamado á Córdoba para exigirle que dejasen libre al secuestrado don José Orellana y que de lo contrario, que él pagaria con su cabeza.

Añadió tambien que el *Niño* se habia dado tal maña, que habia conseguido que el tal secuestrado volviese á su casa, pero que á pesar de haber cumplido las órdenes del Gobernador, las precauciones seguian y la persecucion se aumentaba, y que en el pueblo no entraba alma viviente, sin que lo vigilase la policía y estuviese expuesto á sufrir algun percance.

En suma, el emisario del *Niño* les manifestó que debian alejarse de allí en cuanto llegase la noche, que vivieran muy alerta, y que si no querian tener alguna desazon gorda, que se fuesen cuanto ántes

de la provincia, como lo habian hecho ya todos los más comprometidos que amparaba el *Niño*.

Atemorizados con tan desagradables noticias los secuestradores, cuando se hubieron quedado solos, discutieron la conducta que en aquel caso imprevisto debian seguir, y decididos á no comprometerse, acordaron no presentarse á Melero, que acaso estuviera vigilado por la policía, si es que, interrogado por élla, éste no se habia ido de la lengua.

Mas por otra parte, los bandidos no querian dar su brazo á torcer, confesando su informalidad, ni mucho ménos demostrar que el temor habia tenido parte en su conducta, por cuyas razones determinaron escribir una carta á la familia de don Agapito, poniendo valientemente otra nueva cita, si bien dando á entender que la falta habia estado en Melero, que no habia cumplido puntualmente las instrucciones que se le habian dado.

Prevaleció este parecer, porque así se ocultaba perfectamente la verdadera causa de no haber éllos asistido á la cita, si bien comprendiendo el inminente peligro que corrian en la provincia de Córdoba, se reservaban la intencion de avistarse con Melero, no en Benamejí, ni en territorio de dicha provincia, sino en un punto de la ruta correspondiente á la inmediata de Málaga.

No bien hubieron acabado de escribir la carta, cuando regresó el amigo del *Niño*, que habia salido á tomar lenguas y prepararles la salida, manifestándoles que ya era la hora conveniente para la

marcha y que si no querian comprometerse y comprometerlo, que se ausentasen inmediatamente y con todo género de precauciones.

Carrascoso y sus compañeros despidiéronse de su compinche, dándole muchas expresiones para el *Niño* y para el Sordo Lechuga, rogándole al mismo tiempo que pusiese en seguida en el correo la carta que habian escrito, y cuyo contenido era el siguiente:

«Señora Doña María Gallardo.

»Muy señora mia y de toda mi atencion: vuelvo á ponerle nueva cita, porque seguramente comprendo que el conductor ha perdido el camino que llevaba marcado; pues hemos pasado un mal rato con haber faltado ese hombre á las horas que tenía marcadas; y como usted conoce, esta cita es un sagrado, que no puede ni salir más tarde, ni más temprano, ni mudar caminos.

»Pues bien; ahora le marcaré otra ruta, á ver si no hay falta; con que así, tendrá usted la bondad de hacerme la remision antedicha en la forma siguiente:

»Cita para el dia 10 del presente Abril: el dia 10 á las seis de la tarde saldrá de La Alameda para Benamejí por el camino de herradura; pasará por la cañada de los Madroñales y el camino seguido que entra en el arrecife, cerca del puente de Benamejí.

»En el puente de Benamejí echará un misto para encender un cigarro.

»El dia 11 por la mañana, al apuntar el sol, saldrá de Benamejí para Lucena y á la noche volverá á Benamejí, y el dia 12 al apuntar el sol, saldrá para La Alameda.

»Esto lo ha de verificar, sin que salga más tarde ni más temprano.»

La precedente carta vino á tranquilizar en algun modo á la familia de don Agapito, así como tambien á destruir el plan que habia concebido Zambrana de que Melero volviese á recorrer de nuevo todo el trayecto de la cita, para ver si alguno de los secuestradores se le presentaba y averiguar á punto fijo la verdadera suerte del prisionero.

Ahora hien; la mencionada carta devolvió su alegría á los acongojados hijos de don Agapito; pero ¡cosa extraña! ni la infeliz esposa ni su hija Dolores quedaron completamente tranquilas.

¡Tal importancia le daban una y otra á su fatídico presentimiento, el uno en forma de corazonada, el otro en forma de ensueño!

CAPÍTULO XX.

ENTREVISTA DE FRANCISCO DELGADO CON LOS SECUESTRADORES.

La familia de don Agapito no habia reunido la suma exigida por su rescate; pero en la situacion de ánimo en que se hallaba, es seguro que no habria pensado en remitir el dinero, aunque lo hubiese tenido á su disposicion, preocupándose tan sólo de que Melero acudiese á la cita para averiguar si vivia ó no el cautivo.

Así, pues, ni le dieron carta al mensajero ni más encargo, que el de adquirir la completa evidencia de lo que habian hecho los secuestradores con su víctima.

Con tales instrucciones salió Melero á la seis de la tarde del pueblo de La Alameda, repasando en su memoria los puntos que debia recorrer, y las operaciones que debia verificar en su ruta, procurando con grandísimo esmero no detenerse ni anticiparse.

Embebido en sus pensamientos, caminaba el buen Melero sobre su macho, muy ajeno de lo que habia de ocurrirle en su ruta, buscando allá en su

imaginacion todos los argumentos que su caletre le sugeria para demostrar á los secuestradores que éllos y no él, eran los que habian faltado á la cita.

La noche entre tanto iba extendiendo sus sombras por los campos, estrechando cada vez más los límites del horizonte, de suerte que Melero sólo podia divisar los objetos más cercanos y el camino que blanqueaba entre las tinieblas por los próximos repechos.

Poco más de una hora llevaria de marcha, cuando súbitamente, al llegar al sitio denominado el *Aguililla chica*, le salieron al encuentro dos hombres que, trabando por el ronzal el macho, lo sacaron fuera del camino, conduciéndole al sitio más sombrío de aquellos contornos.

La repentina aparicion de aquellos dos hombres, que semejaban dos fantasmas por su ligereza y su silencio, produjo en el ánimo del buen Melero una sorpresa indescribible y una emocion extraordinaria; pero muy luégo reconoció en los dos aparecidos á los mismos que, disfrazados de pastores, le habian hablado en la posada de Martin de la Jara.

—¿Por qué no fuiste á la entrevista? le preguntó Carrascoso, con tono de reconvencion.

—Pues si estuve, y viendo que nadie me dijo esta boca es mia, me volví á casa.

—Dí que te extraviaste y no quieres confesarlo, añadió el otro bandido.

—No hay tales carneros, porque yo no me extra-

vié, ni cambié las horas, ni dejé de estar en todos los sitios que decia la carta.

—No seas testarudo y confiesa tu pecado, mala pieza.

—No, señor, no lo confieso, porque aunque ustedes no me hayan visto, lo que es yo estuve.

—Dejaos ya de esa cuestion, interrumpió Carrascoso, y vamos á lo que interesa. ¿Traes el dinero?

—No, señor.

—¿Pues entónces, á qué has venido?

—A saber si mi tio vive. Esto es lo que se ha sacado de no habernos visto la otra vez, porque no pueden ustedes figurarse la tristeza y el llanto que hubo en aquella casa, cuando me presenté diciendo que no habia visto á nadie.

—¡Cuántos aspavientos para nada!

—Póngase usted en el lugar de mi tia y considere la afliccion de mi prima y de los hijos, que todos á una voz dijeron que el no acudir ustedes á la cita, era la señal más segura de que su padre las habia liado.

—¿Y serian capáces de creer que nosotros le habíamos reventado sin justo motivo?

—Si quiere usted que le diga la verdad, me parece que lo creyeron.

—Pero despues de la última carta, estarán ya más tranquilos.

—En cuanto á los hijos, están todavía algo escamados; pero lo que es á mi tia y á mi prima, no hay quién les saque de la cabeza que el pobrecito de mi tio está ya comido de gusanos.

Al oir la salida de Melero, los dos bandidos no pudieron contener la risa.

—Pues nada, hombre, respondió Carrascoso; diles que no les dé tan fuerte, y que todavía no ha *merao*; pero que así sucederá, si andan con tantas tacañerías para mandar esa miseria.

—Está bien; con que yo puedo asegurar que mi tio vive, ¿no es éso?

—Sí, hombre, puedes asegurarlo con toda confianza.

—Es que yo no sé si podré convencer á la familia, de lo que usted me dice.

—¡Só grandísimo animal! ¿Vas tú á poner en duda lo que yo te digo?

—No, señor, yo lo creo á pié juntillo, pero ¿de qué sirve que yo lo crea, si éllos lo dudan?

—Pues que te crean, que no anden con más retrónicas y que manden esos reales, terció el otro bandido.

—Yo querria que ustedes oyesen mis razones y que le escribieran al hijo mayor.....

—Díle que ya no queremos escribir más, ni oir más razones que el dinero, interrumpió enfurecido Carrascoso.

—Haré lo que ustedes me manden; pero yo creo que lo mejor sería.....

—Largo de aquí, tunante, dijo el otro bandido; y lleva el recado tal como te se ha dicho.

—Perdona, dijo Carrascoso; y déjalo que hable lo que quiera.

—Yo decia, continuó Melero, reanudando su interrumpida frase, que lo mejor sería que me dieran ustedes una cita, á la que el hijo mayor me acompañase, por si acaso la familia no se convence de lo que ustedes me han asegurado.

—Pues bueno, díle que le concedemos cuatro dias para que sin falta reuna el dinero y lo traiga contigo, y ya verás cómo lo convencemos.

—Pues les agradezco á ustedes mucho que me den esa razon, que es la que yo deseaba y la que tambien desea la familia.

Los dos secuestradores le indicaron entónces á Melero la ruta que habian de traer para avistarse con éllos el día prefijado.

Carrascoso y su compañero se alejaron rápidamente, miéntras que Melero volvióse á buen paso al pueblo de La Alameda, en donde sin dilacion refirió aquella misma noche á la familia de don Agapito cuanto le habia sucedido.

Llegado el dia de la nueva cita, Frasquito Delgado y Melero pusiéronse en marcha por la ruta concertada.

Excusado parece decir que la familia persistia en sus mismas dudas y aflicciones, y que por lo tanto, el empeño principal del hijo mayor era, ante todo y sobre todo, convencerse de que su padre vivia.

En tales situaciones, la duda es aún más cruel y mortificante que la misma certidumbre, por espantosa que sea.

En vano Melero procuraba consolar por el ca-

mino al acongojado hijo, que además de sus temores por la existencia de su padre, sentia invencible repugnancia y honda pena, al verse en la dura necesidad de tener una conferencia y cambiar la palabra con los asesinos, ó por lo ménos con los verdugos del autor de sus dias.

La idea de tener que humillarse ante aquellos facinerosos y de verse precisado á rogarles que tuviesen piedad de su familia desolada y de un hombre de bien, enfermo, anciano, inofensivo y que además era su padre, le volvia loco de ira, desesperacion y tristeza.

Absorto en tales pensamientos iba Frasquito Delgado en compañía de Melero, cuando al llegar al arroyo que llaman de Gaez, se les presentaron los bandidos, gritándoles:

—¡Alto!

Es imposible pintar el torbellino de encontrados sentimientos que en aquel instante asaltaron el corazon del jóven Francisco, que se hallaba en la flor de su edad, en la fuerza de la vida y que robusto y vigoroso tenía delante de sí á los que debia considerar como á sus más implacables enemigos.

El instinto natural de un hombre fuerte y de un hijo cariñoso le impulsaba con tremenda energía á precipitarse sobre aquellos malvados y vengar sangrientamente su agravio.

Al ver á los bandidos, palideció de una manera espantosa, sus puños se crisparon, sus ojos azules despidieron centellas, la respiracion anhelosa de la

cólera dilataba las cavidades de su pecho y su mano derecha se dirigió convulsa y maquinalmente al bolsillo de su chaqueton, en donde llevaba un revólver escondido.

Hubo un momento en que el jóven Francisco, dominado por su temperamento nervioso, estuvo á punto de acometer furiosamente á los bandidos, y fué necesaria toda la reflexion de que era capaz, unida á su filial afecto, para lograr contener los ímpetus de su indignacion en aquel doloroso y crítico momento.

La imágen llorosa de su afligida madre y el temor de que su agresion por cualquier accidente pudiera ser funesta ó mortal para su padre querido, fueron el poderoso móvil que lo contuvieron.

Una vez abandonada en su mente aquella intencion hostil, el generoso jóven, merced á esa maravillosa influencia de los afectos profundos en un alma templada para la abnegacion y el sacrificio, pareció transfigurarse súbitamente, y á la altivez de la cólera sucedió luégo la humildad del suplicante; á los rayos de la ira reemplazaron ardientes lágrimas de ternura; al temblor convulsivo de la rabia siguió el temblor inquieto de la dudosa esperanza; y por último, á la trágica palidez que el semblante humano reviste siempre en los momentos solemnes en que se decide su destino, sustituyó la palidez cadavérica del dolor inconsolable.

Toda esta violenta escena interior y todo este cambio extraordinario, se verificó en un abrir y

cerrar de ojos, con la rapidez del pensamiento, con la velocidad de la emocion, como si en las regiones de la conciencia hubiese un tiempo más rápido y más veloz, que la duracion visible y marcada por el giro del sol y de los astros.

—Por fin, nos da usted la cara, amiguito, dijo Carrascoso dirigiéndose á Francisco Delgado.

—Sí, señor, yo nunca le he negado la cara á nadie, respondió el jóven con más gravedad y arrogancia de la que él hubiera querido.

—Así me gusta á mí la gente; pero vamos á ver, ¿trae usted el dinero?

—¿Vive mi padre?

—Ya hemos dicho que sí.

—No basta decirlo; es menester probarlo.

—¡Y qué humos gasta el mocito! murmuró el otro bandido.

—Y ¿qué pruebas quiere usted? replicó Carrascoso.

—Ver letra suya.

—Eso es una tontería, porque aunque yo le presentara á usted una carta de su padre, ¿quién podria asegurarle á usted que despues de haber escrito la carta, no le habíamos cortado la cabeza?

Francisco hizo un ademan doloroso, como reconociendo la exactitud de aquella reflexion del bandido, el cual prosiguió:

—En estas cosas, amiguito, no hay más remedio que fiarse los hombres unos de otros. Yo le juro á usted que su padre vive; pero tambien le anuncio que ustedes mismos lo matarán por anda

con tantos rodeos y tacañerías para entregar una miseria; pues si ahora mismo no trae usted el dinero, desde aquí vamos á donde está, y bien puede usted rezarle ya por muerto.

—Y que no lo salvará ni la Vírgen María, añadió el compañero de Carrascoso.

—¡Luego mi padre está vivo y sano! exclamó gozoso el jóven Francisco.

—Pues claro está. ¿Cómo se dicen las cosas? dijo Carrascoso.

—Pues bien; yo me doy por convencido porque creo que no son ustedes capaces de engañar á una pobre familia, cobrándole el rescate de un difunto.

—El que sea capaz de pensar éso, tiene mil veces peores entrañas que nosotros. Basta que yo le diga á usted media vez que su padre vive, para que deba creerlo á puño cerrado. Ahora lo que importa es que entregue usted el dinero, y en seguida tendrá usted el gusto de abrazar á su padre.

—Yo no he venido aquí hoy más que para convencerme de que mi padre vive; pero no he traido el dinero.

Al oir esta declaracion, los bandidos prorumpieron en horribles votos y blasfemias, amenazando matar inmediatamente á don Agapito, y amenazando tambien á su hijo y á Melero.

Despues que Carrascoso y su compañero hubieron desahogado su cólera, el buen Melero se atrevió á decir:

—Vamos, señores, no hay que alborotarse, por-

que lo que ha sucedido es muy natural. Ustedes no parecieron á la otra cita; la familia creyó que ésto era señal de una gran desgracia, y desde entónces no se ha pensado más que en saber la verdad del caso. Ahora ya sabemos que mi tio vive y que se puede entregar el dinero, en la seguridad de que tenemos hombre.

—Pues bien, dijo Francisco, en esa seguridad nosotros harémos todos los esfuerzos imaginables para reunir el dinero á la mayor brevedad posible...

—¡Con que ahora salimos con ésas! interrumpió Carrascoso.

—Nada, nada, esta familia merece que hagamos un ejemplar con el cautivo, añadió el otro bandido.

—Consideren ustedes, señores, que tenemos que buscar el dinero á réditos; que los prestamistas dan palabras y luégo no las cumplen; que todo se los antoja poco para hipoteca; que somos unos pobres labradores; que la familia es muy numerosa; que han venido muy malos años, y que despues del sacrificio que ustedes nos piden, sólo nos quedará la esperanza á mis hermanos y á mí de trabajar como jornaleros, ó de ir pidiendo limosna de puerta en puerta. ¡Tengan ustedes compasion de nosotros y rebajen algo de los mil duros!

Y así diciendo, las lágrimas corrian hilo á hilo por las mejillas del jóven Francisco.

Los dos bandidos cambiaron entre sí una mirada de expresion inexplicable.

Al fin Carrascoso respondió:

—Para que vea usted que somos generosos hasta la pared de enfrente, rebajarémos los mil cuatrocientos reales recibidos, aunque ya hemos gastado mucho más en la manutencion de ese hombre.

—Y no se rebaja ni un céntimo más, añadió el otro bandido.

—Está bien, respondió Frasquito con un acento indefinible de resignacion.

—Pero es menester que los traiga usted pasado mañana, repuso Carrascoso.

—Descuide usted, que así se hará, como nos los presten; aunque me parece muy corto el plazo.

—Pues ya estamos hartos de plazos, cartas, citas y palabras, y no hay más remedio que traer el dinero.

—Si ya no lo hemos entregado, no ha consistido en nosotros, sino en nuestra desgracia.

—Todavía esa desgracia puede ser más grande. ¡No lo olvide usted!

Y Carrascoso les indicó los sitios por donde habian de venir, cuando trajesen el precio del rescate.

En seguida se alejaron de Francisco y de Melero, los cuales dirigiéronse al pueblo de La Alameda, muy satisfechos, porque ámbos iban muy convencidos de que don Agapito vivia.

CAPÍTULO XXI.

LA GENEROSIDAD DEL TIO MARTIN.

Despues que salió el *Tio Martin* de la cueva, dejando al infeliz don Agapito embanastado en el cesto, permaneció éste largas horas en un estado tal de aturdimiento, que le privaba de la conciencia de la realidad, ó por mejor decir, sólo tenía conciencia de sus insoportables sufrimientos.

Envuelto y oprimido por aquella punzante envoltura, pegada á su cuerpo como la piel á la carne y como la carne á los huesos, el desdichado cautivo sólo podia tenerse de pié como un sér inorgánico, á la manera de un poste.

Aquel sultan de la leyenda que gradualmente iba sintiendo convertirse en piedra, es la imágen viva de la extraordinaria situacion física y moral, en que se hallaba el desventurado cautivo.

La posicion vertical, prolongada por tanto tiempo, le causaba un dolor inexplicable en las articulaciones, un cansancio irresistible, una opresion angustiosa y sofocante, un desvanecimiento indescribible, y sobre todo, una perturbacion intelec-

tual, en que el sentimiento de su propia vida parecia perderse y como evaporarse en las indecisas ó tenebrosas regiones de la nada.

La cueva, el cesto, la soledad, la falta de luz y de aire, su estado de postracion y debilidad, la venda en los ojos, la yesca en los oidos, la humedad de aquella mansion y los miasmas cada dia más fétidos y mefíticos acumulados en tan reducido y no ventilado recinto, eran otras tantas y poderosas causas para que el alma de aquel infeliz viviese la vida artificial, indecisa, confusa, soñolienta y sepultada bajo tantos y tan crueles cautiverios.

Todos los manantiales de la vida de aquella desventurada víctima de los secuestradores, estaban desviados de su cauce; todas sus manifestaciones comprimidas, todos sus pensamientos descoyuntados, todas sus emociones desnaturalizadas, todos sus sentidos inertes, todas las comunicaciones, en fin, de su vida y de su existencia interior y exterior, estaban interrumpidas y como tapiadas.

El malaventurado cautivo sentia la invasion creciente de su doble marasmo físico y moral con una energía tan confusa y tenebrosa, que llegaba á pensar que él era el bosquejo de su antiguo hombre, la imágen borrada de su sér y como una especie de larva de su personalidad, ántes tan enérgica y consciente.

La indistincion de su conciencia intelectual y viviente se aumentaba de tan prodigiosa manera, que por una especie de óptica inexplicable y que

sólo tiene lugar en los espacios invisibles, pero infinitos del alma, hubo momentos en que su sentido íntimo y su sentido externo se confundian en una identidad de vida, meramente vegetativa, en que el desdichado apénas podia distinguir los límites de su cuerpo, imaginándose que aquella tosca y áspera piel de mimbres, formaba tambien parte indivisa de su organismo.

En tal situacion, abrumado de cansancio, sin fuerzas para guardar el equilibrio y sostenerse de pié, se desplomó, como una masa inerte á lo largo de la cueva.

Así permaneció largas horas, como sumergido en los horrores de una espantosa pesadilla y experimentando una sensacion extraordinaria, como si descendiese por el vacío en una caida sin límites, en una gravitacion interminable, por un abismo sin fondo.

Cuando á la noche siguiente, segun su costumbre, se presentó el malvado *Tio Martin*, encontróse el paso interceptado por aquella mole incalificable, que ni siquiera tenía figura humana y que semejaba el tronco de un árbol.

Aquel viejo sin entrañas aplicó el farolillo á las facciones de su víctima y advirtió que tenía el rostro amoratado y con todos los síntomas de la asfixia y de la congestion cerebral.

Entónces, aquel verdugo implacable experimentó una sensacion, á un tiempo de gozo y de ira, de gozo, por ver en aquel estado á quien sin ra-

zon odiaba, y de ira, por el temor de que su muerte le privase del repugnante escote del crímen.

Así, pues, no por humanidad, no por un sentimiento de compasion, que en tal caso hubiera sentido por otro áun el hombre más perverso, sino por un sentimiento ruin de codicia, el maligno viejo se apresuró á prodigarle algunos auxilios por ver si podia prolongarle la vida, que para él sólo era objeto de especulacion. Cobrar el rescate fué en aquel momento el único móvil de su corazon empedernido.

Con esta mira, intentó sacar del cesto al infeliz cautivo, tirándole brutalmente de las piernas; pero viendo que esta operacion no le daba resultado y temeroso de que tal procedimiento podia ser funesto para don Agapito, cuya inmovilidad y aspecto cadavérico le alarmaban, sacó su navaja y comenzó á cortar y deshacer el endiablado cesto.

En seguida le quitó los pañuelos que vendaban los ojos del cautivo, y le arrojó sobre la cabeza el agua que tenía en la cantarilla.

Hecho ésto, el verdugo lanzó una exclamacion de feroz alegría.

Acababa de advertir que el desgraciado don Agapito se habia estremecido y que aún respiraba.

Inmediatamente volvió á vendarle los ojos, temiendo que los abriese y pudiera verlo y más tarde reconocerle.

Al fin, el secuestrado exhaló un profundo suspiro, como quien despierta de un prolongado sueño.

—¿Cómo está ese cuerpo? preguntó el *Tio Martin* con su bronca voz.

El cautivo por toda respuesta volvió á suspirar y á quejarse.

—¡Vaya, hombre, que pareces una madamita! exclamó con burlona sonrisa el desalmado viejo. No se puede hacer contigo ningun experimento sin que te dé un soponcio. No seas tan mándria, que los hombres deben servir para todo. Vamos, que ya tendrás carpanta desde ayer acá. ¿Quiéres una poca de leche?

El prisionero hizo una señal afirmativa.

Entónces el *Tio Martin* lo dejó sentado en un rincon y con una solicitud, cuyos indignos móviles ya el lector conoce, salió de la cueva, fué á la casa y muy pronto regresó con un jarro lleno de leche, que le presentó al cautivo, sosteniéndolo con sus manos para que bebiese, en atencion á que don Agapito tenía los remos completamente entumecidos.

El secuestrado bebió con delicia, negándose á tomar ningun otro alimento de los que su verdugo le habia llevado, si bien le rogó por dos ó tres veces que le tuviese el jarro para beber, hasta que al fin apuró su contenido.

—Tú lo que debes hacer ahora es dormir y luégo, cuando despiertes, puedes comer ese cocido que te dejo en el puchero.

Don Agapito le dió las gracias al *Tio Martin* con voz apénas articulada.

—Aquí te dejo tambien el pan y el agua, todo al alcance de tu mano, añadió el viejo, miéntras recogia las mimbres del destrozado cesto, que sacó fuera de la covacha.

Luégo tomó su farolillo y despidióse de don Agapito, diciéndole:

—Yo vendré por la mañana, por si te se ofrece algo.

—¡Muchas gracias! Me duele mucho la cabeza.

—Eso no es nada; procura dormir y por la mañana amaneces como nuevo.

—¡Dios lo quiera!

—¡Adios!

Y el *Tio Martin* se alejó de la cueva murmurando:

—Con estos enclenques, no se puede tener siquiera una broma. ¡Creí que las liaba el *maldecio!* ¿Si será capaz de morirse ántes de soltar los cuartos?

¡Tal era el órden de ideas que tanto infortunio y tan desgarradores sufrimientos inspiraban á la conciencia pervertida de aquel viejo feroz y desnaturalizado por el influjo del crimen, que desconcierta los sentimientos del alma y todas las relaciones de la vida!

CAPÍTULO XXII.

UNA MEDIDA EXTRAÑA, UNA CITA FALSA Y UN NIÑO MARTIRIZADO.

Ya he dicho en otro lugar, que á mi llegada á Córdoba, áun las personas más independientes y áun resueltas, guardaban conmigo grandes reservas, respecto á comunicarme lo que acaecia en sus heredades, ó lo que sabian relativamente á los atentados cometidos por los bandoleros.

Tambien recordará el lector, que los hacendados no tenian inconveniente en referirme todo lo que pasaba en otros cortijos y caseríos, ocultando lo que sucedía en los suyos, y que yo suplía los relatos de unos con el de otros, llevando notas nominales de lo que cada cual me contaba.

Y áun para conseguir algunos informes detallados y verídicos, necesitaba yo inspirar, á los que hubieran de comunicármelos, la más omnímoda confianza y prometerles en los términos más expresivos el más absoluto secreto.

Pero no sólo eran los particulares los que observaban esta lamentable conducta, sino tambien los alcaldes y las autoridades de toda especie, circuns-

tancia tan funestísima á mis propósitos, como perjudicial á los propios intereses de los hacendados, á los planes del Gobierno, al bien general y á la seguridad de todos.

Estos y otros hechos análogos demostrarán con la más clara evidencia, áun á los más incrédulos, el estado de profunda perturbacion moral y de invencible terror, en que se hallaba la provincia á consecuencia de las fechorías, incendios, crímenes y amenazas de los bandidos

En tal situacion, era muy posible que se perpetrasen los atentados más odiosos, sin que se atreviesen á dar cuenta de éllos al Gobernador, no ya las autoridades, sino tampoco los mismos perjudicados, supuesto que una dolorosa experiencia les habia infundido inconcebible aversion á buscar apoyo en la autoridad pública, de lo cual, segun éllos decian, sólo sacaban vejaciones sin cuento, gastos injustificados, molestias infructuosas, odios y venganzas implacables por parte de los bandidos, y al fin y á la postre, la más completa impunidad de los malhechores.

En una palabra, las mismas víctimas del bandolerismo con razon ó sin élla, porque yo no voy ahora á tratar ni á decidir esta cuestion, creian encontrar más inconvenientes que ventajas en quejarse á la autoridad de las desgracias que les ocurrian, y por lo tanto, era necesario infundirles una confianza sin límites para que llegasen á convencerse de la conveniencia de buscar apoyo y protec-

cion en los representantes del poder público, segun acontece en todos los países civilizados.

Bajo este aspecto, puedo y debo asegurar que la provincia de Córdoba, en virtud de ciertas corruptoras tradiciones, se hallaba en ese estado de perversion gubernamental que procede y nace de que allí, áun las personas más influyentes y honradas, están mas dispuestas á constituirse en padrinos y pedir favor para los criminales, que á demandar justicia y reparo para los individuos ó familias que han sido objeto y víctimas de los más horrendos y repugnantes atentados.

Hechas las precedentes indicaciones, desde luégo se comprenderán las infinitas dificultades que yo encontraría para tener cabal conocimiento de los actos bandolerescos, que se cometian en la provincia.

Ya el lector sabe las terribles amenazas que los secuestradores del niño Antonio Fernandez Merino le habian hecho á sus padres para que en ninguna manera descubriesen á nadie la verdad de lo acaecido.

Es cierto que en los primeros momentos y ántes de recibir la carta, en que se les anunciaba que estaba secuestrado y en que se le hacian tan crueles prevenciones, los padres del niño habian dado parte al alcalde, Guardia civil y convecinos de la desaparicion de su hijo; pero atribuyéndola pura y sencillamente á una de tantas causas como puede producir la pérdida ó extravío de un niño, sin ima-

ginarse nunca, ni aun los mismos padres, que el tal niño pudiera ser objeto de un secuestro, atendida la pobreza de su familia.

Resultó, pues, que á mis oidos llegó efectivamente la noticia de la desaparicion del niño Antonio; pero como interrogadas por mí las autoridades, se me contestó que los padres habian averiguado despues de su alarma que su hijo, á quien consideraban perdido, se habia marchado con un pariente suyo á un pueblo inmediato, en donde á la sazon se hallaba, no volví á ocuparme más por entónces de aquel suceso, que por sí solo demuestra hasta qué punto mi autoridad corria inminente riesgo de ser engañada, y necesitaba para evitarlo el valerse de la propia inspiracion y criterio, rechazando á veces para apreciar debidamente ciertos casos, áun aquellas versiones que podian parecer más auténticas, verosímiles ó indubitables.

Así, pues, no solamente leia yo con especialísimo cuidado las comunicaciones oficiales, en que se me daba cuenta de ciertos hechos por las autoridades y Guardia civil, y en las cuales solia yo ver algo más de lo que aparecia escrito, sino que tambien prestaba la más sostenida y minuciosa atencion á cuantas noticias de crímenes ó secuestros llegaban á mis oidos en el trato de las gentes, como hechos públicos y notorios, áun cuando no se refiriesen precisamente á los pueblos de la provincia de mi mando.

Además procuraba con solícito empeño hablar directamente con todas aquellas personas que en época más ó ménos reciente yo sabía habian estado secuestradas, muy persuadido de que aquellas conferencias me habian de sugerir datos y deducciones de la más útil aplicacion é importancia.

Debo advertir que una de las cosas que más vivamente llamaba mi atencion y que á la vez me producia un sentimiento inexplicable de pena y contrariedad, era el hecho de que ningun secuestrado pudiera decirme con precision ó exactitud el punto en donde lo habian tenido.

¿Callaban por discrecion, ó era que efectivamente no lo sabian? Yo creo que habia de todo, segun la edad y carácter de los interrogados.

Por este tiempo, tuve una conversacion muy reservada con un sujeto que no es necesario nombrar, y que habia permanecido secuestrado durante diez dias en un punto que él nunca habia podido precisar, de suerte que hasta ignoraba á qué provincia pertenecia.

—¿Y no consiguió usted adquirir absolutamente ningun dato, que pudiera conducirle á fijar el sitio en que le tuvieron? le pregunté yo á dicho sujeto, el cual me respondió:

—No, señor.

—¿No pudo usted advertir si le tuvieron en una poblacion ó en el campo?

—Sólo sé decir que estuve encerrado en un covachon, cuyo suelo era terrizo.

—¿Y no pudo usted distinguir si la cueva era natural ó hecha exprofeso?

—Con los ojos vendados, no era fácil hacer esa averiguacion.

—Sí, pero por el tacto se puede conocer al ménos si las paredes eran de tierra ó de roca.

—Eran terrizas.

—¿No oia usted hablar gentes?

—Sí, señor, y conocia cuando era voz de hombres ó de mujeres.

—Y el timbre de las voces, ¿era siempre el mismo?

—No, señor.

—¿No entendia usted lo que hablaban?

—Unas veces sí y otras no; podia oir bien cuando me aflojaba los pañuelos con que me tenian cubiertos los ojos y los oidos; pero no siempre tenía ocasion de hacer ésto.

—¿Luego usted distinguia la voz de las personas extrañas?

—Sí, señor, y áun con los oidos tapados con la yesca, sentía pasos y hablar.

—¿Y no oyó usted nunca decir á los que por allí andaban y hablaban ninguna indicacion del sitio, pueblo, caserío, vereda ó camino?

—Ya estaba yo con mucho cuidado cuando sentia conversar gente extraña, con la mira que usted dice; pero nunca pude pescar ninguna palabra que me diera luz respecto al lugar en que me hallaba.

En aquel instante, por uno de esos fenómenos

psicológicos que se comprenden mejor que se describen, tuve una ocurrencia que me reservé en aquella conversacion, pero que me sugirió una medida de que hablaré más tarde.

En seguida le pregunté:

—¿No podia usted deducir si estaba cerca de algun camino, por el ruido de carros, caballerías ó ganados?

—No, señor; pero lo que sí oia periódicamente, aunque estuviese acostado y con los pañuelos puestos, era la trepidacion y el ruido como de un ferrocarril.

—Pues, amigo mio, esa indicacion pudiera valer algo, enlazada con otras.

—Sí, pero échese usted á buscar por el mundo cuevas desde donde se oigan los trenes. ¡Habrá tantas!

En vano le hice infinitas y minuciosas preguntas, que por evitar prolijidad omito, para buscar algun rastro de los sitios ó lugares donde tenian costumbre de ocultar á los secuestrados, supuesto que no pude recabar de dicho sujeto más noticias sustanciales que las ya expresadas.

Ahora bien; cierto espíritu analítico y cierta facultad de percepcion pronta y lúcida suele ser el orígen de las disposiciones más acertadas y eficaces; pero tambien debo decir que tales disposiciones inspiradas por los detalles, al parecer más insignificantes, no son siempre aprobadas ni bien comprendidas, ni áun por los mismos agentes de

que tiene que valerse la autoridad que las concibe.

Y esto precisamente me ocurria á mí con harta frecuencia y de una manera más particular, cuando adopté la medida ó disposicion, á que ántes me he referido.

En efecto, hablando con la citada persona, que habia sido víctima de un secuestro, durante el minucioso interrogatorio trascrito, pensaba yo que si á los oidos de aquel sujeto hubiera podido llegar la designacion del sitio en que lo tenian, así como llegaban otras frases y otros conceptos, no habria carecido él, ni tampoco las autoridades, de un hilo conductor para vigilar, prevenir y castigar tales crímenes.

Esta ocurrencia me condujo naturalmente á pensar en que si por los sitios ó lugares, en que los bandidos acostumbraban á ocultar á los secuestrados, pasasen personas con un pretexto plausible y disimulado y hablasen en voz alta, determinando la localidad en que se hallaban, acaso alguno pudiera utilizarse en su dia de aquellas vociferaciones.

Y como era necesario, por una parte, velar cuidadosamente el intento y por otra, no predicar en desierto, como suele decirse, enviando estas personas sólo á los puntos verdaderamente sospechosos, como las numerosas cuevas existentes en los montes de San Miguel, cerca de Benamejí y otros lugares por el estilo, no ménos acomodados para esta clase de encerronas, vine á dar en la idea de enviar agentes, que ya disfrazados de mendigos,

ya de cazadores, ya de viandantes extraviados, recorriesen aquellos sitios más apropósito para el caso, y de los cuales se tenian noticias que eran muy frecuentados por los criminales, con el encargo especial de que de una manera ó de otra, pero siempre hábil, natural y oportuna, dijesen ó cantasen el nombre del lugar en que se hallaban y áun el de los pueblos, caseríos, cortijos y sitios próximos de donde viniesen y hácia donde se encaminasen.

Mucho trabajo me costó hacer comprender á mis agentes la eficacia posible de este importante servicio; pero al fin, valiéndome de ejemplos y minuciosas explicaciones, logré que se penetrasen perfectamente de su mision y oficio, al cual éllos, no sin gracia y tal vez con malicia, dieron en llamar *cantores de lugares*.

Además de la conferencia tenida con el dicho secuestrado, hubo de influir no poco en mi ánimo para concebir el plan indicado, la noticia que ya habia recibido respecto á la desaparicion de un vecino del pueblo de La Alameda y que pudiera muy bien haber sido ocultado en las mencionadas cuevas de los montes de San Miguel, que no están muy distantes.

Desde luégo, el lector habrá comprendido que me refiero á la primera noticia que tuve del secuestro del infeliz don Agapito Delgado.

Era por cierto singular y doloroso el contraste que mis desvelos, mi actividad incansable y mis disposiciones extraordinarias y á veces hasta pere-

grinas, formaban con la conducta, preocupaciones y reservas inconcebibles que los mismos interesados guardaban con las autoridades que más eficazmente podian protegerlos, como sucedió con los padres del niño Antonio Fernandez Merino, que amedrentados por los secuestradores, se obstinaron en ocultar á todo trance el secuestro de su inocente y desdichado hijo.

En efecto, despues de haber acudido en vano el padre del pobre niño á la cita que los secuestradores le dieron para el retrete de la estacion del ferrocarril de Montilla, volvió á recibir otra carta en la que se le prevenia que saliese de su pueblo al oscurecer y tomase la direccion y el camino de Palenciana, en cuyo trayecto le saldrian al paso los secuestradores para que les entregase el precio del rescate.

En dicha carta se le ordenaba tambien que fuese provisto de un caracol ó cuerno de caza, que debia tocar fuertemente de tiempo en tiempo, á fin de que los bandidos supiesen por dónde caminaba; pero sucedió que el afligido padre llegó hasta Palenciana sin encontrar á nadie, y desde allí regresó á su pueblo, sonando siempre á más no poder su caracol, sin que tampoco á su vuelta se le presentasen los bandidos.

Sin duda el lector no acertará á explicarse fácilmente la tenaz reserva que aquel desventurado padre guardaba para con las autoridades, ni tampoco á primera vista comprenderá la causa verdadera de

que los secuestradores le diesen una y otra cita, y luégo éllos no acudiesen á éllas.

Pero la explicacion es muy sencilla, si se tiene en cuenta lo que ya he insinuado respecto á que los secuestradores del niño eran de su mismo pueblo, y sabian perfectamente todos los pasos que daba la familia para adquirir el dinero, y por lo tanto, no ignoraban que á ninguna de las dos citas llevaba el padre la cantidad exigida por el rescate de su hijo, cuya triste suerte ni remotamente podia sospechar.

En efecto, la infeliz criatura privada del calor y ternura de sus padres, sin mudarse de ropa, mal alimentada, temblando constantemente de miedo y de frio, llena de miseria y sumergida en su lóbrega caverna, se habia demacrado en pocos dias, y aquel niño de tez rosada y ántes tan alegre y risueño, semejaba ahora un pálido espectro.

¡Cuán ajeno se hallaba su padre de que en el mismo instante en que él salia de su pueblo para el de Palenciana, era su pobre niño víctima inocente de los más crueles tratamientos!

Ya el lector sabe que la tia María Torres, mujer del *Tio Martin*, se habia encargado de la custodia y asistencia del pobre niño.

Todas las noches, á primera hora, bajaba la vieja á la zanja para llevarle de comer al niño, cuyo alimento de ordinario consistia en habas verdes, pan y queso.

Frecuentemente el niño aguardaba despierto á

su carcelera, ansioso de satisfacer su natural apetito; pero en la referida noche el infeliz Antonio se habia quedado profundamente dormido, y en los movimientos inconscientes de su turbado é inquieto sueño, se le habia caido el pañuelo, que constantemente le vendaba los ojos.

Es de advertir, que la pobre criatura, despues de haber sido castigada repetidas veces, tenía muy particular cuidado, cuando se acercaba la hora de que la tia María bajase, de ponerse muy bien el pañuelo y la yesca que le tapaban los oidos.

Antonio hallábase á la sazon en lo mejor de su importuno sueño, y la maldita vieja, digna compañera del *Tio Martin*, montó en cólera al ver al pequeño cautivo con el pañuelo quitado, y como una harpía se precipitó furiosa sobre el niño, golpeándole brutalmente, sin consideracion á su debilidad, ni á sus pocos años, ni á su inocencia.

El niño despertó despavorido y llorando amargamente; pero comprendiendo al punto la causa de tan feroz tratamiento, él mismo se apresuró á colocarse el pañuelo, articulando entre sollozos mil disculpas y protestando con toda la elocuencia infantil, de que se le habia caido sin querer y durmiendo.

Era verdaderamente horroroso y desgarrador aquel espectáculo del pobre niño con las manecitas cruzadas, hincado de rodillas, en cuya postura apénas podia sostenerse por la traba de hierro que constantemente le sujetaba los tobillos, temblando de terror, llorando á lágrima viva, é implorando

en vano misericordia de aquella maldita y repugnante vieja.

Cuando se hubo cansado de darle golpes, con voz avinagrada y displicente acento le dijo:

—¡Calla y come!

El niño tan bruscamente despertado, gritaba sin consuelo, exasperando así más y más la iracundia de aquella bruja, que á modo de tarabilla le preguntaba estúpidamente y sin cesar:

—¿Por qué lloras? ¿Por qué lloras? ¡Habráse visto un mocoso, tan lloron como éste!

La infeliz criatura comprendia vagamente la irracionalidad de aquellas injustificadas preguntas y reconvenciones; pero en lugar de responderle que lloraba por los golpes, ahorrando palabras, expresaba todo lo que sentia en aquel momento, subiendo el tono de su desconsoladísimo llanto.

—¡Come! insistia la vieja.

—No quiero, replicó el chico.

—¡Calla!

—No puedo.

—Mira que si lloras, vendrá el loco.

Esta era la gran amenaza que en semejantes casos le hacía la vieja para que callase.

El niño al pronto cedió un poco; pero muy luégo y por un impulso, que puede muy bien calificarse de mecánico, volvió de nuevo á su ruidoso llanto, que no era dueño de contener.

En aquel instante, junto á la boca de la cueva, oyóse una voz estentórea que gritó:

—¡Allá voy á comérmelo vivo!

Al oir aquella voz tan bronca y con inflexiones inusitadas, el pobre niño aterrorizado, calló súbitamente, si bien la misma violencia de su esfuerzo y el miedo estuvieron á punto de producirle un parasismo.

La vieja, muy satisfecha del oportuno auxilio que le habia prestado el *Tio Martin* para acallar á su víctima, exclamó:

—¡Lo ves! ¡ya está ahí el loco!

El niño, temblando de piés á cabeza y comprimiendo sus gemidos, arrebujóse en su rincon, encogiendo todos sus miembros, y poniéndose lívido de pálido que ántes estaba.

Trascurridos algunos momentos, la vieja, regocijada con el efecto conseguido por el loco, que habia impuesto al niño absoluto silencio, salió de la cueva diciéndole:

—Ahí te dejo la comida, mal bicho; pero como siquiera rechistes, ya verás lo que te pasa.

—¡Me lo comeré crudo! gritó el *Tio Martin.*

El niño quedóse allí solo, en las más profundas tinieblas, rodeado de espanto, estremecido de horror, viendo con los ojos cerrados y vendados la imágen del loco furioso que amenazaba devorarlo, rezando mentalmente y haciendo la señal de la cruz con ambas manos.

¡Tan natural, tan primitiva y tan precoz es en el alma humana la revelacion religiosa!

CAPÍTULO XXIII.

EL RESCATE DE DON AGAPITO.

Segun habia previsto Francisco Delgado, no le fué posible á la familia reunir la cantidad dentro de las cuarenta y ocho horas de plazo, que habian prefijado los bandidos, por cuyo motivo acudió á la expresada cita Melero solo, diciendo que la suma exigida la recibiria la familia al dia siguiente, y que en esta seguridad, que señalasen el sitio á donde habian de llevarla.

Mucho se indignaron los secuestradores con esta dilacion, no obstante que estaba casi prevista; pero al fin se aplacaron, designando de palabra las gradas de la Catedral de Sevilla, como el punto adonde habian de conducir el dinero, á las nueve de la noche del 18 de Abril, añadiendo que paseando por allí los dos, es decir, Francisco y Melero, se les presentaria una mujer para recibir el precio del rescate.

El buen Melero regresó inmediatamente al pueblo de La Alameda con el antedicho recado, y en efecto, al dia siguiente salieron ámbos para Sevilla con la cantidad concertada de diez y ocho mil seiscientos reales.

Ya el lector sabe que Frasquito necesitó violentarse mucho en la única entrevista que habia tenido con los bandoleros para no precipitarse sobre éllos, porque no podia resistir tranquilo su presencia; y los esfuerzos que tenía que hacer para dominarse, no sólo afectaban dolorosamente su espíritu, sino tambien su organismo.

Así, pues, consintió en asistir á esta última entrevista, únicamente impulsado por la consideracion suprema de que se trataba de la libertad de su padre; pero sintiendo invencible repugnancia en presentarse de nuevo á los bandidos.

Sucedió, pues, que al llegar á Sevilla el jóven Frasquito, á consecuencia de la excitacion moral en que se hallaba, cayó realmente enfermo, de suerte que llegó la noche y la hora de la cita, y no pudo acompañar á Melero, el cual se dirigió solo al sitio designado.

No dejaba de admirarse el buen Melero de que los bandidos hubiesen señalado para una cita de aquella naturaleza, un sitio tan público y pasajero como aquél, en aquellas horas.

El conductor de la consabida suma, daba vueltas por las gradas y se desojaba mirando á todas las mujeres que pasaban, creyendo que cada una de las que veia, era la misteriosa mensajera que aguardaba.

La imponente masa de aquel maravilloso edificio, en cuyo interior se experimenta como en ningun otro el sentimiento infinito de la inefable

grandeza de Dios, las grandiosas port das, las bellas estátuas, los numerosos botareles y la famosa Giralda, que tan atrevidamente se lanza en el espacio, no impresionaban al buen Melero tanto como en otra ocasion más oportuna, le hubieran impresionado, si entónces no hubiera absorbido toda su atencion el desempeño de su difícil encargo.

No obstante, dando vueltas por el perímetro de la Catedral, por un sentimiento artístico é irresistible, á que no pueden sustraerse ni áun las naturalezas más incultas ó ménos estéticas, el asombrado Melero vino á detenerse al pié de la Giralda, contemplando con una emocion profunda la inmensa mole y prodigiosa altura de la gallarda torre, y olvidando en aquel momento el mirar á todas las transeuntes que hasta entónces habia inspeccionado con una curiosidad, que á éllas pudiera parecerles impertinente ó galante; pero cuyo verdadero sentido ya el lector conoce.

Cuando más absorto se hallaba en su contemplacion, sintió Melero posarse sobre su hombro una pesada mano, y volviendo rápidamente la cabeza, encontróse frente á frente con dos hombres, uno de los cuales, el más alto, era el mismo á quien habia visto varias veces disfrazado de pastor, miéntras que el otro le era completamente desconocido.

—¿Por qué has venido solo? preguntó el más alto con aire de mal humor.

—Porque mi pariente se ha puesto malo y se ha quedado en cama.

—¡Qué imprudencia! exclamó el otro bandido.

—Verdaderamente que sois brutos, añadió el más alto. ¡Á quien se le ocurre venir solo!

—¿Y quién puede evitar que un hombre se ponga enfermo?

—Pero habiéndose convenido en que viniéseis los dos, nos hemos escamado al verte sin el compañero.

—No hay que escamarse, porque nadie en el mundo, más que nosotros, sabe á lo que venimos.

—¿Traes el dinero?

—Sí, señor, y en oro.

—¡Gracias á Dios! Vente con nosotros.

Y los dos bandidos encamináronse á un aguaducho inmediato, adonde les siguió Melero.

Los bandidos pidieron un refresco y convidaron á lo mismo al conductor del rescate.

Despues que les hubieron servido el refresco, el más alto de los secuestradores, dirigiéndose al sobrino de don Agapito, le dijo:

—¡Venga éso!

Entónces Melero sacó un gran bolso verde y se lo entregó diciendo:

—Ahí van diez y ocho mil seiscientos reales, que buenos trabajitos ha costado el reunirlos. ¡Cuéntelos usted!

—No es necesario, porque desde luégo creo que estarán cabales.

—Sí, señor, el dinero está cabal; pero si supiera usted las lágrimas que le cuesta á esa pobre familia...

—Vamos, déjate de lamentos; respondió el bandido con aire displicente.

En vano el buen Melero les representó la triste situacion en que la familia quedaba, despues de aquel sacrificio, rogándoles que fueran generosos y que le devolviesen alguna cantidad de la recibida.

Los bandidos se echaron á reir, al escuchar aquella peticion tan inesperada.

Bien conocia el buen Melero que su demanda era intempestiva y estéril; pero en su buen deseo de complacer en todo lo que pudiese á la familia, que le habia dado expresamente aquel encargo, no quiso dejar de cumplirlo, por más que él estuviese convencido de la inutilidad de sus ruegos.

—Demasiado poco han dado, y bastante que nos han molido; respondió el más bajo de los secuestradores.

—Cuando no se tiene..... ¡Pobre familia! exclamó tristemente Melero.

—Cuando no se tiene, se busca; replicó brutalmente el mismo bandido.

—Vamos, dejáos ya de palabrería inútil; terció el más alto.

Y dirigiéndose á Melero, añadió:

—Ahora lo que teneis que hacer, tú y Francisco, es marcharos en seguida á vuestro pueblo, y el dia 21 vais á Archidona y allí parareis en la posada que hay en la plaza. ¿Estamos?

—Sí, señor; todo se hará como usted me dice.

—Pues bien, ese mismo dia se presentará allí el cautivo.

—¡Dios lo quiera!

—Lo queremos nosotros, y basta; con que vete á darle esta buena noticia á tu compañero.

Melero se despidió de los secuestradores, y lleno de gozo voló á participar á Francisco la nueva feliz de que dentro de tres dias, le aguardaba la inmensa ventura y satisfaccion de abrazar á su querido padre en Archidona.

CAPÍTULO XXIV.

EL PADRE Y EL HIJO.

El lector habrá advertido que Carrascoso no asistió á la entrega del rescate de don Agapito Delgado.

En efecto, una vez convencido Carrascoso de que la entrega del dinero en Sevilla se verificaria con toda seguridad, dejó á sus compañeros el encargo de recibirlo y de que en seguida soltasen á don Agapito, volviéndose á reanudar sus trabajos en los alrededores del pueblo del Arahal, que debian ser ahora el teatro de sus nuevas fechorías.

En aquellas campiñas, pastores, gañanes, venteros, mayorales, manijeros, todos le conocian y le respetaban por su valor, su rumbo y su porte, hallándose más dispuestos á servirle y ampararlo, que á denunciarle y perseguirle como á un desertor de presidio, reclamado por los tribunales.

Carrascoso, pues, recorrió su gente y se informó de cuanto le convenia para realizar sus propósitos, que por el pronto eran los de apoderarse de uno de los dos ricos hacendados, á quienes con bastante anticipacion les venian *poniendo los espartos*.

Asociado con sus nuevos compañeros, encontraba poderosos auxiliares para sus fines en los habitantes de chozas, cortijos y caseríos, de forma que pudo distribuir y esconder su gente durante algunos dias, sin que nadie pudiese abrigar recelos, ni mucho ménos adivinar sus intenciones.

Hallábanse en el cortijo de Ibamalillo el dia 21 de Abril de 1870 los señores don Manuel de Reina y Zayas y su hijo don José, acompañados de Manuel Cabrera, á quien habian llevado consigo, como inteligente en ganado caballar, á fin de hacer el apartado de algunas yeguas, que habian de conducirse para su venta á la feria de Mairena.

A la caida de la tarde salieron los tres del cortijo en direccion al pueblo del Arahal, y caminaban á buen paso hablando sosegadamente de la operacion que durante el dia habian practicado, cuando se encontraron la vereda por donde marchaban, interrumpida por un rebaño de ovejas.

Detuviéronse los jinetes para contestar á algunas preguntas que les hizo el pastor, que era conocido de éllos, y que por cierto se llamaba Simon Lozano Brenes.

Estando departiendo con él, vieron venir á tres hombres á caballo en direccion opuesta, y entónces el padre preguntó:

—Diga usted, pastor, ¿qué gente es aquella que se adelanta por la vereda?

El pastor volvió la cabeza, y despues de mirar muy atentamente, respondió:

—Deben ser feriantes, que vienen de Sevilla.

Los dos caballeros y el Cabrera continuaron su conversacion con el pastor, y pocos momentos despues llegaron los dichos jinetes, los cuales, quitándose el sombrero, saludaron respetuosamente al padre y al hijo.

En seguida, uno de éllos se adelantó un poco, á cuyo movimiento los tres recien llegados sacaron sus retacos, que llevaban ocultos bajo las mantas de muestra, y apuntando á los que allí estaban detenidos, á una voz dijeron:

—¡El que se mueva arde!

Sobrecogidos todos por aquella accion y por tales palabras, no pudieron pensar siquiera en su defensa.

Inmediatamente les obligaron á echar pié á tierra y los antecogieron, conduciéndolos á un sitio más oculto, llamado Posada de la Alameda, camino de los Puertos, cerca del Arahal, y en donde los bandidos tenian apostados otros cómplices detrás de un vallado.

Allí se detuvieron todos, y el jefe, es decir, José María Carrascoso, dirigiéndose al padre, le dijo:

—Señor don Manuel, usted es un hombre muy rico y nosotros necesitamos diez y seis mil duros.

—Es verdad que tengo que comer en mi casa; pero no puedo disponer de una cantidad como ésa.

—Pues no hay más remedio que entregarla, si quieren verse libres.

—Todo lo que yo puedo reunir, haciendo un gran sacrificio, son treinta mil reales.

—Señor don Manuel, nosotros no pedimos limosna.

—Pero es imposible que yo entregue lo que no tengo.

—Entónces quiere decir que nos quedarémos con usted, y dejarémos á su hijo que vaya á casa y busque esa cantidad que necesitamos.

Al oir tal exigencia, el generoso hijo se apresuró á decir:

—Es necesario que mi padre se vaya y yo me quede, porque la cantidad que ustedes piden es muy crecida, no la hay en mi casa, es preciso buscarla y yo no tengo edad ni crédito suficiente para ello.

Estas reflexiones tan racionales parecieron ejercer algun influjo en los bandidos.

El jóven Reina continuó:

—Lo mejor que pueden ustedes hacer es dejar en libertad á mi padre para que pueda buscar, si no toda la cantidad que ustedes exigen, al ménos la que esté en proporcion con nuestro crédito y fortuna.

—No se rebaja un céntimo de los diez y seis mil duros, le respondió el jefe; pero consentimos en que usted se quede y su padre se vaya.

El jóven le agradeció infinito aquella concesion, miéntras que el padre, combatido por encontrados sentimientos, es decir, por las fundadas razones de su hijo y á la vez por su ternura paternal, no sabía qué pensar, ni qué decir, ni qué resolver, pues le dolia en el alma que se llevasen á su hijo, y al

mismo tiempo comprendia que si él se hallaba inutilizado para gestionar el dinero, ninguno de los dos podria salvarse.

—Váyase usted en seguida, señor don Manuel, añadió el jefe; pero tenga usted entendido que si no entrega la cantidad de diez y seis mil duros, ó si dice á las autoridades nuestras señas, ó lo más mínimo que pueda comprometernos, el corazon de su hijo lo verá usted colgado en el aldabon de su puerta.

El padre horrorizado por aquellas salvajes amenazas, les prometió en los términos más expresivos que á nadie en el mundo le revelaria lo acaecido; pero á la vez les rogó con el más vivo encarecimiento que tratasen con humanidad y consideracion al hijo de sus entrañas.

Dicho ésto, el Sr. Reina abrazó cariñosamente á su hijo, que le correspondió con iguales muestras de dolor y ternura.

En seguida el padre, acompañado de dicho Cabrera, á quien tambien habian hecho las más terribles amenazas para que callase, dirigióse á su pueblo.

Entre tanto los secuestradores hicieron montar al jóven Reina en una jaca de pelo negro súcio, de poca alzada, endeble, de pescuezo largo y con algunos pelos blancos en la cabeza.

Entónces salió de la parte de atrás del vallado un cuarto bandido, que incorporándose á los otros, montó el caballo de don Manuel Reina. El secues-

trado no pudo ver á este nuevo auxiliar, porque le prohibieron que volviese la cabeza.

Inmediatamente pusieron los caballos al galope, llevando al prisionero entre dos jinetes, miéntras que los otros dos cubrian la retaguardia.

De vez en cuando se oia una pitada, señal de que el paso estaba franco y seguro.

Así caminaron hasta las nueve y media de la noche, á cuya hora se detuvieron en la fuente de Montefraje, término de Moron, en la que dieron agua á los caballos y estuvieron fumando un cigarro.

En seguida y sin hablar palabra, volvieron á salir á escape por la vereda que conduce á la Puebla y como á un cuarto de legua distante de dicha villa, vióse aparecer una luz, que sin duda era señal convenida y que en aquel caso lo fué de alarma, supuesto que los secuestradores dejaron inmediatamente el camino y tomando por la izquierda, siguieron galopando á campo travieso, hasta que despues de la una de la madrugada, hicieron alto en otra fuente, situada en un arroyo.

Allí se detuvieron para dar algun descanso á los caballos, que bien lo necesitaban, pues que al continuar muy luégo su marcha, no la pudieron seguir dos de los bandidos por tener sus caballos inutilizados, de suerte, que se vieron los otros dos en la necesidad de conducir éllos solos al prisionero.

Prosiguieron, pues, su marcha hasta despuntar el dia, y entónces le hicieron bajarse al secuestrado en medio de un espeso matorral.

Los bandidos comenzaron á registrar entre la maleza, como si buscasen un objeto para éllos de importancia; pero despues de dar varias vueltas, Carrascoso impaciente, le dijo á su compañero:

—Hombre ¿no te acuerdas, si fué por aquí, donde el guarda nos enseñó el hoyo?

—Lo que es el sitio es éste; pero el hoyo no lo veo.

—Pues de aquí no se ha de haber marchado.

—Estamos en éso; pero somos unos torpes.

—¡Aquí está! exclamó Carrascoso.

Tratábase de encontrar el hoyo de una cantera, cuya boca estaba bordeada de espesas matas, dentro del cual escondieron al cautivo.

Miéntras que Carrascoso quedóse custodiando al jóven Reina, el otro bandido se alejó llevándose los caballos á un cortijo inmediato, de donde regresó al cabo de un cuarto de hora.

Dentro del hoyo habia bastante agua, y por consiguiente, el cautivo experimentaba una sensacion dolorosa de frio.

—Hagan ustedes el favor de sacarme de aquí, porque hay mucha humedad.

—De poco te quejas, le dijo Antonio Rojas, álias el *Borrego*, que así se llamaba el otro bandido.

—Si consientes en fingirte enfermo de los ojos, te sacarémos de aquí, respondió Carrascoso.

—Yo consentiré en cuanto ustedes me manden, con tal de no permanecer más tiempo en esta nevera.

—Pues siendo así, ya puedes salir cuando quieras. ¡Acércate!

El jóven subiendo trabajosamente por el declive del hoyo, aproximóse á Carrascoso, que le colocó unas gafas de viaje con los cristales oscuros y forrados con paño por dentro, las cuales le sujetó por detrás con una cinta de goma de más de cuatro dedos de ancha.

En seguida los bandidos, asiéndole por los brazos, le sacaron del hoyo y llevándolo en medio y tambien asido de los brazos, lo condujeron al próximo y citado cortijo, que se denomina Cañada Hermosa, en cuyo caserío penetraron, pidiendo un cuarto para un pobre contrabandista, que iba con los ojos malos.

El caseró brindó á los fingidos contrabandistas con cuanto habia en el cortijo, facilitándoles una habitacion para el enfermo.

Allí le dejaron rendido de cansancio y acostado en el suelo, y cuando más tarde volvieron á ofrecerle el almuerzo, lo rehusó, porque ni el estado de su ánimo ni el de su cuerpo, le permitian tomar alimento alguno.

Pocas horas despues, los bandidos se presentaron en la estancia del fingido enfermo con recado de escribir.

—Levántate, mocito, que vas á poner una carta, le dijo Carrascoso.

—¿Para quién? preguntó el jóven Reina.

—¡Toma! Para tu padre.

—Está bien.

Entónces Carrascoso, dejando el tintero y el papel sobre una pequeña mesa, le quitó las gafas y le mandó que escribiese la carta que él mismo le fué dictando.

El jóven Reina fué escribiendo cuanto Carrascoso le decia, sin replicar una palabra; pero cuando le mandó poner por precio de su rescate, la ya indicada cantidad de diez y seis mil duros, tiró la pluma y exclamó:

—¡Yo no escribo éso!

—Tú escribirás lo que te manden, y punto en boca.

—Antes que ser la ruina de mi familia, prefiero la muerte, replicó arrogantemente el cautivo.

Carrascoso se le quedó mirando con una expresion indefinible de sorpresa y desdén; pero despues, encogiéndose de hombros y sonriéndose, le dijo con mucha calma:

—Toma esa pluma, calla y escribe.

—Yo no pongo más de seis mil duros, porque ésta será la cantidad que podrá reunir mi padre; respondió con plausible y noble insistencia aquel buen hijo.

Entónces Rojas, ó sea el llamado por mote *Borrego*, sacó un puñal y le amenazó con la muerte, si no escribia sin réplica lo que se le ordenase.

El jóven, sin embargo, fué tan tenaz, que no puso más que la suma que él habia dicho de seis mil duros.

Terminada la carta, que éllos enmendaron, poniendo la cantidad de diez y seis mil duros, en lugar de la que habia escrito el cautivo, le obligaron tambien á que pusiese su rúbrica en un papel de cigarro.

En seguida Carrascoso escribió á continuacion de la misma carta varias prevenciones que habia de observar el portador del rescate, las cuales se reducian á que éste llevase el dinero á Malága, hospendándose en la posada del Agujero, con la consigna de responder al que se le presentase preguntando por don José María de Reina y le exhibiese la mitad del papelillo de fumar, con la rúbrica partida, cuya otra mitad le incluian los bandidos en aquella carta para que le sirviese de contraseña al que hubiese de conducir la cantidad exigida.

Carrascoso y su compañero dejaron solo al cautivo, despues de haber cerrado y llevádose la consabida carta.

El jóven Reina permaneció junto á la mesa, con la mejilla apoyada en la mano, en actitud pensativa, y entónces libre de las mortificantes gafas, que al salir no le habian puesto los bandidos por haberles rogado él que lo dejasen descansar un rato sin éllas.

Cuando más absorto se hallaba en sus tristes y dolorosas reflexiones, le ocurrió mirar hácia la puerta del aposento, y con gran sorpresa vió allí á un caballero, alto, buen mozo, con bigote y cabello rubios, como de treinta años de edad y con un traje de color claro, que le estaba contemplando muy

atentamente, en cuya actitud permaneció todavía por espacio de algunos minutos.

Aquel hombre, que en su porte y modales se distinguia tanto de la gente campesina, desapareció luégo como una sombra, dejando al cautivo lleno de curiosidad y de sorpresa.

¿Quién era aquel caballero? ¿Se hallaba allí casualmente? ¿Era un cómplice de los bandidos? ¿Venía á ver al contrabandista enfermo de los ojos, ó al infeliz secuestrado? Hé aquí el torbellino de pensamientos y dudas que asaltó la mente del jóven cautivo, cuya curiosidad excitóse más y más cuando pudo advertir las respetuosas consideraciones de que era objeto por parte de las gentes, que andaban por fuera y cerca de su estancia.

El prisionero notó en varias ocasiones ruido de personas y de caballos que llegaban, de lo que dedujo que acudian al cortijo como punto de reunion otros bandidos ó compañeros de los que allí le habian llevado.

Al ponerse el sol, entraron en su estancia Carrascoso y el *Borrego*, los cuales precipitadamente le pusieron las gafas, lo sacaron del caserío, le montaron á caballo y emprendieron su marcha, como en la noche precedente, si bien advirtió que seguian por lo ménos seis ú ocho jinetes, á juzgar por el ruido de las pisadas.

CAPÍTULO XXV.

UN NUEVO HUÉSPED.

Francisco y Melero marcharon sin dilacion de Sevilla al pueblo de La Alameda, ansiosos de comunicar á toda la familia la fausta nueva de la próxima libertad de don Agapito.

El generoso Francisco no cabia en sí de júbilo, y por el camino iba tan alegre, que á veces abrazaba súbitamente al buen Melero, como en demostracion y solemnidad del suceso venturoso que aguardaban, y en agradecimiento además á la eficaz cooperacion que aquél habia prestado á toda la familia en tan difícil y desagradable trance, para obtener al fin tan satisfactorio éxito.

Fácilmente podrá figurarse el lector el inmenso gozo que experimentaron doña María Gallardo, sus hijos, parientes y amigos, al saber la feliz noticia de que muy luégo el cautivo habia de presentarse libre en Archidona.

Las tristes condiciones en que se hallan las familias de los secuestrados en casos tales, son tan molestas y onerosas, que ni siquiera les es per-

mitido el dar libre curso á las santas expansiones de su contento y consuelo, pues temen que aquellas mismas demostraciones de su alegría puedan ser funestas por cualquier imprudencia, motivo y pretexto á la persona, objeto de su esperanza y de su ternura.

Así es que movida por tales temores, la familia de don Agapito, comunicaba á sus parientes más cercanos y á sus amigos más íntimos aquella venturosa nueva, con la misma reserva y precauciones, que si se tratase de un gran delito, recomendándoles la mayor prudencia.

Teniendo, pues, en cuenta éstas y otras análogas consideraciones, y á fin de no llamar demasiado la atencion, yendo todos juntos, resolvieron marcharse inmediatamente á Archidona el hijo mayor del cautivo, su yerno Victoriano Zambrana y el bueno é indispensable Melero, que tan singular afecto profesaba á toda la familia.

Los demás hijos del prisionero, así como tambien un hermano suyo, que se llamaba don Victorino Delgado, quedaron en ir á Archidona al dia siguiente para recibir y abrazar cuanto ántes á la víctima de los secuestradores.

Todos, pues, se reunieron en la posada de la plaza del citado pueblo el dia 21, que era el prefijado por los bandidos para que allí se presentase don Agapito.

Aquel dia, que amaneció tan alegre para todos los que en la dicha posada se habian reunido, anoche-

ció por demás triste y sombrío para éllos, al ver que el cautivo no se habia presentado.

Pero los afectos vehementes no ceden con facilidad en sus lisonjeras esperanzas, pues siempre encuentran motivo, más ó ménos plausible, para explicar satisfactoriamente los contratiempos.

Así fué que los hijos de don Agapito, su hermano y su yerno, cuando llegó la noche, interpretaron aquella tardanza, imaginándose que la producia la precaucion con que estaban obligados á caminar los bandidos, para evitar tropiezos con la Guardia civil, cuya vigilancia se habia redoblado en aquellos contornos, desde que había tenido noticias del secuestro de don Agapito, haciendo indecibles esfuerzos para averiguar su paradero.

Al dia siguiente los huéspedes de La Alameda, que paraban en la referida posada, llenos de angustia y de impaciencia, salieron en diversas direcciones á recorrer los contornos del pueblo, bajo diversos pretextos, esperando á cada instante encontrar al que aguardaban.

Tambien pasó aquel dia, sin que sus placenteras esperanzas se realizasen.

Cuando despues de cenar don Victorino Delgado y sus sobrinos, se quedaron solos en su cuarto, comenzaron todos á manifestar sus dudas, sus temores y su pena, haciendo cada cual mil comentarios y suposiciones, más ó ménos fundados y racionales, acerca de la inexplicable tardanza del infeliz don Agapito.

Unos pensaban que la excesiva vigilancia de la Guardia civil, tan plausible siempre, podía, sin embargo, ser la causa en aquella ocasion de que se dilatase la realizacion de sus deseos. Otros suponian que los bandidos, defraudados en sus esperanzas de recibir ocho mil duros por el rescate del cautivo, procedian de mala fé, y que despues de haber tomado el dinero en Sevilla, habian resuelto guardar su presa y seguir explotando á la familia.

Don Victorino, entre tanto, guardaba silencio, rehusando manifestar su opinion, la cual se hallaba conforme con los que desconfiaban de los secuestradores.

Pero invitado por Francisco á que manifestase su parecer, y viendo el tio la tristeza sin límites en que todos se hallaban, deseoso de consolarlos, dijo:

—Nunca me gusta aventurar suposiciones. Cuando sé una cosa, digo que la sé; pero cuando la ignoro, confieso tambien sencillamente mi ignorancia. Todo lo que sabemos hoy de positivo es que mi pobre hermano, vuestro querido padre, no ha llegado. ¿Por qué? Yo lo ignoro. Todas las causas á que habeis atribuido su tardanza, pueden ser verdaderas; pero tambien pueden ser falsas.

—Sí, señor, querido tio, respondió Francisco; pero en nuestra dolorosa impaciencia, nada tiene de extraño que hagamos mil y mil suposiciones.

—Por éso he callado, porque comprendo bien el estado de vuestro ánimo; pero creedme, hijos mios,

lo mejor que puede hacer un hombre, cuando no sabe una cosa, es decir que no la sabe. Sin embargo, he observado que entre vuestras suposiciones habeis omitido una muy natural, y que puéde ser por lo ménos, tan verdadera como las otras.

—¿Y cuál es? preguntaron á la vez todos los sobrinos, incluso Melero.

—La de que Agapito puede muy bien estar enfermo.

—¡Es verdad! exclamó Francisco.

—No se me habia ocurrido éso, añadió el menor de los hijos del cautivo.

—Eso no tiene nada de particular, respondió el viejo don Victorino; porque á la gente jóven, rarísima vez se le ocurre pensar en enfermedades. Por lo demás, ya sabeis que vuestro padre estaba delicado de salud; que habrá recibido mal trato; que lo tendrán escondido sabe Dios en dónde; que á cierta edad los hombres necesitamos que nos cuiden con esmero, y que á mayor abundamiento, nos causa mucha pena el vernos privados de los consuelos y de la presencia de la familia. Pues bien, todo ésto puede ser causa muy fundada de que Agapito se halle imposibilitado de venir, ó de que lo traigan.

Esta reflexion, por dolorosa que fuese, sirvió, sin embargo, de gran consuelo, á los desesperados hijos, que llegaron á creer firmemente, que la causa de no haber parecido su padre era la que don Victorino habia indicado.

—De todas maneras, añadió el viejo, si éllos pien-

san explotar á la familia, no tardarán en renovar sus exigencias.

—Eso es cierto, respondió Francisco; pero si mi padre está enfermo, tambien podian avisarlo.

—Tal vez lo hagan así; pero de todas maneras, procurad dormir esta noche y, Dios mediante, mañana será otro dia.

Estas palabras tranquilizaron en algun modo á los circunstantes, resignándose todos á esperar á que el nuevo dia les trajese tambien alguna nueva noticia.

El cruel desengaño que habian experimentado los hijos de don Agapito, se habia extendido igualmente á la desolada esposa y á su hija Dolores.

Ambas habian pasado la noche anterior en vela, esperando á cada instante la llegada del cautivo, de sus hijos y de los demás que debian acompañarles.

Pero pasó la noche y el siguiente dia, sin recibir noticia alguna, y llegó tambien la nueva noche, cubriendo de luto y de tristeza el corazon de la pobre madre y de su acongojada hija.

Excusado parece decir que las dos hicieron análogas y áun más dolorosas suposiciones, que las que habian hecho los hijos de don Agapito, porque á éllas tambien las tenía inquietas, además de la tardanza del prisionero, el no saber nada de los que habian ido á esperarle.

Doña María impaciente, insomne y por extremo afligida, se paseaba por la estancia, asomábase á cada instante á las ventanas, y aplicaba el oido á

cada rumor que podia indicarle la llegada de su esposo.

Su hija Dolores no estaba ménos inquieta que la triste madre, la cual, con aire arrebatado y voz atropellada, exclamó de pronto:

—¡Qué martirio tan cruel! Mira, Dolores, yo no puedo vivir más tiempo así. Anda y dí que busquen á quien nos acompañe, para ir ahora mismo á Archidona.

—¡A estas horas!

—Sí, ahora mismo; no me pongas dificultades, hija mia, porque si me apuras, estoy dispuesta á irme á pié y sola, si tú no quieres acompañarme.

La jóven clavó los ojos en su madre con una expresion indefinible de angustia y extrañeza, pues comprendió muy bien que el insomnio, la impaciencia y el dolor le habian producido una gran excitacion nerviosa y una verdadera fiebre.

Hubo un momento en que Dolores acarició la idea de aceptar la proposicion de su madre; pero considerando luégo su edad y el estado de sobreexcitacion en que se hallaba, desistió de tal intento, procurando disuadirla y consolarla.

A fuerza de ruegos y no sin dificultad, consiguió ya muy tarde que la infeliz señora se recogiese en su lecho; pues que la cariñosa hija estaba muy convencida de que únicamente conciliando el sueño, podria tranquilizarse algun tanto aquella ansiedad morbosa.

Además Dolores, para retener á su madre, dis-

puso que inmediatamente fuese un hombre á Archidona para informarse de lo que allí sucedia.

Miéntras que en el pueblo de La Alameda y en Archidona producia tanta extrañeza como angustia la no presentacion del infortunado prisionero, segun los secuestradores habian prometido, Carrascoso y sus camaradas conducian rápidamente á su nueva víctima, el jóven Reina, al lugar destinado para su mansion y encierro.

Despues de unas tres horas de marcha fuera de camino, comenzaron á dar vueltas y revueltas, luégo bajaron al secuestrado y lo subieron á las ancas del caballo de uno de los bandidos, y otra vez de nuevo dieron otras vueltas, sin duda para desorientar al cautivo, hasta que por último, apeándole de la cabalgadura, lo entraron cogido de las manos en una cueva, dejándolo allí sentado en el suelo.

Entónces uno de los bandidos le quitó las espuelas, el pañuelo y la faja, intentando tambien quitarle el chaleco, que era de abrigo; pero el jóven Reina lo resistió, diciéndole que preferia morir de una puñalada, á quedarse helado de frio.

El criminal desistió de su intento, porque efectivamente allí hacia mucho frio, y porque los demás bandidos le dijeron que se lo dejase.

En seguida salieron de la cueva, quedándose el cautivo solo con uno de éllos á la vista.

No tardaron en volver los secuestradores para sacar de allí al jóven, al cual condujeron á una casa inmediata, en donde lo acercaron á una lum-

brada tan fuerte, que el cautivo creyó por un momento que se proponian martirizarle, arrojándolo á la hoguera.

Entónces el jóven Reina les suplicó que lo apartasen del hogar, porque á consecuencia de la presion de las gafas, que se aumentaba extraordinariamente por el intenso calor, que encogia la cinta de goma, temió quedarse ciego.

Los bandidos accedieron á su peticion, subiéndolo á una cámara ó desvan, donde le tenian dispuesta una cama en el suelo, reducida á un jergon, no bien henchido de paja.

Antes de que los bandidos se retirasen, les rogó con el más vivo encarecimiento, que le quitáran las gafas, cuya cinta de goma se habia encogido tanto y le oprimia tan atrozmente, que el armazon se le habia hundido en la nariz, causándole insoportables dolores.

Accedieron los bandidos á esta súplica, poniéndole en lugar de las gafas un pañuelo grande y basto de algodon, y bastante cantidad de yesca en los oidos, para impedir que el cautivo pudiera escuchar sus conversaciones.

Dejándole tendido en el jergon, y haciéndole terribles amenazas para que no hablase ni se moviese, los bandidos cerraron la puerta del susodicho desvan y se bajaron á la cocina de la tal casa, que ya el lector conoce perfectamente, pues que no era otra que la de la huerta del *Tio Martin*.

Apénas los bandidos echaron un trago y un ci-

garro sentados á la lumbre, ansiosos de aprovechar las tinieblas de la noche, se pusieron en marcha todos, ménos Carrascoso y los dos hijos del *Tio Martin*, que habian venido conduciendo al secuestrado. Cuando los cuatro estuvieron solos, Carrascoso dijo:

—*Tio Martin*, se le ha ido á usted un huésped y le traemos otro; pero á éste es menester tratarlo con más respeto, y que no haga con él las diabluras, que nos contaba habia hecho con don Agapito.

—Te digo que no entiendo la mitad de lo que dices, respondió el viejo.

—¡Eso está bien! La reserva siempre es buena, hasta con la misma sombra de uno; pero ¿no se acuerda usted de lo que nos contó de los guantes, del cesto y de las demás diabluras, que hacía con aquel pobre viejo, para que cantase donde tenía escondidos los cuartos?

—Sí, me acuerdo, y todavía, por más esfuerzos que he hecho, no he podido conseguir que el muy perro me diga dónde tiene el escondite.

Carrascoso quedóse mirando fijamente al *Tio Martin* con una expresion que podia significar:

—«¡Estará borracho!»

Y luégo en voz alta añadió:

—Ahora sí que no entiendo yo lo que usted me dice.

—Pues bien claro está lo que te digo. Tú me hablas de un huésped que se fué y de otro que traes, y como de aquí no se ha ido nadie....

—¿Cómo es éso? ¿Pues no está ya don Agapito en su casa?

—Así que pague, estará.

—¿Pues cuántas veces quiere usted que pague?

—¿Estamos aquí locos?

—Pero, hombre de Dios, ¿no llevaron ya el dinero á Sevilla? ¿No quedamos en que tan luégo como se recibieran los diez y ocho mil seiscientos reales, se le pusiera en libertad?

—En éso quedamos; pero como no los ha soltado, ahi lo tienes en la cueva.

—¡Todavía esta ahí ese hombre! exclamó Carrascoso, en el colmo de la sorpresa y del asombro.

—Pues claro está; á mí nadie me ha dicho que hayan entregado ese dinero más que tú ahora.

—Pero ¿no ha venido Alberto?

—Ni Alberto ha venido, ni nadie me ha dicho una palabra.

—Pues ¿qué le habrá sucedido á Alberto? dijo Francisco.

—¡Si nos habrá hecho alguna charranada, despues de tomar el dinero! añadió José.

—Sea lo que quiera, respondió Carrascoso, á ese hombre hay que soltarlo en seguida. Se dió palabra de ponerlo en libertad, la familia ha cumplido y nosotros debemos cumplir tambien.

—Tienes razon, dijeron los hijos del *Tio Martin.*

—Sí; pero no hay que olvidar que Alberto fué el que dirigió este negocio, replicó el viejo; y que

además tiene en su poder los cuartos, segun vosotros me asegurais.

—Las palabras son palabras y hay que cumplirlas. Si ésos no se hubieran llevado los caballos ahora mismo lo sacaríamos de aquí; dijo Carrascoso.

—Pues nada, hombre, no hay que apurarse, respondió el *Tio Martin*. Mañana mismo se traspondrá de aquí á ese pobre diablo.

—Quedamos en éso.

—Descuida, que así se hará.

—Pues yo estoy muy rendido, y quiero acostarme.

—Lo mejor es que nos vayamos á una de las chozas tú y yo, dijo Francisco, miéntras que José quedará aquí, haciendo compañía á mi padre por si ocurre algo.

—Me parece bien; ea, con Dios, *Tio Martin*, y mucho cuidado.

—Duerme tranquilo.

—¡Buenas noches!

—¡Andad con Dios!

Carrascoso y Francisco salieron de la casa para irse á dormir á una de las chozas, miéntras que José permaneció con su padre, que no dejaba de admirarse de la tardanza de Alberto y su compañero.

CAPÍTULO XXVI.

LA SUERTE CAMBIA DE SEMBLANTE.

Despues que el desconfiado y avieso *Tio Martin* estuvo departiendo á solas con su hijo un rato, informándose minuciosamente así de la entrega del dinero en Sevilla por parte de la familia de don Agapito, como de las demás circunstancias é incidentes que habian ocurrido en el secuestro del jóven Reina, le dijo:

—Estoy pensando que ese hombre está muy endeble para emprender la caminata desde aquí, adonde se haya de entregar.

—Pues yo no sé cómo no ha reventado, porque él no necesitaba nada para estar enclenque y luégo usted lo ha tratado como á un perro...

—Calla, hombre, si me ha hecho perder los estribos, con su cabeza tan dura; pero mira como al fin y al cabo, han soltado los cuartos.

—La verdad es que no creí yo que este negocio se acabára de este modo.

—Vamos, que no se ha terminado tan mal como yo pensaba; y en cuanto á ésoque dices de que ha re-

cibido mal trato, tienes razon, pues he hecho con él todas cuantas perrerías se me han ocurrido.

Y el feroz viejo prorumpió en una ruidosa carcajada.

Luégo, dando un envite al jarro del vino, que junto á sí tenía, continuó:

—¡Pobrecillo! En cuanto me siente llegar, tiembla como un azogado, de miedo que me tiene.

—Por lo que usted me cuenta, no se va á poder llevar á caballo.

—Pues lo llevais atado.

—Mejor sería que no le hubiera usted apurado tanto.

—¡Caracoles! exclamó colérico el *Tio Martin*. Ese Camándulas traia más alientos, que lo que tú piensas. Os acordais y estais hablando siempre de las diablurías que he hecho con él; pero olvidais el principal motivo y el orígen de la rabia que le tengo, que fué la noche que lo ví asomado al boquete, con trazas de marcharse y atisbándolo todo.

—Diga usted, padre, ¿y se habia quitado la venda? preguntó su hijo con el más vivo interés.

—¡Ya lo creo! Y el muy pícaro me vió cuando yo conducia en brazos á ese chicuelo, que tanto lloraba.

—¿Y cuando usted volvió á verle, qué hacía?

—El tunante estaba muy acurrucadito, como si no hubiera roto un plato, y ya se habia puesto el pañuelo. Te digo que cuando yo le puse los guantecitos, ya supe lo que me hacía.

—Dice usted bien, y así se acordará de lo que ha

pasado y no le quedarán ganas de meterse en honduras.

—Esa es la fija; pero ya que la familia ha cumplido, vamos á ver si esta noche se oréa un poco y recobra algunos bríos para la caminata de mañana. Toma el farol y vamos á sacarlo de allí; lo pondrémos esta noche en la cuadra y le darémos bien de comer y un traguito para que le salga el susto del cuerpo.

—Vamos allá.

Y el padre y el hijo encamináronse á la cueva en que desvelado, pero con una actividad confusa, en que la fantasía predominaba en medio de una especie de vivo atolondramiento, yacía el infeliz don Agapito, recordando sus desdichas y viendo como en sueños su propia figura, cual si perteneciese á otro, y como si el círculo de su conciencia se hubiera ido reduciendo hasta el extremo de no sentir en sí mismo ninguna relacion con el mundo externo, con la luz, con las formas, con los objetos, con todas esas irradiaciones y efluvios misteriosos y restaurantes, con que la naturaleza envuelve á todos los séres, que viven de una manera normal y con arreglo á sus propias leyes.

El infeliz secuestrado, que al principio estaba lleno de vida, experimentando en sí el enérgico sentimiento de la realidad y sintiendo todas las ruidosas palpitaciones de sus afectos y de su amor entrañable á su esposa y á sus hijos; que hubiera sido capaz en los primeros momentos de luchar contra

todos los obstáculos; que despues acusaba al cielo de cruel, lamentando su destino con toda la energía de la blasfemia; que poseia la suficiente lucidez para deplorar en seguida su instantáneo extravío, y que en la magnífica plenitud de su conciencia sabía sorprender los secretos del hado inexorable y las ocultas sendas de la Providencia divina, encontrábase ahora con el entendimiento rodeado de nubes, con el ánimo abatido, con su organismo debilitado y con su vida entera contrahecha y reducida á una especie de impalpable fantasmagoría, que sólo tenía lugar en las infinitas penumbras é inmensas lontananzas de su sentido interior, á la sazon más tenebroso que el antro en que yacía.

Aquella infeliz víctima de los bandidos, en el tiempo que habia durado su cautiverio, no era ya una inteligencia servida por órganos, no era ya un hombre, era el espectro de sí mismo, una luz cubierta con un fúnebre crespon, un emigrado de la vida, un náufrago de la existencia, un espíritu sin cuerpo, en fin, un alma en pena.

El triste don Agapito á quien todos los dias atormentaba su verdugo de una manera ó de otra, y cuya minuciosa descripcion he omitido porque no causé repugnancia á mis lectores, estremecíase de espanto, espeluznábase de horror y temblaba de miedo todas las noches, cuando sentia llegar al feroz *Tio Martin*, que le llevaba la comida.

Sin el vago, aunque poderoso instinto de la propia conservacion, el atemorizado cautivo hubiera

preferido mil veces sucumbir en su sepultura, á soportar la satánica presencia de aquel demonio en figura humana.

Así sucedió, que al oir aquella noche entrar á deshora al *Tio Martin* y su acompañante en la cueva, experimentó una sensacion indefinible de terror, lanzando gemidos y creyendo llegado ya el instante de su muerte.

En efecto, el infeliz cautivo no podia atribuir la inesperada presencia de aquellos hombres á otra causa, que á la resolucion decidida de acabar con él, entre torturas espantosas, así para satisfacer éllos sus feroces instintos, como para vengarse de que su desventurada familia, segun él creia, no hubiese podido reunir la cantidad reclamada por su rescate.

Estas eran las reflexiones del infeliz prisionero, cuyos fundados temores subieron de punto y se confirmaron, cuando el *Tio Martin* le dijo:

—¡Arriba, gandul!

Don Agapito se incorporó penosamente; pero sin proferir palabra.

—¿Estabas durmiendo?

—Sí, señor; respondió el atemorizado cautivo, creyendo que aquella respuesta sería la ménos desagradable á su descontentadizo verdugo.

—¡Alégrate, hombre! le dijo con tono jovial el hijo del *Tio Martin.*

—¿Ha llegado ya la hora de morir?

—No se trata de éso, respondió el viejo Martin; sino de sacarte de este sitio.

—Pues ¿qué nuevo martirio van ustedes á darme?

—Ninguno, más que el de darte bien de comer y de beber, y que respires mejor y duermas á pierna suelta.

El prisionero nada respondió; ántes bien, lanzando un suspiro, dió á entender muy á las claras que no creia fuese verdadera aquella promesa.

—Ponte de pié, dijo el *Tio Martin* al cautivo, al cual ayudó á levantarse.

Y dirigiéndose á su hijo añadió:

—Súbete á la boca para cogerle de los brazos.

José obedeció, y en seguida el viejo condujo al prisionero hasta ponerlo debajo del boquete, diciéndole:

—Alza los brazos.

Don Agapito hizo maquinalmente lo que se le mandaba.

El hijo del *Tio Martin* lo asió vigorosamente por las muñecas y lo subió como una pluma.

Don Agapito lanzó un ligero grito; pero fué de alegría inexplicable, al sentir el delicioso efecto que le produjo el aspirar el aire libre, puro y fresco de la noche.

El desdichado cautivo se imaginó que en aquel instante resucitaba.

—¿Te sientes mejor? le preguntó José.

—Sí, me parece que vuelvo á la vida. ¡Qué bien se respira aquí!

—¡Es claro! exclamó José riéndose. Aquí huele mejor que allí abajo, ¿no es verdad?

—Y tan verdad como es, respondió don Agapito; aspirando con fuerza el perfumado ambiente de la primavera.

En seguida el hijo del *Tio Martin* condujo al piso bajo de la casa al prisionero y sentándole junto al hogar, le ofreció de comer, y si queria ántes un trago de vino.

El cautivo no acertaba á explicarse aquella conducta, pues todavía recelaba que hicieran con él alguna herejía, como suele decirse.

—Arrímale aquí la mesita, dijo á su hijo el *Tio Martin* con una entonacion tan afectuosa, que el secuestrado apénas daba crédito á sus oidos.

José hizo lo que su padre le mandaba, y luégo preguntó al prisionero:

—¿Quieres cocido?

—No, señor; no tengo ganas.

Un temor muy singular, pero muy justificado en su situacion, asaltó la mente del cautivo, el cual temia que acaso trataban de envenenarle, cuando con tal insistencia le ofrecian que comiera y bebiese.

Bajo esta impresion, don Agapito rehusó tenazmente el tomar nada.

—Conviene que tomes algo, le dijo el viejo, porque mañana tienes que hacer una gran jornada.

—¿Pues á dónde piensan ustedes llevarme?

—A tu casa.

—¡De véras! exclamó con aire incrédulo don Agapito.

—Tan fijo como estamos aquí. ¡Ya estás libre!

—Pero ¿es verdad?

—Sí, hombre; tu familia ha pagado el rescate y nosotros cumplirémos nuestra palabra.

El cautivo, ya fuese porque no diera crédito á lo que le decian; ya por el estado de aturdimiento en que su inteligencia se encontraba ,es lo cierto que permaneció algunos instantes silencioso, como si no se hubiese dado cuenta del cambio inesperado y feliz, que en su triste suerte y condicion acababa de verificarse.

—¡Gracias, Dios mio! exclamó al fin, extendiendo los brazos con una expresion tan religiosa, que en aquellos dos criminales que le rodeaban causó un efecto semejante al de un remordimiento. ¡Pobre familia mia! ¡Amada esposa! ¡Hijos queridos! ¡Dios os bendiga!

—Quítale esos grillos y échale un trago de vino, dijo el *Tio Martin* dirigiéndose á José.

El hijo, despues de haberle quitado la traba, sirvió un vaso de vino al prisionero, que entónces lo aceptó, diciendo con generosa efusion:

—Bebo á la salud de mi familia, y de ustedes tambien.

—¡Buen provecho!

En resolucion diré, que con aquella inesperada y venturosa nueva, don Agapito Delgado se reanimó de una manera extrordinaria y comió enseguida con buen apetito, demostrando así la poderosa é incalculable influencia de lo moral

sobre lo físico, es decir, del alma sobre el cuerpo.

Terminada la comida, el buen don Agapito, lleno de gozo por verse sin los grillos, se aventuró á decir:

—¿Me permiten ustedes dar por aquí unos paseos? ¡Tengo todos los miembros entumecidos!

—Sí, señor, respondió José, venga usted aquí á este apartado, en donde podrá pasear cuanto quiera, y dormir despues en una cama, que es algo mejor que la otra.

—¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! exclamó don Agapito, cuyo carácter bondadoso era incapaz de guardar rencor á nadie.

Y el *Tio Martin* y su hijo condujeron al cautivo por el escotillon que ya el lector conoce, á la estancia referida, que áun cuando alguna vez solia servir de cuadra, por su desahogo y extension, le pareció aquella noche, al que tanto tiempo habia vivido emparedado en una especie de sepultura, un inmenso y magnífico palacio.

CAPÍTULO XXVII.

LA TIRANÍA DE LA SUERTE.

Al dia siguiente, cuando apénas acababan de comer el *Tio Martin*, sus dos hijos y Carrascoso, presentóse Alberto con su compañero.

—¡Gracias á Dios, que te echamos la vista encima! exclamó el viejo.

—¿Qué ha sido de tu vida? preguntó Carrascoso.

—Creimos que ya no te volvíamos á ver, dijeron los hijos del *Tio Martin*.

—Pues no íbais descaminados, respondió Alberto, porque nos hemos escabullido por milagro.

—Todavía se me antoja mentira que hayamos podido salvar el bulto, añadió el compañero.

—Vamos, contad vuestras aventuras, dijo Carrascoso; pues algun tropezon grande habrá impedido que viniérais aquí á cumplir la palabra, que le dísteis á Melero de llevar á ese hombre al pueblo de Archidona el dia 21, segun me anunció el camarada qne me enviaste para decirme que todo estaba arreglado.

—El tropezon pudo ser más gordo de lo que fué,

porque al fin y al cabo, todo el perjuicio ha quedado reducido á venir aquí más tarde de lo que se convino. Despues de mandarte al otro compañero, diciéndote lo que habia pasado, éste y yo nos fuimos, la verdad, á echar una cana al aire; pero en aquel chiscon habia unos cuantos mozos de mala cabeza y en un santiamen armaron un *jollin*, que temblaba el firmamento y cada estacazo rompia una costilla, y al ruido de los palos, al rodar trastos, mesas y botellas, y á los gritos y chillidos de las mozas, acudió la policía, y aunque nosotros permanecimos aplastados, sin tomar arte ni parte en aquella torta de palos, es lo cierto, que los polizontes arramblaron con todos y nos metieron en Chirona.

—¡Adios mi dinero! exclamó el codicioso *Tio Martin*, imaginándose que al ser preso Alberto, habria sido registrado en la cárcel y desposeido del importe del rescate.

—Hombre, no; el dinero está aquí, respondió riéndose Alberto, señalando á su faja. No estuvimos más que detenidos, porque en seguida se aclaró que nosotros éramos inocentes, á lo cual contribuyó mucho la declaracion de los peleones, que dijeron que nosotros no nos habíamos metido con nadie y que tampoco éllos nos conocian; pero con todo y con éso, nos tuvieron á la sombra tres dias, como tres soles.

—Pues os estuvo muy bien empleado por andar en busca de golosinas, dijo Carrascoso, riéndose á más no poder.

—¿Qué quieres, hombre? Con el dinerillo fresco se le antoja á uno el mundo chico, y es uno capaz de arrastrarle el ala áun á la misma Giralda de Sevilla, pensando que es una buena moza.

—Eso sí que es verdad, dijeron todos á una voz.

—¡Y vaya si lo es! añadió el *Tio Martin*, guiñando malignamente los ojos; tengo yo más años que un palmar, y siempre que *abillelo parné*, se me antojan las mujeres cachos de cielo, me retiemblan las patas y me alegro de haber nacido.

—¡Bien, y retebien, por el viejo! exclamaron Carrascoso y Alberto, el cual continuó:

—Pues ya sabeis la causa de mi tardanza; aquí está el dinero, y sólo siento que ese pobre hombre haya sufrido las consecuencias de ser nosotros golosos, como tú dices.

Y Alberto sacó un gran bolso verde, que llevaba metido en la faja, lo puso encima de una mesa, y en el acto se repartieron el dinero.

—Más vale así, dijo luégo Carrascoso, porque nosotros ya estábamos con cuidado por lo que os hubiera podido suceder; pero anoche cuando llegué, acordamos mandar á ese hombre á su casa, para cumplir con nuestro compromiso.

—Lo malo es que ya sus hijos no estarán en Archidona; pero quiere decir que esta misma noche lo agarramos y lo trasponemos cerca de su pueblo, dejándole en sitio, desde donde él pueda trotar por su pié y colarse en su casa.

—Eso es lo mejor, dijo el *Tio Martin*; aunque ese

pobre diablo no está para muchos trotes, porque se ha quedado como la espina de Santa Lucía.

—Tiempo tiene de reponerse, respondió Alberto.

—Ahora voy á darle bien de comer para que tenga luégo aguante, dijo el viejo.

—Pues no estará demás que nos saque usted á nosotros tambien algun traguito.

—Con mucho gusto.

El viejo se levantó y despues de hablar un rato con su mujer, volvió con un jarro de vino, diciendo:

—Vámonos ahí á la parte de afuera, á echar una ronda, porque le he dicho á María, que le ponga aquí la mesa á ese hombre, para no andar ahora con luces, porque allí abajo no se ve una mota.

Todos saliéronse, en efecto, detrás del jarro, miéntras que la tia María puso la mesa en la cocina, y cuando estuvo dispuesta la comida, avisó á sus hijos para que sacasen á don Agapito de su encierro.

Tan luégo como lo dejaron sentado á la mesa, los hijos volvieron á reunirse con sus compañeros.

La vieja habia servido al cautivo un plato de jamon con huevos, que exhalaba un olor tan apetitoso, como grato para el pobre don Agapito, que desde el 16 de Marzo hasta el dia de aquella fecha, que era por cierto el 23 de Abril, habia estado sujeto á un régimen extremadamente frugal y primitivo.

Así, pues, el secuestrado comenzó á comer con excelentes disposiciones, despues que la tia María

le hubo escanciado un vaso de vino, que él habia bebido con gusto.

Entretanto, el *Tio Martin* con sus compañeros, arrimados á la casa de la huerta, empinaban el codo de lo lindo, y gastaron jarro tras jarro, hablando muy animadamente de nuevas empresas; pero en voz tan baja, que á muy corta distancia hubiera sido imposible oir el coloquio, cuyos actores semejaban una reunion de sordo-mudos, que sólo se dan á entender por su enérgica gesticulacion y expresivos ademanes.

Alberto manifestó deseos de ver á don Agapito, cuya flacura y debilidad le habian ponderado.

—Pues anda y vélo, dijo el *Tio Martin*, y encárgale de camino á mi mujer, que se traiga este jarro lleno. ¡Toma!

Y Alberto, cogiendo el jarro vacío, dió la vuelta y se dirigió á la cocina.

—Que llene usted el jarro y lo lleve, dijo el bandido, dirigiéndose á la vieja sin nombrarla.

Cumplió en seguida el encargo la tia María, miéntras Alberto quedóse mirando atentamente la escuálida figura del secuestrado.

—¡Bendito sea Dios, cómo se ha quedado este pobre hombre! exclamó Alberto experimentando un vivo sentimiento hácia el infeliz prisionero, que despues de haber tomado una friolera, se vió en la imposibilidad de continuar comiendo, á consecuencia del abatimiento y postracion en que se hallaba.

—¿Qué es éso, no hay apetito? preguntó Alberto.

—Bien quisiera comer más; pero la debilidad de mi estómago no me lo permite, respondió el cautivo con tono afable y agradeciendo la benevolencia, que le pareció percibir en el acento de aquella voz extraña.

—Anímese usted, hombre; que tripas llevan á piés, y esta noche es menester sacar fuerzas de flaqueza para irse á casa.

—Yo no sé cómo voy á poder valerme, porque apénas me puedo tener de pié, y además me parece que me he quedado ciego.

—Pero ¿ha tenido usted los ojos así, desde que vino?

—Sí, señor.

—¡Que barbaridad!

—Ya creo que no veré más la luz del sol.

—Ahora mismo la va usted á ver.

Y así diciendo, Alberto le quitó los pañuelos, añadiendo:

—Cierre usted fuertemente los ojos y despues no mire con fijeza, hasta que pase un rato.

Don Agapito siguió el consejo, dándole las gracias de la manera más afectuosa á su bienhechor, y al cabo de algunos minutos, con una expresion indefinible de júbilo, exclamó:

—¡Gracias, Dios mio! ¡Qué alegría! Veo perfectamente... ¡La luz es la vida!

—Tiene usted razon, don Agapito. Vamos á ver si ahora come usted. ¡Tome usted un sorbillo de vino!

Y el mismo Alberto se lo sirvió, despues de probarlo, diciéndole con mucho agrado:

—Vaya, bébalo usted, que yo ya lo he catado por su salud.

Don Agapito hizo un esfuerzo y bebió, tanto por cortesía, como por ver si en efecto recobraba algunas fuerzas.

En seguida el bandido le partió él mismo una delgada lonja de jamon y se la ofreció, diciéndole:

—¡Vamos con élla!

El cautivo la aceptó con gusto, porque su espíritu no permaneció insensible á tan cordiales demostraciones de afecto y simpatía, y á la vez su organismo pareció revivir al aire libre y bajo el benéfico influjo de la luz del sol.

Despues de largo tiempo de encierro, martirios, privaciones y sufrimientos de toda especie, el buen don Agapito entregóse con expansion y confianza al pleno goce de la incomparable felicidad que la Providencia parecia brindarle, como en compensacion de sus prolongados y horrorosos padecimientos.

—¿Usted me conoce á mí? le preguntó súbitamente Alberto.

—No, señor.

—¿Y si usted alguna vez me viera, me conoceria?

—Sí, señor; porque jamás olvidaré el beneficio tan grande que acaba usted de hacerme; pero bien

puede usted estar seguro de que á nadie le diria otra cosa, sino que era usted un hombre bueno.

Alberto, al oir aquellas palabras, sintióse tan profundamente conmovido, que los ojos se le arrasaron en lágrimas, experimentando, sin embargo, en su corazon, una especie de rabia contra sí mismo, por no merecer en su conciencia aquel dictado de «hombre bueno,» con que don Agapito acababa de calificarle.

—¡Hombre bueno yo! exclamó Alberto golpeándose con furia el pecho y la cabeza. ¡Calle usted, don Agapito, y no diga éso!... Cuando yo considero que por un capricho bestial, y que además pudo acarrear mi perdicion, se encuentra usted todavía aquí, pudiendo ya estar en compañía de su honrada familia, siento una pena tan grande, tan grande... ¡Vamos, es cosa de desesperarse!

—Pues no se desespere usted, porque yo le perdono con toda mi alma.

—¡De véras! ¿Me perdona usted?

—Sí, señor, y Dios que me oye, sabe que lo digo de todo corazon.

—¡Es usted más bueno que el pan! exclamó Alberto, cogiendo la descarnada mano del infeliz don Agapito y besándosela con una expresion indescribible de humildad y respeto.

En aquel instante entró á llenar otro jarro el *Tio Martin*, el cual se enfureció sobremanera al ver á don Agapito con los ojos destapados, y encarándose con Alberto, preguntó:

—¿Cómo has consentido que ese hombre vea donde se halla?

—Porque si no le quito los pañuelos, se hubiera muerto ántes de la noche.

—Tanto mejor; así nos ahorraríamos el matarlo ahora.

—Cuidado con lo que se dice.

—No hay más remedio, sino que este hombre muera. ¿Quieres que nos pierda á todos?

—El que le toque al pelo de la ropa, arde como yesca.

Durante aquella disputa, don Agapito se hallaba petrificado de espanto.

La tia María, que oyó toda la conversacion de Alberto con el cautivo, conoció que lo trataba con benevolencia, si bien no advirtió que le habia quitado los pañuelos; pero al ver que su marido estaba furioso y á punto de venir á las manos con su jóven contendiente, corrió á dar aviso á sus hijos y á los demás compañeros.

Cuando éstos acudieron á la cocina, hallábase Alberto conteniendo al feroz *Tio Martin*, que se obstinaba en precipitarse sobre el acongojado prisionero para extrangularlo.

—¿Qué es ésto? preguntó Carrascoso.

—Que le ha quitado los pañuelos y ese hombre nos va á perder á todos, dijo el viejo, echando espuma por la la boca.

—Que lo quiere matar, replicó Alberto; cuando ese pobrete no es capaz de perjudicar á nadie.

Carrascoso y los demás compañeros comenzaron á poner paz, procurando aplacar al viejo, y creyendo como Alberto, que no habia tanto peligro en lo que habia hecho, como el *Tio Martin* se imaginaba.

Pero entónces, de la manera más imprevista y sin que nadie sospechase su intento, adelantóse el feroz José con un cuchillo en la mano hasta donde, pugnando con el viejo para sujetarle, estaba Alberto, al cual descargó tan furiosa y bárbara puñalada, que le partió el corazon en el acto.

El infortunado Alberto, con la espalda vuelta, no había podido ver á su cobarde agresor, de suerte que vertiendo sangre á borbotones por la ancha y descomunal herida, cayó muerto sin saber quién le mataba.

Don Agapito fué el único que advirtió el homicida intento del hijo del *Tio Martin*, y deseando salvar á su defensor de aquel cobarde y alevoso golpe, se incorporó sobre su asiento, extendió los brazos con indecible angustia y lanzó un grito agudo y penetrante para avisarle del riesgo; pero todos estos esfuerzos fueron completamente inútiles por la rapidez de la agresion y lo certero de la puñalada.

El infeliz cautivo, poco ántes tan animado y lleno de esperanzas, al ver desplomarse á Alberto sobre su propia sangre, volvió á caer en su asiento, cerrando los ojos ante el horror de aquel trágico

espectáculo, que no pudo resistir su débil organismo, y quedóse desmayado.

Carrascoso y el otro compañero cambiaron entre sí una mirada de sorpresa y además de indignacion contra la cobardía del asesino; pero el *Tio Martin*, léjos de impresionarse por la instantánea muerte de Alberto, pareció por el contrario muy satisfecho, como aquel que ve destruido un obstáculo que se opone á la realizacion de su deseo, que no era otro que el de saciar su rabiosa sed de venganza contra el desgraciado é inofensivo prisionero.

—¡Este espantajo ha tenido la culpa de todo! exclamó frenético de ira el desalmado viejo.

Y precipitándose hácia don Agapito, le asió por el cuello con su huesosa y nervuda mano, y oprimiéndole como con unas enormes tenazas, lo dejó extrangulado en brevísimos instantes, sin que se advirtiese en la víctima otra resistencia, que el estremecimiento convulsivo de sus brazos y piernas, en el instante supremo.

Carrascoso, el otro compañero, Francisco y su madre, permanecieron de pié silenciosos é inmóviles, contemplando aquella tragedia, que tan inesperada y rápidamente se habia verificado.

José, con los brazos caidos, pero con el ensangrentado cuchillo aún en la mano, con los ojos relucientes y fijos en el muerto, con una expresion de horrorosa tristeza y más pálido que su propia víctima, permaneció inmóvil, contemplando á su infortunado amigo Alberto, que yacia, tendido en un

lago de sangre que inundaba el pavimento, y que pisaba el asesino con estúpida indiferencia, ó tal vez absorto en las terribles visiones que en aquel momento le representaban su alma réproba y su conciencia culpable.

El *Tio Martin* estuvo tambien mirando algunos instantes al desdichado cautivo con feroz complacencia.

—¿Y qué hacemos ahora? preguntó Carrascoso.

—Enterrar á los muertos y dar de comer á los vivos, respondió tranquilamente el *Tio Martin.*

—¿Y qué le contestamos á esa familia?

—La callada por respuesta.

—¡Qué manera de cumplir las palabras!

—¡Ya no tiene remedio!

—Sí; pero da ira de que se armen estos estrupicios por una tontería, por no tener calma, por ser fuguillas y no aguardar á entenderse... ¡Y entre amigos!

—Mira, Carrascoso, ya ésto no tiene cura; conque así, déjame á mí de cancamurrias, y lo mejor que podeis hacer, es largaros de aquí cuanto ántes. Y tú tambien, dáme ese cuchillo y márchate á que te dé el aire.

Y el desalmado viejo, tomando el cuchillo, echó á todos de la cocina, cuyas puertas cerró con llave.

Cuando se hubo quedado solo, permaneció algunos momentos pensativo, hasta que como asaltado de una idea súbita y apretando convulsivamente el cuchillo en su mano, murmuró:

—¡Si ha oido algo, que tambien muera!

En seguida subió la escalera de puntillas, estuvo un rato escuchando atentamente, y por último, abrió la puerta del desvan para ver y observar al nuevo secuestrado.

CAPÍTULO XXVIII.

ENTIERRO SIN CEREMONIAL.

El jóven Reina, cuando lo hubieron dejado solo en el desvan, quedóse profundamente dormido, pues aunque la cama no era buena, el cansancio era mucho, y ya se sabe que á mucho sueño, no hay mala cama.

Pero tambien las situaciones críticas y peligrosas impiden que nos entreguemos al sueño con aquella profunda confianza, en la cual consiste el verdadero reposo y sus condiciones salutíferas y reparadoras. Diríase que en semejantes circunstancias, duerme sólo el cuerpo, miéntras que vela el alma.

El secuestrado, pues, habiendo satisfecho la imperiosa é ineludible necesidad del sueño durante algunas horas, despertóse muy de mañana, inquieto y desasosegado, no tanto por la suerte que pudiera aguardarle, como por el doloroso recuerdo de su amada familia, que á la sazon estaria llorando su ausencia y lamentando su desgracia.

Al través del pañuelo que le vendaba los ojos,

el afectuoso jóven veia la bella y majestuosa figura de su madre, cubierta de mortal palidez, orando fervientemente, vertiendo abundantes lágrimas y procurando, sin embargo, aparecer más tranquila ante su esposo y sus hijos; é igualmente divisaba el grave y afligido rostro de su padre, que apacible de ordinario, á la sazon meditabundo y silencioso, pensaba en su triste aventura, esforzándose por ocultar á todos su aguda pena y sus insoportables temores.

Agitado por tan tristes imágenes y pensamientos, el cautivo incorporóse en su jergon, aplicó el oido, y no percibiendo rumor alguno, aventuróse á bajarse un poco el pañuelo para examinar el aposento en que se hallaba.

Entónces vió que el doblado era bastante espacioso y claro, porque la luz entraba por uno de los ventanillos que ya he mencionado.

Levantóse inmediatamente y andando con gran precaucion, recorrió toda la estancia y registró las paredes, lamentando el que los ventanillos, estuviesen demasiado altos, para asomarse y descubrir terreno; pero en una de éllas divisó la imágen de Nuestra Señora del Rocío.

Cuando hacía este reconocimento, oyó gente que hablaba, y temeroso de que le sorprendiesen, volvióse á su jergon, colocándose bien el pañuelo y la yesca.

No bien se habia reclinado en su camastro, cuando sintió pasos por la escalera y abrirse poco

despues la puerta del desvan. Era el *Tio Martin*, que le llevaba su mezquino almuerzo, que consistia en un huevo cocido y un poco de pan.

El viejo volvió á salirse, sin decir ni hacer otra cosa, que anunciarle que allí tenía el almuerzo, y examinar con esmero si estaban bien colocados el pañuelo y la yesca.

El cautivo, que no habia tomado alimento alguno desde que lo apresaron, devoró con delicia su desayuno, y volvió á sus dolorosos recuerdos y sombrías cavilaciones.

Largo rato despues oyó el ruido de la conversacion del *Tio Martin*, sus hijos y demás compañeros, percibiendo distintamente, ya cuando estaban en la cocina, ya cuando hablaban junto á las paredes de la casa; pero sin entender lo que decian.

Tambien llegó á sus oidos, bien que confusamente, el rumor de la disputa del *Tio Martin* con Alberto y las voces de los demás bandidos; pero hallándose muy léjos de comprender la horrorosa tragedia, que en el piso bajo se estaba ejecutando.

Ahora bien; cuando el *Tio Martin*, despues de tan lamentable suceso, penetró de nuevo en el desvan, siempre con el cuchillo en la mano, se acercó lentamente á donde estaba el prisionero, preguntándole:

—¿Se vá descansando ya de la caminata?

—Sí, señor.

—Quizá te habrá molestado el ruido.

—No, señor; aquí no se siente nada.

—Pues yo creí que quizás te hubiera molestado la algazára que han armado unos cuantos amigos, que estuvieron ahí de broma, dijo el *Tio Martin* bajando algo la voz.

—¿Qué dice usted?

—¿No me oyes?

—Cuando habla usted más récio, sí oigo; pero si se aparta usted un poco y baja la voz, no entiendo lo que usted me dice, pues con la yesca y el pañuelo....

—¿Te quedas en ayunas? ¿No es éso?

—Es claro.

Una sonrisa de indecible satisfaccion dilató los lábios del feroz viejo, al comprender que el cautivo no se habia enterado de la reyerta ocurrida, ni de sus sangrientas y desastrosas consecuencias.

Y en seguida se bajó, cerrando la puerta.

Ya en la cocina, soltó el cuchillo y con imperturbable calma sentóse junto al fogaril y comenzó á echar un cigarro; y miéntras estaba fumando, lanzaba miradas de reojo á los dos cadáveres.

Durante el breve tiempo que estuvo allí sentado, asaltaron su mente infinitos y atropellados pensamientos, cuya tendencia general era la de escoger los medios más seguros para borrar las huellas de aquel doble y horrendo crímen.

Al fin comenzó por quitarse la chaqueta y el chaleco, remangándose cuidadosamente las mangas de la camisa, y quitándose despues los botines, los zapatos y las medias.

Luégo se adelantó, pisando la sangre, hácia el cadáver de Alberto, despojándole ante todo del bolsillo en que guardaba el dinero que le habia correspondido del rescate, y dejándole despues completamente desnudo, poniendo la ropa en un rincon de la cocina.

Igual operacion hizo con el cuerpo inanimado del infeliz don Agapito, cuya ropa colocó tambien al lado de la de Alberto.

Practicada aquella horrible y repugnante faena, el inmundo viejo, tal cómo estaba, es decir, descalzo y en mangas de camisa, abrió la puerta, buscó un azadon, y no muy distante, al pié de un peral, se puso á cavar con grande ahinco.

Trascurrido algun tiempo, llamó á su hijo Francisco, dándole una voz, y éste acudió inmediatamente, porque se hallaba en la más próxima de las chozas.

Acercóse el hijo adonde estaba su padre, ya sudoroso y fatigado de su taréa.

—¿Qué está usted haciendo? preguntó el hijo.

—¿No lo vés? Toma y sigue cavando, miéntras yo descanso un rato, respondió el *Tio Martin,* entregándole el azadon y poniéndose á echar un cigarro.

Francisco prosiguió la obra comenzada por su padre; mas cuando ya habia cavado más de un metro de profundidad,n comprediendo el objeto de aquella operacion, se detuvo diciendo:

—De hondo me parece que ya hay bastante; pero esta cuna es algo estrecha para los dos.

—Sigue cavando un poco más, que de ancho tiene bastante, respondió el *Tio Martin*.

Y así diciendo, el viejo se alejó lentamente, llegó á la casa y echándose á cuestas el cadáver de don Agapito, se volvió por los mismos pasos adonde estaba Francisco, que ya habia concluido de abrir la fosa.

El *Tio Martin* arrojó el cadáver en la zanja, y silencioso y ceñudo, encaminóse de nuevo á la casa, cargó con el cuerpo de Alberto, volvió á la sepultura y lo dejó caer en direccion opuesta, es decir, que la cabeza del bandido reposaba entre los piés de don Agapito.

—¿Ves como así, gualdrapeados, caben muy bien? dijo el *Tio Martin* con aire de suficiencia.

—No habia caido en éllo, replicó Francisco, digno hijo de su padre, con la misma frescura que si se hubiese tratado de plantar un árbol.

—Ahora vé echando tierra y apisona bien.

—Buen abono le hemos echado al peral.

El *Tio Martin* sonrióse de una manera horrorosa é indescribible, al oir aquella ocurrencia de su hijo, y exclamó:

—¡Ya verás qué buenos pimientos se crian aquí!

Francisco se echó á reir, celebrando á su vez la buena ocurrencia de su padre.

Miéntras que el hijo terminaba su trabajo, el *Tio Martin* se encaminó á la casa, despues de haberle encargado á Francisco, que así que concluyese, avisára á su madre para que viniera á areglar la cocina y disponer la cena.

El viejo, deseoso de ayudarle á su mujer, comenzó á sacar con una pala ceniza del fogaril, rociándola por el suelo para que se fuese empapando la sangre.

En ésto, llegaron Francisco y la tia María, á la cual su marido le dijo:

—Mira esa ropa y aparta la que veas que nosotros podemos aprovechar, porque con la otra, vamos á hacer en seguida una fogata.

La vieja hizo en un instante su apartado, diciendo:

—Todo ésto lo podeis quemar.

—Anda tú, dijo el *Tio Martin*, dirigiéndose á su hijo, y enciende una hoguera ahí detrás de la casa, que allá voy yo con estos trapos, ¡La ceniza no habla!

Francisco salió inmediatamente para encender la lumbre.

El viejo fué recogiendo con la pala en una espuerta la ceniza empapada en sangre, y luégo la sacó, enterrándola cuidadosamente en el estercolero.

Luégo hizo un lio con la ropa inservible, lo echó en la espuerta y cogiendo ésta así como la pala, se dispuso á salir, diciendo ántes á su mujer:

—Friega el suelo muy bien, y déjalo como el oro.

—No tengas cuidado.

—En cuanto acabes, avías la cena para nosotros y para los huéspedes.

Y en seguida salió con su carga y fué á reunirse con su hijo, que ya habia encendido la hoguera,

en la cual fué arrojando espuerta, pala y ropa.

Poco rato despues, el *Tio Martin* cenaba con extraordinario apetito en compañía de su esposa y de su hijo Francisco, echando muy buenos tragos á la salud de los muertos.

CAPÍTULO XXIX.

UNA CITA EN LA POSADA DEL AGUJERO.

Cuando el padre del jóven Reina llegó á su pueblo sin su hijo ni sus caballos, y únicamente acompañado del susodicho Manuel Cabrera, toda su familia se alarmó de un modo extraordinario, conociendo al punto que algun enojoso lance les habia ocurrido.

Pero aunque ni don Manuel de Reina y su acompañante, deseosos de cumplir su palabra y de no agravar con la más mínima imprudencia la situacion del prisionero, nada de lo acaecido revelaron á nadie, es lo cierto que muy en breve cundió la noticia del reciente secuestro de su hijo.

La causa de que tan pronto se esparciese aquella noticia, se debió á que varias personas vieron, así la detencion de los tres jinetes que venian de Ibamalillo, como el regreso del padre sin su hijo y la conduccion de éste por los secuestradores.

Resultó, pues, muy contra la voluntad del caballeroso don Manuel de Reina, que aquella misma noche el alcalde del pueblo supo el suceso y empezó á instruir las primeras diligencias, tomando varias

declaraciones y dando cuenta sin dilacion á la Guardia civil del Arahal, al juzgado de Marchena y al gobierno de Sevilla.

El afligido padre, al llegar á su casa, guardó la más absoluta reserva, por más que la circunstancia de venir solo, así como la honda pena que á su pesar se retrataba en su semblante, fuesen para su amada esposa y para sus demás hijos, clarísimas señales de su desgracia.

La familia Reina es una de las más distinguidas y estimadas de aquel pueblo, de suerte que á la nueva del lamentable caso, acudieron á su casa numerosos parientes y amigos para informarse con el más vivo interés de lo acaecido.

Este incidente mortificó en gran manera el hidalgo carácter del señor Reina, que en ningun modo queria pasar por indiscreto, ni faltar á su palabra, cuando á mayor abundamiento, hasta su mismo interés y su afecto paternal le aconsejaban la circunspeccion y la reserva.

Es don Manuel de Reina y Zayas un caballero muy apreciable, de excelentes prendas morales, de carácter franco y bondadoso y dotado de tan intensas facultades afectivas, que sólo encuentra su felicidad en el amor y ternura de su estimable y agraciada esposa, y en el cariño y compañía de sus virtuosos hijos.

En su juventud se dedicó á la carrera de las armas y sirvió en la Guardia real; pero despues, casado con la bella, simpática y bondadosa doña

Dolores Jimenez, y poseyendo una regular fortuna, dejó el servicio militar y se consagró exclusivamente á los puros goces de la familia y á la plausible y honrosa ocupacion del cultivo del campo.

Contaba á la sazon cuarenta y ocho años, es de regular estatura, calvo, moreno, de buenas carnes, y en sus ojos grandes y expresivos se revela toda la intrepidez de su carácter, á la vez que toda la ternura de su corazon generoso.

Hecha esta ligera reseña de las circunstancias, condiciones y cualidades morales y afectivas del señor de Reina, fácilmente comprenderá el lector la indecible contrariedad que le produjo el que con tan increible rapidez, se difundiese por la poblacion la noticia de un suceso, que él á todo trance hubiera querido tener oculto.

Excusado parece decir que la señora, así como tambien sus estimables y cariñosas hijas Francisca y Josefa, que á la sazon contaban respectivamente la una veintiseis años y la otra veintitres, se habian apercibido ya de la desgracia ocurrida, bien que en términos generales y sin averiguar pormenores, que solamente don Manuel de Reina hubiera podido comunicarles con autenticidad completa.

Lo mismo habia sucedido con los hijos Manuel, Antonio y Rafael, que era el menor y ya contaba diez y seis años; pero aunque todos habian llegado á saber por los parientes y amigos la triste noticia del secuestro del hermano, todos tambien respeta-

ban la reserva, silencio y afliccion de su padre.

Cuando la familia se hubo quedado sola, reiteraron sus numerosas preguntas, especialmente la triste madre que, anegada en un mar de lágrimas, interrogó á su esposo, diciéndole:

—¿No merezco yo saber lo que ha pasado? ¿Qué han hecho, Manuel, qué han hecho con nuestro hijo?

El señor de Reina exhaló un profundo suspiro, y levantándose, dirigióse á la puerta de la estancia, que cerró con llave.

Despues abrazó á su esposa con grandísimo enternecimiento, y dijo:

—Sí, Dolores, tú y mis hijos, vosotros solos teneis derecho á saber lo que ha pasado; pero yo he prometido solemnemente guardar silencio, yo soy un caballero y debo cumplir mi palabra; soy tambien padre, y no debo cometer imprudencias, que pueden matar á nuestro amado hijo, á vuestro querido hermano. Ahora comprenderéis mi displicencia por que se haya hecho público lo que sería mejor que todo el mundo ignorase. Con vosotros, sin embargo, no debo tener reservas; pero os ruego, y áun os mando, que no digais á nadie lo que voy á referiros, porque además de comprometer mi honor, pudiérais tambien poner en grave riesgo la vida de José, á quien Dios sabe cómo tratarán, por más que yo he rogado á los bandidos que lo traten con todo miramiento.

Y el señor de Reina refirió á su familia todo cuanto

ya sabe el lector, respecto al modo y forma cómo habia tenido lugar el secuestro.

La esposa y los hijos comprendieron entónces y aprobaron la reservada y discreta conducta del padre para con los numerosos visitantes, que habian tenido aquella noche.

—Descuida, esposo mio, que nadie sabrá por mi boca lo que ha ocurrido, porque nunca podria consolarme, si una imprudencia mia fuese causa de que á nuestro querido hijo le sucediese alguna desgracia.

Los demás hijos hicieron tambien semejantes y análogas protestas, compitiendo todos en amor, ternura y desprendimiento para con el pobre secuestrado, pues todos á una manifestaron al amoroso y acongojado padre que no debia omitirse medio alguno para salvar al cautivo, aun cuando la familia se quedase completamente arruinada por las exorbitantes exigencias de los secuestradores.

En medio de su afliccion sin límites, aquel honrado y afectuoso padre experimentó un consuelo indecible, al ver la union fraternal y los sentimientos generosos que se albergaban en su idolatrada familia.

Convenidos, pues, en la conducta que habian de seguir todos en adelante, se retiraron los hijos, dejando solos á los afligidos padres, que en el honrado lecho conyugal pasaron toda aquella noche, que les pareció una eternidad de amargura, lamentando ámbos su desdicha.

Entre tanto y al dia siguiente, los numerosos criados de aquella gran casa de labor, interrogaban á los hijos con el más vivo interés, acerca de lo que le habia ocurrido al señorito José, y éstos se veian sin cesar mortificados por preguntas, á veces impertinentes, pero á que éllos debian contestar con discrecion é indulgencia, en gracia del buen deseo que las inspiraba.

Así pasaron tres dias, en la más dolorosa ansiedad, hasta que don Manuel de Reina recibió la carta que, segun el lector sabe, le escribió el secuestrado en el cortijo de Cañada Hermosa, con el aditamento que le añadieron los bandidos, y con la mitad de la rúbrica, que José puso en un papel de cigarro, y que tambien le incluia.

Mucho sintió el señor de Reina la insistencia de los bandidos en seguir reclamando la enorme cantidad de diez y seis mil duros; pues aunque su fortuna fuese cuantiosa, es lo cierto que los labradores tienen su capital en tierras, ganados, aperos y frutos, y que raras veces pueden disponer de una tan gran cantidad en numerario.

Esta circunstancia era la que más afligia al cariñoso padre, que sin malvender sus existencias, lo cual era además lento y ruinoso, no podia desde luégo reunir la cantidad exigida por los bandidos.

Sin embargo, no dejó de avisar inmediatamente á un corredor de granos, llamado José Camacho Pedregal, hombre listo, simpático, de buen aspecto, que además de ser útil para desempeñar

cualquiera comision ó encargo, por árduo que fuese, reunia la circunstancia de ser muy adicto á la familia Reina.

Presentóse en seguida el referido Camacho, deseoso de complacer al afligido padre, el que le comunicó su deseo de que muy sigilosamente marchase á Málaga para avistarse con los bandidos y entregarles, con las precauciones y requisitos contenidos en la consabida carta, la cantidad de cuarenta y cinco mil reales, que era la que á la sazon tenía disponible.

Aceptó gustoso Camacho la mision que se le confiaba, y sin perder un momento, salió del pueblo, y por la vía férrea, fué á Málaga, hospedándose en la posada del Agujero, que se halla próxima al parador del ferro-carril. Al dia siguiente, poco despues de anochecido, se presentó un hombre alto y delgado en dicha posada, el cual preguntó por don José de Reina, y con arreglo á la consigna que llevaba Camacho, éste respondió diciendo que él era la persona á quien se buscaba.

Entónces el desconocido dijo:

—Véngase usted conmigo.

Camacho le siguió; pero á los pocos pasos se le incorporaron otros dos hombres, y reunidos los cuatro, el alto, presentándole el papelillo con la media rúbrica, le preguntó:

—¿Tráes el dinero?

—Sí, señor.

—¿Los diez y seis mil duros?

—Yo traigo cuarenta y cinco mil reales, que es la cantidad que en tan poco tiempo ha podido reunir el señor de Reina.

Los bandidos, al oir esta respuesta, parecieron muy contrariados.

Al fin, el que habia ido á buscar á Camacho, le dijo:

—Venga ese dinero.

—Allá vá, respondió Camacho, entregándolo, despues de reunir los dos papeles y cotejar la rúbrica.

Entónces uno de los otros, manifestándose muy disgustado, dijo:

—La cantidad que usted trae es una miseria, y nosotros no estamos en el caso de recibir limosnas.

No obstante, el que habia tomado el dinero, se marchó en seguida, quedándose Camacho con los otros dos, los cuales se lo llevaron dando vueltas y revueltas por calles y callejones, hasta que le obligaron á entrar con éllos en un café, en donde cantaban á lo *flamenco*, habiéndole prevenido ántes que si hablaba una palabra inconveniente, lo matarian en el acto de una puñalada.

Habia en aquel café gran número de gitanos y mucha gente de rompe y rasga y de la cáscara amarga.

Los bandidos estuvieron hablando con varios de los asistentes al café, miéntras que Camacho, para no errar, sólo proferia monosílabos, cuando alguno le dirigia la palabra.

Allí permanecieron hasta las dos de la madrugada; pero cuando ya estaban en la calle, Camacho, rompiendo su prolongado silencio, en voz muy baja, preguntó:

—¿Y qué le digo al señor de Reina?

—Tú, con entregarle los dos papelitos, estás aviado.

—Sí; pero el caso es que él me preguntará... y yo no sabré qué decirle.

—Pues díle que mande pronto hasta el completo de lo que se le ha pedido, si quiere que tengamos la fiesta en paz y ver á su hijo.

—Hombre, yo se lo diré; pero aquí para entre nosotros, me parece un grandísimo disparate el que pidan ustedes ese dineral, porque, hablemos claro; yo, por mi oficio, conozco todas las interioridades de las casas de los labradores más fuertes de mi tierra, y ninguno tiene esa cantidad puesta á enfriar para cuando se le antoje á cualquiera decir: «Venga éso.»

—No diga usted majaderías, porque usted sabrá de otras cosas; pero de ésto no entiende una palabra, le dijo el de más edad de los bandidos.

—Yo tengo ya cincuenta años, replicó el solícito Camacho, y en toda mi vida no he hecho más que tratar con labradores, y créanme ustedes, que aun los más desahogados, no tienen nunca, jamás de los jamases, esa cantidad, porque los labradores tienen su dinero siempre rodando.

—Pues mira, lo que nosotros queremos ahora es

que ruede hácia acá, dijo el más jóven de los bandidos.

—Pues ya ha rodado.

—Sí, pero no todo el que nos hace falta.

—Pues si á todos nos dieran lo que nos hace falta, entónces sería ésto un Paraiso; pero ¿quién nos lo va á dar?

—Los que lo tengan.

—Entónces se volvería este mundo una merienda de negros; y si hoy vosotros pedís esa gran suma porque la necesitais, mañana os la pedirán á vosotros de *igual manera* y... ¿no teneis hijos?

—Vaya, déjate de letanías y no seas majadero, dijo el más viejo de los bandidos.

—Yo lo que he dicho ha sido por mi cuenta, porque á mí nadie me ha dado el encargo de hablar así; pero la verdad es que me da lástima de ver aquella familia, á la cual le pedís un imposible, y como los imposibles no se pueden hacer, resultará mal para todos, porque molestaréis en balde á una familia tan buena, y al mismo tiempo vosotros no podeis conseguir vuestro deseo.

—Pues tú mismo lo has dicho, respondió el más jóven.

—¿Qué he dicho yo?

—Que hablas por tu cuenta, y que te metes en la renta de lo excusado.

—Sí, sí, añadió el otro bandido; lo que tú tienes que hacer es callar y cumplir lo que te se mande,

sin meterte en más dibujos, si no quieres ver de noche todas las centellas y rayos del sol.

Camacho encogióse de hombros y guardó silencio, porque advirtió que sus reflexiones habian mortificado en demasía á los bandidos.

En ésto llegaron á la posada del Agujero, donde los dos ladrones se apartaron de Camacho, amenazándole de la manera más feroz que le darian muerte, si hablaba con alguien de lo sucedido.

El mensajero del señor de Reina entró aterrado en la posada, se recogió en su cuarto, y al dia siguiente regresó á su pueblo, admirándose de que en una capital de la importancia de Málaga, se paseasen los malhechores con tal desahogo y frescura, sin temor á las autoridades, frecuentando los cafés y sitios más públicos y cobrando el fruto de sus crímenes, como si fuese el precio de otra profesion cualquiera.

¡A tan triste y vergonzoso extremo habia llegado la timidez culpable de las gentes honradas y la procaz osadía de los bandidos!

CAPÍTULO XXX.

LA SENSIBILIDAD DE LA TIA MARÍA.

Era la hora del crepúsculo vespertino, cuando las aves entonan el último concierto de la tarde, cuando las brisas murmuran en el bosque, cuando ántes de aparecer la primera estrella de la noche, toda la naturaleza parece como penetrada de un vago sentimiento de ternura y de grata y dulce melancolía.

La primavera, cubierta con su espléndido manto de flores, ostentaba todos sus indefinibles encantos en aquella privilegiada region de Andalucía, en donde nacen espontáneamente las rosas y en donde selvas de naranjos y limoneros embalsaman el ambiente, recrean con su oscuro y subido verdor la vista, y despiertan en el alma emociones profundas, íntimas, deliciosas y desconocidas, que caben en el corazon, pero no en las palabras del lenguaje humano.

El mundo de lo infinitamente pequeño no es ménos admirable que el mundo de lo infinitamente grande. En aquella region venturosa, cuando el

sol declina en la estacion primaveral, en las verdes y floridas praderas, se ven surgir numerosas tropas de alados y brillantes insectos, entre los que descuellan las fosforescentes luciérnagas, que resplandecen entre la yerba como otras tantas diamantinas joyas, que adornan y enriquecen la faz rejuvenecida de la tierra.

Todas aquellas miríadas de pequeños vivientes experimentan y expresan á su modo el sentimiento de la vida y del amor, y forman un ruido especial é indescribible, compuesto de infinidad de ruidos, de imperceptibles y suavísimos rumores, que semejan el esfuerzo de esa infinita germinacion de séres diminutos, que entraña en su fecundo seno la inmensidad insorprendible de la naturaleza.

Pero miéntras que en aquella region deliciosa, desde el canóro ruiseñor hasta la siniestra corneja sentian el inefable gozo de la vida, tambien se encontraban criaturas infelices, condenadas á espantosos martirios, no por los decretos de la sábia y benéfica naturaleza, sino por la perversion é injusticia de los hombres.

¡Qué contraste tan horrible y espeluznador formaba aquel bello crepúsculo, aquel cielo tan límpido y sereno, aquella vegetacion tan exuberante, aquel aire tan puro y lleno de aroma, aquellos inapreciables dones, y tantas y tan infinitas bondades de la naturaleza, con la noche sombría, con el inmundo ambiente, con los dolores insoportables, con la asquerosa miseria, con la tristeza infinita y

con el terror constante, en que vivia el pobre é infortunado niño, sepultado en la cueva y víctima de los más crueles y feroces tratamientos!

Ya el lector ha visto con cuánto gozo y alegría acompañaba la infeliz criatura á su abuelo en el colmenar; pero ahora el pobre niño se hallaba completamente desconocido, triste, lloroso, pálido, demacrado y lleno de úlceras, producidas por la plaga de asquerosos y repugnantes insectos, que devoraban sus carnes.

A la sazon, el niño Antonio llevaba un mes de cautiverio, y es imposible figurarse la horrorosa trasformacion que habia sufrido aquella inocente y débil criatura, ántes tan risueña y tan llena de vida y alegría.

Comprimido y abrumado por la terrosa bóveda que pesaba sobre su frente, por el pañuelo que le cubria los ojos, por la yesca que le tapaba los oidos, por la traba de hierro que le amarraba los piés, por el hambre que debilitaba sus miembros, por los despiadados golpes que sin cesar recibia, por el miedo que le encogia el corazon, por la soledad que le infundia espantosos terrores, por las amenazas que le hacian temblar de susto, y finalmente, por los recuerdos de su familia que le llenaban de indecible angustia, el pequeño cautivo tenía perturbadas todas las ideas y todas las nociones de su naciente inteligencia.

En efecto, el pobre niño, acurrucado en su rincon, pasaba largas horas durmiendo á causa del

marasmo y atonía en que se hallaban todos los resortes de su actividad y de su vida.

Pero en aquel mismo abatimiento encontraba el desgraciado niño el consuelo único, que le era permitido en aquella mansion nauseabunda, porque Antonio siempre que dormia, divisaba en sueños á su madre, que unas veces le acariciaba sonriendo, y otras le abrazaba llorando.

La infancia necesita de tan imperiosa manera de la maternidad, que no puede ménos de satisfacer este santo instinto, ya cobrándole aficion y cariño á cualquiera persona que la rodea y le prodiga sus cuidados, ya visitando con el alma y por los medios invisibles y misteriosos del ensueño á la indispensable madre, como le sucedia al pequeño cautivo.

La situacion moral de su ánimo participaba de las irregularidades y tinieblas que le rodeaban. El mal y el error son ininteligibles en la infancia, y ésto precisamente es lo que constituye su más bello atributo, el de la inocencia.

El pobre niño no acertaba, ni podia acertar, á comprender que otros séres humanos tuviesen interés en prenderlo, encerrarlo y martirizarle, sin haberles hecho daño alguno.

La idea del rapto, del secuestro, del rescate era absolutamente incompatible con su pura inocencia, que en el fondo no es otra cosa, que la santa ignorancia del mal.

Pero como al fin y al cabo, el sér humano está organizado de manera, que dejaría de ser lo que es,

cualquiera que sea el grado de su desarrollo, si careciese de inteligencia y de la nocion moral de la justicia, resultaba que la infeliz criatura no podia comprender la causa de su adversa suerte, porque abrigando la íntima y profunda conciencia de que él no habia hecho nada malo, y no sospechando siquiera, por otra parte, hasta dónde puede llegar la perversidad humana, se hallaba imposibilitado de entender su dolorosa situacion. Sólo sabía, ó por mejor decir, sentia que era muy desgraciado, y que sus tormentos eran insoportables é inmerecidos.

En los primeros dias de su reclusion aguardaba á cada instante ver aparecer á su madre, á su padre ó á su abuelo, que vendrian á sacarlo de aquella cueva y á libertarle de los malos tratos de aquella repugnante bruja, que él miraba como un sér maléfico y sobrenatural, que se complacia en pellizcarlo, golpearle y reñirle sin motivo alguno.

Los dias, sin embargo, pasaron y el pobre niño habia perdido la fé más consoladora de la infancia, la fé sin límites en la cariñosa proteccion y en la ubicua presencia de sus padres.

Desde que aquel horroroso sentimiento de cruel duda y sombría desconfianza, habia penetrado en su espíritu infantil, se apoderó de él la desesperacion más angustiosa y la pena más amarga.

Cuando el loco le amenazaba con devorarlo crudo, aterrándolo con sus estentóreos gritos, el miedo helaba hasta la médula de sus huesos; al frio de su cuerpo seguia el frio de su alma; invocaba

sin esperanza los nombres queridos de sus padres, y experimentaba una tristeza indecible, inaudita, precóz é irremediable, la tristeza de la incredulidad en los séres buenos y tutelares que debian protegerle, el tormento de una especie de escepticismo prematuro, que producia en aquella conciencia apénas bosquejada, el gérmen espantoso de la impiedad y de la blasfemia.

Y era lo más horrible que todas aquellas emociones desnaturalizadas, se daban en un alma pura, bella é inocente, cuyas deformidades eran producidas tan sólo por su situacion excepcional, es decir, por el horroroso y repugnante artificialismo del crímen, que venía á perturbar el desarrollo sereno, progresivo y natural de un alma, brutalmente arrancada del regazo de su madre y de las condiciones normales de la vida.

El niño hallábase además torturado cruelmente con la inmunda plaga pedicular, que se lo comia y le causaba una excitacion calenturienta, un rabioso frenesí, que le volvia loco de dolor y de asco.

Haciendo inauditos esfuerzos por apartar de sus ulceradas carnes aquella hedionda multitud de parásitos, que se cogia literalmente á puñados, encontrábase la desventurada criatura, cuando se presentó en la cueva la tia María, llevándole su acostumbrada racion al cautivo.

—Ven aquí por la comida, gritó la vieja desde la boca de la cueva.

Es de advertir, que la vieja, desde algunos dias ántes, no se acercaba al cautivo, cuyo contacto rehusaba por temor á llenarse de miseria, y por lo tanto, desde la boca de la cueva le daba la comida, hablándole en alta voz al chico para que éste se aproximase en aquella direccion.

—No tengo ya ganas de comer, respondió el niño con voz desfallecida.

—Ven, toma; por aquí.

—Puede usted llevarse la comida. ¡No la quiero!

—¿Qué tienes?

—Que me comen estos bichos.

—Pues por éso debes comer tú.

—No quiero. ¡Tengo todo mi cuerpo hecho una llaga!

—Aquí te dejo tu racion.

—Haga usted lo que quiera.

—Ven, acércate y come.

El niño no respondió, porque habia caido en uno de los frecuentes y convulsivos desmayos que le acometian.

La vieja se alarmó con aquel silencio; pero poco despues oyó al pequeño cautivo, que se quejaba débilmente.

Aquella indiferencia para recibir el alimento, manifestada por el niño, que otras veces recibia con gusto y apetito, le hizo comprender á la tia María que los estragos de la enfermedad se aumentaban y que el pequeño prisionero, atendida su edad y escasas fuerzas, no podria resistir mucho tiempo

aquella vida tan contraria á su salud y á las leyes de la naturaleza.

La tia María, pues, se alejó inmediatamente de la cueva y yendo á buscar á su marido, le dijo:

—El otro se fué, siquiera despues de pagar; pero este chicuelo me parece que se larga sin que le cobremos.

—¿Qué estás diciendo, María?

—Que ese chiquillo no dura cuatro dias, si se empeña en no comer.

—¡Ya comerá!

—Dice que no quiere, y la voz parece que le sale del cuello de la camisa; en fin, me parece que las lía muy pronto.

—Verás cómo le entra apetito en cuanto vaya el loco y le meta miedo.

—Creo que harás mal, porque acaso se muera del susto.

—¿Tan malo se ha puesto?

—Hoy está muy amorrado y apénas me ha respondido á la mitad de lo que le he dicho. Créeme, que cuando él no acude al pienso, es que está malo de véras.

—¿Y qué mal le ha entrado?

—¿Qué quieres que tenga? Está enjambrado y dice que todo su cuerpo es una llaga.

—¿Tú le has visto?

—Hace dias que no me acerco á él, porque todo se pega ménos lo bonito; pero la última vez que me acerqué, salí plagada y me dijo que se lo iban

comiendo por las corvas y por los sobacos. Te digo que lo mejor que se puede hacer, es despachar cuanto ántes á ese chico.

—Si vinieran esos muchachos, les diria que no gastasen tanta pachorra.

—Pues avísales.

—Yo los estoy aguardando de un momento á otro; pero como no vengan esta noche, por la mañanita mando á uno de los hijos á buscar esa gente.

—Me parece muy bien. Y el de arriba, ¿qué tal ha comido?

—Ese está bueno y sano.

—Pues ahora, vamos á cenar nosotros.

—Cuando quieras.

La vieja puso en seguida la mesa y muy luégo marido y mujer comenzaron á cenar en amor y compaña, con muy buen apetito y departiendo largamente de las esperanzas que les ofrecian sus horribles negocios, entre los cuales contaban por muy lucrativo el secuestro del jóven Reina, á quien consideraban como una excelente presa.

Ya se disponia el viejo matrimonio á recogerse, cuando sonó ruido de gente que se acercaba.

Los recien llegados eran los secuestradores del niño Antonio Fernandez Merino.

El *Tio Martin* al verlos, exhaló un grito de alegría, cambiando una mirada de inteligencia con su mujer, que ahora tanto se interesaba por que cuanto ántes soltasen al pequeño cautivo.

¡Tal era la sensibilidad de la tia María!

CAPÍTULO XXXI.

UN DIÁLOGO HABIDO DE NOCHE Y DESDE LÉJOS.

Apénas entraron los tres bandidos en la cocina y se hubieron sentado junto al hogar, el *Tio Martin* les manifestó que celebraba mucho su oportuna llegada, refiriéndoles el estado en que se hallaba el niño Fernandez Merino, y amonestándolos para que sin pérdida de tiempo terminasen aquel asunto.

Los bandidos le contaron las burlas y chascos que le habian dado al padre de la víctima, que habia ido hasta Palenciana y habia vuelto hasta Puente Genil, tocando un caracol toda la noche; pero que éllos no habian querido salirle al encuentro, porque de antemano sabian que no llevaba el dinero.

Tambien le contaron que tenian aterrada á la familia, la cual habia cundido la voz de que el niño estaba con unos parientes en un pueblo inmediato, y que éllos, siempre que veian al padre á solas, sin hablar una palabra, le decian por señas que guardase silencio y que de lo contrario, le cortarian la cabeza.

Aquella gente feroz celebraba con sendos tragos y repugnantes chistes sus fechorías y amenazas para con la familia del niño, á la que tenian *metida en un puño*, por valerme de sus mismas expresiones.

El *Tio Martin* les dijo á su turno que todo aquel negocio podia malograrse por no ceder á tiempo; que rebajasen el precio del rescate á una talega; que esta cantidad sería más fácil obtenerla; que lo importante era acabar pronto, y que por lo tanto, le escribiesen inmediatamente una carta al padre del niño, amenazándole con la muerte irremisible de su hijo, si al instante no aprontaba la cantidad exigida.

Los secuestradores, pues, convencidos de las poderosas razones que con tanta lucidez, les habia expuesto el *Tio Martin*, prometieron seguir al pié de la letra sus consejos, y en el acto escribieron allí una carta dirigida á Francisco Fernandez Carmona, es decir, al padre del niño, en la que le rebajaban á mil duros el precio del rescate, y citándolo para el sitio llamado *La Entrevista*, término del tantas veces mencionado pueblo de La Alameda.

Terminada la carta, los bandidos se despidieron del *Tio Martin*, marchando sin dilacion á Casariche, en cuyo pueblo la pusieron en el correo.

Cuando la familia del niño Antonio recibió este nuevo aviso, esforzóse por reunir la mayor cantidad posible para rescatar al pobre cautivo, pues que ya el padre habia sabido que la causa de no pre-

sentarse los secuestradores era que éstos estaban enterados de que aquél no habia podido reunir la cantidad que le pedian.

La triste madre, el infeliz esposo y el afligido abuelo, despues de tantos dias de ansiedad y cruel incertidumbre, cobraron alguna esperanza de ver pronto libre á su inocente y querido hijo.

Pero las terribles amenazas que con gran misterio le hacian diariamente aquellos mismos que se habian burlado de él, diciéndole que no volviera más á ácudir á ninguna cita sin llevar el precio del rescate; la violencia insoportable á que se veia reducido al manifestar que el niño estaba con unos parientes, ocultando así que se hallaba secuestrado, y que ignoraba su paradero; la pena inconsolable de su esposa; las angustias de su padre y su propia inquietud por la suerte del hijo de sus entrañas, fueron otras tantas causas para minar su salud y postrarle enfermo, imposibilitándole de asistir él mismo, como lo deseaba, á la referida cita en el término del pueblo de La Alameda.

Esta circunstancia contrarió mucho á la familia, que habiendo reunido todos sus recursos, encontrábase ahora sin tener quién fuera á entenderse con los secuestradores.

Al fin se brindó á éllo Rafael Almeda Morillo, hombre de toda confianza y cuñado del Francisco Fernandez.

Salió, pues, de Puente Genil el portador del rescate, y cumpliendo todas las prevenciones hechas

por los bandidos en su carta, llegó de noche al mencionado sitio de *La Entrevista*, en donde se le presentaron dos hombres que á cierta distancia, la suficiente para no ser conocidos, le dieron la voz de «alto.»

Detúvose inmediatamente Almeda, á quien le preguntaron:

—¿De dónde vienes?

—De Puente Genil.

—¿Qué te trae por aquí?

—El arreglo de un negocio.

—¿Con quién?

—No lo sé.

—¿Cómo te llamas?

—Rafael Almeda Morillo.

—Pues tú no debes llamarte así.

—Vengo en nombre de otro.

—¡Ah! Eso es otra cosa. ¿Y cómo se llama ese otro?

—Francisco Fernandez.

—¿Por qué no ha venido él?

—Porque está enfermo.

—Entónces quizás puedas arreglar ese negocio que traes.

—Mucho me alegraré.

—¿Traes dinero?

—Sí, señor.

—¿Cuánto?

—Doce mil reales.

—¡Malo! ¡Malo! Poco dinero es ése.

—Consideren ustedes que mi cuñado es un pobre, que no ha podido encontrar quién le dé más, y que el tener que pagar ésto que traigo, lo dejará por puertas.

—¡Mala noche y parir hija!

—¡Por Dios, tengan ustedes compasion!

—Vale más que te vuelvas por donde has venido.

—Si no tienen más, ¿cómo han de darlo?

—Que empeñen lo que tengan.

—Ya lo han hecho.

Entónces los dos bandidos cambiaron entre sí algunas palabras en voz baja y que no pudo entender Almeda.

Despues de aquel misterioso y breve diálogo, uno de los dos encubiertos le dijo:

—Deja ese dinero ahí en el suelo.

Almeda obedeció.

—¿Lo has dejado ya?

—Sí, señor.

—Pues ahora retírate, y cuidado con el piquito.

—Hagan ustedes cuenta que yo soy un muerto, y que á nadie le hablaré de este negocio; ¿pero qué le digo á mi cuñado?

—Nada más, sino que nos has entregado ese dinero.

—Pero... ¿y el niño?...

—¡Silencio, y largo de aquí!

Almeda no se atrevió á dirigirles más preguntas respecto al pobre cautivo, y temeroso de que los secuestradores se propasasen contra él, siguió

buenamente el consejo, apartóse de aquel sitio y volvió á tomar el camino de Puente Genil, bien poco satisfecho de aquel diálogo, habido de noche y desde léjos.

No bien se hubo alejado el portador del dinero, acercáronse los bandidos y lo recogieron, desapareciendo rápidamente en direccion opuesta.

CAPÍTULO XXXII.

DONDE SE PRESENTA UN MISTERIOSO BANDIDO, BAJO EL NOMBRE DE SEÑOR SALAMANCA.

A los pocos dias de hallarse el jóven Reina encer-
rado en el desvan de la huerta del *Tio Martin*, su-
bieron con éste una mañana varios bandidos, los
cuales le hicieron algunas preguntas, y despues
de haber hablado un rato con él, le anunciaron de
muy mal humor que la conducta de su padre no
habia correspondido á sus esperanzas; que les ha-
bia mandado una miseria; que éllos no pedian li-
mosna; que si hasta entónces le habian tratado con
algun miramiento, desde allí en adelante lo trata-
ban como á un perro, y por último, que á la no-
che tenía que escribir una carta, exigiéndole á su
padre que sin remision les mandase lo que recla-
maban, si es que deseaba ver libre á su hijo.

El altivo jóven se manifestó displicente y silen-
cioso con los bandidos, los cuales salieron del des-
van, á una seña que les hizo uno de éllos, á quien
por su porte y maneras, consideraban todos con
inequívocas muestras de adhesion y respeto.

Cuando ya estuvieron abajo, el misterioso y as-

tuto compañero, á quien todos los demás designaban con el nombre de señor *Salamanca*, riéndose á más no poder y guiñándoles el ojo, con voz aguardentosa, caidas muy *flamencas* é inimitable gracejo, les dijo:

—Este es un don Bambárria, que se quiere hombrear con nosotros; pero el pobre colegial no ha visto el mundo más que por un agujero, y ha comido poco pan todavía para saber echarla de plancheta.

—Dice usted bien, y á mí me estaban dando unas ganas de *jarrearle* una *gofetá*, que lo hubiera despampanado, porque me estaba reconcomiendo aquel airecillo de importancia, que se estaba dando ese señorito, respondió el más jóven de los bandidos.

—Es verdad lo que dices; pero no es menester enfadarse ni tomar esas cosas por donde queman, sino divertirnos un rato y quedarnos con él con mucho salero.

Y dirigiéndose al *Tio Martin*, añadió:

—Écheles usted á éstos una ronda de vino, y á mí tráigame un frasco, que tengo allí en el bolsillo del *marsellé*.

El viejo Martin obedeció al instante.

Cuando los bandidos hubieron bebido un trago de vino, y el llamado señor *Salamanca*, de aguardiente, el tal caballero continuó:

—Vamos á hacer la comedia más bonita que ustedes pueden imaginarse; pero es necesario que

cada uno represente su papel con mucha formalidad, pues el que no lo haga bien, pagará una convidada.

—Usted es el amo, respondió Carrascoso, y dirá lo que tenemos que hacer, que de fijo será cosa buena.

—¡Vaya si lo es! Pero cuidado con reirse. Yo me voy á fingir un caballero, que aprecia mucho á su familia, que se interesa por él, que está dispuesto á servirlo en todo hasta la pared de en frente, y le diré tambien que sois muy feroces y que le vais á cortar la cabeza, si su padre no manda al momento el dinero que se le pida.

—¡Eso está muy bien pensado! exclamó Carrascoso.

—Pero conviene que vosotros finjais que lo quereis maltratar, y yo me interpondré para librarlo de vuestras uñas, porque á este caballerito, lo hemos de camelar por este camino. ¿Estamos?

Todos los bandidos aplaudieron ruidosamente y con grande alegría el plan de aquella comedia, sin advertir la verdadera intencion del astuto compañero, que era ponerse bien con el secuestrado, contar con su agradecimiento y el de su familia para en adelante, y al mismo tiempo conseguir que don Manuel de Reina les enviase la mayor cantidad posible por el rescate de su hijo.

En resolucion, diré, que su propósito era constituirse aparentemente en protector decidido del jóven secuestrado.

Llegada la noche, el llamado señor *Salamanca* se presentó en el desvan llevando un candil en la mano, que colgó de un clavo, y aproximándose despues al prisionero, le dijo:

—¿De dónde es usted?

—Del Arahal, respondió el jóven cautivo, extrañando que aquél no le tuteaba como los demás bandidos.

—Entónces ¿conocerá usted al señor Jimenez? Es ya un hombre anciano.

—Sí, señor, es mi abuelo.

—Luego don Antonio Jimenez es su tio de usted.

—Sí, señor.

—Segun éso, será usted hijo de su hermana doña Dolores y de don Manuel de Reina y Zayas.

—Justamente.

—¡Válgame Dios, y cuánto siento verlo á usted aquí! ¡Cómo ha de ser! Yo aprecio mucho á su familia de usted, y con mucho gusto haria cualquier sacrificio en su obsequio.

—¡Muchas gracias! respondió el cautivo, á quien le llamaba extraordinariamente la atencion el lenguaje culto y atento del que le hablaba.

—Pues, señor de Reina, vamos á escribir una carta que yo le dictaré á usted.

Y así diciendo, le dió la mano para que se levantase, y ya de pié, le echó el brazo por encima del cuello, dando así algunos paseos por la estancia y hablándole el desconocido con grande afecto y estimacion de su familia.

Merced á estas circunstancias, el jóven prisionero pudo conocer que el llamado señor *Salamanca* era un hombre de buena estatura, é igualmente advertir que su mano era suave y fina.

Al fin, el desconocido se detuvo y obligó al prisionero á que tomase asiento en una silla baja, y luégo, colocándole una cuartilla de medir grano sobre los rodillas, poniendo en élla un pliego de papel, dándole un lápiz al jóven Reina, y sacando un puñal, le dijo:

—En el momento en que vuelva usted la cara, despues de quitarle la venda, con este puñal le partiré el corazon.

Y en seguida, el desconocido le desató por la espalda el pañuelo.

Trascurridos algunos momentos, el llamado *Salamanca* empezó á dictarle la carta, previniéndole en su lugar oportuno, dónde habia de colocar los puntos, comas y demás signos de ortografía.

Cuando ya el cautivo habia escrito la mitad de la carta, el desconocido suspendió su taréa, preguntándole:

—¿Qué edad tiene usted?

—Veinte años.

—¡Quién me habia de decir á mí á su edad de usted, que me habia de ver en este sitio, y con esta gente!

Y el desconocido exhaló un profundo suspiro, que causó dolorosa y honda sensacion en el cautivo, y un movimiento de comprimida hilaridad en los

bandidos que estaban agrupados en la puerta, observando en silencio aquella singular escena.

Luégo el desconocido prosiguió dictando la carta hasta su conclusion, y cuyo contenido era el siguiente:

«Mi querido padre: sabrá usted como me tratan muy bien y me dan de comer todo lo que pido, teniendo una asistencia como si estuviera en ésa; pero tambien debo manifestarle que si usted no les manda á estos hombres la cantidad dicha en mi anterior, me maltratarán mucho, lo cual será causa de que no vuelva usted á verme.

»¡Padre! ¡Por Dios, mande usted ese dinero para tener el gusto de abrazarlo pronto!

»Padre, cuando le manden á usted esta carta, éllos le pondrán á dónde ha de mandar el dinero, si no les acomodase que lo envie al sitio que la vez anterior. Cuidado que no se den pasos que perjudiquen á estos hombres; pues al fin y al cabo, el perjuicio será para mí.

»Es cuanto tengo que decirle y deseo lo pase usted bien hasta que nos veamos en ésa; pues en usted consiste el que nos veamos pronto.—José de Reina.»

El desconocido recogió la precedente carta, despues de haberle vendado los ojos con un pañuelo de hilo fino, pues que el prisionero le rogó que así lo hiciese, porque con el otro pañuelo basto, se le irritaban los ojos, hasta el punto de que parecian saltársele de las órbitas, é igualmente le rogó que le quitase la yesca de los oidos, pues que aquel

obstáculo le producia un zumbido y atolondramiento insufrible.

El señor *Salamanca* se manifestó muy amable, complaciendo al cautivo en todo cuanto le pidió; pero en este instante entraron en el desvan los demás bandidos, profiriendo mil insultos contra el jóven y amenazándole con que le darian muerte, si su padre andaba regateando el mandar la cantidad que se le habia pedido.

Entónces *Salamanca* tomó la parte y la defensa del cautivo, diciendo á sus compañeros con el aire más formal del mundo.

—Esos insultos y esas amenazas no vienen al caso

—Pues que no vengan, respondió Carrascoso; pero así se hará con éste, si el ricachon de su padre quiere guardar para sí todo lo que tiene, sin dar parte á los pobres.

—Todavía no hay razon para saber lo que ha de hacerse; pero de todas maneras, este jóven no tiene culpa y es una cobardía el decirle tantos improperios, porque á los hombres de honor lo mismo se los mata de una puñalada, que dirigiéndoles malas expresiones.

—Con todo y con éso, bueno sería darle una paliza para que le apriete á su padre que mande los dineros, cuanto más pronto mejor.

—Ya el señor ha hecho todo cuanto puede hacer, que ha sido escribir la carta en los mismos términos que yo se la he dictado, y por lo tanto, no teneis razon en propasaros de esa manera.

—¡Muchas gracias! murmuró en voz baja el secuestrado, dirigiéndose al señor *Salamanca*.

Los bandidos intentaron prolongar su permanencia y sus insultos; pero el desconocido con voz imperiosa les ordenó que inmediatamente se retirasen.

Los bandidos obedecieron, fingiendo que lo hacian de mala gana y á regañadientes; pero en realidad, apénas podian contener la risa, al ver y oir el aire soberbio, ademan soberano y voz campanuda del supuesto *Salamanca*, que tan á la perfeccion representaba el papel convenido de protector del prisionero.

Pocos momentos despues, el desconocido salió del desvan y fué á reunirse con sus camaradas, dejando al cautivo lleno de agradecimiento por su generosa conducta.

¡Tal fué el término que tuvo el primer acto de aquella comedia!

En seguida, los bandidos discutieron sobre el modo y forma en que don Manuel de Reina deberia remitirles el dinero, así como tambien respecto á la rebaja que habian de hacerle, á consecuencia de las reflexiones que les habia hecho en Málaga el susodicho Camacho Pedregal, y una vez puestos de acuerdo sobre éstos y otros diversos puntos, se convino en que Carrascoso escribiese á continuacion de la carta escrita con lápiz por el cautivo, todo lo que éllos habian concertado para el mejor éxito de sus pretensiones

CAPÍTULO XXXIII.

AVERIGUACIONES.

Cuatro dias estuvieron los hijos y el hermano de don Agapito, acompañados del buen Melero, aguardando en la posada de la plaza de Archidona, el que de un momento á otro se les presentase el malaventurado cautivo.

Al cabo de este tiempo, tristes y desesperados, regresaron todos al pueblo de La Alameda, haciendo mil y mil conjeturas respecto á la falta de cumplimiento, por parte de los secuestradores, de lo que tan solemnemente habian ofrecido en Sevilla.

Doña María Gallardo y su hija Dolores se hallaban tambien en una situacion fácil de comprender, en vista de lo acaecido.

La misma esperanza que habian abrigado con tanto ahinco de ver y abrazar inmediatamente al malhadado prisionero, habia sido causa para que despues, al desvanecerse, fuera su dolor más intenso é inconsolable.

Todavía los hijos y el hermano, atribuyendo aquella informalidad al propósito que pudieran

abrigar los secuestradores de seguir explotando á la familia, esperaban recibir alguna carta en que se les pidiese más dinero; mas esta conjetura, que al principio fué para éllos de mucho peso, perdia toda su importancia y verosimilitud, á medida que pasaba el tiempo, sin que los bandidos les hiciesen nuevas exigencias.

En tan cruel situacion, abrumada la familia por tan espantosa incertidumbre, no sabía qué pensar ni qué hacer; pero al fin se resolvieron, llenos de ira y de pena, á investigar por sí mismos el paradero de su padre.

Algunas veces se imaginaban que don Agapito habia muerto; pero entónces exaltábase en éllos el natural deseo de saber si su padre habia sucumbido por efecto de enfermedad, ó si habia sido asesinado por los secuestradores.

Existen en la organizacion femenina misterios insondables y una delicadeza tal de sensibilidad y presentimiento, que bien puede asegurarse bajo este punto de vista, que el instinto de la mujer es más seguro que el del hombre.

En efecto, la esposa de don Agapito y su hija se obstinaban en llorarlo por muerto, invocando algunas veces, como autoridad inapelable, la vana vision que Dolores habia tenido en su ensueño, y aduciendo la madre, como señal cierta de su desventura, el presentimiento de su corazon leal, que *nunca le habia engañado.*

Pero los hijos combatian aquellos temores como

supersticiosos é infundados, creyendo que la no presentacion de su padre podia ser causada por otros muy diversos motivos.

De todas maneras, no cejaron en su propósito de averiguar la suerte de su padre, valiéndose de cuantos medios les sugerian su inteligencia y su filial afecto.

Así, pues, trataron de acercarse á todas aquellas personas, que de público se decia, que llevaban relaciones y mantenian tratos con la gente de la vida airada.

Muchas y grandes fueron las amarguras é incertidumbres que les hicieron pasar dichas personas; pues que unas se excusaban tomando como un insulto el que se les dirigiesen cierto género de preguntas, miéntras que otras aumentaban su pena con las versiones que les daban; en fin, cada cual les decia su cosa, y los afligidos hijos se quedaban en su primitiva incertidumbre y en su ansiedad sin límites.

Entre los sujetos de conducta más ó ménos sospechosa, y que de cerca ó de léjos mantenian ó habian mantenido relaciones con los criminales, y que fueron tanteados sucesivamente por los hijos de don Agapito, tropezaron con un tal Agustin Capitan Velasco, á quien por mote llamaban *Cagarrache*, conocido tambien por el sobrenombre del *Bizco*, á causa de su estrabismo, y el cual habia estado por ladron dos veces en presidio.

Era el *Bizco* vecino del pueblo de La Alameda, en donde vivia casado y con dos hijos.

Esta circunstancia de la vecindad, en virtud de la cual le conocian y trataban préviamente los hijos de don Agapito, les movió á dirigirse á él para ganar su voluntad, y que, puesto de su parte, les ayudara en sus averiguaciones.

Con este propósito, se avistaron con dicho sujeto el hijo mayor de don Agapito y su yerno Victoriano.

Era *Cagarrache* de alta estatura, de color muy pálido y de poco simpático aspecto, por la expresion siniestra que el ser bisojo comunicaba á su semblante, y no sin repugnancia, buscaron su ayuda el hijo y el yerno de don Agapito.

—Ya sabrás la desgracia que nos ha ocurrido, le dijo Francisco.

—Sí, señor; ya lo he oido decir por el pueblo.

—Pues nosotros queremos darte un encargo, y no lo perderás, le dijo Victoriano.

—Ustedes dirán.

—No ignoras que despues de haber dado mil duros, nos hemos quedado sin el dinero y sin saber lo que ha sido de nuestro padre.

—Ya lo sé. ¡Qué picardía!

—Pues bien; tú conoces, sin duda, á mucha gente que puede saber ó averiguar lo que ha pasado con nuestro padre, y qué motivo hayan tenido para no soltarlo, despues de haber cobrado su rescate.

—Por mi desdicha, conozco mucha gente mala, porque el que una vez ha tenido la desgracia de

estar en presidio, no puede nunca volver á tratar con gente buena, porque todo el mundo le mira á uno como á un perro rabioso.

—Bueno; pero vamos al caso, respondió Victoriano. Ya te he dicho y te repito que no lo perderás. ¿Quieres encargarte de averiguar lo que ha sucedido, para que esa gente se haya portado tan mal con nosotros? ¡Esta es la cuestion!

El ex-presidiario comenzó á rascarse con sorna debajo de la oreja, como si estuviera meditando lo que habia de responder, supuesto que tales individuos, acaso por la injusticia de la sociedad, se recelan de todo.

—Eso es muy difícil de averiguar, respondió al fin, porque si no se tropieza con amigos... es una casualidad... pueden estar léjos... pueden estar cerca... ¡Vaya usted á saber!

—Es cierto; pero más se sabrá preguntando, que estándose quietos.

—Tambien éso es verdad; pero... ¿á quién voy yo á preguntarle?

—Tú sabrás por aquí, á quién debes dirigirte.

—¿Y si en vez de los de acá, han sido los de allá?

—Pues preguntas á unos y á otros.

—Eso está muy bien; pero échese usted á andar por esos caminos, deje usted su trabajo y la pobre mujer y los hijos... que coman nitos.

—Hombre, ya te hemos dicho que puedes contar con lo que te haga falta.

—Muchas promesas, y uno se muere de hambre.

—Como tú averigües algo útil, ya cumplirémos contigo.

—En fin, yo preguntaré... irémos á lo más cerca... teniendo dinero para convidar á los amigos... en las tabernas se cuenta todo lo que se hace, y hasta lo que no se hace...

—Tú averigua, y lo demás queda de nuestra cuenta.

—Por ahí dicen... unos que se ha muerto... y otros que lo han matado.

—¿Y quién dice éso? preguntó con el más vivo interés Francisco.

—La gente lo dice en las tabernas.

—¿Y cómo pueden saber éso?

—Vaya usted á averiguar cuando comienza un rum rum de ésos, de dónde viene, á dónde vá, ni quién lo inventa, porque esas voces parece que salen del centro de la tierra.

—Sin embargo, nosotros no hemos oido nada de éso, respondieron á la vez el hijo y el yerno.

—El cornudo es el último que lo sabe.

Tal respuesta impresionó viva y dolorosamente á los dos jóvenes, que comenzaron á creer que doña María y Dolores tenian razon, al dar tan entero crédito á sus fúnebres presentimientos.

—Pues conviene que tú apures esas noticias, dijo Victoriano.

—Bueno... yo conozco á un viejo que tiene varios hijos *que son hombres del oficio*... les tiraré de la lengua... y con lo que me digan... yo veré á uste-

des, y les diré todo lo que haya averiguado.

—Como averigües la verdad, puedes pedirnos todo lo que quieras.

—Bueno.

Y el yerno y el hijo se despidieron del *Bizco*, muy satisfechos de que con sus promesas lograrian ponerse sobre la pista.

Pero trascurrieron algunos dias, y el *Bizco* ni les decia nada, ni habia salido del pueblo, por lo cual le interrogaron de nuevo acerca de su encargo, y él les manifestó que estaba descalzo, por cuyo motivo no habia podido ir donde él pensaba.

Francisco y Victoriano le dijeron que éllos le pagarian los zapatos y que le darian además lo que necesitase; pero habiendo pasado cinco dias sin volver á decirles nada, éllos solicitaron hablarle otra vez; pero el *Bizco* se negó, desapareciendo del pueblo.

En vista de tal conducta, los hijos de don Agapito comunicaron este dato á la Guardia civil, que desde entónces empezó á practicar diligencias en su busca.

Entre tanto, la ansiedad más cruel y la tristeza más inconsolable reinaban en el seno de aquella infeliz y desolada familia.

CAPÍTULO XXXIV.

DE PUERTA EN PUERTA.

Almeda regresó á Puente Genil y dirigióse en seguida á casa de su cuñado Francisco Fernandez, que aún se hallaba en cama. Inmediatamente acudieron su esposa y su anciano padre, ansiosos de saber el resultado de la entrevista con los secuestradores.

Sentados los tres junto al lecho del abatido Fernandez, entablaron el diálogo que sigue:

—¿Los has visto? preguntó con voz débil el enfermo.

—Sí, aunque los ví á cierta distancia.

—¡Gracias á Dios! exclamaron á una el padre, la madre y el abuelo del niño.

—Me hablaron de una manera encubierta y desde léjos, para que no los conociese; pero... ¡trabajo inútil!

—¿Y qué te dijeron?

—Cuando les hice presente que no llevaba más que doce mil reales, se manifestaron muy desazonados, diciendo que esa cantidad era una miseria,

El enfermo, su esposa y el abuelo suspiraron tristemente, al oir calificar de miseria el fruto de todos sus esfuerzos para obtener aquella suma tan desdeñada por los bandidos, como para éllos tan costosa.

—¿Y cuántos te salieron al camino? preguntó el padre del cautivo.

—Nada más que dos hombres.

Y Almeda refirió punto por punto á los circunstantes todo lo que ya el lector sabe que le ocurrió con los secuestradores, en el sitio denominado *La Entrevista*.

Al oir la triste madre del niño que los bandidos habian recogido el dinero sin darle á Almeda ninguna contestacion positiva respecto á soltar el cautivo, prorumpió en amarguísimo llanto, diciendo:

—¡Válgame Dios y qué desgraciados somos!

—¿Y qué podia yo hacer, Concha? Despues de haber soltado el dinero, yo hice todo lo que pude para que me dieran una razon que traeros, y hasta les pregunté por el pobre niño; pero como ya os he contado, me amenazaron, mandándome que me callára y me largase de allí, en tales términos, que no hubo más remedio que agachar las orejitas y salir cantando bajito.

—Pero es fuerte cosa, replicó el abuelo, que hayan recogido el dinero, y que no sepamos lo que van á hacer de nuestro pobre niño.

—Tiene usted razon, repuso Almeda, y por éso,

yo insistí hasta el extremo, de que ya se amoscaron con mis preguntas.

—¿Y qué piensas tú que harán?

—En eso mismo he venido yo pensando todo el camino.

—De suerte que nos hemos quedado sin los dineros y sin esperanzas de recobrar al hijo de mi corazon, dijo llorando la triste madre.

El abuelo hizo con la cabeza una señal de asentimiento, como participando de la misma opinion, miéntras que el enfermo ahogó un profundo gemido.

Es muy de notar la delicadeza de sentimientos que suele haber en ciertas familias que, aunque rústicas é incultas bajo el punto de vista intelectual, están dotadas de las más bellas cualidades morales.

Así le sucedia á la familia de Fernandez, que una vez habiendo exhalado sus tristes quejas por su adversa suerte, y áun ésto en términos comedidos, guardó silencio, temerosa de mortificar á Almeda, comprendiendo que éste no tenía culpa ninguna de lo acaecido; ántes bien no podian ménos de agradecerle la buena voluntad con que se había brindado en aquella ocasion á servirles.

Por su parte, el buen Almeda estaba tambien muy afligido por el mal éxito de su comision; pero ya fuese porque él así lo imaginase, ya porque deseara consolar en algun modo á la desolada familia, se aventuró á decir

—Yo creo que no tardaréis en saber algo, porque esa gente, de cualquier manera que sea, ha de acudir á vosotros, ó para pedir más dineros, ó para darse por conformes con la cantidad que han recibido.

La madre, el enfermo y el abuelo parecieron participar de la opinion juiciosa de Almeda; mas no por éso la infeliz familia dejaba de estar poseida de fundados temores y de tristeza inexplicable por el mal resultado de su inmenso y extraordinario sacrificio, que simbolizaba el de todos sus recursos y el de toda su modesta fortuna.

Pero miéntras que aquellos infelices acusaban al cielo de cruel por sus horrorosos é inmerecidos sufrimientos, la suerte daba sus acostumbrados giros, preparándoles nuevos sucesos y sorpresas.

En efecto, apénas los bandidos recogieron los doce mil reales que dejó Almeda en el suelo, encamináronse á la huerta del *Tio Martin*, al cual le dieron cuenta del resultado de la última carta que allí habian escrito.

—Poco es, dijo el *Tio Martin;* pero me alegro que hayais cobrado tan pronto, porque ese muchacho tiene ya muy poco aguante, y de todas maneras, sus padres no hubieran podido reunir más, aunque el chicuelo se hubiera podrido ahí de miseria.

—Eso es verdad, respondió el más viejo de los bandidos.

—Todavía estamos á tiempo, repuso el más jó-

ven; porque hemos recogido el dinero sin prometer que soltaríamos al chico; de manera que si queremos, se puede pedir el resto hasta los mil duros.

—Nada, lo mejor es contentarse con éso, y quitarnos de una vez de enredos.

—Pues entónces, en cuanto llegue la noche, nos lo llevarémos.

—Eso es lo derecho.

Los bandidos entregaron al *Tio Martin* la parte del dinero que le correspondia, y en seguida se fueron al inmediato pueblo de Casariche, porque el más jóven de éllos tenía que recoger allí á una comadre suya, con la cual y otras amigas pasaron de broma y francachela todo aquel dia.

Llegada la noche, los dos bandidos con la citada moza, dirigiéronse á la huerta del *Tio Martin* para sacar al niño Antonio y conducirlo al sitio, que ya de antemano tenian convenido el dejarlo.

Entre tanto la tia María, por expresa prevencion del bandido, habia procurado limpiar un poco á la infeliz criatura; pero élla se contentó con darle cuatro escobazos, con lo cual creia que lo dejaba más limpio que una patena.

No obstante el estado de abatimiento en que se hallaba el niño, se animó extraordinariamente cuando pudo comprender, por aquellos preparativos, que trataban de sacarlo de aquella inmunda cueva.

En resolucion, diré que le quitaron los grillos, y subiéndolo á caballo con uno de los bandidos, se pusieron en marcha, yendo el otro compañero con

su querida en otro caballo, de suerte que, en caso necesario, la mujer podia pasar por madre del niño.

Así caminaron algunas horas, hasta que ya despues de la media noche, se detuvieron en un lugar solitario y fuera de camino.

El conductor del niño echó pié á tierra y luégo lo bajó, haciéndole grandes amenazas para que á nadie le dijese lo que le habia sucedido.

Y quitándole el pañuelo de los ojos y la yesca de los oidos, le indicó el rumbo que habia de seguir para encontrar un camino que estaba cerca, y que yendo por él, no tardaria en llegar á su pueblo.

—Estáte aquí parado hasta que ya no oigas las pisadas de los caballos.

—Así lo haré; pero no veo nada; respondió el niño con voz lastimera.

—Dentro de un rato ya verás; le respondió el bandido, volviendo á montar en su caballo y desapareciendo rápidamente con la otra pareja.

La noche estaba muy oscura y además el niño, despues de treinta y seis dias de haber permanecido en aquella covacha, privado de aire, de luz y de alimento conveniente, se hallaba imposibilitado de ver y de andar, porque tenía los párpados en carne viva, y todos sus miembros entumecidos.

Sin embargo, el aire fresco de la noche, el miedo que le producia la soledad de los campos y un cierto gozo instintivo por verse libre de sus verdugos, le impulsaron á echar á correr en la direccion que le

habian indicado; pero el infeliz no contaba ni con la turbacion de su vista, ni con la debilidad de sus piernas, de modo que á los pocos pasos cayó rodando por un declive del terreno, yendo á parar, maltrecho y lastimado, al fondo de un barranco.

El desgraciado niño comenzó á llorar tristemente, no sólo por el dolor que le causó la caida, sino tambien por el terror de verse allí solo, y temiendo que se lo comieran los lobos, cuya ferocidad su imaginacion infantil le representaba con los más vivos y espantosos colores.

Trascurrido algun tiempo, comenzó á distinguir las estrellas, é impulsado á la vez por el miedo y por el deseo de encontrar gente, llorando y tembloroso, esforzóse por salir de aquel barranco, lo cual logró con grandísimo trabajo, pero muy luégo se halló en un espeso matorral, por donde apénas podia abrirse paso.

Al fin, cansado de sus esfuerzos, sentóse entre unas matas, sin saber qué hacer más que llorar, pero los écos de su llanto se perdian en el espácio, sin que nadie viniese en su auxilio.

Miraba á los árboles, y se le antojaban fieros gigantes, que extendian hácia él sus brazos para cogerle, como cuando lo cogieron los enmascarados.

Aplicaba el oido, y todos los rumores del viento entre los árboles, de las aves nocturnas que lanzaban sus graznidos y de los animales que se meneaban entre las matas, le producian una impresion de pavor indecible.

Es más que probable, que sin la bárbara y fatal costumbre de infundirles miedo á los niños, el instinto de lo maravilloso se desarrollaria en el alma con una tendencia completamente contraria, es decir, que en lugar de abatirla por el temor, la elevaria por la impresion de lo grandioso y de lo sublime, que puede inspirar noble admiracion, pero nunca torpe miedo.

Resulta, pues, de esta desnaturalizacion de uno de los más elevados instintos del hombre, todo un mundo de absurdas visiones y de séres fantásticos, que sin razon alguna se aparecen, alucinan y aterran á la niñez, mal dirigida.

En este caso se hallaba el niño Antonio, que, merced á tales preocupaciones, creia en duendes, brujas, butes, fantasmas, marangos, cocos, trasgos, tarascas y toda esa infinita variedad de séres monstruosos, que ignorante y torpemente se utilizan para corregir ó castigar á los niños, sin comprender las trascendentales consecuencias que estas supersticiones pueden acarrear en la formacion del carácter del hombre, para el resto de su vida.

El pobre niño en su triste situacion, en su doloroso abandono, en medio de las tinieblas de la noche, aterrado por las amenazas de los bandidos, creia ver en torno suyo un mundo fantástico de visiones y animales, que sólo existia en su imaginacion enferma, hasta el punto de que, algunas veces cerraba los ojos para sustraerse á los fantasmas

del miedo, que sin embargo, se le aparecian en su cerebro.

Allí permaneció largo rato sentado y llorando de dolor y de miedo; pero de pronto se le ocurrió una idea por extremo consoladora, llenándole de esperanza y de aliento.

Recordó que el bandido le habia indicado un camino próximo, y que yendo por él, llegaria pronto al pueblo.

Este recuerdo le hizo creer que se trataba de Puente Genil y en un instante, con las álas de fuego de la imaginacion, trasladóse á su pueblo, á su calle, á su casa y se vió en el seno de su madre querida, de su afectuoso padre y de su idolatrado abuelo, en compañía de sus hermanitos, que le sonreian, le acariciaban y le reconvenian por su tardanza en ir á verlos.

Bajo esta impresion, el niño se levantó rápidamente, comenzó á caminar por entre las matas, llegó á un raso, siguió andando y muy pronto exhaló un grito de júbilo, al sentir que pisaba terreno hollado.

Encontrábase, pues, en el camino que le indicó el bandido y entónces, más animoso, redobló sus esfuerzos y la celeridad de su marcha.

Pero muy luégo su respiracion jadeante, y el temblor de sus piernas daban claros indicios de su debilidad y cansancio, hasta que al fin cayó rendido y casi desmayado.

Jamás la negra noche ha sido más lenta en su

curso para un sér humano, que lo fué aquélla para el pobre niño.

Al cabo de un buen rato, cuando hubo tomado aliento la infeliz criatura, pensando siempre en que muy pronto habia de llegar á su pueblo y ver á su madre, emprendió de nuevo su trabajosa marcha, bien que tropezando, cayendo, volviéndose á levantar, sufriendo indecibles dolores en todas sus coyunturas, y además devorado por una sed abrasadora; con tantas y tan inexplicables fatigas, caminó todavía largo tiempo, hasta que ya sintiendo desfallecer sus fuerzas pensaba sentarse á descansar, cuando súbitamente llegó á su oido canto de gallos y ladrido de perros, señal cierta de lugar habitado.

Esta circunstancia reanimó sus fuerzas, y bien pronto llegó á la calle de un pueblo, que desde luégo, y con grandísima pena, reconoció que no era el suyo.

Entónces, con la confianza propia de su edad y de su inocencia, llamó á la puerta de la primera casa que se ofreció á su vista, para pedir hospitalidad y auxilio.

Tardaron bastante en responderle, pero cuando al fin le contestaron, el pobre niño se regocijó extraordinariamente, creyendo haber encontrado el asilo que tanto necesitaba.

El desgraciado Antonio, teniendo presentes las terribles amenazas de los secuestradores, cuando le preguntaron quién era, se limitó á decir que hi-

cieran la caridad de recoger á un niño, que se habia extraviado.

A tal demanda, lo despidieron bruscamente, diciéndole que se fuese á la posada.

El niño preguntó dónde estaba el meson; pero ya ni siquiera le contestaron.

Triste y desconsolado, y llorando amargamente, continuó su ruta, llamando con tenacidad notable, inspirada por la necesidad, á todas las puertas que encontraba; pero recibiendo en todas partes la misma contestacion, dura y feroz al parecer, bien que justificada en cierto modo, por el rigor de las circunstancias, supuesto que entónces el desenfreno del bandolerismo habia llegado á tal extremidad, que en aquellos pueblos cerraban las puertas al oscurecer y no las abrian, temerosos de algun ataque á mano armada.

Así es, que en aquellas casas donde llamó el niño, sus dueños se imaginaron que era un echadizo de los malhechores, que se valian de aquella estratagema para que abriesen.

Por último, tuvo la suerte de llamar á una puerta, que se abrió tan luégo como dijo que era un niño extraviado.

¡Figúrese el lector el gozo inefable de la pobre criatura, al verse acogida y agasajada, como si hubiera tenido la fortuna de llegar á su propia casa!

En efecto, la buena mujer que en seguida le recibió, era tia suya y sabía el secreto de la desapa-

ricion de su sobrino, y, por consiguiente, apénas le oyó decir que era un niño extraviado, se imaginó que acaso pudiera ser Antonio, y felizmente acertó en su conjetura.

La tia lo reconoció en seguida, le dió de comer, lo acostó en buena cama; y el pobre niño, despues de tantas amarguras, quedóse profundamente dormido, sabiendo que se hallaba en Santaélla y á corta distancia de Puente Genil.

Cuando el querido é inesperado sobrino descansó algunas horas, su cariñosa tia se dispuso á conducirlo inmediatamente á casa de los padres, ansiando proporcionarles cuanto ántes aquella satisfaccion, y evitando así además, que nadie se enterase en Santaélla acerca de la triste y lastimosa historia del pequeño cautivo.

A la mayor brevedad, pues, se pusieron en marcha para Puente Genil, en donde á la sazon, se hallaba, en el mayor desconsuelo y desesperacion, la familia del pobre niño, á quien juzgaba todavía en poder de los secuestradores.

El padre del niño, la madre y el abuelo, seguian sumergidos en un inmenso mar de confusiones, supuesto que Almeda no les habia traido más noticia positiva, que la de haber entregado á los bandidos aquellos doce mil reales, producto de todos sus esfuerzos y de todos los recursos de su modesta fortuna.

Esta série desconsoladora de ideas habia sido causa de que la enfermedad del padre se agravase,

aumentándose así la tristeza de la esposa, del anciano y hasta de los inocentes niños, que se afligian y lloraban, porque veian la afliccion y el llanto de sus padres, por más que ignorasen los motivos.

El infortunio y la desgracia de aquella familia llegaba hasta el extremo de que ni los mayores ni los pequeños podian siquiera llorar libremente, ni comunicar con nadie sus penas, estando así privados del único alivio, que el dolor puede tener entre los hombres, el de la comunicacion y el de las simpatías.

Hay momentos en la vida de los mortales, en que áun los más religiosos dudan de la Providencia, al considerar los ruidosos triunfos del malvado, y las secretas angustias del virtuoso; pero tales juicios provienen de la limitacion del entendimiento humano, que no puede abarcar todas las relaciones de las cosas, no ya con respecto á la eternidad; mas ni áun siquiera dentro de los límites del espacio y del tiempo.

Así le sucedió á aquella desolada familia, que cuando más desconfianza tenía de volver á abrazar á su idolatrado hijo, la Providencia dispuso que éste se le presentase de la manera más inesperada.

—¡Hijo de mis entrañas! exclamó la madre cuando reconoció al niño, que llevaba su tia de la mano.

—¡Calla por Dios, Concha! exclamó vertiendo

lágrimas de gozo el abuelo, y yendo presuroso á cerrar la puerta de la calle. Abraza y cómete á tu hijo á besos; pero por la Vírgen Santísima, que nadie se entere de lo que ha pasado.

Y en seguida, el abuelo, áun en los mismos brazos de la madre, le disputaba el nieto á ésta, para colmarle de caricias y abrazos.

—¡Hijo de mi corazon! exclamó el enfermo, saltando de la cama para estrechar á su hijo. ¡Ya estoy bueno!... ¡Perdon, Dios mio, por haber desconfiado de tu bondad y de tu misericordia!

A la ternura natural de aquellos desgraciados padres para con su amado hijo, se mezclaba tambien la compasion infinita que les produjo el verlo tan demacrado, tan pálido, tan andrajoso y tan lleno de llagas y de miseria.

Ciertamente la desventurada criatura hubiera inspirado lástima sin límites, áun á los más extraños y empedernidos.

Pasadas las primeras é inefables expansiones de aquella tierna y celestial alegría, la parienta les refirió punto por punto la manera, la hora y demás circunstancias, con que el niño se habia presentado en su casa, despues de haber pedido, llorando de puerta en puerta, la hospitalidad que le negaron.

—¡Qué dolor! exclamó la madre. ¡Tan pequeñito y tan desdichado!

—¡Cuántas penas! murmuró el padre.

—¡Demos gracias á Dios, porque ya le tenemos en casa! dijo solemnemente el abuelo.

Toda la familia comprendió la inmensa felicidad que se encerraba en aquel discreto y piadoso pensamiento, por lo cual, dando de mano á quejas y lamentaciones, entregóse con todo su corazon á saborear la inesperada ventura, que la Providencia les habia enviado.

CAPITULO XXXV.

OFICIOSIDAD PELIGROSA.

Tan luégo como regresó á el Arahal, Camacho dirigióse á casa del afligido é inquieto don Manuel de Reina, á quien le dió cuenta minuciosamente de todo lo que le habia acaecido en Málaga, sin omitir la disputa que él habia sostenido con los secuestradores, cuando éstos se obstinaban en exigir hasta los diez y seis mil duros, calificando la cantidad recibida como una miserable limosna.

El padre manifestó su agradecimiento á Camacho por el buen servicio que acababa de prestarle, si bien lamentaba la tenacidad de los bandidos en pedir tan enorme suma, y temia que fuese inútil el sacrificio que habia hecho para obtener inmediatamente la libertad de su hijo.

Camacho se despidió del señor de Reina, quien le dijo que no tardaria mucho en recurrir á él, para que volviese á entenderse con los criminales, pues lo natural era que de nuevo reiterasen sus exageradas pretensiones.

Toda la familia se hallaba en la más cruel ansie-

dad por la suerte del cautivo; pero el padre procuró consolar á su esposa y á sus hijos con la esperanza de que al fin, no correria gran riesgo la vida del secuestrado.

Las fundadas sospechas del padre de familia se cumplieron bien pronto, pues que recibió la carta ya mencionada del prisionero, con el aditamento que le pusieron los bandidos, y que al pié de la letra es como sigue:

«Señor don Manuel de Reina.

»Muy señor nuestro: Hemos recibido de su criado José Camacho Pedregal la cantidad de cuarenta y cinco mil reales, lo que nos ha causado gran admiracion, que nos mande usted esta pequeña limosna. Es preciso que comprenda usted que no somos tan pobres: no estábamos por rebajar nada del primer pedido; pero ha mandado usted con el dinero un hombre tan majadero, y por no matarlo, le vamos á hacer á usted un grande favor, debiéndole decir que ya se concluyeron todas las rebajas y consideraciones.

»En no poniendo donde se le dirá hasta el completo de ocho mil duros, contando ó rebajando, como se quiera comprender, los ya recibidos cuarenta y cinco mil reales, en no poniendo dicho dinero en nuestro poder, no espere usted á su hijo más, porque no le vuelve á ver más. El que ha traido el dinero nos ha venido con mil conversaciones, las que son inútiles; de modo que si quiere usted ver á su hijo y que quedemos amigos, hoy

somos 28 de Abril; el dia 2 de Mayo, sin haber la menor falta, ha de salir de ésa el mismo que ha traido este dinero, con un mulo negro y unos capachos *basidos* (1): saldrá del Arahal el dia 2 de Mayo al romper el alba, se vendrá por la Puebla; de la Puebla al Saucejo, y llegando allí, se meterá en la posada del puentecillo, le dará de comer al mulo y estará allí hasta que anochezca bien; cuando anochezca, que vuelva á salir con direccion á los Corrales: ha de pasar por la fuente del Esparto, que está cerca de los Corrales, y llegando á los Corrales, echará por la *dizquierda*, que va el camino, dejando el pueblo á la derecha, pasando por los mismos ruedos, y seguirá con direccion á la Jara: pasará por medio de élla con direccion á Sierra de Yegua, la que atravesará, llegando á Fuente-Piedra: se parará dentro del pueblo en la fuente, y si no salen á pedirle el dinero en todo el camino, cuanto sea de dia en una posada de Fuente-Piedra donde estará todo el dia, y cuanto llegue la noche, que salga por los mismos pasos que ha traido, hasta llegar á el Arahal, y si no salimos, se está usted quieto hasta que se avise, escribiéndole otra, diciéndole cómo ha de salir el dinero y por dónde.

»El que traiga el dinero, ha de salir del Arahal á buen paso en el mulo, y en todo el camino no se ha de apear más que á diligencias precisas; ha de

(1) Original.

venir vestido de corto con un botin quitado y otro puesto y un pañuelo amarrado por la cara, blanco, como si le dolieran las muelas. Estas señas no se las quitará ni dentro de las posadas, y cuando salga del Saucejo, que sea noche, le pondrá al mulo una cencerrita pequeña, que suene poco, la que no quitará en todo lo que ande de noche, y de dia, lo que ya está dicho.

»Si por casualidad el que ha traido el dinero, no sabe bien el camino que se ha dicho, pone usted con él otro hombre, que sea práctico en el terreno citado, y que éste traiga otro mulo negro que sea bueno, y ése que no traiga señales ningunas, y que traiga una fanega de cebada encima, y él montado.

»Cuidado que se haga todo tal como se ha prevenido, y que á nadie absolutamente diga dónde vá, ni el negocio que lleva.

»Don Manuel, si pone usted civiles ó paisanos en el camino para hacernos un contraresto, su hijo lo pagará todo, y usted aténgase al resultado.

»No quiero serle á usted más molesto, amenazándole ni insultándole: usted haga lo que á bien tenga.

»En faltando un céntimo á los ocho mil duros, no tendrá usted lugar de llorar nuestros duelos, que con los suyos tendrá bastantes.

»Para entregar el dinero, le tienen que decir: ¿es usted el señorito? ¿viene usted de Sevilla? y dando esta contraseña; entregará el dinero.

»Cuidado que no dé usted dineros á nadie por cartas que le echen, hasta que no lleven las cartas, como ésta, letra y firma de su hijo.

»No tenemos más que decirle, que se repase bien esta carta y se haga todo como va prevenido, si quiere usted ser amigo de quien lo puede quitar de labrador.

»Sin otra cosa, le deseamos lo pase usted bien, su señora y demás familia.»

No firma nadie y sólo sigue una rúbrica al pié del extraño y singular documento que acabo de trascribir, en donde el lector habrá podido notar una minuciosidad extraordinaria de detalles, una crasa ignorancia, y á la vez una seriedad, un cuidado y una prevision, que harto bien demuestran que la rudeza del espíritu en que se engendró la precedente carta, se consagraba á su taréa con todo el esfuerzo que le era posible.

El señor de Reina repasó una y otra vez la singular epístola, no sólo porque así se le prevenia, sino porque bien lo necesitaba para ser razonablemente comprendida, y no dejó de apesararse por la imposibilidad en que se hallaba de satisfacer la exigencia de los bandidos en el angustioso plazo que le señalaban, supuesto que reunidos todos sus recursos á la sazon, únicamente ascendian á la suma de quince mil reales.

Pero considerando que si trataba de allegar más dinero, le sería imposible tenerlo á su disposicion para el dia prefijado, juzgó menor inconveniente

el que Camacho no faltase á la cita, aunque no llevase toda la cantidad reclamada.

Así, pues, llamó en seguida al insigne Camacho, cuyo buen sentido y acertadas reflexiones no habian dejado de influir para que hiciesen tan grande rebaja los secuestradores, por más que éstos lo calificaban de majadero, diciendo que les habia ido con *mil conversaciones inútiles*.

El señor de Reina, por el contrario, celebró infinito la majadería de Camacho, pues que élla fué por extremo *útil* para que los bandidos redujesen nada ménos que á la mitad, el precio del rescate.

Como era indispensable para que el portador del dinero cumpliese bien su comision, que el padre del secuestrado le diese cabal conocimiento de la peregrina carta, Camacho rióse muy de veras al saber cómo le trataban, y con propósito de seguir siendo todo lo majadero que la paciencia de los secuestradores le permitiese, se dispuso á ponerse en marcha, siguiendo al pié de la letra el itinerario y todas las demás prolijas indicaciones, contenidas en la carta.

Llegó, pues, á Fuente-Piedra, sin haberle salido nadie al encuentro en el camino, y apareciendo que tenía dolor de muelas, dirigióse á una posada que hay junto á una alameda en dicho pueblo.

No bien le hubo echado pienso al mulo, cuando se le presentó el mismo hombre que habia ido á buscarle en Málaga á la posada del Agujero, y le preguntó:

—¿Es usted el señorito?

—¿Viene usted de Sevilla? preguntó Camacho con mucha sorna.

—Sí, señor.

—No me engañe usted, hombre.

—¿Por qué me dice usted éso?

—Porque yo creo que usted de donde viene, es de Málaga.

—Vamos, no sea usted *guason*. ¿Trae usted éso? interrogó en voz baja el hombre alto y delgado.

—Sí traigo, pero no todo.

—¿Cuánto?

—Quince mil reales.

—¿Nada más?

—Como que habia que venir á hora fija, y allí no tenemos ningun cuño, me dieron lo que tenian, y gracias.

—Callar es bueno.

—Tampoco es malo hablar, sin perjuicio de nadie.

—Eso es lo que conviene, que no haya perjuicio.

—Descuide usted.

—Ahora hay aquí mucha gente; yo volveré luégo al oscurecer, y me dará usted éso.

Y sin hablar más palabra, el hombre desapareció, miéntras que Camacho sentóse en el portalon, á donde al poco rato llegaron el Secretario del Ayuntamiento y el Maestro de escuela.

Ambos quedáronse mirando á Camacho, como tratando de reconocerle.

Al fin el Secretario le preguntó:

—¿Es usted del Arahal?

—De allí cerca, respondió Camacho, no sabiendo qué contestar á una pregunta no prevista.

—¿Usted se llama José Camacho? le preguntó el Maestro de escuela.

—Y ustedes ¿quiénes son? dijo Camacho, respondiendo con otra pregunta.

—¿Tan desconocidos estamos, que ya no te acuerdas de nosotros? ¡Cuántas bromas hemos corrido juntos! exclamó el Secretario.

—¡Qué tiempos aquéllos, cuando éramos todos jóvenes! exclamó el Maestro de escuela.

Entónces Camacho reconoció efectivamente que los dos eran antiguos amigos suyos, si bien habia muchos años que no se habian visto.

Celebraron los tres, como era natural, el encontrarse tan inesperadamente despues de tanto tiempo.

Entrando en conversacion, no sin malicia, el Secretario le preguntó:

—¿Y á qué has venido tú por estas tierras?

Camacho se vió muy apretado al oir aquella pregunta; pero deseoso de guardar á todo trance el secreto que se le habia confiado, bien pronto encontró en su fecunda inventiva una respuesta más ó ménos plausible.

—Ya sabes que yo soy corredor de granos, dijo, y me trato con todos los labradores ricos de allá; pues bien, uno de éllos me ha dado el encargo de que venga á cobrar una deuda.

—¿En este pueblo?

—No, es ahí, en un pueblo cercano.

Ya fuese que las vagas respuestas de Camacho le inspirasen algunas sospechas, ya que sabiendo su intimidad con don Manuel de Reina y el reciente secuestro de su hijo, es lo cierto que el Secretario quedóse mirando fijamente á su antiguo amigo con aire incrédulo y malicioso, como no dando crédito á sus respuestas.

Luégo le dijo:

—A lo que tú has venido, es al asunto del secuestro del señor de Reina.

—No lo crean ustedes.

—Pues ¿quién es ese hombre que ha estado hablando contigo? preguntó el Maestro de escuela.

—Yo no le conozco; se acercó á mí, hablándome de cosas indiferentes.

—Ese debe ser alguno de los espías de los secuestradores, dijo el Secretario.

—¡Por Dios, no penseis ni digais esas tonterías! exclamó Camacho muy alarmado.

Despues de haber hablado un rato sobre este punto, negando siempre Camacho que tuviesen fundamento las sospechas de sus amigos, éstos se despidieron de él muy afectuosamente; pero se marcharon en seguida, yendo el Secretario á darle al Alcalde cuenta de sus recelos.

En su consecuencia, la autoridad apostó gente en los alrededores de la posada para sorprender á los malhechores, si por acaso se presentaban.

Estos, sin embargo, hubieron de tener noticia de las disposiciones del Alcalde, supuesto que nadie se presentó á reclamar el dinero.

Camacho, pues, en extremo desazonado por esta circunstancia, regresó á su pueblo, muy ajeno de la causa que habia motivado el que no volviese á la posada el emisario de los secuestradores, segun habia prometido.

Tambien estaba muy léjos de sospechar que el encuentro con sus amigos, que habia producido las disposiciones del Alcalde que él ignoraba, ponia en gravísimo riesgo, no solamente su vida, sino tambien la del infeliz secuestrado.

CAPÍTULO XXXVI.

LA OPORTUNIDAD DE UN PORDIOSERO.

Los bandidos advirtieron en seguida las disposiciones del Alcalde, y desde luégo se imaginaron que Camacho, de acuerdo con don Manuel de Reina, habia dado aviso á la autoridad del asunto, que á Fuente-Piedra le llevaba.

En este concepto, viendo frustradas sus esperanzas de recoger la cantidad, de la cual era portador Camacho, se pusieron furiosos y se ausentaron del pueblo, jurando tomar ruidosa y cruel venganza de aquel supuesto agrávio.

Los bandidos, pues, encamináronse á la huerta del *Tio Martin,* á donde llegaron con intenciones de castigar en el secuestrado las medidas adoptadas por la autoridad, á instancia de su padre, segun éllos se imaginaban.

El llamado *Salamanca* y Carrascoso, que no habian ido á Fuente-Piedra, trataron ante todo de informarse minuciosamente de lo acaecido.

Entónces el alto y delgado, que fué el que se presentó á Camacho en el meson, les refirió su

rápida entrevista con el portador del dinero y que habia quedado en ir á recogerlo por la noche; pero que habiendo advertido que los vigilaban, no juzgaron prudente el presentarse de nuevo en la posada.

—Es menester, añadió el narrador, que ese mocito que está arriba, pague las vilezas de su padre.

—Sí, sí, añadieron los demás compañeros; conviene hacer un escarmiento.

—Pero ¿qué interés puede haber tenido el padre en dar ese paso? preguntó *Salamanca*. En primer lugar, el señor de Reina sabe que su hijo puede morir, si él comete la menor imprudencia...

—Pudo avisar para ahorrarse el dinero.

—No digas disparates, porque todos los dineros del mundo no valen lo que vale un hijo. Además, como iba diciendo, cuando mandó á Málaga los cuarenta y cinco mil reales, ninguna precaucion tomó, y ¿quereis que ahora por ahorrarse quince mil, que segun has dicho llevaba, fuese á comprometer la vida de su hijo? ¡No es creible!

Estas observaciones produjeron bastante impresion en los enojados bandidos.

—Otra razon más, añadió *Salamanca*, dirigiéndose á el alto. ¿No te dijo ese Camacho, cuando lo viste, que si querias el dinero en el acto?

—Sí, señor.

—Pues bien, si entónces lo hubieras tomado ¿qué te hubiera sucedido?

—Yo no lo sé.

—Pero entónces, ¿advertiste si alguno te espiaba?

—Lo que es entónces, no advertimos nada.

—Pues éso prueba que las disposiciones que despues observásteis, no se tomaron por iniciativa de Camacho ni del señor de Reina, sino por alguna otra causa, que ni vosotros sabeis, ni nosotros tampoco, y que conviene averiguar.

—Eso no es difícil, terció Carrascoso; porque en Fuente-Piedra, tenemos quien nos diga la verdad de lo que ha sucedido.

—Eso es lo que interesa averiguar, ántes de propasarse con ese jóven, porque aquí lo que importa es desplumar al padre, y no tenemos ningun interés en maltratar al hijo, sin motivo fundado.

No todos los bandidos parecieron satisfechos de la explicacion dada al suceso por el llamado *Salamanca*, pues que insistian en hacer con el secuestrado algun escarmiento; y excusado parece decir, que era tambien de esta opinion el feroz *Tio Martin*, que se hubiera complacido en hacer con el jóven Reina alguna de las diabluras, como él las llamaba, que hizo con el infeliz y ya difunto don Agapito.

Sin embargo, el tal *Salamanca* y Carrascoso pudieron conseguir el calmar á sus compañeros, mandando á dos de éllos á Fuente-Piedra, para que averiguasen de cierto lo que habia ocurrido.

Al dia siguiente, cuando volvieron los dos emisarios, refirieron á sus compañeros con todos sus

pormenores todo lo que habia pasado, y que ya el lector sabe, atribuyéndole si acaso alguna culpa á Camacho; pero muy convencidos de que ninguna parte habia tenido el señor de Reina en aquel suceso.

No obstante esta creencia, los secuestradores juzgaron conveniente que el cautivo escribiese á su padre una carta, llena de las más terribles amenazas, y en el supuesto de que don Manuel de Reina habia adoptado cautelosamente medidas contra éllos, y que por este motivo no se habian presentado á recoger el dinero.

Los bandidos, bien que sabian con exactitud el hecho, fingieron creer en la perfidia y deslealtad del padre del secuestrado para ejercer sobre su ánimo la presion y alarma consiguiente y natural, en quien se vé acusado de una falta, que no ha cometido.

Concertados en ésto, los secuestradores subieron al desvan en que se hallaba el malaventurado prisionero, muy ajeno de pensar los sanguinarios propósitos que contra él habian abrigado, por causas que de todo punto ignoraba.

Los secuestradores, á porfía profirieron mil insultos y amenazas de muerte contra el secuestrado y su padre, acusando á éste de traidor y alevoso y jurando que con aquella conducta, sólo conseguiria no ver más á su hijo, á no ser su cabeza separada del tronco, que habian de colgar del aldabon de su puerta.

Fuerte y dolorosamente impresionado por tales nenazas é insultos, el prisionero escribió la carta ıe le dictaron, viéndose en la sensible obligacion ɜ reconvenir áspera y duramente á su padre, por s supuestas connivencias con la autoridad, que ; atribuian.

Terminada la carta, los bandidos salieron del so-rado, amenazándole al prisionero que habian de ɔmar la más terrible y espantosa venganza de él ' de su padre, si éste persistia en dar pasos para ausarles perjuicios.

El cautivo quedóse triste y abrumado bajo el peso le las aterradoras conminaciones de los bandidos, ; reclinado en su jergon, se estremecia á la idea de ıue por su causa los criminales atentasen contra a existencia de su querido padre; y sentia en el ılma y no acertaba á explicarse que éste adoptára ɔ autorizase medidas y disposiciones, que tan fu-nestas podian ser para ámbos y áun para toda su familia.

Pensaba en su madre afligida, en sus hermanas acongojadas y en sus hermanos inquietos y enfu-recidos por su cautiverio, y no podia ménos de con-siderar que en tales situaciones, la ternura de las mujeres, el furor de los hombres, el consejo de los parientes, la indiscreta lealtad de los allegados y hasta la oficiosa y áun obligatoria intervencion de las autoridades, pueden producir en una familia la confusion más extraordinaria de ideas, sentimien-tos y resoluciones.

Sólo así podia explicarse, bien que alternativamente lo creia y lo dudaba, el que su padre hubiese olvidado que la intervencion de la autoridad podia ser causa de su muerte, supuesto que él se hallaba indefenso, á merced de los criminales.

En efecto, la autoridad, el padre y hasta él mismo ignoraban completamente el punto en que le tenian, y por lo tanto, aunque prendiesen algunos malhechores, esta circunstancia no podria impedir que un puñal alevoso se clavase en su corazon, cuando ménos lo pensára, sin poderlo ver siquiera, con una venda en los ojos, con los oidos tapados, en aquel solitario desván y en aquel apartado caserío.

Entónces comprendió el gran riesgo en que se hallaba, pues que un consejo imprudente dado á su familia, la indiscrecion cariñosa de un amigo y áun la oficiosidad de los mismos criados de su padre, podian acarrearle instantánea y espantosa muerte.

Estas lastimosas representaciones de su imaginacion calenturienta, le hicieron levantarse de su jergon, como impelido por un resorte, y bajándose osadamente la venda, comenzó á registrar el aposento, ansiando más que nunca saber el lugar ó region donde lo tenian.

Por otra parte, la vida rebosaba en él, la imaginacion le fingia risueñas ilusiones; á la sazon contaba veinte años y en esa edad jamás se pierden las más bellas esperanzas; ántes bien renacen más pujantes y magníficas, al compás de las contrariedades.

De pronto divisó un mechinal en la pared del sobrado, metió la mano, tocó un objeto, tiró de él y vió que era un puñal.

Contemplando aquel arma, se le ocurrieron mil y mil ideas de libertad y venganza, pensando con él abrirse paso, en ocasion propicia, para sustraerse á la opresion de sus verdugos.

Pensó al principio guardar el puñal en su seno; pero considerando luégo que con frecuencia le registraban, determinó dejarlo en el mismo sitio, si bien se alegró mucho de haber descubierto que allí tenía un arma de que valerse en caso necesario.

¿En dónde estaba? ¿Cómo podria escaparse? Hé aquí los dos pensamientos que exclusivamente le preocupaban, en medio de la febril excitacion que en él habian producido las espantosas amenazas de los secuestradores.

Ansioso, pues, de reconocer aquella morada y de rastrear si podia aprovecharse de algun medio para evadirse en caso de apuro, y advirtiendo que la puerta del desvan sólo estaba entornada, resolvióse á hacer una excursion para formar juicio de cómo estaban dispuestas las habitaciones de aquel caserío.

Y quitándose los zapatos, bajó de puntillas y con gran precaucion los nueve escalones de la mencionada escalera, á cuyo extremo habia otra puerta, que daba á la cocina.

El cautivo se aventuró á llegar muy despacio hasta la susodicha puerta, deseoso de oir la animada conversacion de sus guardianes.

Conteniendo la respiracion, palpitante el pecho, y temblando de piés á cabeza por el temor de que en aquel instante se les ocurriese abrir la puerta, permaneció algunos minutos oyendo el coloquio, que sus guardianes mantenian con algunas mujeres.

Esta circunstancia le hizo pensar en mil suposiciones respecto á la causa de hallarse allí aquellas mujeres y, uniendo este dato al del ruido que periódicamente hacian los trenes del ferro-carril, se perdia en las más extrañas conjeturas, acerca del lugar donde se hallaba.

Ya pensaba retirarse de la puerta de la escalera, temeroso de que lo descubriesen en aquella actitud tan peligrosa, cuando súbitamente oyó la voz sonora y vibrante de un mendigo, que pedia una limosna por el amor de Dios.

Aquella repentina demanda várias veces reiterada, produjo un ligero ruido de pasos, y mirando por las rendijas de la puerta, el prisionero vió á una vieja, que era la tia María, la cual le dió al pobre un pedazo de pan.

Entónces el pordiosero, con grandes muestras de agradecimiento y en voz muy alta, comenzó á gritar, como cantando:

—¡Gracias á Dios! Vengo de La Alameda y voy para Casariche y hasta ahora no he encontrado un alma caritativa, que me socorra.

—Anda véte con dos mil demonios, gritó furioso el *Tio Martin*. ¿Qué nos importa saber de dónde vienes ni á dónde vás?

—Perdóneme usted; yo no creia ofender á nadie con decir que vengo de La Alameda y sólo aquí he encontrado almas caritativas, que me socorran.

—No es éso, sino que dás unas voces, que parece que somos sordos.

—Dispense la molestia, y Dios le dé salud para hacer bien.

El mendigo se alejó, miéntras que el *Tio Martin* quedóse gruñendo con sus interlocutores, manifestando inconcebible enojo por las palabras de aquel pobre *cantador de lugares*.

—¿Lo habrá oido ese muchacho? preguntó inquieto y receloso el *Tio Martin*.

—Arriba no se oye nada, repuso la tia María.

El cautivo, lleno de temor, comprendió entónces perfectamente que las palabras del pordiosero, que habian sido para él un rayo de luz respecto al sitio en que se hallaba, habian contrariado en extremo á sus guardianes.

En seguida, pues, el jóven Reina subió rápidamente la escalera, se puso los zapatos y colocándose bien el pañuelo y la yesca, tendióse en su jergon, aparentando estar profundamente dormido.

Aquella precaucion le fué sobremanera útil y saludable, porque á los pocos momentos, sintió que uno de sus guardianes subia la escalera y entraba precipitadamente en el desvan.

Era el *Tio Martin* que, preocupado sin duda por el incidente del pordiosero, habia resuelto á la pos

tre, cerciorarse á su satisfaccion de que nada habia podido oir el cautivo.

El suspicaz viejo llamó repetidas veces al jóven Reina, pero éste, comprendiendo todo el peligro que le amenazaba, y que la única manera de salvarse consistia en afectar el más pesado sueño, se obstinó en guardar silencio.

—¿No oyes? preguntó el viejo alzando la voz, y dándole además un puntapié en el pecho.

—¡Qué!... ¿Quién está ahí?... ¿Quién me llama?... dijo el prisionero con voz azorada y fingiendo perfectamente la natural sorpresa de quien es despertado de una manera tan brusca.

—¿Hace mucho tiempo que te dormiste? preguntó el viejo con un tono, en que á la vez se traslucian el mal humor y la desconfianza.

—Hará... yo le diré á usted... hará como unas tres horas.

El *Tio Martin* permaneció algunos momentos silencioso, contemplando al jóven; y ya fuese porque notase en éste algun síntoma de turbacion, ó ya porque tuviera un vago presentimiento de la trascendencia que para él podia tener la revelacion del pordiosero, es lo cierto que al fin, con voz terriblemente amenazadora, exclamó:

—¡*Maldecio* niño! ¿Será tu sueño la causa de mi ruina?

—¿Qué dice usted?

—Si yo supiera... ahora mismo te asesinaba... Pero... dime la verdad... ¿estabas dormido?

—Sí, señor; repuso el prisionero con tan perfecta tranquilidad, que el *Tio Martin* hubo de convencerse de que eran ilusorias ó vanas sus sospechas.

Y saliendo del desván dejó al infeliz cautivo entregado á sus dolorosas reflexiones y estremeciéndose á la sola idea de que por alguna huella, señal ó signo, pudiera su feroz guardian venir en conocimiento de que él habia oido la revelacion, contenida en las palabras del *cantador de lugares*.

CAPÍTULO XXXVII.

CONSUELOS DE LA ORACION.

Hay en el alma humana una fuerza infinita, misteriosa y santa que, en la hora de la desgracia sobre todo, la eleva por encima de todas las potestades visibles del mundo, y que sólo le inspira confianza en la accion divina y omnipotente del Sér Supremo, ante el cual cesan todas las imposibilidades y obstáculos, que el mundo de la realidad ofrece á las inteligencias finitas y á los poderes limitados.

Esta fuerza, mezclada de amor, de admiracion, de fé, de respeto y esperanza, es la que pudiera llamarse el elemento religioso de la conciencia humana, pues que en virtud de élla se establece la relacion más íntima, poderosa y consoladora, cual es la relacion del hombre con Dios.

En el fondo de esta relacion, que une la conciencia con el Sér Divino, lo limitado y relativo con lo infinito y absoluto, y por decirlo así, la tierra con el cielo, palpita ese profundo sentimiento que se llama *devocion*, y que no es otra cosa en sustancia,

que una adhesion sin límites, un amor infinito del alma hácia Dios, que la ha creado y constantemente la vivifica, enaltece y consuela.

Y como en la mujer predominan las facultades afectivas, y como la devocion es en el fondo un amor purificado del fango terrenal, resulta que generalmente hablando, el corazon femenino es más propenso á este linaje de sentimientos.

Así sucedia á la bondadosa madre del jóven secuestrado, que era por extremo devota del *Cristo de la Misericordia*, bajo cuya consoladora advocacion se venera un crucifijo en el hospital, que hay en el mencionado pueblo del Arahal.

Siempre doña Dolores Jimenez habia sido muy devota de aquella santa y venerada efigie; pero desde el secuestro de su amado hijo se habian exaltado más y más sus piadosos y tiernos sentimientos.

La triste madre no se oponia á que se pusiesen en práctica los medios humanos, ni á que se usasen los recursos de que pudiera disponer su esposo para salvar al hijo de sus entrañas; pero es lo cierto que élla tenía una fé ciega y una confianza ilimitada en la intervencion milagrosa ó sobrenatural del Santo Cristo de la Misericordia.

Así, pues, la buena y atribulada señora repetia á la sazon, más que nunca, sus visitas y ofrendas á la venerada imágen del divino Redentor del linaje humano.

Cierto dia, al regresar á su casa la tierna madre, despues de haber dirigido al crucifijo sus fervientes

oraciones, encontróse á Camacho que acababa de volver de Fuente-Piedra y estaba esperando á su esposo.

Al verlo doña Dolores, su primera pregunta fué:

—¿Y qué hay de mi hijo?

—Creo que esté bueno, señora.

—Pero ¿viste á esa gente?

—No sé qué responderle á usted.

—¿Qué quieres decir?

—Que la ví, y que no la ví.

—¿Cómo es éso? preguntó la triste madre con la natural inquietud, que la suerte de su hijo le inspiraba.

Entónces Camacho le refirió á la afligida señora todo lo que ya el lector sabe respecto al éxito de su mision, y que por lo tanto, llevaba allí el dinero.

Es imposible describir la emocion profunda y la dolorosa inquietud, que tan inesperadas noticias produjeron en el ánimo de la acongojada madre.

¿Cuál habia sido la causa de que los bandidos no se hubiesen presentado á recoger el dinero? Tal era el tema de todas las preguntas de la infeliz señora; pero como el buen Camacho la ignoraba, se limitó á responder:

—Yo no atino por qué, no volvió aquel hombre á la posada.

—Eso es inexplicable.

—Esa es mi opinion.

—Pero ¿no sabes?...

—Señora, no sé más ni ménos, que lo que ya le he referido.

Doña Dolores quedóse muy triste y pensativa, dando en su mente mil y mil vueltas al inexplicable suceso.

En efecto, la circunstancia de que los bandidos rehusasen el tomar aquellos quince mil reales, despues de saber que Camacho los llevaba, era para la desdichada madre un enigma tan indescifrable como doloroso.

Al fin prorumpió en amargo llanto, quejándose de su horrible suerte é imaginándose que el bandido no habia vuelto á la posada, porque habiendo comunicado á sus compañeros la entrevista con Camacho y la exigua cantidad que éste llevaba, sin duda los secuestradores, viéndose defraudados en sus pretensiones, habian puesto por obra sus horrorosas amenazas.

Tal fué la interpretacion que la conturbada señora dió al extraño lance, aferrándose á esta opinion desconsoladora con tanta energía é insistencia, que en vano el discreto Camacho se esforzaba por disuadirla.

Es verdad que el fiel recadero no encontraba tampoco muy sólidas razones para desvanecer las justificadas sospechas y la cruel alarma de la desolada madre.

En tan crítica situacion, presentóse don Manuel de Reina, á quien el leal Camacho repitió punto por punto cuanto le habia acaecido en su viaje á Fuente-Piedra.

Grande sorpresa y afliccion produjo en el ánimo

del caballero el relato de su emisario, porque efectivamente encontró muy extraña é inexplicable la conducta de los bandidos.

Con aquellas tristes nuevas, los pensamientos del padre del secuestrado tomaron el mismo giro siniestro y sombrío que los de su amada esposa, la cual, conteniendo su llanto y sus quejas, por no afligir más á su esposo, procuraba á todo trance aparecer tranquila.

En ésto, presentóse un criado con una carta que algunas horas ántes habia dejado el cartero.

El señor de Reina examinó el sello y vió que provenia del pueblo de Fuente-Piedra, y abriéndola sin dilacion, encontróse que la firmaba una persona que desde antiguo le era adicta, dándole cuenta de todo cuanto habia sucedido en el susodicho pueblo, y anunciándole que el bandido, que se le habia presentado á Camacho, era el conocido en aquella comarca por el *Moreno de Mollina.*

Terminada su lectura, el afligido padre comunicó el contenido de la carta á su esposa y á Camacho, el cual manifestó á ámbos, que el que la suscribia era tambien amigo suyo desde su juventud, y que á la sazon se hallaba desempeñando el cargo de Secretario del Ayuntamiento de Fuente-Piedra.

El señor de Reina y Camacho parecieron muy conmovidos despues de haberse enterado de aquella carta, así como tambien la triste madre, lamentando todos tres el enojoso concurso de circunstan-

cias, que sin duda harian creer á los bandidos, que el padre del secuestrado habia tenido el propósito de tenderles algun lazo, dando aviso á las autoridades.

—¿Le dijiste tú algo al Secretario? preguntó con aire inquieto el señor de Reina.

—Al contrario, respondió Camacho; el Secretario fué el que me manifestó sospechas de que yo iba al asunto de su hijo de usted; pero yo procuré disuadirlo de sus sospechas, diciéndole que aun cuando fuesen verdaderas, no debia decir á nadie una palabra, si no queria perjudicarle á usted hasta el punto de comprometer la vida de su hijo.

—Bien dicho; pero se conoce que no hizo gran caso de tu advertencia.

—Eso parece, y yo por mi parte, lo siento mucho, porque sabe Dios ahora lo que hará esa gente, creyendo que usted y yo hemos faltado á su encargo y á nuestras promesas.

—Tienes razon, Camacho, repuso con voz dolorida el acongojado padre.

—¡Hijo de mis entrañas! exclamó la desolada madre, comprendiendo que aquel desgraciado accidente podia ser la causa de la muerte del secuestrado.

—Cálmate, querida esposa; Dios sabe que yo no he tenido arte ni parte en esa alarma, y tendrá misericordia de nosotros.

—¡Ay, Manuel! Somos muy desgraciados, y esa coincidencia funesta puede matar á nuestro querido hijo.

Al oir estas palabras, con cuyo sentido estaba completamente de acuerdo el triste padre, éste hizo un enérgico y elocuente ademán, como rechazando con horror aquella dolorosa creencia, por más que él participase de idénticos temores.

—No, no digas éso, esposa mia, porque me atraviesas el corazon con un puñal.

—¡Mal hayan los amigos indiscretos! exclamó Camacho. Los amigos nos perjudican muchas veces, creyendo favorecernos.

—Es verdad, Pepe... ¡Hijo mio!. ¿Cuál será tu suerte á estas horas?

—¡El Señor de la Misericordia lo ampare y lo favorezca! exclamó la tierna y religiosa madre con una entonacion indescribible.

El antiguo guardia, el esforzado veterano, sereno ante todos los peligros, pero tímido ante el riesgo que corria su hijo idolatrado, miró á su esposa con una expresion que hubiera podido traducirse por estas palabras:

—¡ Que el Señor de la Misericordia te oiga!

—¿Cómo pudiéramos desengañar á esa gente de que no tiene razon? preguntaba sin cesar Camacho. Es fuerte cosa, que ha de ir un hombre á su negocio con todos sus cinco sentidos para no cometer ninguna imprudencia, y sin embargo, le sobrevienen á uno los lances más imprevistos é inevitables... ¡Válgame Dios, y qué mal encuentro tuve en Fuente-Piedra!

—No te aflijas, hombre, porque tú no tuviste la

culpa, y gracias que has librado bien de sus manos, estando éllos en la creencia, como sin duda deben estarlo, por lo que el Secretario me indica, de que las medidas adoptadas por la autoridad, se deben á mi reclamacion é iniciativa.

—¿Y qué harán esos hombres con el pobre de José? dijo Camacho, interesándose vivamente por el secuestrado. No tengo más sentimiento en el mundo, sino que le suceda alguna desgracia por causa mia, aunque yo no tenga la culpa.

—¡Calla, calla por Dios y no me asesines con tus fundados temores! exclamó la madre, llorando y retorciendo sus manos de dolor.

Camacho inclinó la cabeza y guardó profundo silencio, estremeciéndose al pensar que los bandidos, engañados por las apariencias, en un arrebato de furor, pudieran sacrificar al jóven prisionero.

Por su parte, el señor de Reina, comprendiendo tambien el inminente riesgo en que se veia su hijo, excusaba igualmente manifestar sus temores, que se acrecian y confirmaban, á medida que más revolvia en su mente las noticias del secuestrado y la situacion probable, en que su hijo debia encontrarse.

En cuanto á la infeliz doña Dolores, debo decir que hacía inexplicables esfuerzos por contener su llanto y sus lamentos para no afligir á su amado esposo, á la vez que agitaba convulsivamente sus lábios, dirigiendo fervientes plegarias al Señor de la Misericordia para que salvase á su hijo de todos los riesgos, que pudieran amenazarle.

Aquella íntima plegaria que brotaba de lo más recóndito de su corazon, lleno de fé, logró tranquilizarla en algun modo.

La oracion es la forma de la union espiritual del sér humano con el Sér Supremo, así como tambien la condicion necesaria de la creencia profunda en la accion divina sobre los acontecimientos de la vida humana.

CAPÍTULO XXXVIII.

UN DIÁLOGO EDIFICANTE Y UNA APARICION MISTERIOSA.

Sentados en torno de una mesa en la cocina de la huerta del *Tio Martin*, hallábanse los secuestradores del jóven Reina, departiendo muy á su sabor, despues de haberse comido una gran fritada de borrego y empinado el codo de lo lindo.

Mas no se entienda por ésto, que ninguno de éllos se embriagase, pues sabido es que los malhechores no se emborrachan fácilmente, no sólo por la costumbre de beber, sino además por el temor de cometer indiscreciones, ó de hallarse imposibilitados para defenderse en caso de sorpresa.

En este sentido, bien puede asegurarse que los hombres de bien, que nada tienen que temer de su lengua tartamuda ó desatada por el vino, son los que de más buena fé y con mayor confianza se entregan con exceso y sin reparo á los deplorables y perniciosos placeres de Baco.

Los secuestradores, pues, sostenian una conversacion muy animada, referente á sus planes y aspiraciones, en la cual se reflejaba el sentido y espí-

ritu de aquella casta de gentes, y que se encuentra tan distante del espíritu y sentido general, no de lo que entre nosotros se llama buena sociedad, sino de las reuniones de las personas honradas, que juzgo muy necesario dar á conocer aquellas tendencias, algunas veces elevadas á teorías, y que no es fácil que ni siquiera sospechen los hombres de bien, que por su posicion y circunstancias, no hayan tenido la ocasion ó el deber de penetrar en la atmósfera viciada de ciertos círculos sociales, más extensos y corrompidos, que lo que de ordinario se piensa.

Aparte la diferencia de cultura, puede creerse que en todas las esferas sociales existe la misma cantidad de talento natural, y que por lo tanto, las asombrosas divergencias que en el órden moral se advierten con respecto al juicio erróneo y torcido que los malhechores se forman de la vida, de la propiedad, de la riqueza y de la dicha humana, provienen, no de carencia de facultades intelectuales, sino de raciocinios basados en ideas falsas, en errores groseros, en sentimientos rencorosos, en aspiraciones egoistas y en el desconocimiento de las relaciones morales, que se olvidan lastimosamente entre hombres rudos y sin educacion, con tanto mayor motivo, cuanto que las clases superiores, que debian desempeñar una alta mision de tutela, patronato y ejemplo edificante, sólo les ofrecen el acabado modelo del más repugnante positivismo y de la corrupcion más abyecta.

A la sazon, el llamado *Salamanca* tenía la pala-

bra, refiriendo á los bandidos las malas artes y reprobados medios, con que los caciques más influyentes de la comarca se habian enriquecido; y excusado me parece decir que lo que más impresionaba á aquella mala gente, no eran los rasgos de honradez que relataba con relacion á las víctimas, ó sean los hombres de bien, sino la referencia de los rasgos de astucia, crueldad, perfidia y brutal violencia, en virtud de los cuales habian hecho los *más listos* sus depredaciones y sus fortunas.

Tal y tan dolorosa es la propension de las personas ignorantes é incultas, las cuales se fijan más en la destreza y habilidad de los perversos, que en la inocencia y resignacion de los hombres honrados.

—Pues por éso, dijo Carrascoso, me rio yo cuando me hablan de la honradez de ciertos señorones, que son mucho peores que nosotros, y tienen hasta para con su familia, mil veces más malas entrañas que el último cortijero.

—Y que no te engañas en éso, respondió con cierto aire de autoridad *Salamanca*.

—Pero á éllos les vale su hipocresía, terció el *Tio Martin*. Pongo por caso, uno de nosotros desbalija á un señor de ésos en el campo, exponiendo su pellejo; pero si lo cogen, como no tenga buenas aldabas, sin remedio que lo ahorcan.

—O le dan garrote, añadió su hijo Francisco.

—Lo mismo dá, hijo; porque como yo he conocido primero la horca y despues el garrote, hablo de ambas cosas como si fuera una misma; pero

vamos al caso. Miéntras que á un pobrete por un robo y una muerte en despoblado le dan *mulé*, á un señoron de ésos, que roba muchísimo más y mata á los que le estorban desde su casa, ó nadie le dice nada ó todo se arregla, si deja parte de la presa en manos de la Curia. Y sin embargo, al pobre lo llaman pícaro ladron, y á los señorones los llaman caballeros muy listos. ¡Esta es la hipocresía del mundo!

—Tiene usted razon, *Tio Martin*, le respondió *Salamanca*. La cuestion está en no pringarse en poco, sino en muchos miles de duros, porque las leyes son como las redes de los pescadores, que las rompen los peces gordos y sólo quedan presos en éllas los pequeñuelos.

—Esa comparanza está muy bien hecha; pues yo he conocido caballeros muy respetados, y áun curas y frailes, que merecian ser ahorcados con mucha más razon que otros infelices que he visto patalear; y con todo y con éso, aquellos señores se reian del mundo, sin que nadie se atreviese á llamarles lo que eran, y por cierto que uno de éllos era de Montilla, y aunque vestia hábitos y tenía corona, tenía la conciencia más ancha que la mar; y confesando á gente muy rica, cuando ya estaban *morimundos*, les hacía en la hora de la muerte que le dejáran todas sus riquezas, y de este modo se cargó aquel tio tunante hasta trece herencias.

—¡Y éso que era sacerdote! exclamó riéndose Carrascoso.

—Yo creo que cada uno, bajo la capa de su oficio,

aquí roba hasta el Niño de la Bola, añadió José.

—Claro está, repuso Carrascoso; y así he conocido yo á más de uno y á más de cuatro señorones, que pasaban por santos, y que se han acostado con cien fanegas de terreno, y han amanecido con tres mil.

—¡Toma! ¡Toma! exclamó *Salamanca*, éso se está viendo todos los dias; y si fuéramos á examinar el orígen de la propiedad de casi todos los grandes terratenientes de Andalucía, veríamos que pocos ó ningunos tienen títulos legítimos de propiedad.

—Pues bien, ¿y por qué no los han de llamar lo que son? ¿Y por qué siendo los pobres muchos más que ésos ricos ladrones, no hemos de poder rebajar sus caudales, favoreciendo á los que trabajan y no tienen? ¡Qué justicia humana! exclamó Carrascoso con sus negros ojos brillantes de ira. ¡Si yo tuviera mil hombres que me siguieran, ya veríais cómo á todos los dejaba igualados, y entónces el que trabajára que comiera; pero el que fuese un gandul, que tragára maroma, ó se enmendase!

Todos los bandidos aplaudieron aquella especie de programa con inequívocas muestras de entusiasmo y de alegría.

—Dices bien, Carrascoso, respondió *Salamanca*; pero los pobres son muy brutos y se dejan matar uno á uno, y no saben nunca juntarse mil para hacer éso que tú quieres.

—Pues que se aguanten, que en el pecado llevan la penitencia, replicó airado Carrascoso. Por éso tenemos que recurrir á echarles la garra á los que

se pueda, y rebajarles el caudal tambien uno á uno.

—Eso está muy bien pensado, respondió el *Tio Martin*; y por éso yo desde mozo procuré agenciarme todo lo que yo creo que me corresponde, porque cuando un hombre nace, es porque Dios quiere que viva, y si los demás no le dan, él lo tiene que tomar; pues Dios no se engaña, ni se le puede engañar como dicen los curas; en fin, ya que no podamos gobernarlo bien para todos, como tú dices, por lo ménos tratemos de gobernarlo bien para cada uno de nosotros; pero en éso de las rebajas...

—Me alegro mucho de oirle á usted hablar así, dijo Carrascoso; y en cuanto á la rebaja de caudales, no hay más remedio que irlas haciendo por nuestra cuenta, con todos los que caigan en nuestro poder.

—Todo éso está muy bien; pero yo iba diciendo, que en cuanto á éso de las rebajas, hay mucho que hablar.

—Pues hable usted cuanto quiera.

—Sí hablaré, comenzando por decir que todos estamos conformes en lo de rebajar caudales; pero con lo que yo no me conformo es con las rebajas, que luégo vosotros haceis.

—Explíquese usted, *Tio Martin*.

—Yo lo explicaré más claro que el agua. Tratamos de rebajarle al padre de ese mozuelo que tenemos arriba diez y seis mil duros de su caudal, y en lugar de seguir adelante en nuestro propósito y no ceder, ya habeis rebajado la mitad de la rebaja, de suerte, que ahora os contentais con ocho mil duros, y éso no está bien. Yo te digo, que así

como los ricos logran sus pretensiones por su astucia y su dinero y nunca ceden en su empeño, así tambien nosotros debemos conseguir nuestros deseos por nuestra astucia y por el espanto.

Los bandidos aprobaron unánimes las razones del viejo, que continuó:

—Si mi consejo hubiera valido, ese mozuelo no saldría de aquí sin haberle rebajado á su padre los diez y seis mil duros, que desde el principio se pidieron.

—Bien, respondió *Salamanca;* pero ya se ha rebajado la mitad y... ¿qué hemos de hacer?

—Sí, señor, ya no queda más remedio que conformarse con lo que últimamente se ha pedido; pero como yo estoy escamado y creo que no lo darán, soy de parecer, que hagamos un escarmiento.

Los bandidos manifestaron hallarse conformes con la opinion del *Tio Martin*, llegando hasta el extremo de convenir en llevar á cabo la feroz amenaza, que le habian hecho al señor de Reina, de colgar la cabeza del secuestrado en el aldabon de su puerta.

Concertados en esta bárbara resolucion, los bandidos se levantaron de la mesa, y seguidos del *Tio Martin*, saliéronse fuera de la casa, encaminándose unos á Casariche y otros á las chozas.

Entretanto, el infeliz prisionero, muy preocupado por las amenazas del dia anterior y por el ruido que casi constantemente oía abajo, aguardaba á cada instante que los bandidos entrasen de tropel, como la vez pasada, para insultarle ó asesinarlo, furiosos y ofendidos como estaban por las medidas que, segun

éllos mismos afirmaban, habia tomado su padre.

Escarmentado por el riesgo que corrió el dia precedente, y por las sospechas que le manifestó el *Tio Martin*, de que él hubiese oido al mendigo, no se atrevió el prisionero á repetir aquella tarde la misma operacion de bajar la escalera para escuchar lo que abajo hablaban; mas no por ésto dejó de quitarse la venda ni de acariciar el puñal escondido, ni de pasearse por el sobrado con la más viva agitacion, creyendo que la suerte le habia de presentar muy en breve alguna coyuatura favorable para sustraerse á la opresion de sus verdugos.

En efecto, el prisionero se hallaba en una excitacion febril, recordando con ira los insultos y amenazas de los secuestradores, y sin olvidar tampoco el gravísimo riesgo en que se imaginaba estar, á consecuencia de haber dado su padre aviso á la Guardia civil y á las autoridades. Pero sobre todos estos motivos de alarma y emocion, descollaba el descubrimiento que habia hecho el dia anterior, respecto al lugar ó region en que lo tenian.

—«Vengo de la Alameda y voy para Casariche, y hasta ahora, no he encontrado un alma caritativa que me socorra.»

Estas palabras, así como todo el diálogo habido con el mendigo, se habian esculpido en su mente con caractéres de fuego, y ni un solo punto podia apartarlas de su memoria.

—Estoy en un caserío, situado entre un pueblo que se llama Alameda y otro que se llama Casari-

che, y por más señas, esta casa dista muy poco de la vía férrea. ¡Oh! Si yo pudiera evadirme, y con estos datos... ¡La Providencia, de la manera más inesperada, ha sabido burlar todas las precaucio- nes de los malvados!

Es increible la fuerza, la energía, y el poder de concentracion y de sentido íntimo, que en ciertos momentos y en situaciones como la del secues- trado, puede adquirir el alma humana.

Diríase que la conciencia se dilata en el espácio, y que el *yo* se agiganta y recobra proporciones colosales. Entónces el monólogo habitual del sentido íntimo, se convierte en un verdadero diálogo, como si en tales circunstancias, el hombre se dividiese in- teriormente en dos séres, agente y pasivo, contem- plador y contemplado.

El calabozo, el secuestro y la capilla, son los agentes más eficaces para producir este fenómeno psicológico, en que el hombre se ve con dos imá- genes en el espejo interior de la reflexion, elevada á su más alta potencia.

En tal situacion de ensimismamiento se hallaba el secuestrado, cuando se oyó un ligero ruido de pasos junto al desvan, cuya puerta se abrió lenta- mente, apareciendo una esbelta figura de mujer, cuyos contornos apénas podian apreciarse á la clari- dad opáca de la noche, que entraba por el ventanillo. El prisionero reparó al fin en aquella graciosa figura, y lleno de sorpresa, de terror y de asombro, juzgó una ilusion de su fantasía; pero muy luégo

vió que la mujer se adelantaba con lento paso y se detuvo diciéndole:

—Ponte en seguida la venda y acuéstate, si quieres conservar la vida.

Aquellas palabras fueron apénas articuladas y sonaron en el oido del cautivo, como proferidas por el ligero soplo de un espíritu del aire.

Cuando el jóven Reina, algun tanto recobrado de su indecible sorpresa, quiso dirigirse á la inesperada vigilante, ya ésta habia desaparecido.

—¿Quién eres? preguntó el prisionero en voz muy baja y precipitándose hácia la puerta.

A nadie vió, creyéndose víctima de un ensueño.

De pronto experimentó un rudo sacudimiento, recuperando plenamente el sentimiento de la espantosa realidad.

Acababa de oir en la puerta baja de la escalera, la bronca voz del *Tio Martin*, que, sin duda, encaminábase al desvan.

Entónces el prisionero recordó el misterioso aviso, é inmediatamente retrocedió hácia el jergon, colocóse la venda y la yesca, y en seguida acostóse, afectando hallarse entregado al sueño.

Ya era tiempo, supuesto que en aquel mismo instante penetró en el desvan la siniestra y feroz figura del *Tio Martin*, crudamente iluminada por la rojiza luz del farolillo que llevaba en una mano, miéntras que en la otra conducia la cena del cautivo.

CAPÍTULO XXXIX.

UN NUEVO EMISARIO.

Segun recordará el lector, don Manuel de Reina y el buen Camacho quedaron bajo la impresion de que los bandidos podian arrojarse á cualquier sanguinario exceso contra el secuestrado, á consecuencia de creer éstos que aquél habia dado cuenta á la autoridad para su persecucion y castigo.

Desde luégo se comprenderá la inmensa y dolorosa inquietud que semejante situacion debia inspirar á los padres del cautivo y á todos los hermanos, amigos y allegados de la familia.

Miéntras que todos en aquella casa se hallaban en tan cruel incertidumbre, llegó al dia siguiente la consabida carta de los bandidos, la cual, si bien los tranquilizó en algun modo, vino á confirmarlos más y más en sus temores, supuesto que los criminales se manifestaban en élla resentidos y quejosos de que el señor de Reina hubiese dado algunos pasos, que pudieran perjudicarles.

Del contexto de la carta de los bandidos, que inulpaban á Camacho de haberse puesto de acuerdo

con las autoridades de Fuente-Piedra, se deducia fácilmente el peligro á que éste se exponia, si de nuevo tornase con algun mensaje para los secuestradores, por cuyo fundado motivo el señor de Reina recurrió á Antonio Navarro y Rodriguez, á quien habia tenido de aperador en uno de sus cortijos, para que sin dilacion fuese al punto designado por los bandidos, que era Martin de la Jara, y llevase hasta unos mil duros, que fué toda la cantidad que el afligido padre pudo reunir en el perentorio plazo, que le prefijaban.

Así, pues, don Manuel de Reina comunicó al citado Navarro y Rodriguez todas las instrucciones necesarias para que desempeñase acertadamente su cometido, previniéndole que saliese del Arahal en la misma caballería, con los mismos capachos que habia llevado el anterior mensajero, siguiendo en un todo el itinerario prescrito por los secuestradores, y advirtiéndole que él debia responder al nombre de *Ballesteros de Alcalá*, por el cual le preguntarian en el camino, en la posada de Juan de Aroca, en Martin de la Jara, ó en el punto del trayecto que los bandidos tuviesen por conveniente.

Dadas estas instrucciones, el fiel criado salió de Arahal en la forma dicha, y encaminóse al mencionado pueblo de Martin de la Jara, sin que nadie le saliese al encuentro.

Llegado que hubo al pueblo á las dos de la tarde, se hospedó en la posada del referido Aroca, el cual le preguntó:

—¿Qué le trae á usted por aquí, buen amigo?

—Vengo á comprar queso, respondió Navarro.

—Pues ese negocio pronto se puede hacer en esta tierra.

—Sí; pero debo aguardar aquí á un compañero, que va á la parte conmigo.

El posadero Aroca, al oir aquella respuesta, hizo un gesto particular, y miéntras que Navarro conducía el macho á la caballeriza, aquél le guiaba con el aire solícito y escudriñador de todos los posaderos, y examinando los capachos, le dijo:

—Estos capachos han estado aquí hace muy pocos dias.

—Serán otros parecidos, pero no los mismos; repuso Navarro.

Una vez que éste hubo cuidado su cabalgadura, salióse al portalon de la posada, siempre seguido del servicial y curioso Aroca.

Al poco rato se presentaron allí cuatro sujetos, que tomaron asiento cerca de la puerta y los cuales, despues de saludar al posadero, fijándose en el emisario del señor de Reina, le preguntaron:

—¿De dónde se viene?

—Del Arahal.

—¿Y cómo se llama usted?

Navarro vaciló en contestar; pero recordando sus instrucciones y teniendo en cuenta que no habia inconveniente ninguno en responder con el nombre que le habian designado, al fin repuso:

—Yo me llamo *Ballesteros de Alcalá*.

Los referidos sujetos eran el alcalde de Martin de la Jara, un regidor de aquel Ayuntamiento, el secretario y un pariente del posadero, y permanecieron allí hablando amigablemente de generalidades.

Ya despues de anochecido, presentóse en el corro un hombre alto, delgado, falto de color, pintado de viruelas, con pantalon y chaleco listados, sombrero calañés negro, pero embozado en su capa, bajo de la cual se le veia un retaco.

El recien llegado, despues de saludar á los concurrentes, preguntó:

—¿Me darán ustedes razon de uno que se llama *Ballesteros de Alcalá?*

—¿Qué se ofrece? dijo Navarro.

—¿Es usted?

—Para servirlo.

—Pues hágame el favor, con permiso de estos señores, de oir una palabra.

Navarro siguió al desconocido; pero cuando habria caminado como unos veinte pasos, observó que comenzaba á llover, por cuyo motivo le manifestó que volvia á la posada para tomar su capote.

El pintado de viruelas permaneció aguardando á Navarro, que en seguida reunióse con él, y siguiendo su marcha, encontraron á los pocos pasos á otro hombre, envuelto en una capa y armado tambien de su retaco.

Así fueron encontrando sucesivamente hasta tres embozados los cuales estaban dentro del pueblo

y en la misma calle donde se halla la posada.

Navarro y su conductor se dirigian hácia la salida del pueblo, donde está la fuente del Arroyo, siempre seguidos de los tres embozados.

Al llegar á dicha fuente, el pintado de viruelas se detuvo, imitóle Navarro y pocos momentos despues, se les reunieron los tres desconocidos.

Entónces el que habia ido á buscarle á la posada, preguntó á Navarro:

—¿Qué dinero traes?

—Traigo unos mil duros aproximadamente.

—¿Nada más? preguntó uno de los tres en tono de mal humor y disgusto.

—Nada más, y gracias que mi pobre amo haya podido reunir esta cantidad en tan poco tiempo.

—Nosotros no somos ningunos pordioseros.

—Tampoco mi amo es ningun arcon de onzas.

—¡Qué buenos criados tiene tu amo! ¿Y el otro tunante? ¿Por qué no ha venido?

—Porque... francamente, estaba escamado y temia que hicieran ustedes con él alguna barbaridad, por lo que ustedes decian en la carta, aunque el pobre es completamente inocente, lo mismo que mi amo; pues ni uno ni otro son capaces de dar parte á la autoridad y perjudicarse todos.

—Bueno, bueno, dejáos de disputas inútiles; terció el pintado de viruelas.

Y encarándose con Navarro, añadió:

—¡Venga ese dinero!

El aperador se desprendió de la cintura el bolso

que le habia dado el señor de Reina y se lo entregó á su interpelante.

—¿Y veré pronto á mi señorito? preguntó despues Navarro.

—¡Allá verémos!

—Pero considere usted que yo debo llevar alguna contestacion á mi amo.

—Muy poco dinero has traido para conseguir lo que deseas.

—Si usted supiera el trabajo que ha costado el reunir ese dinero... En fin... ¡Pobre familia!

—No te metas en camisa de once varas, que ya se dispondrá lo que convenga.

—Ya conocerá usted que me preguntarán, y yo debo decir algo razonable, porque yo no soy ningun niño, dijo Navarro aludiendo á su edad provecta.

—Pues bien; lo que es ahora, no podemos darle á usted contestacion ninguna.

—¿Y cómo quiere usted que yo me vaya sin poder decir más, sino que le he entregado á usted el dinero?

—Diga usted lo que quiera.

—Eso no está bien; es menester que los hombres formales cumplan sus encargos como Dios manda.

—Tiene usted mucha razon, pero ¿qué quiere usted que yo le haga? En este momento, no habiendo traido más que esos mil duros escasos, yo no puedo darle contestacion ninguna hasta que no se hable con quien se debe hablar, y se convenga en lo que se deba hacer.

—Pues bueno, yo esperaré la respuesta, porque sin élla no voy, aunque tenga que aguardarlos á ustedes hasta el dia del juicio final.

—Haga usted lo que le parezca mejor, y en ese caso, puede usted volverse á la posada y esperar allí... hasta que se canse, y si no voy yo á buscarle, se marcha usted á su pueblo, por el mismo camino que ha traido.

—Es que yo quisiera que usted volviese...

—No todo lo que se quiere, se puede hacer; interrumpió el pintado de viruelas.

—Quisiera que usted volviese para que me diera noticias de mi señorito, replicó Navarro, completando su interrumpida frase.

—Vaya usted con Dios y haga lo que se le ha mandado.

Y el bandido se alejó con sus compañeros, miéntras que Navarro volvióse á la posada.

CAPÍTULO XL.

ASTUCIA CONTRA ASTUCIA.

Cada dia que pasaba, el secuestrado hallábase más y más impaciente, no sólo por el natural deseo de verse libre, sino tambien por el temor de que los secuestradores cumpliesen sus aterradoras amenazas, por la indignacion que le habian producido los insultos de los criminales, por la emocion indescribible que le causaba el descubrimiento del sitio en que lo tenian, por el doloroso recuerdo de la situacion de su acongojada familia, y finalmente, por la curiosidad inexplicable de saber quién fuese aquella mujer, que de una manera tan inesperada, se le habia presentado para prevenirle el riesgo que corria, si lo encontraban con la venda quitada.

Aumentaba el enojo del cautivo el conocer que despues de la cita en Fuente-Piedra, lo trataban con más dureza y con mayores precauciones.

Tampoco se olvidaba el cautivo de la peligrosa escena ocurrida con el *Tio Martin*, cuando éste le preguntó si llevaba mucho tiempo de estar dormido, despues de haberse presentado el mendigo en la puerta del caserío.

En efecto, las increpaciones, las reticencias y áun el presentimiento del malvado viejo, eran motivos más que suficientes para tener inquieto, alarmado y lleno de temores y recelos al hombre más valeroso.

Desde el principio se quedaba el *Tio Martin* en el desvan todas las noches para guardar al prisionero, y tambien habia subido algunas veces la tia María para llevarle la comida; pero desde la aventura de Fuente-Piedra, que habia coincidido con la del mendigo, todas las noches se quedaban el viejo y otro bandido para custodiarle.

El secuestrado, pues, conocia bien claramente que se redoblaba con él la vigilancia; pero se perdia en un mar de conjeturas para adivinar la verdadera causa de aquella creciente desconfianza y de las nuevas precauciones, no acertando si éstas tenían por orígen el caso de Fuente-Piedra, ó el suceso del pobre mendigo.

De todas maneras, es lo cierto que á la sazon se le vigilaba con más cuidado que ántes, dándole además peor trato.

Su comida consistia en cocido con carne de cabra, y la cena limitábase á un poco de ensalada cruda, que muchas veces tenía que comer con los dedos, por no servirle cubierto.

Tal vez, pensaba el cautivo, el *Tio Martin* habria comunicado sus recelos á los malhechores, ó bien alguno de éstos, como así era la verdad, temia ser conocido por el prisionero.

No se engañaba éste en sus sospechas, supuesto

que una mañana subió Carrascoso al desvan con el *Tio Martin*, y entrando en conversacion con el secuestrado, le preguntó á quema-ropa:

—¿Cuáles son los más tunantes de tu pueblo?

—Hay muchos; pero el más malo de todos es un tal Carrascoso, respondió el jóven Reina con grande astucia y con una prudencia muy superior á sus años.

—¿Y lo conoces tú personalmente? interrogó el mismo Carrascoso.

—No, señor; pero conocí á su padre, que lo tuvo el mio en sus labores, y me decia que su hijo era muy malito.

—¿Y qué hacía?

—Era ladronzuelo y lo echaron á presidio. Por lo demás, los tunantes de mi pueblo no se dedican más que á robar bestias, y no tienen el corazon que usted y sus compañeros para hacer hombradas.

Carrascoso rióse muy de véras de aquella respuesta y se alejó con el *Tio Martin*, muy satisfecho de que el prisionero no le conocia, á pesar de ser ámbos del mismo pueblo. Sin embargo, engañábase Carrascoso de medio á medio, supuesto que el jóven cautivo le conocia perfectamente; pero habiéndole adivinado la intencion, tuvo la prudencia bastante para disimular y no decir que lo habia visto jamás, comprendiendo que lo más discreto era hablar mal de él, y desorientarle de este modo, evitando al mismo tiempo las funestas consecuencias, que la confesion contraria pudiera acarrearle.

Así la astucia del bandido fué muy hábilmente contrarestada por la astucia del jóven cautivo.

No bien se hubieron bajado del desvan Carrascoso y el *Tio Martin*, llegaron á la huerta el pintado de viruelas y los otros tres bandidos, y todos juntos se retiraron á la habitacion subterránea que ya el lector conoce, y que algunas veces solia servir de cuadra.

Allí los recien llegados dieron cuenta á sus demás compañeros de lo acaecido en Martin de la Jara.

Salamanca y Carrascoso parecieron bastante contrariados por aquella noticia; pero el *Tio Martin* y sus hijos se pusieron furiosos, viendo defraudadas las lisonjeras y lucrativas esperanzas, que habian concebido con motivo de aquel secuestro.

—¡Eso es una picardía! exclamó fuera de sí el feroz viejo. ¡Bien os lo decia yo la otra noche! Se pidieron diez y seis mil duros, se rebajó la mitad bien á pesar mio, y ahora salimos con que nos envian mil duros mal contados. Pues nada, lo dicho dicho. Si los ricos quieren burlarse de nosotros con sus camándulas, es menester que nosotros comamos por la sangre y por el espanto.

—Dice usted bien, *Tio Martin*, respondieron á una voz todos los bandidos, ménos *Salamanca* y Carrascoso, que cambiaron entre sí una significativa mirada.

—Pues vamos á ver lo que se hace, dijo el pintado de viruelas.

—¿Qué hemos de hacer sino escribir otra carta, di-

ciendo que éso no es lo tratado? replicó *Salamanca.*

—¡Esas son pamplinas! exclamó el *Tio Martin* con muy mal gesto.

—Pues que me den á mí esas pamplinas por cada carta que yo escriba, repuso Carrascoso. Es verdad que éso no es lo que se ha pedido; pero el que manda mil duros tan luégo como recibe una carta, bien puede mandar lo que resta; aunque se necesite volver á escribirle otras dos ó tres veces.

Esta manera desapasionada, fria y racional de ver la cuestion, no dejó de impresionar fuertemente á los bandidos; mas el iracundo viejo insistió:

—Sí; pero éso sería bueno, si ese mozuelo estuviera oculto bajo de tierra, como han estado aquí todos con tantas y más campanillas que ese trasto. Vosotros no cavilais que así pasan dias y más dias, y que en un instante se descuelgan por aquí los tricornios y hacen un reconocimiento, tropiezan con el pájaro y me dan la gran desazon del siglo. ¡Caramba! ¡Vosotros sois muy valientes con la carne ajena! Vengan cartas y vayan cartas, y si sucede un estrupicio, que el *Tio Martin* se haga tiestos, y astillas, y polvo. ¿No es éso, caballeros? ¡Vaya una ganga!

Los bandidos al oir aquella singular perorata del viejo, quedáronse al pronto suspensos y áun convencidos de la exactitud de sus razones; pero al fin, recordando la gracia grotesca de sus palabras y ademanes, prorumpieron todos en una ruidosa carcajada.

—Pues bueno, *Tio Martin*, no se enfade usted y

ya por cuatro dias más, no hemos de echarlo todo á barato, dijo Carrascoso.

—Es que en una hora sucede lo que no pasa en cien años.

—Entónces ¿á qué consintió usted que lo trajéramos aquí?

—Porque yo creí que este negocio se acabaria pronto, y como además me hablabas de diez y seis mil duros y esos tales no parecen... creo yo que se puede perdonar el bollo por el coscorron, porque es demasiado el riesgo y muy poca la ganancia.

—¿Y quiere usted que lo soltemos?

—No; pero le podemos cortar la cabeza y cumplir lo prometido, repuso el *Tio Martin*, fumando su cigarro con la mayor frescura.

Los secuestradores se miraron unos á otros, admirando la fria crueldad de aquel desalmado viejo.

—Caballeros, terció el llamado *Salamanca;* mi dictámen es que por ahora el prisionero escriba otra carta, y si su padre no corresponde... verémos lo que se hace. Por lo demás, el *Tio Martin* dice muy bien y tiene mucha razon en temer que se descubra el cautivo fácilmente, en atencion al sitio en que se encuentra.

—No me parece mal la propuesta, dijo Carrascoso.

—De todas maneras, insistió el *Tio Martin*, es menester deshacernos pronto de ese hombre, porque hablando en plata, yo ando escamado, porque hace tres ó cuatro dias que veo yo pasar por aquí gente extraña, y de noche he columbrado tambien som-

bras chinescas, en fin, que tengo la espina de que nos andan espiando.

Los bandidos conocian demasiado bien la perspicacia y experiencia del *Tio Martin*, para no conceder á sus indicaciones y sospechas toda la importancia que se merecian.

Así, pues, sus últimas palabras impresionaron vivamente á los secuestradores, que algun tanto inquietos y alarmados, convinieron con el *Tio Martin* en la necesidad de acabar cuanto ántes aquel negocio y quitar de allí al prisionero.

El viejo, muy satisfecho de que al fin todos reconociesen la validez de sus razones, añadió:

—Me alegro mucho de que á la postre hayais caido de vuestro borrico y conozcais que es menester vivir alerta, porque repito, que yo creo que andan espiando esta casa. En fin, mañana tempranito pienso ir á Casariche y á otros sitios que yo me sé para husmar lo que se pueda, y ya os diré por la noche lo que haya averiguado.

Los secuestradores aprobaron la resolucion del taimado viejo, y todos se retiraron á descansar, harto pensativos y preocupados por aquellas noticias.

Pero el *Tio Martin*, léjos de entregarse al sueño, salió á vigilar todos aquellos contornos, porque en efecto, la noche anterior habia visto tres desconocidos pasar várias veces por las inmediaciones de la huerta.

CAPÍTULO XLI.

DE LO QUE HIZO EL GOBERNADOR DE CÓRDOBA Y DE LO QUE SUPO EL TIO MARTIN EN CASARICHE.

Las sospechas del *Tio Martin* eran muy fundadas, como despues lo comprobaron los sucesos.

La huerta era ya por aquellos dias objeto de la vigilancia de mis agentes.

En efecto, el pobre mendigo, segun ya el lector habrá columbrado, era uno de los *cantadores de lugares*, que por órden mia salieron á recorrer los puntos sospechosos, y además los caseríos y cortijos próximos á las vías férreas de la provincia y de sus inmediaciones, teniendo muy en cuenta la indicacion que me hizo la persona, á que en otro lugar me he referido, y que habia estado secuestrada y oculta en un sitio, desde el cual se oia el tránsito de los trenes.

El mendigo, es decir, mi agente encargado de recorrer todos los cortijos y caseríos, situados en las inmediaciones de la línea férrea de Córdoba á Málaga, una vez terminada su mision, fué á darme cuenta minuciosa de todo cuánto le habia ocurrido en sus correrías.

Segun ya he indicado, yo exigia de mis agentes

la relacion fidelísima de todo cuanto observasen, sin omitir ni una palabra ni un gesto, porque la experiencia me habia demostrado, que de la circunstancia más insignificante, yo acertaba á deducir consecuencias y hechos de suma importancia, por cuyo motivo les prevenia que nada omitiesen en sus relatos, si bien prohibiéndoles que al hecho desnudo y positivo, jamás añadiesen interpretaciones, juicios ni comentarios de ninguna especie.

El supuesto mendigo, pues, me refirió las diversas y extrañas aventuras, que le habian acontecido en su viaje de pordiosero, y excusado parece decir que llamó muy particularmente mi atencion la escena ocurrida en la huerta del *Tio Martin*.

—¿Y cómo recibió á usted esa gente, cuando se le acercó á pedir la limosna? le pregunté, muy preocupado por la impresion, que me produjo el súbito enojo del viejo y de los que le acompañaban.

—Me recibieron con muy buena cara, y en seguida se levantó una vieja, diciendo con muy buenos modos que me aguardase, y volvió muy luégo con un gran pedazo de pan. Yo lo tomé y despues de besarlo, le dije lo que ya usted sabe, de dónde venía y á dónde iba.

—¿Estuvo usted en la Alameda?

—No, señor; pero yo lo dije así para cumplir la consigna de cantar los nombres de los pueblos próximos, y yo pasé por allí, recordando lo que usted me dijo respecto á que recorriese todas las cerca-

nías de Casariche, en cuyo pueblo tenía usted noticias que habia alguna gente mala.

—Pero el hecho es, que el viejo y sus compañeros se enojaron despues que usted dijo «vengo de la Alameda y voy para Casariche.» ¿No es ésto?

—Sí, señor, y de tal manera se enfurecieron, que me echaron de allí con mil pares de demonios, y si no me largo en seguida, de seguro que me calientan las costillas.

Aquella cólera tan injustificada me llamó en extremo la atencion, y entónces le pregunté:

—¿Y no averiguó usted de quién era esa huerta?

—Sí, señor, porque miéntras llegaba el tren, me fuí á Casariche, y allí pregunté y me dijeron que el dueño de la huerta era el viejo, que lo llamaban el *Tio Martin*, que tiene una parvada de hijos y que algunos de éllos gozan de mala fama en el pueblo.

—¿Y dista mucho la huerta de la vía férrea?

—La casa estará como á un tiro de pistola.

En resolucion, diré que con estas noticias, que á muchos hubieran podido parecer en aquella ocasion insuficientes ó vagas, juzgué necesario el vigilar aquel caserío y averiguar á fondo la vida y costumbres de sus moradores, es decir, del viejo y de sus hijos.

Al efecto, dispuse que el mismo agente, acompañado de otros dos y vestidos todos como cazadores, volviesen sin dilacion á Casariche con el objeto indicado, y éllos eran las *sombras chinescas,* de que el *Tio Martin* hablaba á sus compañeros.

Ahora bien, el suspicaz viejo, segun habia ma-

nifestado la noche anterior, fué al dia siguiente muy temprano á Casariche para husmar lo que le conviniese, con tanto mayor motivo, cuanto que ántes de recogerse, habia observado tambien algunos bultos en los alrededores de la huerta.

Al llegar al pueblo, advirtió que tres desconocidos venian siguiéndole, ó que por lo ménos, venian detrás de él. Dirigióse á la iglesia, allí estuvo muy devotamente oyendo misa y pasando las cuentas de su rosario, segun su hipócrita costumbre.

Al salir, encontróse frente á frente con los mismos tres desconocidos, y ya entónces se convenció hasta la evidencia de que era espiado, aunque con gran disimulo. Visitó á vários ámigotes, los cuales aumentaron su alarma, porque le dijeron que varias personas desconocidas habian preguntado por él, informándose de su vida y costumbres, así como tambien de la conducta de sus hijos.

Bastaban estas noticias para poner fuera de sí al suspicaz y malvado viejo; pero habiendo entrado en la taberna, supo allí cosas que le sorprendieron en extremo, llegando hasta el punto de aterrarle.

En efecto, ya de público se decia entre la gente de la vida airada, que don Agapito Delgado, natural y vecino de la Alameda, que habia caido en manos de unos secuestradores, habia sido asesinado por éllos, despues de haber recibido el precio de su rescate.

Tambien susurrábase que la Guardia civil andaba en contínuo movimiento, y que unos cazado-

res de Córdoba habian dicho que en su provincia no dejaban vivir á los malhechores.

Fácil es figurarse la inquietud y sobresalto que tales hablillas produjeron en el ánimo del *Tio Martin*, intranquilidad y turbacion que subió de punto, cuando, al salir de la taberna, advirtió á los pocos pasos que los tres desconocidos, bien que de léjos, no le perdian de vista.

Entónces, no sin intencion, dirigióse á casa de várias personas de las más acomodadas y bien quistas del pueblo, tanto para demostrar que se trataba con los hombres más de bien y respetados, cuanto con la mira de sustraerse al tenaz espionaje de los desconocidos, cuya insistente persecucion, despues de las noticias que acababa de recibir, tomaban ya en su fantasía proporciones colosales y espantadoras.

En tal situacion, únicamente le preocupaba el propósito de regresar á la huerta sin que sus espías se apercibiesen, á fin de prevenir á sus compañeros y tomar todas las medidas que su perspicacia le sugiriese, para evitar el gravísimo riesgo de ser apresado, sin adoptar ántes las debidas precauciones.

Impulsado por esta idea, y viendo al salir de cada casa que no dejaba de ser espiado, encaminóse á la vivienda de uno de sus más íntimos amigotes, que habitaba en un extremo del pueblo, y allí resolvió aguardar la noche, con la esperanza de que sus perseguidores le diesen alguna tregua, ó de burlar sus pesquisas, para volver á la huerta á favor de la oscuridad y aunque fuese dando un gran rodéo.

CAPÍTULO XLII.

UN BANDIDO ARISTÓCRATA.

Miéntras que el *Tio Martin* habia hecho su excursion á Casariche, los bandidos seguian en la duda de la resolucion más acertada, que les convendria adoptar con respecto al secuestrado.

Salamanca y Carrascoso persistian en la conveniencia de escribir otra carta al señor de Reina, exigiéndole el resto de la cantidad, que últimamente le habian reclamado.

Pero los hijos del *Tio Martin* y los demás bandidos, arrastrados por las razones del viejo, y porque tambien aquéllos se habian apercibido de que, en efecto, espiaban la huerta, preferian la violenta y cruel resolucion de dar muerte cuanto ántes al secuestrado.

En tal disidencia y disputa pasó gran parte del dia, esperando el regreso del *Tio Martin*, para en vista de las noticias que trajese, adoptar una resolucion definitiva.

La tardanza del viejo alarmó á todos, dando lugar á los más extraños comentarios y á las más diversas conjeturas.

Al fin *Salamanca* y Carrascoso se resolvieron á que el cautivo escribiese la carta, diciendo á sus compañeros, que en ésto no habia engaño, y que cuando viniese el *Tio Martin*, se haria lo que fuese más útil y oportuno, sin perjuicio de que ya la carta estuviese escrita.

No poca resistencia encontraron *Salamanca* y Carrascoso para que sus compañeros aceptasen aquel propósito, tan contrario á su opinion y á sus deseos.

Entónces *Salamanca*, que ejercia sobre éllos grande influencia moral, de acuerdo con Carrascoso, trató de convencerlos, diciendo:

—Caballeros, es una tontería que entre buenos amigos haya reyertas y desazones por una cuestion de tan poca importancia como ésta. Nosotros queremos que ese hombre escriba otra carta, que por lo ménos puede producir otros mil duros. ¿Qué perjuicio encontrais en éllo? Vosotros quereis que le cortemos la cabeza en seguida. ¿Qué ventajas vamos á conseguir con un acto semejante? ¡Esta es la cuestion!

Los bandidos, al oir aquel razonomiento, quedáronse perplejos, y todos permanecieron pensativos y silenciosos hasta que, por último, Francisco Baena, esto es, uno de los hijos del *Tio Martin*, replicó:

—Hombre, las ventajas de matarlo pueden ser muy grandes, porque si vienen y registran la casa y encuentran ahí al cautivo, todos podemos ir al

patíbulo, y ésto no le acomoda ni á mi padre ní á ninguno de nosotros.

—Y ¿qué inconveniente hay en que escriba la carta y que despues se haga lo que sea menester, con arreglo á las noticias que traiga tu padre?

—En éso tiene usted razon, porque lo uno verdaderamente que no quita lo otro.

—Pues entónces ¿á qué disputamos? dijo *Salamanca* con aire risueño y muy satisfecho de su triunfo. De todas maneras, estais conformes en que no lo matemos hasta que venga el *Tio Martin*.

—Sí, señor; pero si viene trayendo malas noticias...

—Entónces no hay cuestion; pero entre tanto, que el cautivo escriba la carta, esprimirémos el limon todo lo que se pueda, y despues verémos lo que se hace. Mi deseo es daros gusto á todos, y que además saquemos el mayor producto posible. Y ahora, continuó *Salamanca* riéndose, me ha ocurrido una idea que podemos explotar para que el mocito ese le apriete bien las clavijas á su padre. ¡Estoy seguro de que aprobaréis mi plan!

Y *Salamanca* prorumpió en una sonóra carcajada, como aplaudiendo consigo mismo su peregrina idea.

—Vamos á ver, diga usted lo que ha pensado, respondió Francisco.

—Sí, sí, que lo diga, añadieron los demás bandidos.

—¡Es una diablura, que nos puede ser muy útil á

todos! Además, caballeros, miéntras viene el *Tio Martin* nos divertirémos un rato, porque con éso de las sombras chinescas, como él dice, verdaderamente que teneis todos una cara de pasmarotes, que me daria mucho que reir, si no abrigase el temor de que tal vez tengamos mucho que llorar.

Aquel aire tan indiferente en medio de los recelados peligros, aquella risa tan franca en circunstancias tan críticas y aquel inalterable buen humor, á pesar de las recientes disputas que habian agriado los ánimos de todos, ménos el de *Salamanca*, produjeron un efecto mágico en los bandidos, que se sentian subyugados por el soberano prestigio de aquel hombre singular, escéptico, vicioso, corrompido, por extremo astuto, y cuyo buen porte y esmerada educacion le daban una superioridad incontestable sobre aquellos hombres rudos, violentos y groseros, aunque no insensibles al valor, á la gracia y al ingenio.

—Pues, muchachos, continuó *Salamanca*; lo que he pensado es, que ese mocito escriba la carta, que Carrascoso y yo queremos, y que al mismo tiempo vosotros le deis la gran desazon, lo amenaceis de muerte y le hagais creer que le ha llegado la última hora, y con ésto conseguirémos que el hombre le apriete á su padre de verdad para que suelte el *loben*, y todos nos quedarémos contentos, con la reserva de enterrarlo vivo en una zanja, ó de llevárnoslo por esos andurriales, fuera de aquí, si así conviniera, en vista de las noticias que traiga

nuestro buen viejo, que por cierto ya tarda. Si es menester reventarlo, se hace, y si no es necesario, no se hace; pero de todas maneras la carta puede producir su resultado y en éllo nada perdemos. Este es mi plan. ¿Qué os parece?

—¡Excelente! exclamaron á una voz los bandidos.

Salamanca entónces, cambiando una mirada imperceptible de inteligencia con Carrascoso, añadió:

—Vamos á representar el segundo acto de la comedia que comenzamos la otra noche, porque así como así, no tenemos otra cosa mejor en que emplear el tiempo.

—Tiene usted razon, dijo Francisco.

—Pues bien; yo seguiré mi papel de protector, miéntras que vosotros procurareis representar muy bien el papel de estar muy enfadados por las retrecherías de su padre, diciéndole que lo vais á matar hoy mismo, y que ya no quereis dinero ninguno, sino su sangre, porque ya estais hartos de cartas, recados y mentiras, y porque además desconfiais de que mañana ó el otro, cante de plano y sea la causa de nuestra perdicion.

Todos los bandidos celebraron gustosos la ocurrencia, manifestándose muy dispuestos á llevar á cabo el propósito del llamado señor *Salamanca*, y muy ajenos de penetrar en las verdaderas intenciones del autor de aquella farsa. Los bandidos, pues, subieron atropelladamente al desván, comenzando por dirigir los más groseros insultos y las más terribles amenazas al secuestrado, que en aquel momento

se hallaba muy distante de recibir tan enojosa visita.

Con muy malos modos, y arrimándole los cañones de los retacos al cuerpo, le obligaron á que se levantase del jergon en que yacia, diciéndole *Salamanca* que se dispusiese á escribir otra carta á su padre.

—¡No queremos que escriba! gritaron los bandidos.

—Pues entónces, ¿á qué hemos venido aquí? preguntó *Salamanca*, interponiéndose entre los bandidos y el prisionero.

—Hemos venido para matarlo, porque ya no queremos más cartas ni más enredos, dijo el pintado de viruelas, montando su retaco.

—¡No dispares! gritó *Salamanca*, fingiendo que el bandido se disponia á tirarle al secuestrado.

—Aquí se hará lo que nosotros queramos, porque aquí no manda nadie más que las bocas de los retacos, replicó José.

—Aquí no se hace más, que lo que yo mande, gritó con voz de trueno *Salamanca*.

—Ahora lo verémos, exclamó Francisco, sacando su enorme faca. Un tiro vale dinero, y este mocoso no merece que se gaste en él, sino una puñalada.

—¿Qué vás á hacer? gritó de nuevo *Salamanca*. ¡Trae esa faca!

—No quiero.

—¡Detente!

Y *Salamanca* trabó una lucha con Francisco para que no descargase el golpe sobre el secuestrado.

Figúrese el lector, si puede, la sorpresa, la turbacion, la congoja, el aturdimiento y ansiedad del

infeliz cautivo, que se imaginó haber llegado el último instante de su vida.

El jóven Reina conocia que el desván estaba invadido por el tropel furioso de los malhechores, y por las palabras del llamado *Salamanca*, dedujo que éste era en aquel caso su único protector, su amparo y defensa; pero muy luégo comenzó á temer, que su autoridad fuese insuficiente para salvarlo de aquel gravísimo riesgo, pues que muy bien se le alcanzaba por las voces, amenazas, insultos, empellones y movimientos de los bandidos, que éstos se hallaban resueltos á rebelarse contra el único, que allí trataba de protegerle.

Al fin, restablecida al parecer la calma en aquella cuadrilla de furiosos, rechazados por *Salamanca* hasta la puerta, éste, colocándose á espaldas del secuestrado, le mandó que se quitase la venda y escribiese como lo habia hecho otras veces, sin volver la cara, invitándole á que por sí mismo, es decir, sin que nadie le dictase, le hiciese á su padre una pintura exacta, fiel y conmovedora de la peligrosa situacion en que se hallaba, á fin de contener las iras de los bandidos, por extremo irritados á causa de la dilacion en el envío de la cantidad exigida.

El pobre cautivo, pues, se puso á escribir la carta, con mano trémula, refiriéndole á su padre, en los términos más expresivos, el peligro que corria, el trato que le daban y la urgencia de acceder á la pretension de los secuestradores, si no queria que le diesen inevitable y horrorosa muerte.

Concluida la carta, leyóla en alta voz *Salamanca*, el cual despues aplaudió su contenido, así como tambien Carrascoso. Pero no sucedió lo mismo con los demás compañeros, los cuales, todos á una voz, comenzaron á decir, que siendo tan rico el padre del secuestrado y despues de tantas cartas, idas y venidas, sólo les habia mandado una miseria, que ahora sucederia lo mismo, que ya no se fiaban de aquellas pinturas y lamentos, que se hacian en la carta que acababan de oir; que por conseguir una talega más, era una torpeza comprometerse; y que lo mejor sería rematar al cautivo, á fin de que todos viviesen tranquilos y seguros de que aquéllo no habia de descubrirse.

—Desengáñese usted, señor *Salamanca*, con los secuestrados no hay que tener consideracion ninguna, porque nos pueden hacer subir al patíbulo, dijo Francisco.

—¡Hombre muerto, no hablal exclamó su hermano José.

—Considere usted además, lo que hemos recibido, añadió el pintado de viruelas, y que aunque sa carta se envíe, no podemos esperar, por lo que a se ha visto, que nos manden hasta los ocho mil uros que se han pedido...

—¿Qué sabes tú lo que sucederá? interrumpió *alamanca*.

—Lo que puede suceder es, que se descubra todo que sin haber cobrado más que una pobreza, nos even al patíbulo, como dice Francisco.

—¿Y qué vá á ser de nosotros y de nuestros hijos, si ésto se descubre, y no les queda bastante para vivir? añadió José.

—Nosotros no robamos, lo que únicamente hacemos es, rebajar caudales para darles de comer á nuestras familias, dijo el pintado de viruelas; pero el que se resista á nuestras leyes, que sufra la pena.

—¡Que se rompa la carta, y que muera el cautivo! exclamaron todos, ménos Carrascoso.

Entónces, el llamado *Salamanca*, dando gritos desaforados y con un furor perfectamente fingido, comenzó á reconvenir y á increpar á sus compañeros, que le replicaron con grande enojo y falta de respeto, montando unos y otros los retacos y amenazándose recíprocamente, de manera que se produjo extraordinaria confusion y tumulto; pero al fin, *Salamanca* logró dètenerlos y comenzaron á bajar por la escalera en tropel, y profiriendo mil injurias y dicterios contra el que fingia oponerse á la realizacion de su bárbaro intento.

El prisionero, comprendiendo que sólo se habia quedado en el desván el señor *Salamanca*, se aventuró á decirle:

—¡Gracias! ¡Gracias! ¿Con qué pagaré yo á usted el servicio que acaba de prestarme?

—Con que algun dia tenga usted en la memoria, lo que acabo de hacer en su obsequio, respondió el interpelado, cambiando súbitamente de tono y dando á sus palabras un giro verdaderamente conmovedor y patético. ¡Señor de Reina! Yo desciendo

de tan buena familia como pueda descender el primero, y yo he recibido de mis padres una educacion esmerada; pero... ¡ah desdicha! los vicios y la Curia infame traen á los hombres á estas situaciones y pueden conducirlos tambien al cadalso. Yo tengo muy buenos antecedentes de usted, de su padre y de toda su familia. No crea usted que ahora le habla ningun asesino, sino un caballero, y tan es así, que les tengo prevenido á los que me acompañan, que el dia en que por desgracia me den un tiro, me corten la cabeza y la entierren para que nadie pueda decir: «éste era... quien yo soy.»

No es posible describir la impresion de curiosidad, asombro y lástima que semejantes palabras produjeron en el ánimo del cautivo.

El misterioso personaje continuó:

—Por mis venas corre sangre de la más aristocrática de España, y sólo con que yo le hablase á usted de ciertos asuntos y de ciertas familias, caeria usted en la cuenta de la casa ilustre de que yo desciendo, y desde luégo podria usted explicarse mi conducta, mis reservas y mis sufrimientos.

—Mucho le agradezco á usted, repuso el cautivo, lo que acaba de hacer por mí; pero siento mucho el que se haya comprometido por mi causa con esos hombres.

—No tenga usted cuidado por éso, yo los domino como quiero, y por último, tengo mucho gusto en hacer cuanto pueda, porque me consta que su familia lo merece.

—¿Y no cree usted que el paso que ha dado, indisponga á esos hombres conmigo, y me quieran asesinar cuando me quede solo?

—Yo le juro á usted á fé de caballero, no apartarme de su lado hasta ponerle á salvo de esta gente infame y desalmada.

En aquel momento se oyó abajo un sordo ruido de voces y carreras, que no dejó de alarmar á los dos interlocutores.

—¡Tenga usted confianza en mí! exclamó el llamado *Salamanca*.

Y sin decir más palabras, se precipitó por la escalera.

Aquella inesperada y brusca despedida produjo en el secuestrado grande inquietud y terror indecible, y maquinalmente dirigióse tras de su protector y se detuvo en la puerta de la escalera, desde donde pudo oir la bronca voz de su viejo guardian, esto es, del *Tio Martin* que decia:

—Nada, nada, es menester matarlo, sin pérdida de tiempo.

El infeliz secuestrado sintió caer sobre su corazon aquellas palabras, como otras tantas balas de plomo.

Y lleno de terror y angustia, retrocedió con espanto hasta el fondo de su prision, bajándose la venda para buscar la estampa de Nuestra Señora del Rocío, ante la cual cayó de rodillas, cruzando las manos y dirigiéndole una ferviente plegaria para que lo libertase de su mortal peligro.

CAPITULO XLIII.

DE CÓMO LA COMEDIA PUDO TOMAR ASPECTO DE TRAGEDIA.

El *Tio Martin*, ya bien de noche, llegó á la huerta por extremo azorado, y refirió á sus compañeros todo lo que habia visto y lo que le habian dicho en Casariche respecto á la muerte de don Agapito.

Refirióles tambien cómo hallándose en casa de su amigo y temeroso de que los desconocidos le siguiesen, habia logrado burlar su vigilancia, saltando por las tapias del corral, saliendo al campo y dando un gran rodéo para llegar á la huerta, sin que sus tenaces perseguidores lo advirtiesen, y quitar de allí cuanto ántes el cuerpo del delito.

—¡Aquí debe haber algun traidor! exclamaba furioso el *Tio Martin*. Alguien se ha berreado, diciendo que al viejo cautivo de La Alameda le han quitado la vida, y mañana serán capaces de decir que hemos sido nosotros. ¡Os digo que reviento de rábia!

Las noticias, la actitud y la alarma del *Tio Martin* produjeron viva impresion en la cuadrilla, que le rodeaba, oyendo su relato sin perder una pala-

bra, miéntras que el señor *Salamanca* le estaba haciendo sus confidencias al secuestrado.

—¿Y serán los mismos que vimos anoche, ésos que usted ha visto en Casariche? preguntó Francisco.

—Sin duda ninguna. Esa gente espía la casa y mi persona, y de fijo que mañana están aquí á registrar, si es que no vienen esta noche. Por éso conviene que vosotros dos, añadió el *Tio Martin* dirigiéndose á sus hijos, vayais en seguida, á la carrera, sin perder un minuto, por el camino de Casariche, y si los encontrais, matadlos ántes que dejarlos llegar aquí.

—No tenga usted cuidado, padre.

—Ellos son tres, los mismos que vísteis anoche. ¡Apuntad bien, y que no se escapen! Corred, no os detengais.

Los hijos obedecieron.

El padre, dirigiéndose á otros dos de la cuadrilla, les dijo:

—Id volando por los caballos y veníos inmediatamente con éllos, para quitar á ese hombre de aquí. Con media hora basta y sobra para salvarnos, ó para que á todos nos lleven los demonios. ¡Andad!

Los dos bandidos partieron corriendo en direccion opuesta.

—¿Y piensa usted que debemos soltar en seguida á ese hombre? preguntó Carrascoso.

—Lo que pienso es, que necesitamos sacarlo de mi casa.

—Pero el caso es, que acaba de escribir una carta.....

—Nada, nada, interrumpió el *Tio Martin* con su áspera voz; es menester matarlo sin pérdida de tiempo.

En ésto bajó *Salamanca*, y muy pronto se enteró del grave peligro, que todos corrian y de la imposibilidad de tener allí por más tiempo al secuestrado.

—Pues bien; vamos á ahogarlo al instante ó coserlo á puñaladas, dijeron á una todos los bandidos.

—¡Eso no! gritó el *Tio Martin*.

—Pues entónces, ¿qué es lo que usted quiere?

—Quiero que lo mateis; pero fuera de aquí. ¿Qué vamos á hacer con ese cuerpo, cuando no tenemos abierta la sepultura y cuando apénas habrá tiempo para llevárselo?

—¿Con que es cierto que nos vigilan? preguntó con tanta intencion como sangre fria el llamado *Salamanca*.

—Sí, no hay duda; nos vigilan, y esos hombres no me han dejado hoy ni á sol ni á sombra, ni me han perdido pié ni pisada, y además se saben otras cosas, yo no sé cómo, ni por quién; pero es lo cierto que hasta en las tabernas se habla de lo que no era menester, y ha llegado la hora de prevenirse y defenderse como lobos.

—Tiene usted razon, *Tio Martin*.

—Lo que interesa es, que me liberteis de ese

hombre sin que nadie lo vea, porque en trasponiéndolo, yo no le temo á nadie.

—Pues en seguida nos lo llevarémos.

—Sí, sí, no hay otro remedio; pero asomáos por ahí ántes á ver si está el campo libre.

Algunos bandidos fueron á colocarse de espías en los puntos más convenientes, miéntras que Carrascoso y *Salamanca* aguardaban el aviso de estar el paso franco, para subir inmediatamente por el cautivo, el cual á la sazon continuaba postrado de hinojos ante la efigie de Nuestra Señora del Rocío, rezando fervorosamente en tan crítico y angustioso trance.

En la turbacion, congoja, desasosiego y excitacion febril, en que se hallaba el prisionero, no veia más que la divina imágen de la que con su dulce y suave poder aplaca las tempestades de la naturaleza y del corazon humano, y que en el florido verjel de las letanías, precioso ramillete de expresiones poéticas, es con razon llamada *estrella de la mañana* y *consuelo de los afligidos*.

En aquellos momentos de oracion y éxtasis, el prisionero sintióse asir del brazo, y volviendo la cabeza, vió la misma figura de mujer que vestida de negro, en otras ocasiones se le habia presentado, anunciándole la ausencia ó la venida de los bandoleros, á fin de que se quitase ó se pusiese la venda.

La enlutada, pues, con ademan atropellado y balbuciente voz, le dijo:

—¡Que vienen! ¡Súbete la venda! ¡Ten confianza en la Vírgen Santísi !

La mujer desapareció como una sombra, y el prisionero, dócil al misterioso aviso, colocóse bien la venda y se tendió en su miserable lecho.

Pocos instantes despues, subieron *Salamanca* y Carrascoso al desván, y asiendo al prisionero violentamente de los brazos, le bajaron por la escalera sin dirigirle una sola palabra.

Abajo aguardábales el feroz *Tio Martin*, que les dijo:

—Cuando esteis léjos de aquí, ya sabeis lo que hay que hacer. ¡Los muertos no hablan!

El prisionero lanzó un profundo gemido, que pareció repetir el éco; pero en realidad fué una persona.

Salamanca y Carrascoso nada respondieron, encaminándose al olivar, donde segun les habia dicho el viejo, aguardaba uno con los caballos.

Cuando el *Tio Martin* hizo desaparecer entre las tinieblas al secuestrado y á los que le conducian, respiró con la fuerza de un fuelle de fragua, creyéndose ya completamente seguro.

Salamanca y Carrascoso llegaron á donde estaban los caballos, subieron al cautivo sobre uno de éllos, encollerado con otro, que montaba el tercer bandido.

Los dos caballos encollerados partieron inmediatamente, miéntras que *Salamanca* y Carrascoso disponíanse á montar en los suyos; pero en aquel mismo instante apareció la enlutada, que con voz solemne, fatídica y amenazadora, les dijo:

—¡No cumplais la órden que os han dado! Es

verdad que los muertos no hablan, pero comprometen á los vivos. Si pensais matarlo, matadme á mí ántes, porque si no, os juro que estais perdidos. Ponedlo en libertad ó... ¡ay de vosotros!

Dichas estas palabras, la mujer desapareció por entre la espesura del olivar, dejando á los dos bandidos atónitos con sus amenazas.

Bien hubieran querido en aquel momento apurar la causa de aquel extraño proceder; pero indecisos durante algunos instantes, entre seguir á la mujer ó incorporarse á su compañero y al cautivo, que ya iban á bastante distancia, resolvieron al fin alcanzarlos, montando en sus caballos y lanzándose al galope.

Durante largo rato la cabalgata caminó á la ventura, sin rumbo fijo, con el más profundo silencio, sin oirse más ruido que las pisadas y el resollar de los caballos, hasta que al fin *Salamanca* y Carrascoso, quedándose atrás un buen trecho, en voz muy baja entablaron el diálogo siguiente:

—¿Y á dónde vamos? preguntó *Salamanca.*

—Eso digo yo; hasta ahora no hemos pensado más que en alejarnos de la huerta; pero, ¿qué hacemos con ese hombre?

—¿Y tú qué piensas de aquella mujer?

—¡Qué quiere usted que piense! Las mujeres son de la piel del diablo.

—Con esta salida no contábamos nosotros.

—¿Y quién habia de dar en una cosa tan inesperada?

—Pues lo cierto es, que la moza puede hacernos un flaco servicio.

—¡Ya lo creo!

—¿Y tú la conoces?

—Sí, hombre, es una... de las que están en la huerta.

—Es decir, que está enterada de todo.

—Claro está.

—Entónces te digo, que el caso es para muy pensado.

—Soy de la misma opinion.

—Y bien; ¿qué opinas tú que debemos hacer?

—Soltarlo, y que la Magdalena lo guie, porque además que le temo á la lengua de las mujeres más que á la ira de Dios, tampoco echo en olvido que su padre le ha dado de comer al mio.

—Me alegro mucho de lo que dices, porque exactamente habia yo pensado lo mismo; pero...

Salamanca se detuvo.

—Pero... ¿qué? dijo Carrascoso. Siga usted hablando, porque yo creo que tambien hemos pensado lo mismo respecto á la dificultad que se ofrece.

—Pues bien, Pepillo, te diré con franqueza que lo único que me preocupa es lo que le dirémos á ése para conseguir nuestro intento.

—Yo creo que hará lo que se diga; pero en último caso, me tiene sin cuidado. Lo mejor será que nos pongamos delante y harémos rumbo hácia La Roda, marchando á campo través, y cuando este-

mos cerca del camino, usted se adelanta con él hasta ponerlo en franquía, le dice usted que no diga nada de lo que ha pasado, y miéntras yo me las compondré con el otro.

—¡Excelente plan! exclamó el astuto *Salamanca,* viendo que todo le salia á pedir de boca para ponerse bien y congraciarse con el secuestrado y su familia.

En seguida los dos, ya de acuerdo, picaron á sus caballos, pusiéronse delante del prisionero y del otro bandido, y se dirigieron hácia La Roda.

Al llegar á cierta distancia del camino hicieron alto, bajaron al jóven Reina, á quien asió del brazo el llamado *Salamanca*, conduciéndolo á pié un largo trecho.

Cuando ya el prisionero conoció que se habian retirado bastante de Carrascoso y su compañero, se aventuró á preguntar:

—¿Y qué piensan hacer conmigo?

—Lo que piensan es darle á usted muerte, señor de Reina; pero éso no sucederá miéntras yo viva, respondió *Salamanca* en voz apénas perceptible y acelerando el paso.

—¡Usted es mi ángel salvador!

—¡Silencio!

Salamanca y el secuestrado continuaron todavía su rápida marcha algunos minutos, al cabo de los cuales, aquél le dijo:

—Ya le dije á usted que yo soy un caballero, y que sólo mis necesidades y tambien la Curia me

han puesto en estos trances. Yo le prometí á usted salvarlo, y con más riesgo y con más fatigas de lo que usted pueda imaginarse, lo he conseguido.

—¡Muchas gracias!

—Tambien le prometo á usted ahora que con todo sigilo le devolveré religiosamente la parte del dinero que me toque de su rescate, si como espero, se falla en mi favor un pleito que tengo en Sevilla.

—No piense usted en éso, pues demasiado ha hecho usted en mi obsequio.

—No importa; yo cumpliré lo que le he ofrecido, y se lo juro solemnemente por este Crucifijo que llevo pendiente del cuello, y ésto le probará á usted que yo no soy ningun ladron, porque los ladrones sólo llevan el escapulario de la Vírgen del Cármen.

Es muy posible que el prisionero no encontrase aquella prueba tan convincente, como la suponia el llamado *Salamanca*, que continuó:

—Pero tenga usted entendido que si nos delata, y fuera fácil, que no lo es, el que nos cogiesen á cuatro, cinco ó seis de los nuestros, nuestra Compañía es muy grande, y moriria usted sin remedio, bien por nuestra mano, ó pagando su muerte, además de causar la ruina de su familia.

—Descuide usted, que yo, no solamente seré discreto, sino agradecido.

—Así lo espero; y ahora sólo debo decirle que está usted cerca del pueblo de La Roda, y le prevengo que yo he echado sobre mí una gran respon-

sabilidad, cual es la de salvarle á usted la vida contra la voluntad de toda esa gente, y por lo tanto, le aconsejo que cuanto ántes se quite usted del camino, para evitar que los otros puedan venir buscándole y lo maten.

Y así diciendo, le quitó la venda al secuestrado, y añadió:

—Míreme usted cara á cara; pues ya no temo que usted me conozca, porque con la accion que acabo de hacer, creo que nunca será usted capaz de delatarme ni reconocerme ante ningun tribunal. ¡Adios, y que el cielo permita que pueda usted llegar con bien á su casa!

El llamado *Salamanca* se volvió solo á reunirse con sus compañeros, miéntras que el jóven Reina comenzó á correr en direccion de La Roda, con toda la celeridad que sus fuerzas le permitian.

Al llegar á la entrada del pueblo, encontróse una pareja de la Guardia civil, que lo condujo á el Arahal y al seno de su familia, llenando de regocijo á todo el pueblo y á sus desconsolados padres y hermanos, que tuvieron la inmensa felicidad de verle libre y de abrazarlo, cuando ménos lo esperaban.

CAPÍTULO XLIV.

UNA BATIDA BIEN ENCAMINADA.

Tan luégo como el *Tio Martin* se vió libre del secuestrado, recobró su ordinaria tranquilidad y sangre fria, importándole ya un ardite el que apareciesen por los contornos de la huerta, cuantos espías ó sombras chinescas, como él las llamaba, quisiesen.

Así, pues, cuando regresaron los hijos del *Tio Martin* y los demás compañeros, encontraron muy sosegado y de buen humor al marrullero viejo, que desde luégo les hizo ver la necesidad de que cada uno buscase su refugio y que no volviesen por allí hasta que pasase aquel peligro, cuyo buen consejo siguieron inmediatamente al pié de la letra.

Por lo demás, los fingidos cazadores, imaginándose que el *Tio Martin* se quedaria aquella noche en la casa, donde le habian visto entrar, se dedicaron á tomar lenguas é informes respecto al dueño de aquella vivienda y de las demás personas, que habia visitado aquel dia en Casariche.

Convencidos por estos informes y por los que an-

teriormente ya tenian, de que, á pesar de las apariencias, la conducta del *Tio Martin* era muy sospechosa, determinaron ir al dia siguiente á la huerta y trabar conversacion con el viejo, á fin de averiguar lo que pudiesen, con gran disimulo, sin usurpar atribuciones, sin manifestarse como agentes de mi autoridad, ni dejar de aparecer como tales cazadores. Fiados, pues, en su pericia y discrecion para desempeñar esta clase de encargos, presentáronse en la huerta con el pretexto de pedir agua, y el *Tio Martin* los recibió con inequívocas muestras de agasajo; pero conociendo muy bien en su interior que aquella gente iba con el propósito de husmear y saber lo que sucedia en su casa.

El *Tio Martin*, con gran socarronería, los llevó á la cocina, les dió agua, les brindó vino y de comer si querian, y con este motivo entablaron un diálogo tan cordial y afectuoso, como si de largo tiempo se conociesen.

No sin malicia, pues, el redomado viejo, con la más perfecta afectacion de hombría de bien, les manifestó que se hallaba muy contento con su suerte, enseñándoles despues las hortalizas, los frutales, y por último, su modesta casa, anticipándose así astuta y bellacamente á los deseos de los fingidos cazadores. No dejaron éstos de conocer la hipocresía, camándulas y astucia del viejo socarron, juzgándole como un pícaro de á folio, perfectamente forrado en hortelano inofensivo; pero como éllos no tenian allí atribuciones autoritarias, hubieron de

contentarse con observar de la manera más discreta la conducta, palabras y porte del *Tio Martin*.

En efecto, los cazadores no pudieron coger al hortelano en ningun renuncio, como suele decirse, y por más convencidos que estuviesen de que aquel hombre en ningun modo era bueno y honrado, como se esforzaba por parecerlo, no les quedó más recurso, una vez practicado aquel reconocimiento, que volverse á Córdoba para darme exacta y minuciosa cuenta de todo cuanto habian observado y oido.

Con aquellas noticias, harto vagas y generales por cierto, me dirigí á la Guardia civil, á los juzgados, á las autoridades locales y á todas las personas que pudieran suministrarme datos respecto á la vida anterior de Francisco Fernandez Baena, con la mira especial de inquirir y saber si figuraba en algun proceso, pues que, aun cuando así no apareciese, yo abrigaba la conviccion íntima de que el tal hortelano era un malhechor y capa de malhechores.

Y por una de esas intuiciones inexplicables, en virtud de las cuales se asocian las ideas al parecer más discordantes, yo no podia separar nunca del *Tio Martin* y de su huerta, próxima al ferro-carril, el recuerdo de la confidencia que me habia hecho la referida persona que habia estado secuestrada en una cueva, desde la cual se oia el ruido de los trenes.

Así, pues, áun cuando aquel territorio no perteneciese á la provincia de mi mando, yo adopté por mi cuenta y riesgo las medidas necesarias para que la tantas veces citada huerta del *Tio Martin*,

nunca en lo sucesivo dejase de estar vigilada.

Pero no era yo sólo quien ya por este tiempo se preocupaba de la personalidad de aquel malvado viejo, supuesto que con más datos que yo tenía, los afligidos y desesperados hijos del infeliz don Agapito habian venido á caer en la cuenta, por las indicaciones del ahuyentado *Cagarrache*, de que la huerta del *Tio Martin* debia considerarse como uno de los sitios sospechosos de aquella comarca.

El lector puede figurarse la desolacion y ansiedad de aquella desventurada familia, que habiendo sacrificado todos los recursos de su modesta fortuna á la liberacion del padre, hallábase ahora con que éste no pareciani vivo ni muerto, despues de haber pagado con tantas penas y fatigas el precio de su rescate.

Ahora bien, desde que *Cagarrache* desapareció del pueblo de La Alameda, los hijos de don Agapito no habian omitido medio alguno, por árduo, difícil ó costoso que fuese, para buscar y adquirir á todo trance noticias del paradero de su infortunado padre, encontrando en la Guardia civil el más espontáneo y eficaz auxilio, para llevar á cima todas sus indagaciones.

Con este motivo, visitaban constantemente á la familia del señor Delgado, el bizarro y activo teniente de la Guardia civil, jefe de la línea de Antequera, don Francisco García, y el sargento primero don Francisco Magan, ansiosos de contribuir por su parte al descubrimiento y castigo de los infames secuestradores.

Ya por entónces hablábase de público de la muerte de don Agapito; pero aunque se hicieron por la familia, de acuerdo con la Guardia civil, diversas tentativas para descubrir la verdad y el fundamento de aquellos rumores, es lo cierto que nada pudo conseguirse.

Sucedió, pues, que no cediendo en su propósito ni la familia, ni la Guardia civil, á mediados de Mayo se dispuso una batida para reconocer todos los parajes y sitios sospechosos del término de La Alameda y de los pueblos inmediatos, y como uno de tantos, se reconoció tambien la huerta del *Tio Martin* y sus inmediaciones.

Acompañaban á la Guardia civil los hijos y el yerno del malaventurado don Agapito, que á pocos pasos de éllos yacia en su sepultura.

Ya fuese por una de esas misteriosas corazonadas que envuelven desconocidas relaciones entre los vivos y los muertos, y los padres y los hijos; ya porque tambien los remordimientos del crímen suelen turbar en algunas ocasiones áun á los más facinerosos, lo cierto del caso fué, que los hijos de don Agapito y los guardias se fijaron, como guiados por un seguro instinto, en José Fernandez Torres, el hijo del *Tio Martin*, que sin duda en su semblante y en sus respuestas, manifestó ménos sangre fria que su viejo y empedernido padre.

La Guardia civil, pues, prendió al referido José Fernandez Torres para conducirlo al juzgado de primera instancia de Archidona, al que correspon-

de el pueblo de La Alameda y en donde radicaba la causa de este secuestro.

Viendo el marrullero del *Tio Martin*, que se llevaban preso á su hijo, llamó al sargento Magan y al yerno Victoriano Zambrana, á los cuales condujo debajo de un peral, precisamente encima de la sepultura de don Agapito y de Alberto, y allí, en aquel sitio, que á otro ménos cínico le hubiera inspirado horror y espanto indecibles, allí el malvado viejo no tuvo el más mínimo reparo en hablarles de esta manera:

—Yo les suplico á ustedes que no se lleven preso al muchacho, y yo les prometo que le preguntaré si sabe algo de éso, que ustedes quieren averiguar, y si así fuera, yo en seguida lo pondré en su conocimiento.

—¿Y cómo se atreve usted á hacerme á mí esa proposicion? respondió el sargento. Eso mismo prueba que usted cree que su hijo sabe algo.

—Tiene razon el sargento, añadió Zambrana.

—Yo les diré á ustedes; como tengo tantos hijos, y cada uno saca sus inclinaciones, sin que uno lo pueda remediar, podria suceder que el demonio hubiese tentado á alguno para juntarse con malas compañías, y aunque sea inocente, quizás sepa alguna cosa. ¿Estamos?

—Sí, señor; estamos en que me llevo á su hijo de usted y... basta de conversacion. ¡Vamos!

Y la Guardia civil y los hijos de don Agapito se alejaron de la huerta con el preso, dejando al *Tio Martin* lleno á la vez de rábia y zozobra.

CAPÍTULO XLV.

LA LEY DE LAS ALTERNATIVAS.

En el flujo y reflujo de los acontecimientos humanos, lo mismo en los individuos que en las colectividades, en todas direcciones, bajo todos aspectos, puede advertirse la influencia predominante de una impulsion determinada, como si los sucesos se elaborasen por la Providencia y por los hombres, siguiendo séries, que se prolongan hasta un cierto punto, desde el cual retroceden en sentido inverso, cual si obedeciesen á otra impulsion, completamente contraria.

En una palabra, en el mundo del espíritu, como en el de la naturaleza, parecen existir corrientes y ráfagas, que en períodos alternativos, son favorables ó adversas al desarrollo de ciertos y determinados grupos de fenómenos y de sucesos.

Esta ley general comprende y abarca todos los hechos de la naturaleza y todas las manifestaciones de la historia, en las cuales interviene la Providencia, como el dique insuperable que se opone, en momentos dados, á la inundacion creciente del mal,

que sin este correctivo saludable, bienhechor y omnipotente, acabaria por destruir todos los gérmenes del bien en el universo.

Y así como en el órden físico algunos ponzoñosos miasmas pueden viciar y corromper la atmósfera, produciendo epidemias y pestes, así tambien algunos vicios predominantes pueden envenenar por algun tiempo el ambiente moral; pero del mismo é igual modo que los vientos polares bastan para sanear la atmósfera, así tambien los esfuerzos de los hombres de buena voluntad pueden ser tan eficaces y salutíferos en el órden moral, que por sí solos basten á purificar y restablecer el sentido de la moralidad en toda una época y en todo un pueblo.

En la medida y comparacion que lo limitado puede sufrir con lo inmenso, ésto fué lo que sucedió despues de aquel período en que, merced á la desmoralizacion desenfrenada que por largo tiempo venía corroyendo las entrañas de nuestra sociedad, habia surgido tan pujante y vigoroso el bandolerismo, que necesitó un esfuerzo titánico para contenerlo y reprimirlo, esfuerzo colosal, que se debió á los hombres que representaban la idea del derecho, de la justicia y de la igualdad ante la ley, en oposicion al monopolio, al favoritismo y al privilegio, bajo todos los aspectos políticos y sociales.

En efecto, al padrinazgo corruptor, sucedió el imperio fecundo y saludable de la ley; á la proteccion secreta y desmoralizadora, siguió la sana publicidad de los actos de todos; y á las depredaciones

amparadas por el poder público, merced á un mal entendido temor al escándalo, reemplazó la probidad intachable y la valerosa franqueza de aquellos, que no vacilaban en llamar las cosas por sus nombres propios, y que se hubieran avergonzado de adulterar los conceptos y sofisticar los actos hasta el punto de llamar á los latrocinios *irregularidades administrativas*, y de calificar á los ladrones de *administradores inexpertos*, con menosprecio del sentido moral, de los gritos dolorosos de la opinion pública, y favoreciendo así el bandolerismo burocrático, es decir, el que sirve de incentivo, ejemplo, disculpa y orígen al bandolerismo bajo todas sus manifestaciones.

La série deplorable de tales y tan funestos errores duró hasta que la sociedad, representada por otros hombres, proveyó solícita y enérgicamente á su defensa, y entónces y sólo entónces fué cuando pudo determinarse una evolucion poderosa en sentido contrario, pues aunque la opinion en este nuevo sentido no llegase al alto grado de cohesion y unanimidad que hubiera llegado en otro país, ménos corrompido por añejas, viciosas é hipócritas prácticas y contemporizaciones, es lo cierto que aquel salvador impulso tuvo fuerza bastante para infundir en el Gobierno y en las autoridades un criterio y una norma de conducta de muy diversa índole, á la que se habia seguido anteriormente, y que en su virtud fué posible acometer la colosal empresa de combatir aquellas fuerzas sociales, que

en perpétua rebeldía contra el órden verdadero de las sociedades humanas, contra la moral, la justicia, la vida y la hacienda de las personas, amenazaban constantemente los más sagrados intereses y borrar del mapa de los países civilizados á nuestra querida patria.

Bien se me alcanza que el éxito, aunque temporalmente satisfactorio, no ha sido tan duradero como sería de esperar, pero ya he indicado que ni la opinion fué tan compacta como debió serlo, ni mucho ménos vino en su apoyo la conducta valerosa y decidida de los hacendados y de muchas personas influyentes, que más bien pecaron de tímidas ó meticulosas, ó de interesadas y egoistas, ó de preocupadas en favor de las disolventes y antisociales tendencias del padrinazgo, que ántes adopta por punto de honor el proteger y salvar á los facinerosos, que el contribuir á su tenaz persecucion y justo castigo.

Por otra parte, acontecimientos posteriores, de que no quiero en este lugar ocuparme, han venido á desvirtuar por completo el saludable influjo de aquella enérgica impulsion en contra del bandolerismo, no sólo paralizando sus efectos, sino devolviendo todo su brío á las concausas que lo produjeron, y al repugnante caciquismo, interesado siempre en sostenerlo. Pero afortunadamente en la época á que me refiero, las autoridades fueron paulatinamente inspirándose en la grandiosa y patriótica idea del Gobierno de la nacion, que á todo trance

se propuso extirpar el bandolerismo; y así sucedió, que despues de la incansable persecucion, emprendida contra los malhechores en la provincia de Córdoba, todas las autoridades y la Guardia civil de Andalucía emprendieron una verdadera cruzada contra los criminales.

En efecto, el secuestro del jóven Reina, por las circunstancias de su posicion y numerosa familia, habia sido muy notorio, de suerte que el digno Gobernador de Sevilla, de acuerdo con la Guardia civil, adoptó cuantas medidas juzgó eficaces y oportunas para averiguar el paradero del secuestrado, y como era natural, despues de hallarse éste libre, recurrió á él con el propósito de que le suministrase todos los datos posibles para indagar la guarida en que le habian tenido, y quiénes fueran los secuestradores.

Desdichadamente, el terror que inspiraban los bandidos, las terribles amenazas que dirigian á sus víctimas y los frecuentes anónimos que recibia el padre del jóven Reina, diciéndole que á la menor palabra que dijeran, que pudiese comprometerlos, les matarian los ganados y les quemarian las mieses y todas sus haciendas, fueron causa más que suficiente para que el jóven libertado se encerrase en la más absoluta reserva; pero por grande que ésta fuese, nunca pudo excusarse de manifestar, por lo ménos, el sitio en que los bandidos lo habian dejado, que, como ya el lector sabe, fué cerca de La Roda, en donde lo encontró una pareja de la Guardia civil.

Este hecho era público é innegable, y con este dato, la Guardia civil recorrió todos aquellos contornos, informándose minuciosamente de la vida y costumbres de los habitantes de los caseríos y procurando por todos los medios imaginables y con plausible celo y perseverancia, el inquirir el sitio en que hubieran podido tener al jóven Reina.

Estas averiguaciones llevaron á la Guardia civil de Sevilla al pueblo de Casariche, en donde supo que recientemente sus compañeros del mismo Instituto, pertenecientes á la provincia de Málaga, habian preso y conducido á Archidona á uno de los hijos de un viejo hortelano, que habitaba no léjos de la estacion de la vía férrea, que lleva el nombre del citado pueblo.

Con aquella noticia, la Guardia civil encaminóse á la huerta; pero no teniendo motivos ni datos concretos, que fueran suficientes para proceder contra el *Tio Martin*, la Guardia se limitó á interrogar al viejo é inspeccionar el terreno, acabando por creer que en un sitio tan público, tan inmediato á la estacion y al pueblo, no era probable que hubiesen tenido á ningun secuestrado.

Ahora bien; áun cuando la visita de la Guardia civil de Sevilla á la huerta no tuviese por entónces ninguna grave consecuencia para el *Tio Martin*, no por ésto dejó de impresionarle vivamente aquel suceso.

El redomado viejo, que durante medio siglo habia navegado con próspero viento por entre los

escollos y bajíos de su vida criminal, encontrábase ahora como aturdido por el cúmulo de contrariedades, que diariamente le salian al paso.

Porque es de advertir, que despues de la prision de su hijo, habia sufrido un interrogatorio tan minucioso como intencionado por parte de la Guardia civil de Córdoba, que por mi mandato pasó á dicho punto, para hacer ciertas averiguaciones que se relacionaban con la persona que habia estado secuestrada, y que segun ya he indicado, durante su cautiverio oia el ruido de los trenes; y por cierto que áun cuando por entónces no pude adquirir la plena conviccion de la exactitud de mis sospechas, resultó al fin y al cabo, que tambien lo habian tenido cautivo en una zanja hecha en la famosa huerta.

Al mismo tiempo, no dejaba de ver constantemente personas extrañas que él comprendia que espiaban su persona y su casa, de suerte que se hallaba en un estado de inquietud y excitacion tal, que todo le inspiraba temores y recelos.

Agregóse á ésto la noticia, que tuvo por uno de sus cómplices, de que el jóven Reina se hallaba en el seno de su familia, y que no habian cumplido Carrascoso y sus compañeros su mandato y su deseo de darle sin remision violenta muerte, á causa de la inesperada presencia y terrible amenaza de una de las mujeres, que pertenecian á su familia.

Léjos de alegrarse de que la enlutada hubiese impedido la perpetracion de un crímen, sucedió

por el contrario, que se puso furioso, temiendo que el jóven, una vez libre, lo delatase, y recordando con más ahinco y angustia que nunca la escena del mendigo; y es seguro que incitado por su cólera y su desesperada rabia hubiera degollado bárbaramente á todas las mujeres de su familia, sin cuidarse de averiguar cuál de éllas habia contrariado su mandato, si por entónces no se hubiese visto constantemente vigilado de dia y de noche.

En tal situacion se hallaba el *Tio Martin*, cuando presentáronse en la huerta los hijos y el yerno de don Agapito, á cuya sola vista estremecióse el viejo como la hoja en el árbol, recelando que acaso algun nuevo incidente, funesto para él, los llevaba á su presencia.

Muy pronto, sin embargo, logró dominar su profunda emocion, al ver que los hijos se le acercaron con ademan más pacífico de lo que al principio se habia imaginado.

El objeto de los hijos de la desgraciada víctima del feroz *Tio Martin* era convencer á éste para que fuese á Archidona y tratase de arrancarle á su hijo preso alguna revelacion, relativa á la suerte y paradero del infeliz don Agapito, cuyos hijos dieron este paso, recordando la conversacion habida con el sargento Magan al pié del peral, en la que el taimado viejo manifestó que tal vez él conseguiria, si le dejaban libre á José, que éste se espontaneáse con él y le dijese lo que supiera.

Aun cuando este medio era tan ineficaz y aven-

turado, como fácilmente se comprende, los infelices hijos de don Agapito, ansiosos de salir de la espantosa duda en que vivian, lo creyeron, sin embargo, útil y asequible, teniendo en cuenta, por otra parte, la lentitud de los trámites judiciales y la obstinacion de los procesados en no decir la verdad en sus declaraciones.

Así, pues, creyeron los infelices que por aquel camino podrian llegar más pronto á salir de su cruel incertidumbre, y á saber algo de su padre, estando muy distantes de sospechar la delincuencia del malvado viejo y su horroroso cinismo, que le habia permitido hablar, como lo hizo al pié del árbol citado, es decir, sobre la misma sepultura del infeliz don Agapito.

Sabido por el *Tio Martin* el deseo de los hijos de su víctima, no tuvo inconveniente en aceptar el encargo que se le daba, prometiendo ir á la cárcel de Archidona, conversar á solas con su hijo, y volver inmediatamente á decirles todo cuanto averiguase.

Los hijos le ofrecieron su agradecimiento y proteccion por este servicio, y el *Tio Martin*, muy satisfecho de aquellas ofertas y muy gozoso porque nada sospechaban de él, partió sin dilacion á cumplir su cometido, con el propósito firme de hacer luégo su composicion de lugar, y decirles únicamente aquéllo, que á su persona conviniese, para entretener el tiempo, ganarles la voluntad, y extraviarlos en sus ulteriores pesquisas.

Pero si el viejo criminal contaba con su astucia

y experiencia en la tortuosa senda del mal, que hasta entónces habia recorrido con próspera suerte, fiándose en sus artes, en sus protectores y hasta en su buena estrella, no contaba ciertamente con las mudanzas y alteraciones, á que todo está sujeto en el mundo físico y moral.

CAPÍTULO XLVI.

EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA.

El *Tio Martin* marchó con efecto á Archidona para hacer las averiguaciones prometidas; pero consecuente con su mala raléa y con los hábitos de toda su vida, vió á su hijo y le aconsejó, por el contrario, que á todo trance se mantuviese firme en su reserva y en su negativa.

Así es que gastó algunos dias en el viaje, y con aquel pretexto, visitó á vários de sus antiguos compinches y valedores que tenía en aquella comarca, refiriéndoles sus cuitas, pidiéndoles hipócritamente consejos y husmando cuanto podia, para saber á qué atenerse.

Al fin regresó á la huerta, á donde acudieron de nuevo los hijos de don Agapito, y con expresion muy compungida y apesarada, les manifestó que sentia en el alma el no haber podido hacer en su obsequio todo cuanto él deseaba y se habia propuesto; pero que no le habian permitido en la cárcel ver á su hijo, porque decian que estaba incomunicado, y que por lo tanto, se habia vuelto

con el disgusto de no haber podido complacerlos.

No dejaron de comprender los hijos de don Agapito, bien que vagamente, las marrullerías del *Tio Martin*, y con este motivo le reconvinieron con aspereza, diciéndole que no tenía buena voluntad en servirlos, porque si quisiera, él podia ayudarles mucho en sus pesquisas, no sólo valiéndose de sus hijos, sino de sus muchos conocimientos con las gentes de mal vivir, y que si no averiguaba el paradero de su desgraciado padre, era porque no le daba la gana; y á estas expresiones añadieron otras, amenazándole y diciéndole que le habia de salir muy mal la cuenta, si en aquella cuestion no se ponia de parte de éllos.

Aguantó el viejo aquella tempestad de amenazas y dicterios con la más hipócrita resignacion y mansedumbre, manifestando que no tenian razon para maltratarlo así, que él habia hecho todo cuanto habia podido, y que para en adelante, se comprometia tambien á hacer todas las averiguaciones que pudiera, dándoles cuenta en seguida de cuanto averiguase; en fin, él se dió tal maña, que por entónces, consiguió aplacarlos, á la vez que se quedaba con un pretexto muy plausible para abandonar frecuentemente su vivienda y evitar el contínuo choque de la Guardia civil de tres provincias y de otros espías, que sin cesar le asediaban.

Los dias pasaban, y la familia de don Agapito, despues de más de dos meses de haber pagado el rescate, se hallaba en una ansiedad inexplicable,

no perdonando medio alguno de averiguacion en aquel triste suceso, no obstante haber visto defraudadas hasta entónces, las esperanzas que primero les hizo concebir el *Bizco* de La Alameda, conocido tambien por *Cagarrache*, y despues el *Tio Martin*.

Ya sabe el lector que los hijos de don Agapito habian puesto en conocimiento de la Guardia civil sus entrevistas con *Cagarrache*, así como tambien su repentina desaparicion del pueblo.

La Guardia, pues, con este dato, practicó diligencias, y averiguó más tarde que el tal licenciado de presidio estaba segando en el término de Cañete la Real, provincia de Málaga, y desde luégo salió una pareja en su busca, y por cierto que, al intimarle que se diese preso, *Cagarrache* rompió su hoz, diciendo: «¿Para qué quiero ésto, si no me ha de servir más?»

La pareja lo condujo al pueblo de La Alameda, y desde allí á la cárcel de Archidona.

Entretanto el *Tio Martin*, habiendo sufrido nuevos interrogatorios y registros por la Guardia civil, se amontó de la huerta y fué á parar al cortijo llamado de las Grajas, término de Lucena, donde tenía una hija casada.

Allí permaneció algunos dias, habiendo dejado el cuidado de la huerta á su mujer y á sus hijos, los cuales á su vez, no considerándose allí muy seguros, se fueron á vivir á Casariche.

Pero el *Tio Martin*, que como ya he dicho, estaba dotado de facultades afectivas muy vehementes, no

en el sentido de las afecciones del alma, sino de los más groseros apetitos del cuerpo, no se hallaba muy contento léjos del lecho conyugal, y por lo tanto, ansiando ver á su esposa, abandonó el cortijo donde habitaba con su hija, y tomó el camino para reunirse con élla en la huerta.

Llegó el *Tio Martin* bestialmente ansioso de abrazar á su esposa, llevando en su cerebro un torbellino de imágenes obscenas, que sólo excitaban en su tosco y material organismo el hambriento deseo de satisfacer la brutalidad de sus desenfrenados y cenagosos apetitos.

Pero esta misma disposicion, no de su ánimo, sino de su sensibilidad animal, aumentó lo rudo y lo aterrador del contraste, que en sus impresiones le aguardaba.

En vez de hallar su apetecido lecho y á su esposa risueña y alegre y celebrando su inesperada visita, sólo halló la huerta abandonada, las puertas de la casa por el suelo y sin que nadie, ni áun los animales domésticos, saliesen á recibirlo.

Entró en su vivienda y no encontró alma viviente; llamó á su esposa y á sus hijos y nadie le respondió; subió al sobrado y sólo encontró allí recuerdos que le horrorizaban; volvió á bajar á tientas la escalera, porque la oscuridad era completa, y al desembocar en la cocina y al dirigir la vista hácia el hogar, le pareció que dos ojos de fuego le estaban mirando, y al atravesar el espacio que mediaba hasta la puerta derribada, atrancó maquinalmente,

como si temiese pisar el cadáver de Alberto, que le pareció ver en un charco de indeleble sangre.

Despavorido, con los cabellos erizados, conmovido por visiones y recuerdos espantosos, encaminóse instintivamente hasta las chozas, que halló tambien desiertas; y entónces, desatentado, presa de una excitacion febril, de un terror sobrehumano y de una angustia que jamás habia sentido, comenzó á recorrer la huerta en todas direcciones, lanzando de tiempo en tiempo una especie de sordo aullido, como un lobo á quien le hubiesen arrebatado su compañera y sus hijuelos, hasta que por último, jadeante, sudoroso y rendido de cansancio, vino á caer al pié del fatídico peral, sobre la misma sepultura de don Agapito y de Alberto.

Largo rato permaneció allí como sujeto por manos invisibles, hasta que mirando con ojos delirantes á un lado y á otro, pareció reconocer el sitio en que se hallaba, y lanzando un grito de indecible espanto, se levantó como impelido por un resorte, y con rapidez vertiginosa huyó de allí para sustraerse á sus remordimientos y á sus terrores.

Pero á donde quiera que posaba su planta, sentia debajo vacilar la tierra, como si se negase á sostenerlo; y entónces, tendiendo los ojos á su alrededor, creía ver salir de todos los ámbitos de la huerta pálidos fantasmas, espectros aterradores, crujientes y blancos esqueletos, que le miraban con sardónica sonrisa y que gozándose en sus tormentos, le señalaban con los huesosos índices los diferen-

tes sitios en que éllos habian sido sus víctimas y él su verdugo.

La huerta en aquella hora tomó en su imaginacion calenturienta la figura de un cementerio, y aquel campo, que tantos atractivos habia tenido para él durante largos años, y que en vez de hacerlo fecundo por su honrado trabajo, lo habia convertido en una mazmorra de sangre, lágrimas y torturas, le pareció entónces tan odioso, tan árido y tan negro, como las sombrías profundidades de su conciencia culpable.

Todo su deseo, ó por mejor decir, todo su instinto, se condensó en el vehemente conato de ausentarse de allí; pero temblaba á la idea de moverse y de atravesar por aquellos sitios malditos, que ocultaban tantos crímenes, y cuya superficie le parecia estar á la sazon cubierta con las áscuas del infierno.

Al fin, cerró los ojos, y con presuroso paso abandonó la huerta, como si al dejarla intentase huir de su propia conciencia.

Dando un gran rodéo y atravesando silenciosos y apacibles campos, cubiertos de mieses, llegó ya tarde á las inmediaciones de Casariche; pero sin atreverse á entrar en el pueblo.

¿Qué habia sucedido durante su ausencia? Hé aquí la pregunta que, ya más tranquilo, se formulaba sentado en un paredon, inmediato á las calles de Casariche.

En aquel momento llegó á su oido una voz que,

sacándole de su profunda meditacion, le dijo:

—¿Qué hace usted aquí, *Tio Martin*?

El interpelado reconoció á un vecino del pueblo, amigo suyo.

—Aquí estoy descansando.

—Pero ¿no sabe usted lo que pasa?

—No sé nada. ¿Qué sucede? preguntó el *Tio Martin*, recobrando instantáneamente su astucia ordinaria, haciéndose de nuevas y ocultando que ya habia estado en la huerta.

—Que ha venido la Guardia civil á prenderle á usted, y se han llevado á la tia María y á sus hijos Francisco y Antonio.

Esta noticia impresionó de una manera extraordinaria al *Tio Martin*, que entónces comenzó á comprender la causa del abandono y soledad de la huerta.

—¡Que se han llevado á mi mujer y á mis hijos! exclamó al fin con acento entre iracundo y asombrado.

—Sí, señor, y si lo ven á usted, en seguida lo prenden.

—¡A mí! ¿Y por qué?

—Eso es lo que yo no sé; pues lo que ha sucedido es, que no encontrándole á usted en la huerta la Guardia civil, vino al pueblo y se los ha llevado á éllos. ¿No le han dicho á usted nada?

—Te digo que no sabía una palabra, porque yo habia ido á pasar unos dias con mi hija, la que está viviendo en el campo de Lucena, y he vuelto esta

noche, se me ha hecho tarde, vengo muy cansado y aquí estaba pensando, si me iria á la huerta ó me quedaria en el pueblo.

—Pues usted hará lo que quiera; pero si yo estuviese en su pellejo no entraba en el pueblo; en fin, usted sabrá lo que le conviene. Por mi parte, yo á nadie le diré que le he visto á usted.

—Te agradezco el aviso y la reserva, no porque yo tenga nada que temer, gracias á Dios, sino porque como en este mundo todos tenemos enemigos.....

—Sí, señor, á nadie le faltan malas voluntades. Con que buenas noches, y Dios le ayude.

—Anda con Dios, y muchas gracias.

El campesino entróse en el pueblo, miéntras que el *Tio Martin* quedóse todavía sentado allí caviloso, pensativo y combatido por contrarios sentimientos y en una situacion indecisa, como la luz crepuscular cuando combaten los últimos resplandores del dia con las primeras sombras de la noche.

El *Tio Martin* apénas habia podido serenarse de la inmensa perturbacion que le habian causado sus pavorosos recuerdos y los implacables remordimientos de su conciencia; y ahora, bajo la impresion todavía de aquella espantosa lucha interna, habia recibido una terrible é inesperada noticia, que comunicaba un nuevo rumbo á sus ideas y á todo su sér por medio de una súbita sacudida exterior, cuyo violento choque lo empujaba de repente y sin transicion alguna, desde las regiones espirituales de la conciencia al camino áspero y po-

sitivo de la ruda y pesada realidad de la vida.

A los terrores intensos del remordimiento siguieron bruscamente los terrores que le inspiraba la Guardia civil; á las revelaciones conscientes de la justicia divina siguieron inmediatamente los temores que le inspiraba la justicia humana.

Bajo esta impresion levantóse rápidamente, sin pensar, ni querer, ni desear otra cosa, que sustraerse á todo trance á la prision que le amenazaba.

Y entónces, esquivando sendas y caminos al través de los campos, emprendió su marcha, pensando vagamente en buscar un refugio contra sus perseguidores.

Pero, ¿en dónde buscarlo? ¿Habria sido débil su mujer, confesando sus delitos? ¿Se habrian mantenido firmes sus hijos? ¿Por qué habrian ido á prenderlo? ¿Estaba ya denunciado por alguno de sus cómplices, ó acaso por la misma enlutada? ¿Habria oido el secuestrado al mendigo? Hé aquí las preguntas que á sí mismo se dirigia lleno de ira y espanto.

Aquel hombre, que habia traspasado los límites ordinarios de la vida, conservando una fuerza y un vígor indomables, que durante medio siglo habia perpetrado crímenes sin cuento, logrando con su hipocresía pasar por un hombre honrado, y sustraerse con inusitada fortuna á todos los peligros, así como tambien á la accion de la justicia, y que además habia encontrado siempre padrinos y valedores que lo protegiesen, aquel hombre, repito, ca-

minaba ahora extraviado por los campos, dudando de su mujer, con la cual soñaba poco ántes de una manera voluptuosa, recelando de sus propios hijos, huyendo de su hogar y sin haber encontrado amparo ni áun en aquellos mismos que en otras ocasiones lo habian favorecido con empeño, á trueque de que él compartiese con éllos el fruto de sus rapiñas.

¿Qué poder maléfico y contrario se habia desencadenado contra él y contra todos los suyos? Esta idea le aterraba, lo enfurecia y lo llenaba de confusion y de aturdimiento.

—¡Se ha trocado mi suerte! exclamó el *Tio Martin*, alzando al estrellado cielo sus ojos fulgurantes, en cuya mirada se contenia una blasfemia. ¿Por qué ántes me salia todo bien y ahora me sale todo mal? ¡Es claro, se le han muerto á uno los mejores padrinos y las mejores madrinas!... La suerte no favorece á los viejos, y además, por guardar reserva no he puesto á otros en su lugar, para que me guarden las espaldas... Por otra parte, los que tanto me han valido, hoy se encuentran en baja... Y esa gente de Córdoba... Desde que yo ví que no respetaban ni al *Niño*, y que habia tenido que fugarse, ya me olí yo la quema... De allí viene el huracan que se ha llevado á tantos compañeros... ¡Qué torpe he sido, cuando me podia haber curado en salud!... ¿Me habrá delatado alguno?... Si es así, estoy perdido; pero si así no fuera, todavía me atrevo yo á salir adelante, con tal que alguna autoridad me apadrinase y me oyese, porque yo

entónces podria prestarle grandes servicios y descubrirle... ¡Qué desamparado estoy!... ¡Maldita sea mi suerte!

Tales eran los pensamientos que preocupaban al *Tio Martin* en su nocturna marcha, la cual, interrumpia á cada instante, aplicando el oido al más mínimo rumor, viendo en cada árbol un guardia civil, creyendo ser descubierto á cada minuto, dando rodeos para no pasar junto á los caseríos, y evitar que los perros ladrasen, ocultándose á cada momento y volviendo luégo á seguir su marcha interrumpida, temiendo encontrarse con gente, y recelando hasta de su propia sombra.

La noche estaba serena y apacible; la luna esparcia su resplandor suave sobre las campiñas; el aura susurraba en las copas de los árboles, y el canto de las cigarras se confundia, ora con el agorero y compasado grito de la siniestra corneja, ora con los armoniosos trinos del ruiseñor enamorado.

Toda la naturaleza, como un gran pensamiento poético realizado en la materia y difundido en el espacio, exhalaba del cielo, de la tierra y de los vientos voces misteriosas é inefables melodías, que hablaban al sentimiento, despertando esas puras emociones que elevan el alma á la region de lo infinito, y le hacen presentir ese mundo de ideal perfeccion con que sueña constantemente nuestro deseo.

¡Qué contraste formaba la plácida calma de la tranquila noche, de la plateada luna y de la soledad majestuosa de los campos, con los temores, las sospe-

chas, los recelos, los tumultuosos sentimientos que agitaban el corazon empedernido de aquel malvado!

La pureza de la conciencia es la condicion primera para sentir y gozar, con una fruicion divina, los saludables encantos de la madre naturaleza.

El *Tio Martin*, pues, desatentado, inquieto y temeroso, ya caminando con precipitado paso, como si alguien le persiguiese; ya deteniéndose en su marcha, como si recelase que otros agentes de la autoridad le saliesen al encuentro, anduvo toda la noche en várias direcciones, esquivando tropezar con los viandantes y pastores que oia ó divisaba.

En vano se proponia buscar un asilo para sustraerse á su horrorosa inquietud, pues que todo le inspiraba temor, creyendo que llevaba la frente y las manos teñidas en sangre, y que nadie podria mirarlo sin conocer al punto que era un criminal, que huia despavorido para libertarse de los rigores de la justicia humana.

Andando sin cesar, la noche le parecia infinitamente larga, y sin embargo, temblaba de que apareciese el astro del dia.

El feroz anciano, maldiciendo su suerte, prosiguió su fuga, sin tomar alimento, sin encontrar reposo, profiriendo espantosas blasfemias y sintiendo por la primera vez en su vida, que aquella noche se hubiesen levantado en su conciencia, implacables y feroces, los gritos de sus remordimientos, que durante tantos años habian permanecido como serpientes dormidas en su seno.

CAPÍTULO XLVII.

LAS REVELACIONES DEL TIO MARTIN.

Miéntras que el *Tio Martin*, para quitarse de la huerta, donde era constantemente molestado, habia ido á pasar algunos dias con su hija en el citado cortijo de las Grajas, sucedió que el jefe de la Guardia civil de la línea de Estepa, don José Perez y Perez, que ya habia estado en la casa del viejo hortelano, encontró vehementes indicios de que aquel era el caserío donde habian tenido secuestrado al jóven Reina.

Este distinguido jefe tomó con gran empeño el averiguar, si el caserío en que tuvieron encerrado á dicho jóven, estaba dentro de su jurisdiccion, y por lo tanto, de acuerdo con el Gobernador de Sevilla y con el comandante de la Guardia civil de la misma provincia, volvió á el Arahal para adquirir noticias y precisar las señas de la habitacion en que habia estado el cautivo.

No se manifestaba éste propicio á secundar aquel empeño, pero á pesar de su discrecion y reserva, no pudo excusarse de manifestar las circunstancias

de la habitacion en que lo habian tenido recluso, y entónces recordó el señor Perez que todas las señas y circunstancias convenian con las de la casa del *Tio Martin*, por cuyo motivo procedió á practicar un nuevo registro, á fin de confirmar hasta la evidencia sus indicios y sospechas.

Llegó, pues, el referido jefe con sus guardias á la huerta del *Tio Martin*, y viendo la puerta cerrada, llamó repetidas veces hasta que se convenció de que no querian abrir la puerta, en cuyo caso la derribaron; penetrando en la casa y reconociendo minuciosamente el desván, encontró confirmadas todas las señales, como los nueve escalones, los tres ventanillos, y hasta la circunstancia de seguir uno de éllos tapado con un capacho.

En vista de tal coincidencia, más los antecedentes sospechosos que ya tenía del dueño de la casa y de la huerta, juzgó indispensable buscar á los moradores en Casariche, donde sólo encontró á la mujer del *Tio Martin* y sus hijos Francisco y Antonio, llevándose á los tres presos á Estepa, á cuyo juzgado pertenecen Casariche y la huerta.

Al mismo tiempo, el referido jefe de la línea de Estepa, con actividad y celo dignos de elogio, adoptó los disposiciones convenientes, para que la fuerza de su mando buscase al *Tio Martin*, y procediese á su captura como cómplice en el secuestro del jóven Reina.

Entretanto habia ocurrido el robo de unas yeguas en Antequera, que pertenecian á don Francisco

Gonzalez Aguayo, vecino de dicha poblacion, y en cuya busca practicaba las más activas diligencias el benemérito Cuerpo de la Guardia civil.

Ahora bien; el *Tio Martin*, acosado por sus temores y remordimientos, desfallecido de hambre, rendido de cansancio, con el rostro descompuesto y con evidentes muestras de turbacion y recelo, habia llegado á una choza donde estaba un mozalvete, al cual le pidió algo de comer, ofreciendo pagarlo; pero como aquél le respondiese que nada tenía que darle, el viejo, entregándole una peseta, le suplicó que fuese al inmediato pueblo de Bobadilla, y le comprase pan y tabaco.

El mozuelo aceptó el encargo, miéntras que el *Tio Martin* se quedó en la referida choza, esperando su regreso; mas acaeció que al salir del estanco el jóven mandadero, encontró á un sargento de la Guardia civil que le conocia, y el cual le preguntó:

—¿Qué llevas ahí?

—Pan y tabaco.

—¿Y para quién llevas éso?

—Para un hombre que ha llegado allí á la choza y me ha pedido de comer, y yo le dije que no tenía que darle; y entónces me rogó por favor que viniera á comprarle pan y tabaco.

—¿Y por qué no ha venido él?

—No sé; pero me dijo que él no podia venir..... y que le hiciera por Dios este favor, y he venido.

No se necesitaba más para que el citado sargento se imaginase en seguida que el tal hombre, que

así rehusaba entrar en poblado, debia ser alguno de los ladrones de las yeguas de don Francisco Gonzalez Aguayo.

En vista de esta suposicion, el sargento siguió al mozuelo con otro guardia, y poco rato despues el *Tio Martin* fué preso y conducido á Bobadilla por indocumentado.

Allí, en presencia del Alcalde, se le interrogó más minuciosamente respecto al motivo que le habia llevado á aquella comarca, y á su repugnancia á entrar en el pueblo; pero al ver la turbacion del *Tio Martin*, y notando las contradicciones en que incurria, el mismo Alcalde le aconsejó al sargento que lo llevase preso á Antequera.

Hízolo así, conduciéndole á la casa-cuartel de la Guardia civil en dicha poblacion, donde interrogado de nuevo, dió lugar con sus respuestas á que se le creyese criminal; pero no pudiendo lograr la Guardia civil que el viejo saliese de su reserva sospechosa, y no encontrando ningun motivo concreto para ponerlo á disposicion del Juzgado, estimó lo más oportuno dar cuenta á el Alcalde, á fin de que éste se informase de los antecedentes de aquel hombre, y ver de averiguar si era cómplice en el robo de las yeguas, que por entónces tanto preocupaba á las autoridades de Antequera.

Acudió al cuartel el alcalde don Antonio Granados Espinosa, acompañado del jefe de la Guardia municipal, don José Ruiz Sanchez, qne por cierto se habia hecho temer de la gente de mal vivir de Antequera.

Entónces le preguntaron por el consabido robo de las yeguas, del cual nada sabía el *Tio Martin*; pero no obstante, Granados y Ruiz, por su porte y respuestas, sospecharon que aquel hombre era delincuente, por cuyo motivo el jefe de la Guardia municipal le preguntó:

—¿No me conoce usted á mí?

—No, señor.

—Yo soy Ruiz.

—¡Ah! exclamó turbado el *Tio Martin*. No le conocia á usted personalmente; pero sí de oidas.

—¿Y á quién le ha oido usted nombrarme?

—A los muchachos.

—¿Y quiénes son esos muchachos? preguntó Ruiz.

—Yo le diré á usted; como he vivido siempre en el campo, y allí tiene uno que estar á merced de todo el mundo, les he oido contar lo que usted hacía con éllos, y la verdad, no le tienen á usted mucha ley.

—¿Y quiénes son ésos que me quieren tan bien?

—Yo le he oido hablar de usted á un tal Antonio Romero, que le conocen por Alberto, y á un cojo que lo llaman Carreras.

—¿Y qué decian?

—Que usted trataba á la gente á la baqueta.

—Yo trataré mal á los tunos; pero no á los hombres que me sirven y quieren ser amigos mios.

Estas palabras astutamente aventuradas por Ruiz, no cayeron en saco roto, pues que el *Tio Martin* las recogió, imaginándose á su vez que Ruiz podia tambien servirle.

—Será lo que usted dice; pero yo no he hecho más que repetir lo que he oido, y éso porque usted me lo ha preguntado, repuso el viejo.

—Pues ya que usted conoce á Alberto, sabrá su paradero.

—Yo no sé nada; pero si usted quiere buscarlo, me parece trabajo perdido.

—¿Por qué dice usted éso?

—Porque ya hace tiempo que no le veo, y dicen que ya no anda por estas tierras.

—¿Y sabe usted á donde se ha ido?

—No, señor.

—¿Y podria usted averiguarlo?

—Hombre, yo no sé si preguntando se podria averiguar algo. ¿Le interesa á usted mucho? preguntó el *Tio Martin*, alzando la cabeza y clavando sus ojos en Ruiz, que respondió:

—A la autoridad le interesa siempre saber el paradero de un desertor de presidio, y por éso lo busco, y áun daria cualquier cosa buena por encontrarlo.

—Pues me parece que no debe usted molestarse mucho en buscarle.

—Ese es mi deber, y yo quiero cumplirlo.

—Es que hay cosas que no se pueden cumplir aunque se quiera.

—¿Qué quiere usted decir con éso?

—Nada, que no se puede siempre lo que se quiere.

—Vamos, buen viejo, usted sabe más de lo que dice, replicó Ruiz con voz insinuante y muy con-

vencido de que, en efecto, el *Tio Martin* guardaba reserva.

Entónces Ruiz sospechó que acaso el viejo no se espontaneaba por temor de comprometerse delante del Alcalde y de la Guardia civil, y por lo tanto, llamando á unos y á otros aparte, les manifestó la conveniencia de que lo dejasen á solas con el viejo, para ver si conseguia de algun modo ganarse su voluntad para que cantase.

El Alcalde y los guardias, animados del mejor deseo, accedieron á la indicacion de Ruiz, que condujo al *Tio Martin* á la cuadra del cuartel, en donde con halagos y promesas le dijo, que habia conocido que él sabía cosas que no declaraba; que el decir la verdad no le comprometia en nada, si era inocente; y que áun cuando no lo fuera, él tenía mucha mano con el Alcalde, y que desde luégo le aseguraba, que entre ámbos lo sacarian adelante de cualquier mal paso que hubiese dado, pudiendo contar con su proteccion decidida, si él se prestaba á secundar los deseos de la autoridad, revelando todo cuanto supiese de Alberto y de otros criminales.

Esta proposicion agradó sobremanera al *Tio Martin*; aunque al pronto se guardó muy bien de manifestarlo.

En efecto, la idea de la proteccion y del padrinazgo en los criminales de Andalucía es tan enérgica, poderosa, tradicional y consuetudinaria, que una vez convencidos de que personas influyentes se declaran en su favor y están dispuestas á servir.

los, deponen toda su desconfianza, y no vacilan en confesar los más atroces delitos, imaginándose que pueden quedar impunes, si tienen buen padrino.

—Yo le aseguro á usted, que el Alcalde y yo harémos por usted los imposibles, siempre que nos diga todo lo que sepa.

—Eso se dice muy bien ahora, respondió el *Tio Martin*; pero luégo cuando vienen las apreturas, lo dejan á uno en las astas del toro.

—Usted diga todo lo que sepa, y yo le respondo á usted de que lo sacarémos en palmas, ó hemos de poder poco.

—No es menester que nadie me saque en palmas, porque yo no he cometido delito ninguno.

—Pues entónces, ¿qué teme usted?

—Yo lo que temo es, que por hablar se me lie una culebra al pescuezo, que me ahogue.

—No tenga usted cuidado por éso, pues por lo que á mí se me diga, no se compromete nadie.

—Ya ve usted, como uno está en el campo y vé y oye cosas..... En fin, yo no quisiera que, sin comerlo ni beberlo, me armen un alzapié y tenga yo que sentir, nada más que por irme de la lengua.

—Al contrario, buen viejo, usted prestará un gran servicio y tendrá padrinos que le protejan, porque merecerá usted un premio por denunciar á la autoridad lo que otros hayan hecho; pues lo culpable sería saber que se han cometido robos ó cualesquiera otros delitos, y no delatarlos.

El *Tio Martin*, que en aquellos dias se encontraba

tan desamparado por haber perdido sus antiguos valedores, vió el cielo abierto, como suele decirse, al oir las palabras y propuestas del astuto Ruiz; y en aquel mismo instante concibió la idea de acoger aquellos ofrecimientos, confiando en que él sabria darse tal maña, que conseguiria prestar grandes servicios al Alcalde y al jefe de la Guardia municipal, revelándoles grandes cosas, sin que él apareciese culpable.

Así, pues, con el propósito de vender y delatar á todos sus cómplices, si era necesario, á trueque de conseguir su propia salvacion, el *Tio Martin* apresuróse á responder:

—Pues si usted y el señor Alcalde se deciden á ser mis padrinos, y me aseguran que yo no tendré que sentir por lo que les diga, yo manifestaré el paradero de Alberto y otras cosas.

—El Alcalde le asegurará á usted lo mismo que yo le digo, y si usted quiere oirlo de su propia boca, vamos á buscarle y se convencerá usted de que es verdad todo cuanto yo le he prometido.

—Vamos donde usted quiera.

Y Ruiz y el viejo salieron de la cuadra, yendo á reunirse con el Alcalde, al cual le manifestó el jefe de la Guardia municipal todo lo que habia sucedido.

El Alcalde aceptó muy gustoso la propuesta, ofreciéndose de la manera más expresiva á favorecer al *Tio Martin* en todo y por todo, segun y conforme le habia manifestado préviamente Ruiz.

Con estas promesas, el redomado viejo no tuvo

ya inconveniente en espontanearse, si bien refiriendo los sucesos á su modo, y sin más norte ni guía que su propia conveniencia.

—Vamos á ver, dijo Ruiz, yo hace mucho tiempo que busco á Alberto y tengo grandísimo empeño en hacerle preso. ¿Puede usted ayudarme para conseguirlo?

Al oir esta pregunta, una sonrisa diabólica vagó por los lábios del *Tio Martin*, que repuso:

—Ya le he dicho á usted que no debe molestarse, en buscarlo.

—¿Y por qué?

—Porque Alberto ya no puede dar ruido.

—¿Pues ha muerto? terció el Alcalde.

—Sí, señor.

Una sospecha cruzó entónces por la mente del Alcalde, y fué que receló que aquel viejo marrajo tal vez se proponia desorientar á las autoridades, diciendo que habia muerto el desertor de presidio, con la mira de salvarlo.

Aquella misma sospecha se reflejó en el ánimo de Ruiz, el cual le preguntó:

—¿Y cómo es que habiendo muerto, no lo saben las autoridades?

—Pues ahí verá usted; yo lo sé y lo digo para que no se cansen ya en buscarlo.

—Pero no basta que usted lo diga; es necesario probarlo.

—Pues lo probaré, si no basta mi palabra.

—¿Cuándo ha muerto?

—Hace ya muy cerca de tres meses.

—¿Y de qué murió?

—De una puñalada que le dió el cojo Carreras.

—¿Y en dónde está enterrado?

—En el campo.

—¿Y sabe usted el sitio?

—Sí, señor; como que yo mismo, obligado á la fuerza, tuve que enterrarlo.

El Alcalde y Ruiz cambiaron una mirada de asombro, comprendiendo que las revelaciones del viejo eran de más importancia de lo que al principio se habian imaginado.

—Pues vamos, dijo el Alcalde, cuente usted todo lo que sepa, en la seguridad de que presta un gran servicio á las autoridades, y de que, léjos de traerle sus revelaciones ningun disgusto, por el contrario encontrará en nosotros la proteccion más decidida.

El *Tio Martin* oyó muy satisfecho estas palabras, que tan perfectamente respondian á sus más vivos deseos.

—Ya saben ustedes, dijo el *Tio Martin*, lo que es vivir en el campo, y que está uno siempre á merced de los contrabandistas, de los ladrones y de toda la gente de mal vivir, y que no hay más remedio que oir, ver y callar, porque si no está uno bien con los tunantes, le pegan fuego á la pobreza que uno tiene, ó le dan una puñalada ó un trabucazo.

—Sí, señor, respondieron á una el Alcalde y Ruiz; ésa es una desgracia inevitable para los que habitan en el campo.

—Pues bien; yo estaba en mi huerta en paz y en gracia de Dios, cuando una noche llegaron allí ese Alberto y unos amigos suyos, que acompañaban á un pobrecito viejo que decian era de La Alameda y que estaba enfermo, y me mandaron que lo tuviese allí unos dias, hasta ver si se mejoraba con los aires sanos de la huerta.

El Alcalde y Ruiz, que tenian noticia del secuestro de don Agapito Delgado, comprendieron al punto la inmensa trascendencia de aquella revelacion tan inesperada.

El *Tio Martin* continuó:

—Alberto y sus compañeros, cuando yo les dije que no tenía ni comodidad, ni gusto en tener huéspedes en mi casa, me amenazaron con matarme, si no lo admitia sin decirle nada á nadie; y que en cuanto á darle de comer, el viejo se contentaria con lo que yo comiese, y que además me lo pagarian. Yo, en vista de ésto, aunque con gran repugnancia, admití al viejo en mi casa y lo traté como á un amigo, porque aquel hombre era un alma de Dios; pero al cabo de algunos dias, volvió Alberto con sus amigos, y entraron á ver al viejo, y lo que hablaron allí entre éllos, yo no lo sé, porque no estaba presente; lo único que sé es que se armó una pendencia entre éllos de mil demonios, y cuando acudí á las voces y al ruido, me encontré al pobrecito del viejo, que lo habian ahogado, y á Alberto, con las ánsias de la muerte y tendido en un charco de sangre. ¡Figúrense ustedes cómo yo me pon-

dria al ver esta perdicion dentro de mi casa!

—¡Qué escena tan horrorosa! exclamó el Alcalde.

—Continúe usted, añadió Ruiz.

—Los amigos de Alberto se marcharon, dejándome allí aquellos dos hombres muertos, amenazándome que me cortarian la cabeza, si no los enterraba y callaba el pico. ¡Qué fatigas pasé yo para quitar del medio aquellos dos hombres y lavar la sangre! A cada momento estaba temiendo que llegase algun extraño y viese aquéllo, y que pagase yo sin tener culpa ninguna. Al fin quiso Dios que todo se pudiese arreglar sin que nadie lo viera, ni lo haya sabido hasta ahora más que ustedes; pero por Dios y por la Vírgen Santísima, les pido que ya que me he confiado en sus promesas, me sirvan ustedes de padrinos, y no tenga yo que sentir sin comerlo ni beberlo.

—Usted no tiene responsabilidad ninguna, si todo pasó como usted lo cuenta, dijo el Alcalde.

—¿Y cómo supo usted que Carreras mató á Alberto? preguntó Ruiz.

—Porque se lo oí decir á éllos.

—¿Y quién mató al viejo de La Alameda?

—Segun dijeron, tambien habia sido Carreras.

—¿Y usted no podrá decirnos quiénes eran los demás cómplices?

—Si los viera, los conoceria; pero por su nombre, no conozco más que á Carreras.

Grande impresion causaron en el ánimo del Alcalde y de Ruiz las trágicas y sorprendentes revela-

ciones del *Tio Martin*, que se manifestó dispuesto á acompañarlos á la huerta, para probarles evidentemente la exactitud de su relato.

El Alcalde y Ruiz aceptaron la oferta del marrullero viejo, tratándole muy afectuosamente, bien que sin dejar por ésto de ponerle á buen recaudo, miéntras se concertaban con la Guardia civil acerca de lo que debia hacerse en aquel singular y extraordinario caso.

CAPÍTULO XLVIII.

LA EXHUMACION.

Puestos de acuerdo con la Guardia civil el Alcalde y el jefe de la Guardia municipal, determiminaron partir inmediatamente en el tren para Casariche, á fin de comprobar sobre el terreno todas las declaraciones hechas por el *Tio Martin*, pero ántes avisaron al jefe de la línea de Antequera, el susodicho don Francisco García, que tan vivo interés se habia tomado por la desgraciada familia de don Agapito, y que precisamente, á la sazon, se hallaba en La Alameda haciendo averiguaciones.

El mencionado aviso, que llevó una pareja de la Guardia civil, se limitaba á expresar que se iba á hacer por el Alcalde de Antequera un importante reconocimiento en la huerta del *Tio Martin* y la conveniencia de que se pusiese inmediatamente en camino para dicho punto, como así lo verificó, acompañado de una pareja, si bien ántes de su partida, comunicó á los hijos de don Agapito lo que ocurria.

El Alcalde, señor Granados, el jefe de la Guardia

municipal, Ruiz, y el sargento Martinez, acompañado de algunos guardias, salieron con el *Tio Martin* de Antequera en la tarde del 15 de Julio de 1870; y llegados que fueron á la estacion de Casariche, el hipócrita viejo les suplicó que se le permitiese bajarse por el lado opuesto al de costumbre, á fin de sustraerse á las miradas de la gente del pueblo, en atencion á que era muy conocido y á su deseo de no dar escándalo y de que nadie se enterase de la operacion que se iba á practicar, temeroso, segun decia, de la venganza de los malhechores.

Los que acompañaban al *Tio Martin* no tuvieron inconveniente en acceder á su demanda.

La Guardia civil de Antequera encontróse en la estacion con don José Perez, jefe de la línea de Estepa, que despues de haber preso á la tia María y á los hijos del *Tio Martin*, se hallaba tambien en aquel punto para vigilar la huerta y prender al viejo.

Excusado parece decir que el celoso y diligente señor Perez, que habia descubierto ya el asilo en que tuvieron al jóven Reina, celebró infinito aquel encuentro, que le ponia en las manos al mismo á quien con tan laudable y tenaz empeño buscaba.

Enterado, pues, del objeto de aquella expedicion, el señor Perez mandó inmediatamente una pareja al señor juez de Estepa, don Enrique Ruiz Crespo, para que le diese parte del suceso, y en seguida él con sus guardias se incorporó tambien al Alcalde de Antequera y á su comitiva.

Precedidos por el *Tio Martin*, encamináronse todos á la huerta; pero habiendo buscado el viejo un azadon en donde creyó encontrarlo, no consiguió su intento, por cuyo motivo fué necesario enviar á Casariche por la mencionada herramienta.

Entre tanto, el *Tio Martin*, fumaba y conversaba con todos muy tranquilo y dispuesto á desenterrar por su propia mano á sus víctimas, como si se tratase de la operacion más sencilla y natural del mundo.

Pero aquella calma aparente, que tanto convenia á su propósito y al papel que se habia impuesto, era el último y más violento esfuerzo de la voluntad humana, pues que el *Tio Martin* en su interior experimentaba una lucha terrible y una emocion profunda.

Cuando al fin volvió una pareja del pueblo con un azadon, un estremecimiento convulsivo recorrió el cuerpo del viejo, que apoderándose de la herramienta, comenzó á contar las eras ó cuadros sembrados de maíz y pimientos, hasta que llegando á uno, próximo al consabido peral, exclamó:

—¡Aquí están enterrados!

Y se puso á cavar con gran brío, á pesar de sus años.

Era ya muy entrada la noche y en torno del *Tio Martin*, veíase formado un círculo de hombres adustos y silenciosos, cuyos rostros iluminaba la luz de un farolillo, y los cuales aguardaban con ansiedad el resultado de aquella excavacion, que tan

directamente podia influir en el descubrimiento de crímenes horrorosos.

El viejo, sin embargo, seguia cavando sin que ninguna señal demostrase el hallazgo de lo que se buscaba.

La tierra estaba dura, y el *Tio Martin* con la cabeza inclinada, jadeante y sudoroso, persistia en su faéna, á pesar de háber cavado ya cerca de una vara.

Entónces el Alcalde, señor Granados, el hizo notar que aquel terreno parecia no haber sido removido recientemente, y que sin duda se habia equivocado en el sitio.

—¿Me querrá usted decir á mí dónde están, cuando yo mismo los enterré? dijo el *Tio Martin*, soltando el azadon para descansar y pidiendo á los circunstantes con mucha calma tabaco para echar un cigarro.

El Alcalde le alargó su petaca y el *Tio Martin* añadió sonriéndose:

—Ya será este mejor que el que fumamos los pobres.

Y en seguida se puso á liar su cigarro.

Aquella ostentacion de tranquilidad era completamente fingida.

El *Tio Martin* se estremecia á la idea de ver ante sus ojos los cadáveres de don Agapito y Alberto, y temiendo á este espectáculo aterrador é insoportable para el homicida, se habia puesto á cavar en donde él sabía perfectamente que no estaban enterrados.

Cuando el viejo acabó de fumar, quiso proseguir su trabajo; pero entónces el Alcalde y los demás que le acompañaban, comenzaron á poner en duda la exactitud de sus revelaciones.

Obligado entónces por la imperiosa necesidad, miró á las estrellas, y orientándose, dió algunos pasos hácia un lado, y exclamó:

—¡Aquí sí que es!

El *Tio Martin*, haciendo esfuerzos sobrehumanos para ocultar su horrenda turbacion, comenzó á cavar en el nuevo sitio, y desde luégo se advirtió por todos que aquel terreno estaba más flojo y removido.

Pero apénas el viejo habia empezado de nuevo su taréa, cuando llegó el Alcalde de Casariche, acompañado del Secretario, el juez municipal y algunos vecinos, tratando de informarse de lo que allí se estaba haciendo, y enterado de éllo, preguntó si se habia avisado al juez del partido para que autorizase la exhumacion, á lo que contestó el jefe de la línea de Estepa diciendo, que él le habia enviado aviso y que no tardaria.

El *Tio Martin*, al oir aquel diálogo, y al ver á sus convecinos y al Alcalde de Casariche, sintióse vivamente contrariado, lo cual, unido á la situacion de su ánimo, le produjo una emocion tan viva, que fué necesario todo el dominio que sobre sí tenía, para que los presentes no la advirtiesen.

Así fué, que cuando volvió á su faéna, que habia interrumpido por algunos momentos, parecia muy fatigado; pero deseando disimular su turbacion y

abatimiento, dejó de cavar y afectando suma tranquilidad dijo:

—El dia que los enterré, tenía un azadon tan bueno, que sólo se necesitó un cuarto de hora.

Constreñido á continuar su trabajo, es decir, su más horroroso martirio, el *Tio Martin* prosiguió cavando, y al poco rato se percibió un olor fétido é insoportable, y entónces el viejo con aire de triunfo exclamó:

—¿Tenía yo razon ó no? ¡Ya se huele lo que se busca!

Las emanaciones pútridas eran tan fuertes é irresistibles, que hubo necesidad de suspender la operacion, retirándose todos á gran distancia.

Durante este intervalo, se presentó el juez de Estepa, que al principio manifestó cierta extrañeza y áun disgusto de que hubiesen empezado aquel acto sin su presencia ó mandato; pero comprendiendo el buen deseo del Alcalde de Antequera y la impaciencia de todos por terminar aquel lúgubre descubrimiento, no sólo hubo de sosegarse, sino que dispuso que la exhumacion se continuase, tan luégo como se enteró de todo lo acaecido.

Al efecto, volvieron otra vez al sitio, donde ya la hediondez era ménos insufrible, y el *Tio Martin* emprendió de nuevo su trabajo, siempre repugnante; pero para él espantoso y aterrador, como si respirase los vapores del infierno.

Muy pronto descubrió el pié de un hombre, y en seguida la cabeza de otro.

Entónces el *Tio Martin* suplicó que le relevasen en aquel trabajo tan penoso, y á la luz del farolillo pudo advertirse la mortal palidez que cubria su rostro.

Reemplazóle, pues, un guardia civil, que quitándose la levita, comenzó á separar con gran cuidado la tierra que cubria los cadáveres, á fin de no desfigurarlos, ayudándole tambien en esta difícil y delicada operacion varios vecinos del citado pueblo.

Durante este trabajo, llegó el jefe de la línea de Antequera, Sr. García, con una pareja de la Guardia civil, el cual se informó de todo cuanto habia sucedido con motivo de las declaraciones del malvado viejo.

Al fin, no sin trabajo ímprobo y particular esmero, se consiguió descubrir, sin mutilarlos, ambos cadáveres, que se hallaban en efecto gualdrapeados, como el *Tio Martin* decia, y ya queda referido.

Largas horas se invirtieron en esta enojosa y repulsiva taréa, para obtener el resultado apetecido, sin perjuicio de la integridad posible de aquellos restos humanos, ya en completa putrefaccion, atendido el tiempo que hacía estaban enterrados, que eran ochenta y tres dias.

Apénas habian sacado de la fosa los cadáveres, cuando se agolparon en torno de éllos para examinarlos, el juez de Estepa, un notario que le acompañaba, el Alcalde de Antequera, el Alcalde, juez municipal y secretario de Casariche, los jefes de

las líneas de Estepa y Antequera, el jefe de la Guardia municipal de la misma poblacion con algunos indivíduos de su fuerza, gran número de guardias civiles, algunos empleados de la estacion y muchos vecinos del pueblo.

El *Tio Martin* entre tanto, estaba confuso y alarmado por el giro que pudiera tomar para él aquel ruidoso descubrimiento, al cual se habia prestado en la confianza de que sus nuevos padrinos Granados y Ruiz le cumplirian sus promesas, protegiéndole contra todo evento y sacándole adelante de cualquier mal paso; pero áun cuando tales eran sus pensamientos, recelos y temores, el astuto viejo cuidaba de dar á su semblante, por más esfuerzos y violencia que le costase, una expresion tranquila, sosegada é inocente.

Miéntras que los numerosos circunstantes que presenciaban aquel horrendo espectáculo, hacian mil conjeturas y comentarios, á cual más diversos y extravagantes, acerca de la causa y autores de aquel doble asesinato, y de quiénes fuesen los muertos, sintieron de repente un tropel de caballos, y volviendo el rostro, pudieron ver todos una tropa de hasta seis jinetes, que con desaforada presura, se adelantaban al galope hácia el atónito y numeroso grupo.

Los guardias civiles salieron al encuentro de aquella gente, miéntras que los vecinos se alarmaron, imaginándose que tal vez sería una partida de bandoleros, que iba á desafiar en campo abierto á la Guardia civil.

Con gran sorpresa, entre las tinieblas de la noche, los alarmados vecinos vieron aproximarse á los jinetes, en union de la Guardia civil, hasta muy cerca del sitio en que se hallaban los cadáveres exhumados.

Allí, los seis desconocidos que tan vivamente llamaron la atencion de todos, echaron pié á tierra y corrieron desalados, abriéndose paso por entre los concurrentes, hasta llegar donde estaban tendidos los cadáveres, ya fuera de la sepultura.

Entónces todos pudieron presenciar una escena extraordinaria y conmovedora.

Los recien llegados, á la luz del farol, pasearon alternativamente sus ansiosas miradas del uno al otro cadáver, hasta que luégo, súbitamente, con desgarrador acento, lanzaron esta triple exclamacion:

—¡Querido padre!

—¡Querido hermano!

—¡Querido tio!

Y un enternecimiento profundo contrajo sus rostros, y hondos gemidos se exhalaron de sus acongojados pechos.

Es imposible describir la expresion de dolor inconsolable que manifestaron en aquel momento los seis desconocidos en torno del cadáver de don Agapito, desfigurado á los ojos de todos; pero no á las miradas de sus tiernos hijos, de su amante hermano y de su cariñoso y diligente sobrino.

Todos los presentes miraban con simpatía y en-

ternecimiento aquel desolado grupo de seis hombres de diferentes edades, diversas fisonomías y distintas expresiones de su dolor; aunque todos se confundian al llorar en su desgracia la pérdida de un sér tan bueno y para todos tan querido.

Entónces el más anciano, que era don Victorino Delgado, dirigió á los que le rodeaban algunas palabras de resignacion y de consuelo.

—¡Bien decia mi madre! exclamó Francisco. ¡Su corazon leal no la engañaba!

—¡Tampoco engañaba su ensueño á mi pobre esposa! exclamó Zambrana.

—¡Ya no te verán más aquellas infelices, hermano de mi alma! exclamó don Victorino con los ojos llorosos y tenazmente fijos en el cadáver de su infeliz hermano.

—¡Qué infamia! gritó el buen Melero. ¡Esto clama al cielo! ¡Matar á un hombre despues de haberle sacado á su familia el precio de su rescate!

—¡Qué pena tan grande! exclamó Juan Delgado. ¡Padre de mi corazon!

—Vamos, no os aflijais así, dijo Estéban Zambrana, hermano del marido de Dolores, y que tambien habia querido acompañarles á la huerta.

Entónces las autoridades allí reunidas y el jefe de la línea de Antequera, que era amigo de la familia, trataron de templar el justo dolor de los recien llegados, prodigándoles toda suerte de consuelos con mil juiciosas reflexiones.

Al fin consiguieron sosegarlos algun tanto; pero

de pronto, los hijos de don Agapito divisaron al *Tio Martin*, y recordando la conversacion habida con él debajo del peral y sobre la sepultura, y sus mañosas reticencias para negarse á revelar lo que tan perfectamente sabía, ardiendo en generosa indignacion y sin ser dueños de contener su santa ira, se precipitaron instantáneamente sobre el malvado viejo para castigar su cinismo, su falsía y su atentado, pues un secreto é infalible instinto les decia á voces, que aquel hombre era el cobarde asesino de su infortunado padre.

El *Tio Martin* al verse tan brusca é inesperadamente acometido, corrió á refugiarse detrás de sus padrinos, es decir, de Granados y de Ruiz, que se interpusieron, así como las demás autoridades y la Guardia civil, para libertar al viejo de una muerte segura.

—¡Ese infame lo ha tenido en su casa oculto! gritaba Francisco.

—¡Ese ha matado á mi padre! exclamó Juan con la seguridad misteriosa del presentimiento.

—¡Sí, sí, ese pícaro viejo es el asesino, y por éso se turbaba cuando habló conmigo! dijo Zambrana.

—¡Tunante! ¿Para ésto entregué yo el rescate? barbotó Melero.

—¡Por lo ménos es cómplice y encubridor de un crímen horroroso! añadió don Victorino.

—Merece que lo maten; pero es necesario que ántes lo confiese todo, repuso Estéban Zambrana.

—¡Malvado! ¡Hipocriton! ¡Malas entrañas! ¡Pícaro viejo! exclamaron varias voces de los vecinos.

Los guardias permanecieron silenciosos; pero demostrando gran simpatía con la indignacion y la pena de los acongojados hijos y parientes del muerto.

En tal situacion, y respetando el justo dolor de los agraviados, y que éstos en un disculpable arrebato de indignacion se precipitasen sobre el *Tio Martin* y le hicieran pedazos, dispuso el juez que inmediatamente la Guardia civil se llevase al odioso viejo, preso á la cárcel de Estepa.

Esta órden se cumplió en seguida no obstante las protestas, reconvenciones y súplicas que el *Tio Martin* dirigió entónces á sus recientes padrinos, que de nada pudieron valerle, supuesto que el crímen descubierto se habia perpetrado en la jurisdiccion de Estepa, y por lo tanto, el juez de aquel partido estaba en su perfecto derecho al adoptar aquellas disposiciones.

Tambien mandó que se hiciese la correspondiente autopsia de los cadáveres, que se les diera sagrada sepultura, y se extendiesen las oportunas diligencias de la exhumacion y de todos los demás incidentes de aquel acto.

Por lo demás, los hijos y parientes de don Agapito fueron tratados por todas las autoridades y concurrentes con toda la consideracion y respeto que se merecian su justo dolor é irreparable desgracia.

CAPÍTULO XLIX.

DONDE SE CUENTAN ALGUNOS RASGOS CARACTERÍSTICOS DEL TIO MARTIN.

El descubrimiento de aquella madriguera de crímenes y criminales, que se llamaba la huerta del *Tio Martin*, produjo la más profunda y extraordinaria sensacion en aquella comarca.

Las vecinos de Casariche y de todos aquellos pueblos inmediatos no volvian en sí de su asombro, al considerar el profundo error en que vivian con respecto á las cualidades morales del *Tio Martin*, á quien todos habian tenido siempre por un hombre muy honrado y muy cristiano, sin más razon ni motivo, que su asiduidad para asistir á misa y á todas las funciones religiosas que se celebraban en su pueblo.

¡Así muchos malvados suelen cubrir sus horrorosos crímenes, bajo el velo de la más refinada hipocresía!

Entre tanto, el jóven Reina, que hasta entónces habia estado cohibido por las amenazas de los malhechores y por los incesantes anónimos que posteriormente recibia su padre, cobró ánimo y con-

fianza, una vez sabida la prision del *Tio Martin*, y entónces declaró ante el juez de Marchena, todo cuanto le habia ocurrido en su secuestro.

La Guardia civil, en vista de aquellos descubrimientos y declaraciones, desplegó una actividad extraordinaria para confirmar la exactitud de cuantos datos se le habian suministrado, y con este motivo se hicieron numerosas prisiones.

Al mismo tiempo, el juez de Estepa siguió sin levantar mano, con una diligencia y celo dignos de todo elogio, la causa contra el *Tio Martin*, en la cual habian ya dado alguna luz las declaraciones de la tia María y de sus hijos.

La fama de aquel viejo y odioso héroe del crímen, se habia difundido por Estepa y áun por los pueblos circunvecinos, de tal suerte, que muchas personas deseaban con ánsia visitarlo y conocerlo.

Así, pues, algunas señoras de aquel pueblo, amigas de la esposa del juez, solicitaron con empeño el ver aquel monstruo, y en efecto, estando el juez y el escribano haciéndole un interrogatorio al *Tio Martin*, se asomaron á la puerta, como á hurtadillas, varias damas, y entre éllas una señorita de singular hermosura, con el objeto de conocer al famoso hortelano, cuya horrorosa historia habia impresionado fuertemente al pueblo, y daba en aquellos dias constante pábulo á todas las conversaciones.

Estaba el *Tio Martin* vuelto de espaldas cuando llegaron las dichas señoras; pero al ruido de sus

pasos y de sus vestidos, tornó rápidamente la cabeza y pareció encantado y profundamente conmovido por aquella inesperada visita.

Ya se comprenderá el género de emocion que la presencia de aquellas señoras le produjo, fijándose especialmente en la más linda, cuyo rostro y talle contemplaba el arriscado y sensual viejo con la voluptuosa expresion de un sátiro.

Advertido el *Tio Martin* por el juez, de que aquellas señoras habian ido con el propósito de verlo, él se volvió hácia éllas, mirándolas muy á su sabor; y dando así lugar tambien á que éllas lo examinasen de piés á cabeza.

Las referidas señoras no hubieron de recibir una impresion muy lisonjera. al contemplar la repugnante figura del viejo; pues que, apénas hubieron satisfecho su curiosidad, se alejaron rápidamente de aquel recinto.

Por su parte, el *Tio Martin* pareció algo contrariado por la desaparicion de las hermosas damas, cuya presencia y vista le regocijaba sobremanera, á juzgar por el brillo de sus encandilados ojos.

No bien se hubieron alejado las señoras, cuando, dirigiéndose al juez, con un acento lleno de pasion y de fuego, le dijo:

—¡Si esa hermosa señorita se quedase aquí conmigo esta noche, renunciaba con gusto á mi libertad para toda la vida!

Y al pronunciar estas palabras, los ojos del *Tio Martin* brillaban como los de un gato en la oscuridad.

El juez no pudo ménos de admirarse de la enérgica vitalidad y de la vehemente pasion erótica, que aquel viejo extraordinario revelaba en una edad, en que la mayor parte de los hombres permanece indiferente á cierto linaje de apetitos y sensaciones.

Aquella energía vital se revelaba tambien en otros sentidos, supuesto que el verse preso y el temor de que los demás bandidos se riesen de su torpeza ó de su mala suerte, le incitaban con vehemencia indecible á procurar por todos los medios imaginables, que sus cómplices tambien fuesen apresados.

Y para conseguir este propósito, creyendo así prestar un servicio á la autoridad y mejorar su situacion, le propuso al juez, entre otras cosas, que si lo dejaba libre, él se comprometia á traerle en una canasta las cabezas de todos los bandidos de la comarca.

Preguntado por el juez, respecto á los medios de que pensaba valerse para conseguir aquel intento, le respondió:

—Eso es muy fácil; me pone usted en libertad, yo me voy á mi huerta, como si nada hubiera pasado, y luégo los convido á todos á comer y beber; en el vino les echo unos polvos, que yo sé, y cuando estén como troncos, les voy cortando el pescuezo uno por uno, y... en fin, lo dicho.

El juez, bien que muy sorprendido de aquella singular y feroz propuesta, manifestó que sus deberes no le permitian aceptarla.

—Si es que usted no se fia de mí, añadía el vie-

jo, mande usted que venga aquí mi hijo Francisco, y yo le diré lo que tiene que hacer; aunque á decir verdad, yo me temo que el muchacho no tiene estómago bastante, para hacer lo que se necesita en un trance como el que yo propongo.

La frescura y serenidad con que el *Tio Martin* hablaba de su sanguinario propósito, no dejó de impresionar repulsivamente al juez, el cual por otra parte, comprendia la inutilidad é ineficacia de soltar al *Tio Martin,* no para que llevase á cabo el bárbaro degüello que proponia, sino para atraer á la huerta á los criminales, y allí sorprenderlos y apresarlos.

En efecto, el juez pensaba con razon, que los malhechores no acudirian al reclamo por la natural desconfianza que les inspiraria la soltura del *Tio Martin*; y en cuanto á su hijo, debo decir, que no secundó, no ya el pensamiento feroz de su padre; pero ni áun el propósito de reunir en la huerta á los criminales.

El marrullero viejo, defraudado en sus esperanzas de padrinazgo por parte del Alcalde y del jefe de la Guardia municipal de Antequera, buscaba ahora el apoyo y proteccion del juez de Estepa y del escribano que entendia en su causa, imaginándose locamente que á la sazon, como en otros tiempos, los buenos padrinos tenian poder é influjo suficiente para sacarlo adelante, libre y sin costas, haciendo que hasta los más horrorosos crímenes quedasen completamente impunes.

Tal era la idea que el *Tio Martin* se formaba de la omnipotencia irresistible del padrinazgo, y por lo tanto, creyendo que entónces le sucederia lo que á otros compañeros suyos les habia ocurrido en otras ocasiones, persistió en el papel que habia hecho en Antequera, es decir, en manifestarse dispuesto á declarar todo cuanto sabía; pero afectando siempre que él habia sido víctima de la coaccion inevitable, que los malhechores ejercen de ordinario sobre los habitantes de los campos.

Así, pues, siguiendo esta línea de conducta y confiando en la proteccion del juez y del escribano, á quienes consideraba como á sus nuevos padrinos, comenzó á espontanearse, haciendo muchas revelaciones, bajo la capa de prestar á la autoridad los más importantes servicios.

Entre aquellas revelaciones, cuya numerosa enumeracion sería harto prolija, no debe omitirse la referente á la cueva en que, al su decir, tuvieron los bandidos á don Agapito Delgado.

En vista de tales datos, el juez ordenó el oportuno reconocimiento de la mencionada cueva, para cuyo acto señalóse dia, citando al juez de Archidona por haber instruido causa á consecuencia del secuestro de don Agapito, y tener presos á uno de los hijos del *Tio Martin* y á Agustin Capitan Velasco, apodado *Cagarrache* ó el *Bizco* de La Alameda.

Tambien fué citado el Gobernador de Córdoba, no sólo por la iniciativa que habia tomado para vigilar

por medio de sus agentes la huerta del *Tio Martin*, sino tambien porque sostenia constante correspondencia con todas las autoridades respecto á la persecucion del bandolerismo, creyéndose que sus datos, informes y noticias, pudieran servir de mucho al Juzgado de Estepa.

No pasaré más adelante sin referir un rasgo por extremo característico y que pinta muy al vivo el temperamento, las pasiones y la persona del *Tio Martin*. Fué el caso, que al comunicarle el escribano en la tarde del 31 de Julio, que estuviese dispuesto para ir al dia siguiente á verificar el consabido reconocimiento, pidió con grande empeño y como un favor para él de inmensa valía, el que se le permitiese aquella noche dormir con su mujer, añadiendo la gráfica frase, que textualmente copio, y que pinta de la manera más inequívoca el brutal sensualismo de aquella organizacion grosera.

—Le pido á usted este gran favor, añadió el *Tio Martin, porque ya nos apetecemos*.

La extraña y repugnante demanda fué desoida; pues convenia á las exigencias del sumario que siguiesen incomunicados.

Es de advertir, que todos los malhechores de la comarca estaban muy alarmados, no sólo por la tenaz persecucion de que eran objeto, sino tambien por la prision del *Tio Martin*, ya por el afecto y respeto que le profesaban, ya porque acaso temiesen que, siendo él dueño de sus secretos, acosado por la autoridad, los delatase.

Llegado, pues, el dia del mencionado reconocimiento, la Guardia civil condujo el preso á la huerta, donde además del juez de Estepa y gran número de curiosos, concurrieron tambien el juez de Archidona y el jefe de la Guardia civil de aquel punto, señor Orlando.

Por mi parte, yo no pude asistir, porque aquel mismo dia tuve que practicar la importante y arriesgada prision de uno de los secuestradores del jóven Reina, llamado Antonio Perez, conocido por el *Manco*, que se habia refugiado en Córdoba, por cuyo urgente motivo telegrafié al juez de Estepa, excusando mi no asistencia.

El Juzgado reconoció con sorpresa la cueva en donde estuvo don Agapito, y con la que nadie hubiera podido atinar, si el *Tio Martin*, levantando el haz de tarámas, no hubiese mostrado la abertura. Igualmente se reconocieron otras cuevas, de donde se sacaron fragmentos de vestidos y algunos huesos humanos, todo lo cual alarmó al vecindario de Casariche, que habia acudido en tropel, dando pábulo á los más terroríficos y extraños comentarios, considerando la huerta del malvado viejo, como una mansion funesta y maldita.

Terminado el acto del reconocimiento, una pareja de la Guardia civil partió inmediatamente con el *Tio Martin* para volverlo á la cárcel de Estepa.

Ahora bien, el prestigio que el *Tio Martin* ejercia sobre los malhechores de los contornos, fué precisamente la causa de su propia desventura.

Sucedió, pues, que al llegar la pareja con el preso entre cinco y seis de la tarde, á la dehesa de los Cerverales, situada entre Casariche y Estepa, les salieron al encuentro cuatro hombres á caballo que estaban allí emboscados, apuntando á los guardias é intimándoles que soltasen al preso.

La pareja, como era natural, se resistió á tan injusta demanda; pero habiéndoles hecho algunos disparos los agresores, los guardias no pudieron evitar el cumplimiento de su penoso deber en tales casos, y por lo tanto, dieron muerte al *Tio Martin* y acometieron en seguida á los demás criminales, á quienes obligaron á emprender su precipitada fuga.

Tal fué el desastroso fin de aquel hombre tan singular y extraordinario por la energía de su carácter, por la perversidad de su alma y por la fuerza y robustez de su organismo excepcional, que le permitia superar en agilidad, brío y resistencia á los hombres más fuertes y vigorosos en la plenitud de la edad varonil.

La noticia de aquel sangriento desenlace se difundió muy pronto entre los vecinos de Casariche, asombrados de la hipocresía del *Tio Martin* y vivamente conmovidos aún por los espantosos descubrimientos, que acababan de verificarse en la maldita huerta.

Pero su asombro y su terror subieron de punto, cuando en las primeras horas de la noche vieron presa del más voraz incendio aquella temida y horrible madriguera de criminales.

¿Quién habia puesto fuego á la casa de la huerta? Nadie lo sabía, ni tampoco despues ha podido averiguarse.

El rojizo resplandor de aquel horroroso incendio se extendia á gran distancia.

¡Tales fueron las antorchas funerarias del cadáver del feroz *Tio Martin!*

Nadie intentó siquiera apagar aquel tremendo incendio, que los sencillos campesinos miraban como un justo castigo del cielo.

Muy pronto la inmunda vivienda del *Tio Martin* no fué más que un monton de cenizas.

Aún hoy puede contemplar el viajero desde los trenes algunos ennegrecidos paredones, únicos restos de aquella vivienda infame.

CAPITULO L.

EPÍLOGO.

Despues de los prolongados abusos del padrinazgo, del caciquismo y del nepotismo gubernamental, que sólo pueden producir en todas las esferas políticas y sociales injusticia, corrupcion y rebajamiento del sentido moral, fomentando por consiguiente el bandolerismo bajo todos sus aspectos, se determinó, como ya he indicado, una impulsion contraria, merced á la buena y enérgica voluntad de los gobernantes, que á todo trance se propusieron poner coto y dique á tan inveterados abusos y antisociales perturbaciones.

Así, pues, la evolucion favorable á la justicia, al respeto á la ley, á la garantía de las vidas y haciendas y al rápido y condigno castigo de los malhechores llegó á completarse, tanto como en lo humano era posible en aquellas circunstancias, contribuyendo muy poderosa y eficazmente á desenvolver y confirmar aquel saludable impulso los éxitos que se iban obteniendo y los importantes hechos que acabo de relatar en la narracion presente.

En efecto; á consecuencia de los descubrimientos verificados y de la honda impresion que en el público produjeron, las autoridades recobraron nuevo aliento y confianza para seguir las inspiraciones del Gobierno, con el animador apoyo y aplauso de todas las clases de la sociedad, que ahora ya salian de su habitual inercia, favoreciendo así la accion gubernamental con ese hálito de vida, fuerza, eficacia y entusiasmo que solamente el consenso universal de la opinion pública puede prestar á la iniciativa de los gobernantes.

Entónces las autoridades consiguieron muy pronto la captura de los secuestradores de don Agapito Delgado, é igualmente la de los secuestradores de don José de Reina.

Entablóse, pues, una lucha titánica entre las autoridades y los bandidos, lucha que dió por resultado numerosas prisiones de criminales, cómplices, encubridores y complicados de toda especie.

No es posible formarse una idea exacta de las extraordinarias ramificaciones del bandolerismo en aquel país, sin haber observado los hechos y los procesos muy de cerca y con gran detenimiento.

Sin duda estas y otras análogas afirmaciones parecerán exageradas á los que carezcan de aquellos minuciosos y sorprendentes datos; pero baste decir que con motivo de los crímenes cometidos en la huerta del *Tio Martin*, fueron encarceladas más de cien personas, como fácilmente puede comprobarse con el exámen de los procesos.

La mayor parte de aquellos criminales, unos más pronto y otros más tarde, recibieron el merecido castigo; pero tambien debo consignar que alguno que otro misterioso personaje logró romper las mallas de la ley, merced á flaquezas humanas, de las cuales ni quiero, ni debo, ni me sería posible ocuparme.

En cuanto á los enmascarados que secuestraron al niño Antonio Fernandez Merino, y á cuya familia tenian aquéllos tan extraordinariamente cohibida y amedrentada, debo decir que la historia de su paradero merece relatarse con algun detenimiento, haciendo mencion de ciertos curiosos detalles que por su extrañeza y singularidad, acaso no desagraden á los lectores.

No obstante que la familia del citado niño, temerosa de las amenazas de los bandidos, habia negado terminantemente el secuestro de su hijo, contestando que éste al desaparecer se habia ido con un pariente suyo á un pueblo, en donde habia pasado una temporada, todavía yo volví á insistir en la depuracion de aquel hecho, por más que á primera vista la Guardia civil y todas las autoridades hubieran podido darse por muy satisfechas con la explicacion auténtica, directa é incontrovertible de la misma familia.

Era, en efecto, muy difícil que nadie dudase de la veracidad de los mismos interesados en aquel lamentable suceso, pero yo, sin embargo, dudé, porque la experiencia me habia demostrado que mu-

chas veces las amenazas de los malhechores encadenaban la lengua de sus víctimas, las cuales, ó negaban en absoluto la verdad de lo acaecido, ó glosaban los hechos de una manera más ó ménos hábil, cuidando siempre de que no resultase culpabilidad para los bandidos.

Partiendo de este dato, nunca dejaba en mis entrevistas con los criminales presos de preguntar si tenian noticias de que hubiese sido secuestrado un niño de Puente Genil, y aun cuando algunos me contestaron que algo habian oido del secuestro de un niño, ninguno me daba noticia segura y cierta de que el cautivo fuese de Puente Genil; pero siempre resultaba el hecho de que los bandidos de aquella comarca habian tenido á un niño en su poder, en fecha no remota, y por más que los citados presos ignorasen ó callasen el nombre del cautivo y el pueblo de su naturaleza, es lo cierto que con sólo este dato general, yo me obstinaba en averiguar y saber los pormenores de aquel suceso.

Sabido es que entre los criminales se suena siempre cualquiera delito que se comete, y yo me prevalia de esta circunstancia para persistir en mis averiguaciones.

Resultó, pues, que al fin y al cabo tropecé con uno, que me dió noticias de varios criminales de Puente Genil, de los delitos en que habian tomado parte, y por último, del secuestro de un niño que éllos tambien habian llevado á cabo.

Ya en otras ocasiones me habia dirigido á la fa-

milia por medio de mis agentes y siempre aquélla se habia obstinado en mantener sus primitivas denegaciones; pero ahora ya, en vista de los nuevos datos que yo habia adquirido, llamé al jefe de la Guardia civil, D. José Gomez Góngora, á quien le interrogué, respecto á los antecedentes de los dichos criminales de Puente Genil, y en efecto, sus respuestas vinieron á confirmar plenamente las noticias que de éllos, de antemano, yo tenía.

El citado Sr. Gomez Góngora, cuyo celo, actividad y decision en el importante servicio de su instituto, nunca serán bastantemente elogiados, manifestóme tambien que aun cuando los antecedentes de aquellos malhechores eran para muy tenidos en cuenta, al presente, despues de haberse comenzado la tenaz persecucion contra el bandolerismo, éllos permanecian ahora en el mencionado pueblo de Puente Genil, haciendo una vida morigerada, temerosos, sin duda, de la vigilancia que sobre éllos se ejercia; pero el mismo jefe, con motivo del secuestro del niño, encontró muy fundadas las sospechas que yo le manifesté, respecto á que la familia del niño Antonio trataba de ocultar á todo trance la verdad de lo que habia ocurrido con su hijo.

Entónces le ordené que, á su regreso, manifestase á Francisco Fernandez Carmona de una manera muy reservada y con todas las precauciones que estimase convenientes, que á la mayor brevedad se me presentase en Córdoba con su hijo Antonio.

Igualmente le recomendé que, con especialísimo

esmero, confrontase todos los antecedentes que existiesen en el puesto de la Guardia civil de aquel pueblo, con los que yo le habia suministrado respecto á los referidos criminales, y de aquel cotejo resultaron confirmadas las indicaciones que se me habian hecho.

Presentóse Francisco Fernandez Carmona, en compañía de su hijo, en mi despacho, á consecuencia de la órden que habia recibido, y despues de asegurarle que nada tenía que temer por las revelaciones que me hiciese, lo invité á que, sin ambajes ni rodéos, me contase la verdad de lo que habia sucedido á su hijo, cuando él mismo dió parte de su desaparicion del pueblo.

Es imposible describir el estado de inquietud y recelo en que se hallaban el padre y el hijo, recelo é inquietud que pareció aumentarse en ámbos, al oir mi pregunta.

Francisco Fernandez, á quien habia hecho sentarse á mi lado, me miraba con una expresion marcada de zozobra y desconfianza, miéntras que el niño permanecia de pié, aunque reclinado sobre su padre y asido á su brazo con las más inequívocas muestras de temor y de asombro.

Aun cuando yo no hubiera tenido otros informes, aquella actitud del niño me habria bastado para comprender que, tanto el padre como el hijo, se hallaban indudablemente bajo la presion de causas que yo podria ignorar, pero cuyos efectos eran patentes é innegables.

En vano intenté varias veces acariciar al niño con objeto de insinuarme en su voluntad, pero él se replegaba contra su padre, silencioso y hasta uraño.

Era evidente que mi pregunta les habia causado un efecto aterrador, supuesto que el padre, con voz balbuciente, me respondió que su niño habia estado en Santaella con una tia suya, y que si bien era cierto que habia dado parte de sù desaparicion á la autoridad, ésto lo hizo ántes de saber que se habia ido con su tia.

Inútil fué que yo le manifestase al padre que sabía el secuestro del niño, pues que permaneció en su negativa.

Entónces se me ocurrió la idea de que acaso el padre rehusaba espontanearse delante de su hijo, y que me sería conveniente interrogar á cada uno aparte.

Así, pues, bajo el pretexto de obsequiar al niño con unos dulces, llamé á un ordenanza para que lo llevasen al comedor de mi casa, á fin de quedarme solo con el padre.

El ordenanza entró, y recibida mi órden, tomó al niño de la mano para conducirlo; pero su resistencia y azoramiento llegaron hasta el último extremo.

Yo insistí en que el ordenanza se lo llevase, y el padre tambien le dijo que fuese sin cuidado, porque le iban á dar un regalito, apartándolo de sí; mas el niño, haciendo esfuerzos por desasirse de la mano del ordenanza, buscó desatentado refugio junto á su padre.

El ordenanza me consultó con una mirada; mas comprendiendo la conveniencia de hablar á solas con los dos, le mandé que lo cogiese en brazos y se lo llevase, aunque fuese á viva fuerza.

Hízolo así el ordenanza, y el niño comenzó á dar desaforados gritos, diciendo sin cesar:

—¡Padre, por Dios, que me roban como la otra vez!

Al oir aquellas palabras yo me quedé mirando fijamente al padre, que bajó los ojos con el rostro cubierto de mortal palidez y como poseido de espanto.

—Ya ve usted que es inútil obstinarse en negarlo. ¡Tenga usted confianza en mí!

Durante algunos momentos el padre se halló tan conmovido y turbado, que le era imposible articular ni una sola palabra.

Al fin exclamó:

—¡Perdone usted, señor Gobernador! Pero comprenda la horrorosa situacion en que me encuentro.

—La comprendo perfectamente; y por lo tanto, yo no quiero que usted me diga nada más, sino que es cierto que su hijo de usted estuvo secuestrado.

—Sí, señor, esa es la verdad.

Pero como el niño continuase llorando y gritando con grandísimo desconsuelo, acudimos los dos para tranquilizarle, lo cual no se consiguió hasta que, abrazándose con su padre, el niño recobró su confianza y pareció más sosegado.

Por lo demás, la emocion del pequeño Antonio habia sido tan viva y aterradora, que estuvo á

punto de accidentarse, cuando se vió conducir por un desconocido, esto es, por el ordenanza.

Una vez ya en el comedor, y abrazado siempre á su padre, el niño se tranquilizó completamente, y áun aceptó con gusto los dulces que se le dieron.

Entónces, regresando yo á mi despacho con Francisco Fernandez Carmona y su hijo, me refirieron hasta los más pequeños detalles de todo cuanto les habia ocurrido, si bien me aseguraron que no conocian á los secuestradores, y entónces tambien tuve ocasion de enternecerme profundamente al ver las cicatrices que la infeliz criatura tenía bajo los brazos, en las corvas y en otras partes de su cuerpo, á consecuencia de la espantosa plaga pedicular, que habia devorado sus carnes en la cueva situada en la huerta del *Tio Martin.*

Debe advertirse que el citado viejo, no obstante el reconocimiento que en la huerta practicó el juez de Estepa, nada habia dicho respecto al secuestro del niño Fernandez Merino; pero éste, no solamente me dió las señas de la tia María, sino que tambien me dijo que oia el paso de los trenes, y me refirió además numerosos detalles que, relacionados con todas las otras noticias que yo tenía respecto á la amistad de los criminales de Puente Genil con el *Tio Martin* y sus hijos, no me dejaron la más mínima sombra de duda de que lo habian tenido secuestrado en la huerta.

Ya habian trascurrido algunos meses desde el horrible martirio que habia padecido aquel ino-

cente, pues que esta entrevista se verificó el 10 de Octubre, y todavía conservaba un color terroso, la mirada triste y recelosa, el cuerpo enflaquecido, y todas las apariencias de una organizacion enfermiza.

En efecto, de resultas de su prolongado y doloroso cautiverio, el niño habia padecido una grave enfermedad, y todavía le atormentaban los dolores reumáticos que allí contrajo.

Terminada su relacion, el acongojado padre me manifestó de nuevo sus grandísimos temores por las amenazas que constantemente se le dirigian, y la cruel inquietud en que se hallaba, por el riesgo de que se descubriese, á pesar de todas las precauciones que habia tomado, que él habia tenido conmigo en Córdoba aquella entrevista.

Yo entónces le aseguré, que nada tenía que temer, y que de mi cuenta corria el descubrimiento y persecucion de los criminales.

El afligido padre al oir mis palabras, se sonrió tristemente con cierto aire de incredulidad, como si desconfiase de que yo pudiera conseguir mi propósito, y en el mismo dia regresó con su hijo á su pueblo, sin sospechar siquiera el cabal conocimiento que yo tenía de quiénes eran los enmascarados, que secuestraron al pobre niño en el cortijo de las Canteras.

En vista, pues, de mis confidencias plenamente confirmadas, de los informes de la Guardia civil y de los auténticos y numerosos antecedentes que existian de los referidos criminales de Puente Ge-

nil, fueron reclamados por el juez correspondiente, Juan Morales Cañero, Zóilo Santos y Félix Guerrero, conocido por *Uñas largas*, los tres vecinos de Puente Genil.

En virtud del auto reclamatorio del juez, la Guardia civil procedió inmediatamente á la captur de los citados criminales, que fueron conducidos por el ferro-carril á Córdoba, donde hablando con éllos averigüé además que habian cometido otros crímenes que habian quedado impunes.

Sucedió, pues, que el 18 de Octubre de 1870, conduciendo la Guardia civil al Juzgado respectivo á los tres referidos criminales, y además á don Jacinto Norro, natural de Málaga y reclamado tambien por su complicidad en el secuestro de don José Orellana, salieron á librarlos varios hombres, trabándose una encarnizada refriega, de la cual resultaron muertos los dichos cuatro presos y además uno de los agresores, que por cierto se averiguó ser el famoso criminal Luis Cano García, conocido por el *Panadero*, natural de Peñaflor y vecino de Almodóvar del Rio.

¡Tal fué el desastroso fin que tuvieron los autores del secuestro del infortunado niño Fernandez Merino!

Aquellos criminales y otros de Puente Genil habian sido durante largos años el terror de la comarca, perpetrando muchos é inauditos crímenes, logrando burlar la accion de la justicia, merced á inconsideradas protecciones y al más irritante, subversivo y disolvente padrinazgo.

Si el derecho y la justicia son el vínculo que une á los hombres en sociedad, el favoritismo y el padrinazgo, son tanto más perturbadores cuanto más, merced á su influjo pernicioso, relajan aquel lazo primordial de las sociedades humanas.

Así, pues, nunca se condenarán con bastante energía estos hábitos de proteccion á los malvados, que destruyen la sociedad por su base.

Y es lo más espantoso, que existiendo en nuestro país tan difundida esta peligrosa tendencia de sustraer los criminales al castigo, barrenando todas las leyes, no exista, en cambio, la generosa tendencia de facilitar premio y aliento á todas las virtudes y á todas las taréas honrosas y útiles para la generalidad de los ciudadanos.

Las consecuencias sociales de la injusticia en todos sentidos y direcciones, son incalculables para el mal, porque no se comprende suficientemente que los abusos de los Gobiernos producen la desmoralizacion de los pueblos, y que el egoismo, la dureza y las injusticias y crueldades de las clases elevadas é instruidas promueven la miseria, la exasperacion, el crímen, la imitacion y las injusticias de las clases necesitadas é ignorantes.

El ejemplo corruptor de arriba, aunque velado por formas elegantes y deslumbradoras, constituye la desmoralizacion del bandolerismo abajo, con formas rudas, groseras y terroríficas; y es inútil pensar que los malvados poderosos, ya que puedan sustraerse al rigor de las leyes, han de conseguir

tambien sustraerse al castigo de las tempestades sociales, que éllos mismos provocan y excitan con su estúpida soberbia, con sus insultantes dilapidaciones, con sus procaces violencias y con su torpe confianza en la abyeccion intelectual, política y social de las muchedumbres.

En el curso de la presente narracion se ha podido ver el espíritu y tendencia de las conversaciones de los bandidos con respecto á las gentes acaudaladas y favorecidas por la fortuna.

A las codicias insaciables y á las repugnantes concupiscencias del rico hacendado, del opulento capitalista, del gran fabricante, que pretenden hollar la justicia en sus relaciones con las clases laboriosas del pueblo, éstas responden á su modo con esa lógica feroz y terrible de las muchedumbres, con *la rebaja de caudales*, unos por medio de reformas utópicas, y otros por medio de la brutal violencia.

En suma, si el bandolerismo se presenta como un fenómeno social, es porque causas tambien sociales lo engendran y producen.

El estudio de estas causas y el remedio de estos males es el objeto de mis constantes desvelos, y yo entiendo que un asunto de tamaña trascendencia, en que se interesan la moral, el progreso, la civilizacion, el porvenir y la felicidad de la patria, deberia ser tambien el objeto preferente de la meditacion de los hombres de ciencia, de los repúblicos y de todas las clases laboriosas, honradas é inteligentes de la sociedad española.

APÉNDICE 1.°

A continuacion se insertan las cartas que me dirigen y firman los secuestrados, sus respectivas familias é intermediarios entre éstas y los secuestradores, las que publico en confirmacion de la exactitud de las afirmaciones contenidas en la presente historia.

«*Excmo. Sr. D. Julian de Zugasti.*

»Alameda 10 de Octubre de 1879.

«Muy señor nuestro y de toda nuestra consideracion: Hemos leido el relato que hace usted del secuestro de nuestro inolvidable y desgraciado padre, y no podemos ménos de manifestarle que se halla en todo conforme con la exactitud de los hechos, en cuanto á lo que nosotros sabemos de tan deplorable suceso y la intervencion que tuvimos y que usted refiere de una manera tan fiel, como interesante, y que nos ha hecho llorar á todos.

»Damos á usted las más expresivas gracias por el recuerdo que consagra en su magnífico libro á nuestro querido padre y que perpetuará la memo-

ria del feroz atentado de que fué víctima, y cuente siempre con el afecto, la gratitud y admiracion de sus seguros servidores Q. B. S. M.,

»MARIA GALLARDO.—DOLORES DELGADO.—FRANCISCO DELGADO.—JUAN DELGADO.—ANTONIO DELGADO.—JOSÉ DELGADO.—VICTORIANO ZAMBRANA.—JOSÉ MELERO.»

APÉNDICE 2.°

«*Excmo. Sr. D. Julian de Zugasti.*

»Puente Genil 20 de Octubre de 1879.

«Muy señor nuestro é inolvidable Gobernador: Nunca hubiéramos creido que nuestra desgracia habia de ser objeto de un libro, en que habia de contarse, paso por paso, todo lo que le sucedió á nuestro pobre niño, cuando lo tuvieron cautivo, é igualmente todas las angustias que nosotros pasamos para juntar los dineros que dimos para su rescate y las fatigas que nos causaba el no poder desahogar nuestra pena con nadie. Muchas amarguras nos ha proporcionado el secuestro, y la principal y más irreparable la temprana é inesperada muerte de la madre del cautivo.

»¿Con qué le pagarémos á usted el interés paternal que se tomó por nosotros?

»Parece increible que tenga usted valor para decir tantas verdades y contar todo lo que pasó de una manera que parte el corazon, sin dejarse nada en el tintero.

»Nosotros somos unos pobres; pero en nuestra

pobreza puede usted disponer y mandar como guste de nuestras personas, que vivirán siempre muy reconocidas á sus favores. ¡Dios le conserve á usted la vida!

»Sus admiradores y amigos, FRANCISCO FERNANDEZ CARMONA.—ANTONIO FERNANDEZ MERINO.—ANTONIO FERNANDEZ GAMA.—RAFAEL ALMEDA MORILLO.»

APÉNDICE 3.°

«*Excmo. Sr. D. Julian de Zugasti.*

»Arahal 30 de Octubre de 1879.

«Muy señor nuestro: Hemos leido el relato que hace usted del secuestro de uno de los que suscriben, así como tambien de la diferente intervencion que los demás tuvimos en aquel desgraciado suceso, y no podemos ménos de manifestarle que su narracion, titulada *La huerta del «Tio Martin,»* se halla en un todo conforme con la más rigorosa exactitud de los hechos en cuanto á nuestras personas se refiere.

»Tenemos una verdadera satisfaccion en dar este público testimonio de la verdad irrefutable que encierra su historia, y aprovechamos tambien la ocasion de felicitarle, como se merece, por su importante trabajo.

»Quedan de usted con la más distinguida consideracion, sus afectísimos S. S. Q. B. S. M.,

»MANUEL DE REINA Y ZAYAS.—DOLORES GIMENEZ. —JOSÉ DE REINA. — JOSÉ CAMACHO PEDREGAL.— ANTONIO NAVARRO Y RODRIGUEZ.»

FIN DE LA NARRACION CUARTA.

ÍNDICE.

La huerta del «Tio Martin.»

Págs.

CAPÍTULO XVI.—Que trata de las odiosas lecciones que daba un padre á sus hijos..... 5
CAPÍTULO XVII.—Tales guantes, tal vestido..... 15
CAPÍTULO XVIII.—Conducta inexplicable de los secuestradores..... 28
CAPÍTULO XIX.—Donde aparece otra vez el caballero misterioso..... 37
CAPÍTULO XX.—Entrevista de Francisco Delgado con los secuestradores..... 49
CAPÍTULO XXI.—La generosidad del *Tio Martin*.... 60
CAPÍTULO XXII.—Una medida extraña, una cita falsa y un niño martirizado..... 66
CAPÍTULO XXIII.—El rescate de don Agapito..... 80
CAPÍTULO XXIV.—El padre y el hijo..... 86
CAPÍTULO XXV.—Un nuevo huésped..... 97
CAPÍTULO XXVI.—La suerte cambia de semblante... 109
CAPÍTULO XXVII.—La tiranía de la suerte..... 118
CAPÍTULO XXVIII.—Entierro sin ceremonial..... 131
CAPÍTULO XXIX.—Una cita en la posada del Agujero. 139
CAPÍTULO XXX.—La sensibilidad de la tia María.... 150
CAPÍTULO XXXI.—Un diálogo habido de noche y desde léjos..... 159
CAPÍTULO XXXII.—Donde se presenta un misterioso bandido, bajo el nombre de señor *Salamanca*... 156

Págs.

CAPÍTULO XXXIII.—Averiguaciones..... 173
CAPÍTULO XXXIV.—De puerta en puerta..... 180
CAPÍTULO XXXV.—Oficiosidad peligrosa..... 195
CAPÍTULO XXXVI.—La oportunidad de un pordiosero. 205
CAPÍTULO XXXVII.—Consuelos de la oracion... ... 216
CAPÍTULO XXXVIII.—Un diálogo edificante y una aparicion misteriosa..... 225
CAPÍTULO XXXIX.—Un nuevo emisario..... 235
CAPÍTULO XL.—Astucia contra astucia..... 242
CAPÍTULO XLI.—De lo que hizo el Gobernador de Córdoba y de lo que supo el *Tio Martin* en Casariche..... 249
CAPÍTULO XLII.—Un bandido aristócrata..... 254
CAPÍTULO XLIII.—De cómo la comedia pudo tomar aspecto de tragedia..... 265
CAPÍTULO XLIV.—Una batida bien encaminada.... 275
CAPÍTULO XLV.—La ley de las alternativas..... 281
CAPÍTULO XLVI —El despertar de la conciencia.... 291
CAPÍTULO XLVII.—Las revelaciones del *Tio Martin*. 303
CAPÍTULO XLVIII.—La exhumacion..... 317
CAPÍTULO XLIX.—Donde se cuentan algunos rasgos característicos del *Tio Martin*..... 329
CAPÍTULO L.—Epílogo 339
APÉNDICE 1.º..... 352
APÉNDICE 2.º..... 354
APÉNDICE 3.º..... 356

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORÍGENES.

Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado tres tomos de la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de **doce** reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

MAR 24 1964